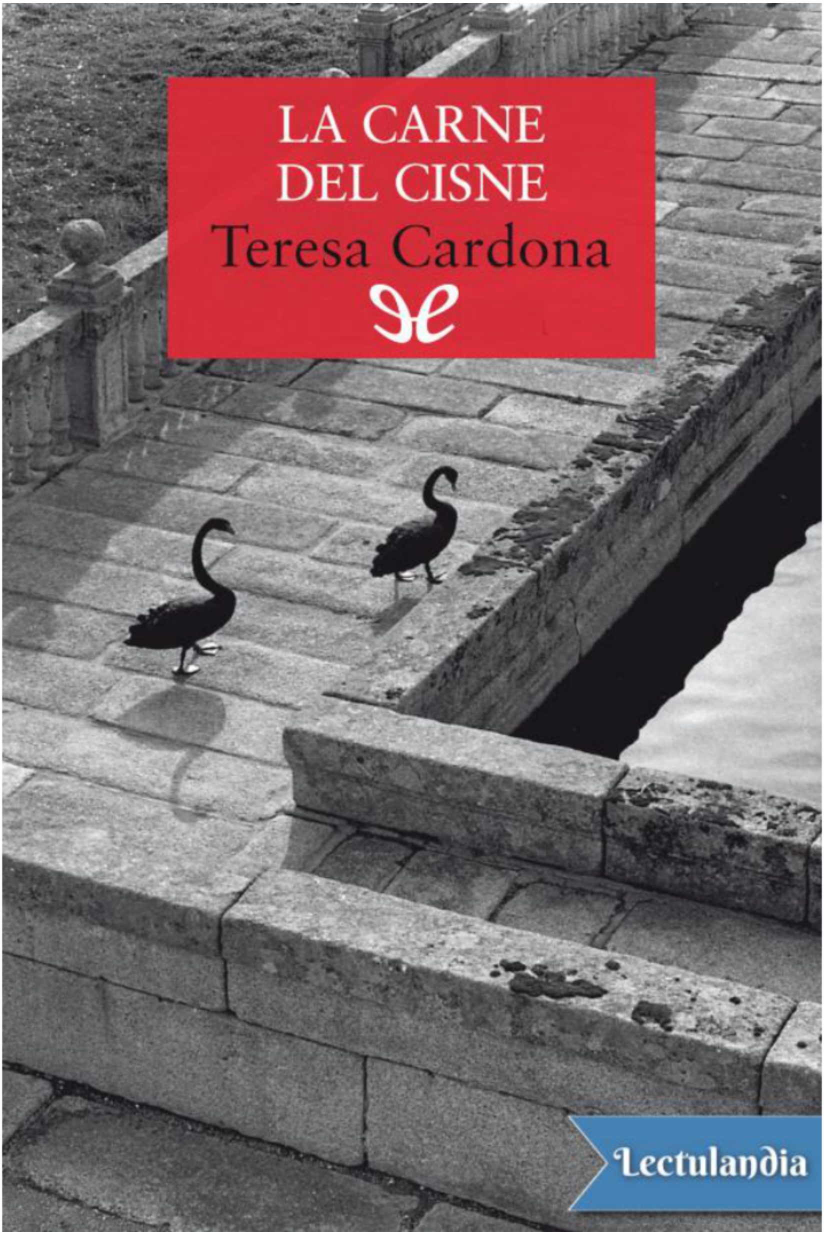

LA CARNE
DEL CISNE
Teresa Cardona
Lectulandia

Cuando la teniente Karen Blecker contempla la espesa niebla del invierno de San Lorenzo de El Escorial no espera que su rutinario desayuno con su compañero el brigada Cano se vea bruscamente interrumpido por la aparición de un cadáver en uno de los chalets de la carretera que conduce al club de golf de la localidad.

Una muerte violenta, un juicio que no ha conseguido esclarecer con nitidez quién ha sido la víctima y quién el verdugo… Un caso que, con sus numerosos interrogantes, obligará una vez más a la pareja de la Guardia Civil a revisar sus convicciones: ¿son los hechos inequívocamente monocromos?, ¿es su verdadero color el que muestran a primera vista? ¿O, como el cisne, ocultan bajo un níveo plumaje su carne oscura?

Teresa Cardona

La carne del cisne

Teniente Karen Blecker 3

ePub r1.2
Titivillus 01.04.2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Pedro

«El cisne tiene el plumaje níveo, pero la carne negra. Alegóricamente el color níveo del plumaje denota el efecto de la simulación por la cual la carne negra es escondida, porque el pecado de la carne es velado mediante la simulación».

HUGO DE FOLIETO

Prólogo

San Lorenzo de El Escorial, noviembre de 2016

Había llovido durante toda la noche y la teniente Karen Blecker se despertó con frío. Recordó que el brigada Cano, el segundo que le habían asignado al llegar, ya la había avisado mientras compartían una caña en la plaza de la Cruz de San Lorenzo, rodeados por un muro de granito y los soportales que protegían los comercios de la lluvia y el sol. Bajo la luz otoñal y ante su mirada escéptica había exclamado *carpe diem* y explicado que los mayores del pueblo ya venían diciéndolo desde hacía días: que el invierno se les echaba encima. Karen pensó que, con la interrupción de unos pocos días de lluvia, casi había olvidado lo que era el cielo encapotado y supuso que Cano, como de costumbre, exageraba, y que disfrutarían todavía un poco del largo y dorado otoño antes de caer en el duro invierno escurialense.

Levantó la cabeza y observó la oscuridad por la ventana abierta. Tiritó, echó de menos el edredón gordo de invierno y gruñó al posar el pie en el suelo helado. La habitación rezumaba humedad, Karen cerró la ventana y recordó con nostalgia el cálido suelo del piso de Madrid. Ya había cumplido un año en España desde que abandonó Europol y se mudó desde La Haya, y se preguntó por qué no se había percatado el año anterior del brusco cambio estacional. Recordó entonces que el último otoño vivía en la capital, donde los cambios eran menos radicales que en la sierra. Encendió la luz y pensó en cómo había sido en primavera: también pasaron del abrigo a la manga corta en un día. En Centroeuropa, las estaciones extremas, verano e invierno, eran mucho más cortas y el período de entretiempo abarcaba casi todo el año. Se preguntó si el uso español de la palabra «entretiempo» no implicaba una duración más corta y, al igual que en Holanda llovía a menudo ya en verano, siendo el sol

siempre una sorpresa bienvenida, en España irrumpía el frío sin avisar. Subió el termostato de la cocina y fue a buscar unos calcetines al dormitorio. Intentó atisbar por la ventana, pero una espesa niebla había sustituido a la lluvia, y el exterior no era más que una masa lechosa. Se sentó ante el ordenador y contestó unos correos. Terminó un informe, se estiró y miró la hora. La niebla seguía igual y no había notado lo tarde que era. Se metió en la ducha y decidió no lavarse el pelo, aunque sí se obligó a embadurnarse con crema. Cada vez tenía la piel más seca, pensó, pero a lo mejor también era la diferencia de clima entre el permanente húmedo tiempo centroeuropeo y la sequedad continental de la Comunidad de Madrid. En Holanda, un día cargado de humedad hubiese sido lo habitual en una mañana de noviembre, pero desde su traslado se había habituado a los luminosos días azules y soleados, y la niebla le parecía una extraña interrupción. Suspiró y ante el espejo intentó apreciar los cambios en su cara. No se veía nada, su rostro ovalado seguía igual, pero ella se observaba todos los días. Y, por mucha crema que utilizase y por mucho deporte que se obligase a hacer, su piel no tenía la firmeza de antes. Tiró de ella desde las orejas y se vio rejuvenecer. Cogió enfurruñada el tarro de crema otra vez y se dio una segunda capa bajo la barbilla. Max, su exmarido, le hubiese dicho que había pasado del estado de princesa al de reina. Rezongó, sintiéndose más bien emperatriz, y fue a coger el abrigo cuando su teléfono vibró y el nombre del brigada José Luis Cano se iluminó.

—Karen, si no has salido, no bajes al cuartel, que te voy a buscar. En diez minutos estoy ahí. Si quieres, te acerco unos churros; estoy en el centro del pueblo.

Karen aceptó y, con el antiguo radiador de hierro ya bien caliente, pensó que le gustaba San Lorenzo. Cuando se mudó a España, decidió quedarse en Madrid y subir y bajar todos los días al puesto de la sierra, diciéndose que tendría la posibilidad de disfrutar de la vida en una gran ciudad, de volcarse en museos y de ir a cines y teatros. Cuando le sorprendió el tórrido verano de la capital, Cano le había encontrado, un poco a las afueras del pueblo, una antigua casita de granito dentro de una finca más grande que, según le habían explicado, habían utilizado los guardeses. Estaba en un extremo de un jardín que debía de haber sido magnífico pero

que ahora se ahogaba, sin cuidar, en la eterna pinaza que caía de los árboles. Cuando la alquiló, se propuso mantener, por lo menos, parte de la propiedad limpia; sin embargo, pasadas unas semanas de continuo barrer se había circunscrito a su zona y al camino que llevaba hasta la casa. Aunque no era grande, tenía una pequeña terraza de piedra en la que había pasado unas buenas veladas con Cano, con el que cada día se entendía mejor. El brigada José Luis Cano, que había sido en un principio reticente a trabajar con ella, se había acabado convirtiendo en una pareja perfecta. Era impulsivo y vehemente, pero Karen se tuvo que confesar que probablemente ella era a veces demasiado fría y analítica. Aunque la teniente había planeado volverse a Madrid al terminar el período estival, lo posponía cada semana, hasta que los dueños de la casita, aburridos de sus continuas llamadas, le ofrecieron un buen precio por quedarse todo el año. Karen no lo dudó, pensó que con buen tiempo podría disfrutar de la sierra y aceptó, aunque ya estaban a finales de noviembre y no había bajado a Madrid más que para ir a una exposición y visitar a sus padres. Terminó de recoger y le dio al botón de encendido de la máquina de café cuando oyó el chirriar del antiguo portón, más fiable que cualquier timbre, anunciando la llegada del brigada. Abrió la puerta y le dejó pasar. Era un hombre alto y delgado, de unos treinta y cinco años, con una nariz muy prominente y con los huesos de la cara marcados.

—Menudo tiempecito, ¿eh?

Karen se arrebujó en la chaqueta de lana como respuesta, sacó la leche ya caliente y un plato para los churros. Hizo dos cafés, mezcló el de Cano con la leche, se sentaron a la mesa, y el hombre asió su taza para calentarse las manos.

—Tu porra y dos churros —dijo el brigada señalando una bolsa de papel.

—¡Cano! —respondió Karen enfadada—. No seas así, hombre. Ya sabes que, si me lo como todo, después no me puedo mover…

El brigada lanzó una carcajada.

—Están recién hechos.

Karen lanzó un resoplido y mordió la porra. Estaba crujiente y el interior perfecto, blando pero sin estar crudo y todavía caliente. Suspiró de placer y bendijo a los «nuevos churreros», instalados en un pequeño local bajo una escalera de la calle del mercado. Sonrió

y pensó en las diferentes concepciones del tiempo en San Lorenzo; la «nueva churrería» llevaba casi veinte años abierta, cuando el matrimonio de Paqui y Antonio habían retomado el negocio que siempre había sido de un churrero que ahora, jubilado, paseaba por el pueblo con su perrito.

—Hace un frío que pela —observó Cano.

—He subido la calefacción —confirmó Karen— y ya he puesto varias veces la chimenea…

—Pues ve acostumbrándote, que nos viene lo peor… Y todavía no ha empezado a llover de verdad…

Karen sonrió.

—Hombre, a lo mejor nos toca algún día soleado más.

—¡Ni se te ocurra pensarlo! Como no llueva ahora, nos quedamos sin agua el resto del año. Hay un dicho que dice que…

El sonido del teléfono le interrumpió. Cano escuchó, gruñó y colgó.

—Mi teniente, tenemos un muerto en la carretera del club.

Karen se sobresaltó, San Lorenzo era un pueblo, y una muerte entre sus habitantes era algo excepcional.

—¿Un accidente?

Cano negó con la cabeza mientras recogía sus cosas. La teniente agarró el abrigo, buscó, con un suspiro, los guantes en el cajón y abrió la puerta de la calle. Una bofetada de humedad unida a la espesa niebla los sorprendió. Las hojas de los castaños cubrían el suelo y amortiguaban aún más los sonidos de la calle, silenciosa por el tiempo, pero también por la estación, que había devuelto a San Lorenzo su población habitual tras multiplicarse durante el período estival. Cano había aparcado directamente ante su verja, ventajas también del invierno serrano, en el que la mayoría de las casas de los veraneantes que habitaban el barrio del Plantel estaban cerradas y, con ello, las plazas de aparcamiento, libres. El brigada encendió las luces antiniebla y arrancó.

Patricia

Madrid-París-Madrid, 2009-2013

Patricia abrazó a sus tíos y los despidió en la calle. La cara de su tía denotaba angustia; la de su tío, prisa. Carmen la besó, la tomó por los brazos, le hizo una pequeña cruz en la frente y se montó en el coche que había acercado su marido al portal. Este salió, se acercó a su sobrina y la estrechó con afecto.

—Lo que necesites, nos llamas. Siento mucho dejarte ahora, pero ya sabes lo mayor que es mi suegra y lo terca que es. En cuanto la podamos dejar sola, volvemos.

Su tía abrió la ventanilla.

—Cariño, ¿de verdad que no quieres venir con nosotros?

Patricia, una joven de veinte años, rubia, con ojos color miel y el rostro salpicado por múltiples pecas que cubrían en parte unas ojeras oscuras, negó con pesar.

—Tía, tengo exámenes, no puedo ir…

Pedro, el hombre, ya se había montado en el vehículo. Varios coches frenaban al ver el coche estacionado en doble fila y protestaban. La mujer desistió. Se agarró a la ventanilla y sacó el cuerpo un poco por ella.

—Te he dejado un montón de cosas congeladas —dijo atropellada—; tienes para comer durante todos los exámenes. No comas porquerías, cariño, por favor. Nuestras sábanas están en la lavadora, no me ha dado tiempo a plancharlas. En cuanto mi madre se pueda valer por sí misma, te vienes a El Escorial con nosotros. Y después a la playa.

La voz de su marido sonó impaciente.

—Carmen, que me van a poner una multa. Ya le has dicho a la niña lo mismo treinta veces. Patricia, ya lo sabes, acaba tus cosas y te subes a la sierra. Y tú, ponte el cinturón, que esto no hace más

que pitar.

Patricia sonrió y sacudió la mano. Vio cómo se alejaban y un escalofrío recorrió su cuerpo. Se vio a sí misma en una mañana fresca de abril ante la misma puerta agitando la mano, y a su madre repitiendo, con la ventanilla abierta: «No comas porquerías». Sus padres celebraban siempre su aniversario con un pequeño viaje, que aquella vez los llevaría hasta La Rioja. Un viaje que su madre había planificado con detalle: cada noche un pueblecito y cada día una visita organizada. Una mañana, cuando sonó el teléfono fijo, poco después de haber hablado con su madre, que contaba maravillas del monasterio que habían visitado el día anterior, Patricia pensó que se trataría de una de las llamadas de venta de energía, telefonía o colchones que se sucedían día tras día. Se sorprendió cuando una voz preguntó por ella y no por su padre, a cuyo nombre solían estar los contratos de la casa. A diez kilómetros de Santo Domingo de la Calzada, el vehículo de sus padres había sufrido un accidente. Patricia recordó que su madre le había dicho que se dirigían a ese pueblo a visitar una iglesia románica de la que había leído maravillas. El coche se había estampado contra un camión cuyo conductor se había dormido al volante.

Cerró la puerta del piso y se dio cuenta, por primera vez en varias semanas, de la soledad que sentía. En la mesa de la entrada reposaba el llavero de su madre. Sonrió con tristeza. Se preguntó a dónde habría ido a parar el de su padre, porque no estaba entre las pocas cosas que el policía le entregó. Se dijo que, al haber quedado el vehículo destrozado, se habrían quedado incrustadas en el amasijo de hierros y carne en el que se habían convertido el coche familiar y el cuerpo de su padre. Su madre, a pesar de los airbags que saltaron tras el impacto, había muerto de camino al hospital, y su cuerpo había quedado reconocible. La visión del llavero hizo que a Patricia se le llenaran los ojos de lágrimas. Pensó en su tío Pedro, que la había instado a retomar su vida, a intentar, si no llenar el hueco que habían dejado sus padres, sí, al menos, a sobrevivir. Tras el accidente, el hermano de su padre y su mujer se habían trasladado a Madrid para acompañarla. La habían ayudado con todas las formalidades y los horrores que conlleva una muerte, desde la identificación de los cadáveres —el de su padre, destrozado, reconocible por el gran lunar que marcaba su rodilla, y

el de su madre, pacífico, como si sólo estuviese durmiendo— hasta el entierro y las gestiones bancarias, legales y testamentarias. Carmen se había hecho cargo del día a día, había comprado y cocinado, organizado a la asistenta y puesto lavadoras. También fue ella la que propuso ordenar los armarios y metió en cajas la ropa de sus padres que no podría aprovechar.

Patricia se dejó caer en el sillón y cerró los ojos. Hacía calor, a pesar de que mayo no había acabado. Sacó las sábanas de la lavadora, se sirvió un vaso de agua de la nevera y vio el interior repleto de *tuppers* que le había dejado su tía. Se preguntó qué habrían hecho si la caída de la madre de Carmen no los hubiese obligado a tomar rumbo a Murcia, y se dijo que probablemente se hubiesen quedado con ella hasta principios de verano para llevarla con ellos a San Lorenzo, donde residían parte del año. Pensó con cariño en la casa que tenían y que recordaba bien por haber pasado allí algunas semanas de vacaciones de pequeña. Sacó los cacharros del lavaplatos y se sentó en su cuarto a estudiar. Los exámenes finales de junio estaban al caer, y, a pesar de haber trabajado durante el año, desde el accidente, y aunque se había encerrado con sus libros las últimas semanas, tenía la impresión de no entender nada de lo que ponía en ellos. Vio su teléfono sobre la mesa y pensó que le habría gustado llamar a María, la que había sido, hasta hacía unos meses, su mejor amiga, y suspiró.

Cuando se decidió a estudiar en Madrid, sus padres, que habían vivido, por el trabajo de su padre, en sitios diferentes, decidieron establecerse por fin y comprar un piso en la capital, adonde se trasladaron con su hija universitaria. Patricia, que llegó sin conocer a nadie, agradeció la compañía de María, una alegre extremeña que estaba igual de perdida que ella. Con ella había descubierto la Facultad de Ciencias Políticas, los bares circundantes y la noche de Madrid. En el bar de la facultad habían visto por primera vez a Juan, un sevillano que llevaba ya un año ahí y salía con un grupo de estudiantes de «provincias» que tenían dificultades para entrar en pandillas de Madrid, formadas años antes. Desde el principio se dio cuenta de que María y Juan hacían buena pareja, de que parecían complementarse perfectamente.

Enterró la cara entre las manos y sintió un tremendo remordimiento de conciencia por lo ocurrido. La noche tras los

parciales de febrero habían salido, como de costumbre, todos juntos. Patricia casi no había comido, y su estómago asemejaba un charco en el que flotaba algún cacahuete aislado en el alcohol. No se habían movido mucho, y por eso no tenía la impresión de estar borracha. Cuando en el bar en el que habían acabado pusieron una canción bailable, se decidió a salir a la pista. Los altavoces tronaban con la última de Shakira, y Patricia tuvo una increíble sensación de libertad. Bailó sola hasta que varios del grupo siguieron su ejemplo; entre ellos, Juan. María se había quedado amodorrada en los sofás, y su novio no había conseguido animarla. Cuando la canción acabó y la sustituyó la suave voz de James Blunt, Juan agarró a Patricia del brazo para volver a la mesa. Pero ella se sentía bien, libre de preocupaciones, y no quería beber más; quería bailar. Le agarró el brazo a su vez y le obligó a girarse hacia ella. El joven se volvió y posó las manos en sus caderas. Era una canción triste y lenta. Patricia se sintió de repente cansada y mareada y se apoyó en el hombro de él. Cuando la música se detuvo, levantó la cabeza y dijo que no se sentía bien. Juan la ayudó a volver a la mesa y preguntó a uno de los que quedaban dónde estaba María, para que acompañase a Patricia al baño. Este negó y explicó que María se había cansado y que uno de los otros la había llevado a su casa. Juan se cabreó al comprender que el que se había ido con su novia era uno que llevaba tirándole los tejos desde hacía meses. Patricia desapareció en el baño y cuando volvió parecía andar más recta. Se había lavado la cara, y unas gotas de agua se confundían con sus pecas. En los sofás no quedaban más que aquellos a los que las copas habían afectado tanto que no tenían ganas de moverse, y Juan cogió a la joven del brazo y la llevó a la salida del local. Mientras esperaban por sus abrigos, se creó un silencio embarazoso. Al cubrir a Patricia con la cazadora, el joven dejó las manos unos segundos de más sobre sus hombros. Ya en la calle, fue ella la que se había vuelto hacia él. Y él, el que deseó besar y mordisquear esa piel tersa salpicada de pequeñas manchas estratégicamente colocadas sobre su nariz. ¿Quién había querido esconderse en un portal? ¿Por qué le dio Juan al taxista su dirección? ¿Por qué no había dado ella la suya? ¿Quién había dirigido sus pasos al piso que compartía Juan con otros estudiantes? Ella, se dijo, había ido con él. Si no, se habría despertado en sus sábanas floreadas y no bajo el asfixiante edredón

gris que había comprado la madre sevillana de Juan para proteger a su hijo de los rigores climáticos de la capital. Movió el cuerpo y sintió unas leves agujetas.

Cerró los ojos e intentó recordar qué había pasado. Unas imágenes sueltas le vinieron a la cabeza. Ella bailando sola. Bailando con Juan. El frío de la calle, la boca de él recorriendo sus mejillas. Ella separándole y diciendo que no. Él enterrando su boca en su cuello, y ella acariciándole los anchos hombros. El taxista divertido, y ella amodorrada. El ascensor de la casa antigua de Juan. Juan volviendo con una copa. Juan desnudo. Ella desnuda. Juan sacándola del sueño. Ella protestando. La boca de él mordiendo un pezón. Su grito. Se acarició el pecho y lo sintió tumefacto. Volvió la cabeza hacia la mesilla de noche y vio un vaso de agua con una aspirina y sonrió. Detrás, un paquete de condones y un sobre rasgado. Suspiró aliviada. Por lo menos, de eso no tendría que preocuparse. La imagen de María le vino a la cabeza y se preguntó horrorizada cómo había podido cometer tal traición. No conseguía comprender cómo de borracha tenía que haber estado para acabar en la cama del novio de su amiga. Se volvió a ver en la pista bailando y se dijo que, aunque no había sido muy delicado y le habría costado un cabreo, eso María se lo hubiese perdonado. Notó su cara arder al recordar el pelo moreno de Juan enterrado entre sus piernas. A ella diciendo no. A Juan levantando la cabeza riendo y diciendo que ya sabía que no le gustaba. Se preguntó cuándo se lo habría contado María. A ella sacudiendo las piernas para evitarlo y a él sujetándoselas. La ola de placer que siguió. El ruido del plástico al desgarrarse. La sensación de abandono. Recordó susurrar no antes de que la penetrase con dulzura. Sus caderas adaptándose a los movimientos cada vez más rápidos de Juan. Sus piernas sobre los hombros de Juan. Las embestidas que hicieron golpear el cabecero contra la pared. La explosión que sintió. El cansancio. Los labios del joven, que depositaron un casto beso sobre sus labios. El silencio. La cabeza estaba a punto de estallarle y sintió una náusea incontrolable que le hizo saltar disparada de la cama para no vomitar sobre el novio de su amiga. Al salir del baño, envuelta en una toalla, volvió al dormitorio, recogió su ropa desperdigada por el cuarto, pensó en despertar a Juan y decirle que todo había sido un error cuando oyó otra puerta

y se decidió a salir lo más rápido posible para evitar testigos del desastre. Cogió un taxi, volvió a casa de sus padres y se metió entre sus propias sábanas, angustiada hasta que se durmió. La despertó el pitido del teléfono y, todavía medio en sueños, contestó. El acento del sur de su amiga era prácticamente inaudible en las únicas dos frases que le soltó: «Eres una zorra y una calientapollas. No me vuelvas a dirigir la palabra». Patricia enrojeció y los ojos se le llenaron de lágrimas. María ya había colgado. Intentó llamarla, pero esta no respondió. Llamó a Juan, que con la voz ronca respondió a su tercera llamada y le explicó que uno del grupo los había visto a la salida y que, la verdad, podía haber tenido un poco de cuidado, ya que uno de sus compañeros de piso la había visto en pelota picada en el pasillo de camino al baño. Su voz sonaba cabreada, y Patricia no supo qué decir. Juan dijo que iría a ver a María. Esta, como Patricia pudo comprobar en la facultad, aunque perdonó a su novio, no así a ella. No se pelearon, pero la relación no volvió a ser la misma. El grupo de la facultad no tomó partido; sin embargo, muchos de ellos eran amigos de Juan antes de que las conociesen a ellas y continuaron con su amistad. A Patricia la saludaban, pero ya no la llamaban los viernes, ni le proponían planes, a sabiendas de que, si esta iba, Juan y María se irían por su lado. El ambiente en la universidad se había vuelto desagradable y evitar a María en las clases le resultaba violento. Se acordó de los planes que habían fraguado, del máster que querían hacer juntas y pensó que no soportaría dos años más en compañía de su antigua amiga. En una de las conferencias que les dieron, el ponente les instó a salir de España, a vivir las posibilidades que les brindaba la red de universidades de la Unión Europea. Al finalizar la charla, se acercó al hombre, que le explicó que había un máster en París, en la eminente Sciences Po. Sólo aceptaban expedientes impecables y buenos conocimientos de francés e inglés, pero esos requisitos los cumplía. Se presentó y la aceptaron, evidentemente, si aprobaba la diplomatura. Sus notas eras estupendas y Patricia no dudó. Su padre se sintió orgulloso, y su madre triste cuando llegó la carta de admisión con una selección de residencias de estudiantes para jóvenes comunitarios. El plan era visitar la ciudad del Sena ya en verano para hacerse al lugar; por ello, sus padres habían alquilado la habitación en la residencia de estudiantes adscrita a la facultad a

partir de agosto. Pero ahora, se dijo, con sus padres muertos, no se sentía con fuerzas de hacer el viaje. Se sentó en el escritorio e intentó concentrarse en los libros. Miró el calendario, en el que se acumulaban las pruebas de la semana siguiente. Sacó sus apuntes y se puso a estudiar.

Qué le pasó el lunes era algo que no se explicaba. Ni siquiera era el examen más difícil, pero al levantarse había sentido una flojera, una pereza y un dolor de cabeza que le hizo volver a meterse en la cama. El teléfono sonó y vio en la pantalla el nombre de María. Esta había ido al entierro y al funeral, le había dado un abrazo que ella sintió frío y su oferta de llamarla si la necesitaba, una frase hueca. No sabría qué decirle ni cómo explicarle que no conseguía moverse de la cama. Cayó en un sueño profundo del que no despertó hasta bien pasada la hora de comer. Miró el calendario y vio que ya no llegaba al segundo examen. Cuando llamaron sus tíos, preocupados por su silencio, no se sintió capaz de decirles que se había tirado el día en la cama y había dejado pasar dos de los finales. Tenía suficientes buenas notas para salvar el curso, incluso sin esos dos. Fue mala suerte que en los dos siguientes cayese lo que habían visto a final de curso y que ella sólo había repasado por encima. Y que en el último entrase angustiada tras encontrarse a Juan en la puerta, que se acercó a ver cómo le iba justo antes de que su novia apareciese en la sala y se despidiesen, no sin lanzarle una mirada de desconfianza. Cuando recibió los resultados y vio que le faltaban unos créditos, se asustó, pero había entregado un trabajo que compensaría los puntos que le faltaban.

Pasó el verano con sus tíos, que hicieron lo imposible por distraerla, y, a finales de agosto, guardó los muebles que más recuerdos le traían en un trastero y alquiló el piso de Madrid para dirigirse a París.

Los estudiantes de máster de Sciences Po eran en gran parte franceses, pero había también una extraña mezcla de nacionalidades. La primera semana ya la invitaron a varias fiestas, una, en la residencia, y otra, en un bar de copas. Los diversos orígenes y el hecho de que nadie, ni los franceses, que en muchos casos venían de provincias, conociesen a los otros, formaba un grupo abierto y amigable. Patricia se sintió como pez en el agua, hablaba bien inglés y un francés bastante aceptable, y reía cuando

los franceses la miraban asombrados, ya que por su físico la incluían más en el grupo anglosajón que en el hispánico. Los cursos eran magníficos, y las pequeñas clases no tenían nada que ver con las de la Complutense de Madrid. En la biblioteca de la universidad conoció a Ulysse, un joven francés que hacía su doctorado. Este le enseñó la ciudad y sus alrededores y después de unos meses la llevó a pasar varios fines de semana a casa de sus padres. Su padre era un antiguo embajador que tras años en el extranjero había vuelto a su país para instalarse en Estrasburgo. En la larga mesa de los Gillardeau aprendió más de política europea de lo que había hecho en todos sus cursos de la universidad. El padre de su novio, Achilles (cuando Patricia rio al conocer a Ulysse, este le explicó que en su familia era tradición bautizar a los niños siempre con nombres de personajes griegos, ya que uno de sus antepasados era un fanático de la mitología), celebraba todos los sábados por la noche una cena de doce personas que reunía a políticos, periodistas, figuras de la industria y del mundo diplomático. Las conversaciones giraban sobre los temas más variopintos, primando la política y la cultura, todo ello regado por excelentes vinos y acompañado por piezas de caza y tartas de ciruelas claudias que confeccionaba Sybille, la mujer de Achilles. Volvían en el tren a París cargados con el pastel de la zona y tarros de mermelada hechos en casa, así como patés que la madre entregaba a su hijo para que sobreviviese en la capital. Un domingo, ya en la cama, a la vuelta de uno de esos fines de semana, Patricia le susurró a Ulysse lo bien que se sentía en casa de sus padres. Ulysse le preguntó, asombrado, si en España no era habitual llevar a los novios a ver a los padres. Patricia rio y contestó que probablemente, pero que ella hasta el momento no había tenido ninguna relación que hubiese llegado tan lejos. Se acordó de Juan, que cogía el AVE con María para pasar cada puente en Sevilla, y se volvió hacia el otro lado. Ulysse, que había notado su gesto, la giró y besándola le preguntó qué le pasaba. Patricia le contó lo que la había alejado de su amiga, a lo que el francés resopló y, además de tildar al joven sevillano con un calificativo poco amable, añadió que menuda suerte había tenido el andaluz de que no lo acusase de violación, porque desde luego, dijo, la situación se las traía. Ella rio, apartó la sábana y le dijo:

—Viólame tú también.

Ulysse saltó de la cama. Patricia se asustó al ver su expresión turbada, se incorporó sobre los codos y se tapó con la sábana.

—Patricia, nunca digas eso, ni en broma. Jamás.

—Pero Ulysse, si no iba en serio, ¿no te das cuenta de que…?

No la dejó terminar.

—Jamás. Esa palabra, mucho más que las palabras «racista» o «machista», puede acabar con la vida de un hombre.

—Pero si yo…

—¿Te acuerdas del antiguo embajador al que mi madre llama «la esponja» en privado? Ese que siempre tiene la botella a su lado.

Patricia recordó a un hombre callado, con la cara abotargada por el alcohol, que jamás decía nada y al que siempre sentaban en uno de los extremos de la mesa.

—Estudió con mi padre, hizo una carrera estupenda. Estuvo de embajador en Marruecos, ya hace bastantes años.

Patricia no conseguía unir aquella fuerza de la naturaleza que era Achilles, un hombre en la flor de la vida, con ese despojo humano que se suponía tenía la misma edad que él. Ulysse se puso los calzoncillos y el pantalón y empezó a contar:

—La embajada está en Rabat. Grégoire llegó con su mujer y sus dos hijos. Entre el personal adscrito a la embajada estaba la secretaria de prensa. No voy a entrar en detalles porque nunca se supo exactamente lo que pasó, pero ella voló a París y le acusó de haberla violado en el despacho de la embajada.

—Pero ¿habían tenido un lío?

—Quién sabe. La cuestión es que él se lo tomó a broma y soltó en algún café algo como «más quisiera». La verdad es que para toda esa generación la historia sonaba de risa, ya sabes. Un periodista que estaba «por casualidad» cerca lo oyó y aprovechó el bajón de agosto para convertirlo en «la noticia». —Suspiró—. Mi padre le dijo a Grégoire que se anduviese con cuidado, a lo que él respondió riendo y diciendo que la mujer en cuestión tenía más vueltas que un carrusel y que se la conocía por ser el colchón de varias embajadas. Cuando un periodista, que llevaba una semana siguiéndole por el pueblecito bretón donde pasaba las vacaciones, le abordó a la salida de misa junto a sus suegros, Grégoire estalló y se lo soltó. —Al ver la mirada interrogante de Patricia, Ulysse añadió—: Lo del carrusel. Y ese fue el fin…

—¿Fueron a juicio?

—¿A juicio? —Ulysse lanzó una carcajada—. Las *tricoteuses*, las mujeres que hacían punto ante la guillotina, eran unas ancianitas encantadoras en comparación con lo que hizo la prensa con él. El ministerio, siempre preocupado por sus fieles trabajadores, le quitó de la línea de fuego y le mandó con efecto inmediato a otro destino, cerca, sólo un poco más al sur. —Al ver la cara de Patricia rio—. A Chad. La mujer de Grégoire decidió volver a París con los niños y acabó separándose, tras oír, día sí, día no, que su marido era un violador y un machista que denigraba a las mujeres. Grégoire aguantó Chad y un par de destinos más para completar su pensión de jubilación, pero, tras pasar por varios países complicados, como Sierra Leona, acabó bebiéndose el Nilo sin haberlo visto de cerca jamás. Volvió a Alsacia, donde su familia tenía una casita, y se instaló allí con su perro. Es primo segundo de mi madre, además de haber estudiado con mi padre; por eso le invitan a veces, sin que llame demasiado la atención, y nunca con periodistas presentes que puedan relacionar el nombre del apestado con el de mi señor padre. Así que esa palabra mejor la borras de tu vocabulario. Él acabó así, es cierto, pero tampoco te creas que a ella le fue mucho mejor.

—Pero si a ella la creyeron…

Ulysse rio con ganas.

—Qué inocente eres, Patricia. Nadie la creyó. O bueno, no creyeron que Grégoire, que en aquella época estaba de muy buen ver, se lanzase sobre ella con violencia. Pero eso no lo dijo nadie, claro. Nadie dijo nada, excepto que era una situación muy desagradable. Y muchos tomaron sus precauciones; entre ellos, mi padre, que, si podía, cogía de ayudante a un hombre (cuestión de ahorrarse problemas…). Mi madre hacía la criba y seleccionaba o a las mujeres más mayores o a un hombre. Fue cuando se instauró la ley no escrita de no montarse un hombre a solas con una mujer en el ascensor, de no quedarse en la oficina el último con una becaria; ya sabes…

Patricia le miró horrorizada y él rio.

—Claro —prosiguió Ulysse— que a ella aquello también le cambió la vida. Volvió a Rabat, pero no duró mucho allí. El embajador que enviaron para sustituir a Grégoire la propuso para El Cairo, un magnífico destino al que ella no se negó. En El Cairo duró

lo que aguantan las rosas. No creo que hiciese nada mal, pero cualquiera que estaba en un puesto de esos tenía bien presente la carrera en picado de Grégoire, y ninguno quería correr el menor riesgo. Así que fue pasando de un puesto a otro; al principio, puestos muy buenos, para que no se notase tanto. Hasta que un amigo de mi padre la propuso para Islamabad, que no era Kabul, aunque poco le faltaba, alegando sus conocimientos de árabe. Ella denegó. El ministerio se lavó, por fin feliz, las manos, y la mandó, eso sí, con magníficas cartas de recomendación de todos sus antiguos jefes —Ulysse lanzó una carcajada—, como si eso sirviese de algo…, de vuelta a París. Creo que probó en el sector privado; aun así, allí se encontraba con el mismo problema. ¿Quién querría contratar a una mujer que te podía acusar de violador a la primera de cambio? Hay miles de secretarias de prensa; ¿para qué correr el riesgo?

—Pero, Ulysse, no todo el mundo conocería la historia y, aunque la conociesen, supongo que a alguno se le ocurriría que pudiese estar diciendo la verdad —replicó Patricia levantando la voz, enfadada—. No me puedo creer que la fuesen apartando de los puestos sin ninguna razón y que encima me digas que el currículum no es un criterio.

El joven la miró receloso.

—No conocía yo esta vena feminista tuya —dijo sonriendo y retirando la sábana.

Patricia se levantó de golpe y se puso una camiseta.

—No es una vena feminista; es que me parece profundamente injusto.

—Ah, te parece injusto. ¿Qué es lo que te parece tan injusto?

—Que me digas que la apartaron de su puesto y le pusieran una cruz a su nombre.

—Bueno, supongo que no pretenderías que se quedase en el puesto de Rabat después de lo que había pasado, ¿no? Y, ya te digo, la mandaron a uno mejor.

—La mandaron, claro.

—Ya está bien de tonterías, Patricia. ¿Qué pasa, que tú, cuando conoces a alguien, no te enteras? El otro día, cuando tenías que buscar compañero de trabajo y te preguntó ese holandés si lo querías hacer con él, ¿no preguntaste? ¿No chequeaste quiénes eran

sus amigos y le preguntaste a ese danés con el que te llevas tan bien? ¿Y no le dijiste al holandés que no, tras enterarte de que el tipo no era de fiar en los plazos? ¿Le diste tú una oportunidad? No, te fiaste de lo que te decía el otro, pensaste que era mejor no correr ningún riesgo y al final, te colocaste con el alemán, ¿verdad? Eso sí, según cómo se presentó, el holandés tiene un currículum estupendo. Pues, fíjate, seguro que otros hicieron lo mismo. Está muy bien lo de ser abierto, pero, cuando nos toca de cerca, las cosas cambian, ¿verdad, cariño?

—No es lo mismo, Ulysse, y lo sabes.

—Ah, ¿no? Pues a mí me parece que sí. Si tú te enteras de que ha causado problemas en un grupo de trabajo, ¿qué haces?, ¿intentas enterarte de lo que pasó, o simplemente, entre los muchos estudiantes que hay, te buscas a otro que no haya causado problemas? Pues esto es igual. Te recomiendan a alguien para un puesto, llamas a sus antiguos compañeros y te enteras. Si sólo se juzgase por el currículum, sería como si nos fiásemos de si va arreglado o no… Te puede dar alguna pista, pero no es la realidad. Por lo menos, no la realidad completa.

Patricia negó con la cabeza de manera reprobatoria y preguntó:

—¿Dónde acabó?

Ulysse lanzó una carcajada.

—En una organización antienergía nuclear, con eso te digo todo… Es lo único que todavía hace reírse a carcajadas a Grégoire, el imaginársela luchando contra los de la atómica.

Fue Ulysse el que la acompañó a la oficina de estudiantes para intentar aclarar por qué su cuenta de la universidad estaba cerrada. Y el que movió la cabeza, desesperanzado, cuando una amable mujer que la atendía les explicó que, a pesar de su expediente impecable, a Patricia le faltaba el reconocimiento de unos créditos. Que estaba realmente desolada, pero que el sistema informático no le permitía dejarla continuar con el máster al no cumplir con los requerimientos. Que las reglas eran claras, que la universidad les daba a los estudiantes seis meses para completar el expediente académico (mucho más que los alemanes, por ejemplo, que eran bastante más estrictos, añadió con una sonrisa) y que Patricia, por un error, seguro, los había dejado pasar. Que, como una excepción, le podía conceder una prórroga de dos semanas para presentarlos,

pero no más. Patricia, ante la posibilidad de poder arreglarlo, salió encantada y no comprendió la mirada de Ulysse cuando le dijo que lo veía complicado y que había sido una bonita manera, por parte de aquella mujer, de ponerla en la puerta sin que montase un escándalo.

Acostumbrada al gris de París, la luz de Madrid la cegó. Había decidido presentarse directamente en la Complutense, dado que el riesgo de que algo no funcionase o llegase tarde era demasiado grande. En la oficina de estudiantes, un joven escuchó con paciencia su caso y se metió en el ordenador. En un principio, el chico tampoco lo entendía: los créditos estaban, justos, pero estaban. Aunque había algo raro, exclamó: los últimos tres no se podían seleccionar. Estaban, pero no «activos», le intentó explicar mientras fruncía el ceño y se levantaba a consultar otra vez a su compañera. Esta, una señora mayor con un cuerpo monumental que le ponía dificultades para pasar entre las mesas, aburrida de las consultas del chico que atendía a Patricia, se puso en movimiento con un golpear continuo que la joven no entendía hasta que vio sus collares de cuentas de madera, que emitían unos sonidos que le recordaban a los juguetes de los bebés. Laura, como se llamaba, se sentó ante el ordenador y tecleó con rapidez sin apartar los ojos de la pantalla. Tras pulsar una tecla, sonrió con satisfacción.

—Ya lo tengo, guapa.

—¿Está arreglado? —preguntó Patricia con una inmensa sensación de alivio por haberlo conseguido en tan poco tiempo.

Se sentía tan contenta de poder volver a París que se dijo, magnánima, que al fin y al cabo no había pasado nada y que no era necesario montar un escándalo por tan poca cosa. Al día siguiente buscaría un billete barato o incluso cogería el tren.

Laura levantó la cabeza y la miró extrañada.

—¿Arreglado? Lo he comprendido; era raro. Te lo voy a explicar, maja. Tú tienes todos tus créditos, sí, pero tres de ellos no son válidos. —Levantó la mano antes de que Patricia pudiese decir nada—. Esos créditos de los que te hablo son de un trabajo. —Intentó detenerla, pero la mujer la cortó—. Si me vas a interrumpir otra vez, lo miras tú y te lo explicas tú sola. Tú hiciste tu trabajo, sí; sin embargo, y ahí está la explicación del problema, era un trabajo en común, de dos o más. Aunque tú entregases tu parte, dado que el

otro estudiante no lo hizo, tus créditos no son válidos —zanjó.

Patricia iba a protestar cuando le vino a la mente el trabajo que, en su día —y aunque parecía que fue hace años casi no habían pasado doce meses—, había hecho con María. Ella lo entregó tras los parciales de febrero, antes de la fecha impuesta. Se preguntó por qué no lo habría entregado María, y no tardó en dar con la respuesta. Ninguna de las dos había necesitado ese trabajo para la nota, ya que eran unas estudiantes excepcionales, así que, al romperse la relación, para ella, que ya lo había entregado, no hubo cambios. Pero sí para María, que probablemente, en aquel momento, no quiso ver su nombre unido al de su antigua amiga. Todo esto no habría tenido la menor importancia si Patricia hubiese aprobado todos los exámenes de junio, pero no lo hizo.

—Vale, ya entiendo —dijo Patricia, y Laura suspiró, contenta de no tener que explicar otra vez lo evidente—. ¿Qué puedo hacer?

La papada de la mujer tembló y la miró de forma maternal. Le gustaban los estudiantes que intentaban buscar una solución y no protestaban por cosas en las que no tenían razón. Se inclinó hacia la máquina.

—¿Qué quieres exactamente? ¿La diplomatura? La verdad es que es una pena, con las buenas notas que tenías…

Pensó en preguntarle qué le había pasado el último semestre, pero se acordó de su máxima de no convertirse en la madre de los estudiantes. Eran adultos y de ahí saldrían al mercado laboral. Además, su situación no era tan grave.

Patricia sintió un escalofrío cuando se percató de que no tenía la diplomatura. Bajó la cabeza.

—He empezado un máster y no me dejan continuar sin los créditos. —Laura asintió comprensiva mientras Patricia pensaba a toda velocidad—. ¿Cómo puedo arreglarlo? —La cara de complacencia de la mujer le decía que se podría solucionar.

Laura miró la máquina con orgullo.

—Y ¿en qué universidad te has inscrito, guapa?

—En París.

Una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro.

—No me extraña nada. Para que después digan que en España… Algunas universidades tienen unos sistemas informáticos antediluvianos. Aquí —dijo con un gesto que abarcaba la sala— no

hubieses podido empezar… —Se fijó en la puerta y vio que había unos cuantos estudiantes esperando—. Mira, es fácil. El trabajo ya no lo puedes activar porque tu compañero no lo entregó y el plazo para ello ha pasado. Pero, y ya comprendo que es un poco pesado, te puedes apuntar a una de las asignaturas que te quedaron pendientes y recuperarla. Tendrías los créditos, y te retrasa un poco, pero no hay otra; no busques más. —Se enderezó para volver a su puesto.

—¿Inscribirme otra vez? —preguntó Patricia espantada.

Laura se encogió de hombros.

—Así tendrías la diplomatura también, que necesitarás, supongo —zanjó la mujer.

A Patricia se le cayó el alma a los pies; aun así, se dijo que sería posible, podría incluso estudiar las asignaturas desde París y convalidarlas en junio. Se despidió de Laura, salió y llamó a Sciences Po. Tras muchas esperas, consiguió hablar con la mujer que la había atendido en la universidad, la cual se alegró de que hubiese llegado a la raíz del problema, pero le dijo sin dudar que no podría seguir sin el título español. Patricia suspiró y preguntó, ya dispuesta a todo, si podría recomenzar el máster el otoño siguiente, a lo que la mujer, contenta de quitársela de encima, respondió que claro, aunque debería pasar otra vez por el proceso de admisión, que una de las reglas que aplicaban con mayor empeño era que no podía haber un retraso en el comienzo de los estudios, así que, zanjó, su admisión había sido inválida. Efectivamente, el error había sido suyo al no rechazarla de inmediato, pero en algunos países, dijo con retintín, eran tan lentos que Francia aceptaba esos retrasos para no dejar a los alumnos que venían del extranjero en una situación de desventaja con respecto a los autóctonos. No obstante, tenía suerte: al ser inválida era como si ni se hubiese presentado, lo que le daba la oportunidad de postular otra vez.

Patricia sentía que la cabeza le daba vueltas. No podía quedarse en su piso de Madrid, ya que estaba alquilado hasta el verano. No podía quedarse en la residencia de estudiantes, ya que la mujer le explicó que, al perder el derecho de admisión, dejaba de tener derecho a la habitación de estudiante, que debería abandonar antes de finales de mes. El año en Madrid estaba a la mitad y llevaba ya casi seis meses de máster. No iba a conseguir los créditos en España

ni en Francia, así que buscó una habitación en París para poder seguir por lo menos los cursos, aunque no le dejasen hacer los exámenes. Los precios de un estudio eran inasequibles y al final se decidió por un dormitorio compartido en una residencia de estudiantes, alejada del edificio universitario, pero limpio y en una zona segura. Aunque tardaba mucho más en ir y volver, al menos podía asistir a las clases. Ulysse la ayudó con la pequeña mudanza un fin de semana y se ofreció a guardarle las cosas que no quería dejar en la habitación común en su apartamento, una antigua habitación de servicio muy pequeña, pero con baño y una minicocina que le alquilaban unos amigos de sus padres muy cerca de la facultad. Patricia tardaba más de una hora a la universidad, y, acostumbrada como estaba a vivir sola, el ruido y barullo constante de la residencia de estudiantes le resultaban desagradables. Ulysse pasaba la mayor parte del día en la biblioteca, y Patricia pensó en hacer como él, hasta que un bedel le preguntó por su tarjeta de estudiante, que dijo haberse olvidado. Cuando el empleado le propuso buscarla en el sistema y hacerle un documento provisional, tuvo que dejar de ir, pero su novio le ofreció estudiar en su apartamento mientras él lo hacía en la facultad. Cuando este volvía, Patricia había preparado algo de cenar y arreglado el apartamento, que acondicionó con las cosas que había traído de Madrid. Pasado un tiempo, se dio cuenta de que ya casi no pisaba su apartamento, subalquiló su plaza en el dormitorio y llevó sus últimas pertenencias al de Ulysse. Compró unas pequeñas plantas que colocó en el alféizar de la ventana, cambió la funda del pequeño sofá y convirtió lo que había sido una habitación impersonal en un espacio agradable.

Achilles y Sybille, los padres de su novio, anunciaron su visita un fin de semana para ir a ver una exposición, y Patricia decidió devolverles su hospitalidad invitándoles al pequeño estudio. Buscó recetas en internet, se pateó los mercados y preparó un aperitivo español que disfrutaron antes de acudir al restaurante en el que habían reservado. Ya en la cama, le preguntó a Ulysse si su madre se encontraba bien. Sybille, por lo general muy comunicativa, no había dicho prácticamente nada en toda la noche y, al contrario que su marido, no había alabado, excepto lo imprescindible, ni la comida, ni las mejoras en la habitación de su hijo. Ulysse rio y le

dijo que no se preocupase, que probablemente se habría peleado con su padre. Se durmieron abrazados y no volvieron a hablarlo.

Achilles, de camino a Estrasburgo, le reprochó a su mujer su falta de educación con la pequeña española, como la llamaban en privado, y le dijo que no entendía por qué se había empeñado en ir a París si no le apetecía ver a los chicos. Sybille mantuvo su mutismo durante casi cien kilómetros, tras los cuales estalló y le preguntó a su asombrado marido si era tonto o si sólo se lo hacía. Achilles, poco acostumbrado a exabruptos de su mujer, pegó un frenazo mientras esta le preguntaba si no se había enterado de que a Patricia la habían expulsado de Sciences Po por falsificación de documentos. Añadió que ella, por lo menos, veía clara la jugada de la *petite espagnole*: había empezado con unos fines de semana y, tras unos meses, cuatro, para ser exactos, estaba instalada en el apartamento de su hijo, que debido a eso tenía que irse a estudiar a la biblioteca. Que había retirado los antiguos muebles y comprado otros, seguro que con el dinero de Ulysse, y se pasaba el día jugando a la joven esposa. No salía más que unas horas por la mañana, y se tiraba el resto del tiempo en casa. Podía prepararse para ser abuelo, resumió, frase que provocó otro frenazo que le valió a Achilles varios pitidos de los otros conductores.

—¿Está embarazada? —preguntó horrorizado.

—Todavía no, pero no debe de quedar mucho.

—Pero ¿cómo te has enterado de todo esto?

Sybille le miró con cara de pena.

—De vez en cuando me pregunto cómo has podido ser embajador tantos años si no te enteras de nada… Hace un mes me llamó Alix. Ya sabes que ella es muy discreta, pero estaba preocupada porque casi no veía a Ulysse en casa; en cambio a ella, continuamente. Le pregunté a él y me explicó que a Patricia la habían expulsado de Sciences Po y que, como no podía volver a su país, se quería quedar en Francia. Ulysse me dijo que tenía que hacer el último año; sin embargo, Alix me ha contado que está mirando universidades en París. —Al ver la cara de su marido, explicó—: Le llega correo, y Alix ha visto unos folletos en el cubo del papel.

—¿Has mandado a tu amiga a inspeccionarles la basura? —preguntó Achilles espantado.

Sybille no contestó.

—Achilles —añadió con dulzura—, es una chica estupenda y seguro que tiene un futuro brillante por delante, y yo estaré encantada de tener nietecitos españoles, ya sabes que no soy racista. Pero todavía no. Ulysse tiene que acabar su doctorado y hacer su año de prácticas. —Suspiró—. Pensaba que lo haría en Asuntos Exteriores, pero no va a poder ser.

—¿Por qué no?

—¡Querido! —Pensó si decirle a su marido que la joven sólo quería cazar a su hijo, pero se contuvo—. Hoy en día, lo importante es Europa. Ya he hablado con Étienne, y puede hacer el año práctico en Bruselas. Mientras tanto, ella regresará a Madrid y arreglará sus papeles. Entonces sí podrán planificar algo juntos.

—Pero Sybille, si Ulysse…

—Cariño, ¿recuerdas cuando tú hiciste tu año de prácticas? Yo no estaba en París y nos escribíamos sin cesar.

Achilles recordó aquellos meses con nostalgia. Pasado el miedo de no aprobar, había disfrutado de un año loco en la capital, que se hubiese alargado si sus padres, con muy buen sentido, no se hubiesen plantado en el piso que compartía con unos amigos en su misma situación y le hubiesen instado a sentar la cabeza de una vez. No recordaba haber escrito a su mujer tanto; es más, lo que le venía a la memoria eran sus cartas sin abrir en la mesa de la entrada, pero, si ella lo decía, sería así. Suspiró con placer al rememorar aquella época. Su mujer malinterpretó su gesto.

—¿Ves? Y ahora hay correo electrónico y pueden hablar por Skype. Además, Bruselas tiene un aeropuerto estupendo. Hay vuelos diarios a Madrid y a Estrasburgo. Casi más fácil que París. Y no vamos a frenar la carrera de la pequeña, sería injusto.

El hombre reflexionó.

—¿Qué ha dicho Étienne?

Sybille sonrió levemente.

—He hablado con Béatrice. Su hijo estudia en Lyon. Su cuarto está libre, y estará encantada de alojar a Ulysse durante su año en prácticas. Por cierto, he hablado con tu hermana. Nos invita a su casa en Bretaña a pasar el verano. Necesitas un descanso y Ulysse también. Ya sabes lo que decía mi madre: nada como mar y viento para preparar la cabeza para el invierno. Estarán todos sus hijos, así

que lo pueden pasar muy bien.

Cuando Ulysse le dijo a Patricia que debían desalojar el apartamento, ya que la amiga de su madre había decidido alquilarlo ese verano por Airbnb a turistas, Patricia sintió como si la arrancasen de su hogar. Pensó que Ulysse la invitaría a pasar parte del tiempo en Alsacia, lo que ocurrió; no obstante, lo que ella había estimado que sería por lo menos un mes se convirtió en una semana, ya que los Gillardeau al completo se trasladaron a Bretaña a casa de una tía. Ulysse, violento, dijo que no sabía si la podría invitar también, pero que lo intentaría y, si no, iría a verla a Madrid. Patricia hizo las maletas, llevó sus cosas a la casa de sus tíos en San Lorenzo y se instaló con ellos para pasar parte del verano. Ulysse, fiel a su promesa, la visitó; pese a ello, asombrado por la condición de dormitorios separados y la obligación de comer y cenar con los tíos de su novia además de sufrir un calor espantoso y no saber qué hacer con las horas del día ya que no jugaba al golf como sus anfitriones, aprovechó la llamada de su madre en la que le recordaba la fiesta de cumpleaños de su tía y las regatas del verano para anticipar su vuelta. Le contó a su novia la maravilla de los paisajes bretones y la sensación de los catamaranes saltando las olas en compañía de sus primos. Patricia dudó, pero nunca había navegado y se imaginó las noches con la familia de Ulysse y los días en las frías aguas del Atlántico embutida en un mono de neopreno y se decidió por acompañar a sus tíos al sur. Al fin y al cabo, se dijo, si la aceptaban en la universidad francesa, podría recuperar los créditos allí y pasarían el invierno juntos.

Cuando Ulysse le contó la oferta de Bruselas, mucho mejor que la de Asuntos Exteriores, se decidió y, antes de salir hacia el sur, fue a la oficina de estudiantes y, con la ayuda de Laura, que la recordaba perfectamente, se inscribió en Madrid otra vez para conseguir la diplomatura. Esta, tras contarle su historia, le recomendó hablar con la directora de estudios, que aceptó permitirle comenzar el máster condicionando su aprobación a la recuperación de los pocos créditos que le faltaban. Patricia aceptó y se resignó a cursar el máster en Madrid. Al principio, Ulysse y ella intentaron verse, pero los vuelos los fines de semana eran caros y él tenía que trabajar a menudo los sábados, lo que los hacía todavía más cortos. Poco a poco se fueron distanciando y un día que

Patricia relataba al teléfono lo difícil que era conseguir unas prácticas en Madrid, el joven le comunicó violento que debía colgar, ya que había quedado con una antigua amiga de infancia que había estudiado en la escuela de traductores y estaba ahora en Bruselas. Patricia comprendió la situación al momento y colgó. Lloró amargamente; aun así, en la siguiente conversación no le hizo ningún reproche, le deseó todo lo mejor y mencionó que le gustaría mantener su amistad. Ulysse, aligerado por haber podido arreglar el asunto de manera tan diplomática, le aseguró su amistad incondicional y le propuso preguntar a su padre quién estaba en la embajada en Madrid. Llamó a Achilles, le explicó la situación y este prometió enterarse. No había pasado una semana cuando Patricia recibió una llamada del asistente del representante francés en España, que le ofreció unas prácticas en la sede gala de la capital.

César

Madrid, 1990-2013

César Rubio siempre tenía presentes los apuros y sacrificios que pasaron sus padres para que él llegase hasta donde estaba.

Pepe, su padre, dueño de una ferretería del barrio de Chamberí, había decidido que el chico valía y no acabaría vendiendo tornillos como él. Sabía por experiencia que hay trenes que pasan una vez en la vida y no se vuelven a detener, y decidió que su hijo César no iba a perder ninguno de ellos. Fue a todas las charlas informativas del colegio, se enteró de los cursos extraescolares y de los cursos de verano. Era un hombre práctico y se dijo que preguntarle a alguien que hubiese triunfado le ayudaría más que cien charlas, así que se decidió a solicitarle consejo a uno de sus clientes habituales, Alfredo de la Pisa, un abogado de éxito (salía en el telediario) que acudía a la tienda a comprar todos los componentes para un tren en miniatura que había montado en su desván. Las piezas alemanas eran difíciles de conseguir, pero Pepe tenía un primo que se había ido para allá de pequeño y le ayudaba a pedir los vagones, raíles y nieve artificial por catálogo a cambio de una módica comisión. Don Alfredo de la Pisa pasaba las horas de los sábados en la ferretería elucubrando acerca de los elementos que necesitaba para el nuevo pueblo, estación o apeadero, y, entre montaña de cartoné y barras de protección en miniatura, Pepe le sonsacaba cómo encaminar al chico. El abogado le explicó que el inglés era fundamental, pero que, para aprenderlo bien, había que estudiarlo en los países anglosajones. Pepe y Paz escogieron uno de los cursos de verano mejor valorados que salían en el periódico; no obstante, Pepe quiso, antes de contratarlo, conocer la opinión de Alfredo. Cuando se lo mostró a su cliente, este le explicó que las estancias a largo plazo eran mucho más eficaces, ya que, en los veranos, existía el riesgo de

que los chicos se juntasen con otros españoles y, con ello, la inversión podía resultar nula. Alfredo de la Pisa era un fanático del esquí y recomendó Canadá, lo que llevó a Pepe Rubio a entramparse hasta las cejas para poder asumir el enorme coste de un año escolar en Vancouver. La noche antes de su partida, Pepe tuvo una larga conversación con su hijo en la que le dijo que todas las puertas se le abrirían si aprovechaba bien aquellos meses. Don Alfredo le había dicho que aquel año las actividades extraescolares eran más importantes que las notas, ya que con los nativos aprendería el idioma bien y que de eso se trataba, así que Pepe instó a su hijo a pasar el mayor tiempo posible con los otros alumnos. En Canadá, César, fiel a su promesa, se inscribió en todo, pero lo que se convirtió en su pasión fue el periódico local, que le llevó a decidir lo que quería estudiar.

Cuando a su vuelta se lo comunicó a sus padres, Pepe se enfadó tanto que se encerró en la ferretería y no volvió a casa para dormir, primicia en su matrimonio, que hizo que César se encontrase a su madre, que no se había acostado, en la mesa de la cocina ante un café con leche, con el pelo desordenado y cara de agotada. César enrojeció de vergüenza al descubrir que, con el fin de pagar la enorme suma de la estancia en el extranjero, su padre había tenido que solicitar un crédito en el que se presentaba la ferretería como aval y su madre, para su devolución, había suprimido durante años los pequeños lujos que se permitían —desde un fin de semana en un parador por su aniversario hasta los puritos que su padre fumaba los domingos.

La carrera que había elegido, le dijo su madre, daría pocos frutos, si es que los daba alguna vez, y, para eso, ellos no habían hecho esos esfuerzos. Podía estudiar Periodismo, le dijo, pero primero estudiaría algo que le gustase a su padre. César palideció y contestó que tardaría cinco años en estudiar otra cosa, a lo que Paz respondió que no forzosamente, que su padre también había devuelto la hipoteca sobre la ferretería en la mitad de tiempo de lo esperado y se había sacado la reválida en el turno de noche trabajando durante el día.

César accedió y se inscribió en la Facultad de Economía por la mañana y en la de Periodismo por la tarde. Le quedaban unos meses de carrera cuando conoció a Ana, una guapa joven de ojos

almendrados y larga melena que luchaba con la Macroeconomía en el bar de la facultad. Sin darse cuenta, César se encontró explicándole a la chica las nociones de segundo y quedando con ella para tomar una caña por la tarde. Ana se adaptó a sus tiempos y, cuando César acabó, se sentó con él a buscar trabajo. Fue ella la que le recomendó trabajar una temporada en la empresa privada para poder escribir con conocimiento de causa después. Así, Pepe y Ana se convirtieron en unos inesperados aliados que llevaron a César a trabajar para Montes, S. L., una conocida empresa familiar que había empezado produciendo botijos para convertirse en una de las líderes en embalajes plásticos, desde botellas de lejía hasta envases para farmacéuticas.

César era listo, rápido y trabajador, lo que le llevó a convertirse en pocos años en la mano derecha de Ramón Montes, el dueño de la empresa. Este recompensó bien su valía, lo que le permitió casarse y pagar la entrada de un piso, donde recibieron el nuevo milenio y, pasados unos años, tuvieron a su primer hijo.

Las cosas habrían seguido así si Ramón Montes no hubiese tenido un infarto de miocardio que a punto estuvo de mandarle al otro barrio sin testar. Montes, S. L. era una empresa familiar desde hacía generaciones, y Ramón siempre había evitado cualquier aportación exterior, único punto en el que discrepaba de César, que era partidario de permitirles a los trabajadores adquirir una participación en el negocio. Montes nunca antes había pensado en ello, ya que no llegaba a los sesenta y parecía tener media vida por delante, pero con el miedo de haber visto a la muerte tocar a la puerta, se dirigió al notario y decidió la disposición de sus bienes. Legó la casa, la finca y el barco a su mujer y, con muchas dudas y gran esperanza, decidió poner la empresa, en caso de su muerte, en manos de su único hijo, Ramón Jr. Este era un viva la vida que no había acabado ninguna de las carreras que había empezado y se dedicaba a fotografiar, con más ganas que acierto, a jovencitas que querían ser modelos. Cuando se lo expuso a César, este perdió toda la admiración que sentía por su jefe tras una conversación sin pies ni cabeza en la que Montes le repitió como una letanía que debía pensar en su hijo y sus descendientes. César discutió con Ramón, le dijo que poner Montes, S. L. bajo el mando del heredero sería un suicidio y que él no trabajaría para una persona a la que no

admirase. Ramón le miró con una tremenda tristeza en sus ojos oscuros, propuso un contrato por el que César sería libre de irse a donde quisiese y recibiría una bonita suma si se mantenía en su puesto un año tras su muerte, partiendo de la base de que después de haber dejado de fumar y haber adelgazado veinte kilos le quedaba suficiente tiempo para que el chico se enderezase. La cláusula con César permitiría que Ramón Jr., si no lo estaba ya en el momento de la muerte de su padre, se metiese en el alma de la empresa. No había pasado un año cuando Ramón padre cayó muerto la mañana de un domingo que salía a correr por su urbanización.

Ni en sus peores sueños hubiese podido imaginar César lo que era trabajar bajo el mando de Ramón Jr. Mandaba de malos modos, revocaba decisiones largamente meditadas y trataba a los antiguos colaboradores de su padre como si fueran muertos de hambre con suerte de trabajar para él. Al principio, los trabajadores se refugiaron bajo el ala de César; sin embargo, al percatarse de que ni él se salvaba de seguir las órdenes sin sentido del heredero, empezaron a abandonar el barco. César intentó hablar con la viuda de Ramón, pero esta se había mudado a Mallorca, donde pasaba el tiempo entre copas y clases de yoga, y el futuro de Montes, S. L. le importaba bien poco mientras recibiese su mensualidad.

César tuvo una violenta discusión con Ramón Jr., que le soltó que ya podía estarle agradecido de que le hubiera sacado de la puta ferretería para llevarle a El Viso. Bien mirado, hasta le podía agradecer su matrimonio, que, si no, de qué iba él a haberse casado con esa tía. César le había agarrado de la camisa y sólo logró contenerse cuando la antigua secretaria de Ramón padre entró en la habitación y se interpuso entre ellos. No habían pasado seis meses cuando César metió sus cosas en uno de los cartones de botellas de lejía y salió para siempre de Montes, S. L.

Aunque Ramón padre había tenido esperanzas en su hijo, no había sido del todo iluso y había dejado estipulado que, aunque César saliese antes de tiempo de la empresa, le correspondería la suma acordada. Cuando el abogado se lo comunicó al actual presidente, este montó en cólera e intentó declarar nulo el acuerdo, lo que llevó a César a un tribunal, del que salió con la cantidad económica completa, con excepción del sueldo de los meses que

faltaban para llegar al año. Con aquel montante amortizó el pago de la hipoteca y empezó a buscar trabajo entre sus contactos de la patronal. Escribió un artículo sobre el futuro de los embalajes y su impacto climático en una revista de economía, a raíz de lo cual le llamaron para que escribiera sobre el medio ambiente y de las posibles mejoras ecológicas en la industria. Empezó a tener clientes fijos en los semanarios y en programas de radio y televisión, que le llamaban de manera asidua, y pasados dos años ganaba bastante y hacía lo que siempre había soñado: ser un periodista excelentemente formado que dividía su tiempo entre los periódicos en los que tenía columnas, y la radio y la televisión.

Un domingo que comían en casa de los padres de César y habían aprovechado el buen tiempo para hacer una paella en el balcón, Paz le hizo una seña a su hijo. Dejaron a Ana y a Pepe vigilando el arroz mientras los niños jugaban con un antiguo tren de su padre y César siguió a su madre a la cocina, donde Paz, con el rostro angustiado, sacó una carta del cajón y se la tendió.

—No se lo he querido decir a tu padre para no darle un disgusto… —susurró.

Paz le explicó que había ido al mercado y mientras intentaba aparcar en batería salió el coche vecino y le dio un golpe. Se bajó a hacer el parte, pero, como bloqueaba la calle del mercado, los otros conductores se impacientaron y la exhortaron a que se retirase para no fastidiar al resto. Paz aparcó y el causante del choque colocó su coche en la posición original. Más tarde, este afirmó que él estaba parado y Paz lo había embestido. La notificación le había llegado porque el seguro consideraba que la culpa era de su madre y le subían la póliza. César la dobló y se propuso llamar al día siguiente a la compañía.

El lunes, César se levantó y desayunó con Ana y los niños. Los tres se fueron al colegio y su mujer salió hacia la tienda de decoración especializada en habitaciones para niños que regentaba cargada con un muestrario de telas.

Al salir de la ducha, César llamó al seguro. Habló con el comercial que le había enviado la carta a su madre, y este le explicó que, tras el choque y la declaración del contrario, habían determinado que Paz había embestido a un coche detenido —por ello la subida de la prima—. Como Paz se mantenía en su versión,

se habían decidido por un pequeño aumento en vez del que le hubiese correspondido. César montó en cólera y le dijo al agente que buscaría a los testigos que habían presenciado el accidente y demostraría que su madre tenía razón. El hombre, en su despacho, le deseó suerte y le rogó que le avisase con cualquier cambio de declaración.

César se plantó en el mercado, ya que su madre le había dicho que el causante del accidente era el que se había quedado el puesto de encurtidos. Cuando llegó y oyó cómo contestaba de mala manera a una señora que le recriminaba pesar demasiado líquido con las aceitunas ya le cayó mal. La señora se fue y César quedó cara a cara con un joven que le dedicó una sonrisa de «menudas son las mujeres». Cuando sacó la foto del coche de Paz y la apoyó sobre el mostrador, el hombre dejó de sonreír. César le preguntó en tono seco si no querría retractarse de su declaración, que los dos sabían falsa. El hombre sonrió, lo que dejó ver un hueco en las muelas.

—No, no falsa.

—Es mentira —soltó César indignado—. Usted salía y mi madre aparcaba. Ella tenía prioridad.

El otro sonrió y se encogió de hombros.

—Vamos a tomar tú y yo café. Todo se arregla.

Salió del puesto, que cerró con una cortina, y se dirigió hacia el bar que estaba en la entrada. César le siguió y le dijo que no era cuestión de desayunar, sino de la póliza. En el bar, el joven pidió un café y le señaló a él, que negó con la cabeza. César retomó su discurso, explicó que su madre nunca había tenido un golpe y que toda la discusión le estaba dando una inseguridad que antes no tenía. Añadió que se imaginase que la víctima fuese su madre.

—Yo no madre —fueron las palabras que el otro escupió—, y la tuya —dijo señalando la barra— probablemente borracha. —Sorbió el café y sacó una cartera, de la que escogió un billete de cincuenta que le lanzó con una carcajada a través del mostrador—. Para que le compres a la vieja algo por el disgusto.

El tendero no le vio venir. El dueño del bar dijo más tarde que todo había sido tan rápido que ni siquiera se había dado cuenta, pero lo que quedó claro fue que César Rubio le dio un empujón a Mohamed Idrissi ante la barra pringosa del mercado de Vallehermoso. Uno de los parroquianos llamó a los municipales, que

cuando acudieron se llevaron a los dos implicados, no sin haber interrogado a los presentes acerca de lo ocurrido.

En la comisaría, Mohamed Idrissi declaró haber sido agredido por César Rubio cuando él le intentaba explicar que su madre a lo mejor ya no debía conducir ya que había causado un accidente, como comprobarían si llamaban al seguro. Además, César le había acusado de mentir y le había ofendido llamándole «moro de mierda», a lo que él, ya acostumbrado, no había reaccionado sino sacando un billete para pagar su consumición. En ese momento, el susodicho le había pegado un empujón que le había hecho estamparse contra la pared. Declaró, también, que había tenido miedo, que sentía calambres en los hombros y un fuerte dolor de cabeza. César refirió su versión y, a pesar de que el dueño del bar le respaldó diciendo que el tipo nuevo de los encurtidos era un cabrón que se había peleado en unos meses con los de los puestos y los compradores, no pudo declarar que este le hubiese agredido antes.

César pasó la mañana en comisaría y sólo salió tras haber llamado a un abogado amigo, que para nada se lo tomó a risa y le mandó a uno de los abogados penalistas de su despacho.

César intentó cerrar la puerta principal sin hacer ruido para que los niños no se percatasen de su llegada y se dirigió a su despacho a terminar un artículo. Miró el reloj y pensó que tenía todavía un poco de tiempo y que a lo mejor incluso podía cenar algo con los niños antes de ir a aquella recepción. Cuando puso el punto final, el reloj del ordenador marcaba más de las siete. Concentrado como estaba, no se había dado cuenta de que la casa seguía en silencio. Desde la cocina le llegaron los sonidos tranquilizadores de Lidia haciendo la cena. Se dirigió a su dormitorio, donde Ana debía de estar ya acicalándose. Abrió la puerta y se encontró la estancia completamente a oscuras. Encendió la luz. Su mujer gimió desde la cama, César apagó al instante, se inclinó y encendió una de las lámparas de la mesita de noche.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó posándole la mano en la cara.

—Fatal… Me ha venido la regla y se me ha juntado con una migraña… He conseguido hacer los deberes con los niños, pero no más. Le he dicho a Lidia que juegue un poco con ellos, los bañe y les deje ver un rato la tele hasta que sea la hora de ir a la cama.

Perdona, pero no me puedo ni mover.

—Vaya…

Ana consiguió darse la vuelta y miró a su marido a la cara tapándose los ojos para protegerse de la luz.

—Lo siento… —dijo y suspiró—. Ya sé que esta noche es la recepción en la embajada. Te estoy haciendo una faena, ¿verdad?

César empezó a dar vueltas por la habitación mientras se abría la camisa. Su mujer volvió a enterrar la cabeza en la almohada.

—No te miro; me duele demasiado la cabeza para seguirte con los ojos.

El hombre se detuvo, se sentó en la cama y apoyó la mano sobre el culo de su mujer.

—Pues sí, la verdad… Me voy a duchar. No me apetece nada ir solo, pero tengo que aparecer. ¿Podrías tomarte unas aspirinas y sólo nos quedamos un rato?

Ana consiguió darse la vuelta. Negó con la cabeza.

—Esta vez no. Me encuentro fatal.

César lanzó un gruñido de fastidio, entró en el baño y se duchó. Cuando salió, vestido con unos pantalones limpios y una camisa planchada, su mujer se había vuelto a quedar dormida. Cerró la puerta del dormitorio tras de sí y se dirigió al cuarto de los niños, donde César, el mayor, se levantó como un resorte y lo abrazó mientras los dos pequeños gritaban:

—¡César! ¡Páralo, páralo!

El niño soltó a su padre, se lanzó al suelo, cogió el mando y detuvo la voz grave que salía de la pantalla. Su padre levantó los brazos de manera amenazadora y con una voz de caverna afirmó:

—Luke, yo soy tu padre —dijo imitando a la figura de la Guerra de las Galaxias que permanecía congelada en el televisor.

—¡Papá! No es así, es «no, soy tu padre».

César rio y le revolvió el pelo al niño.

—¿Os ha ido bien en el cole?

El mayor volvió a tomar la voz cantante.

—He metido dos goles en el recreo. Después hemos tenido que parar de jugar porque Javi ha pegado a Diego porque Diego ha dicho que su padre había dicho que el padre de Javi era un ladrón. Los equipos se han dividido entre los que apoyaban a Javi y a Diego, así que no hemos podido seguir jugando porque un equipo

era más grande que el otro. Y, además, Javi le ha hecho sangrar de la nariz, y ha venido Federico Correpasillos y se los ha llevado a los dos a ver al director. No ha molado nada porque no hemos dado clase de Matemáticas, sino que nos han echado el sermón, que ya podían haberlo hecho en Lengua.

—¿Qué os ha dicho la profe? —preguntó el padre.

—Lo de siempre, que no se arreglan las cosas a lo bruto y que no se puede opinar antes de tiempo. Que los que juzgan son los jueces y que hay que esperar a ver lo que dicen ellos.

—Pues tiene razón la seño.

—Ya, pero estaba Luis, que su padre es abogado y ha dicho que su padre le había dicho que muchos ladrones se salvaban de la cárcel porque se podían pagar buenos abogados.

César miró a su hijo asombrado.

—Pero si el padre de Luis ha llevado los casos de…

Se calló a tiempo, y su hijo rio.

—Eso ha dicho Luis, que su padre decía eso cuando los que defendían a los otros chorizos eran más listos que él… Bueno, eso no lo dice el padre de Luis; lo dice Luis. Porque llega a casa cabreado y más vale alejarse. No le gusta nada que los otros sean más listos que él. Bueno, a mí tampoco me gusta que Luis me gane en matemáticas…

—César, no es cuestión de quién es más listo. Los juicios no funcionan así. Se supone que el que gana es el que no ha obrado mal. Para eso están los jueces, para decidir quién se ha portado mal. Como cuando mamá y yo os preguntamos quién ha empezado y por qué. Puede que alguna vez el sistema no funcione todo lo bien que debería, pero el principio es bueno.

—Pues espero que no me toque nunca estar en juicio… —dijo el niño, dubitativo.

—¿Por qué, si no has hecho nada mal?

—Vosotros —aclaró—, siempre que pasa algo, creéis sólo a Juan… La última vez me castigasteis por el jarrón de la abuela, que encima a mamá no le gustaba, y Juan dijo que había sido yo, pero el que le había dado al balón fue Felipe. Y mamá se enfadó mucho porque tú te enfadaste porque mamá no se enfadaba…

César recordó la escena y la rabia le volvió a subir a la cabeza. El jarrón en cuestión no era nada fuera de lo común, pero su madre

había dado vueltas un día entero para encontrar algún regalo que Ana no se tuviese que poner (seguro que no le iba a gustar), ni algo de lo que pudiese avergonzarse. Sí, su madre dijo «avergonzarse». Cuando les trajo el jarrón, Ana hizo como si le encantase, lo colocó sobre el aparador del comedor y relegó el que estaba ahí, una joya *art déco* que le había regalado su tío anticuario cuando se casaron, a un armario, y no se habló más. Bueno, lo de «no se habló más» es un decir. Cada vez que venía alguien preguntaba qué le había pasado al jarrón, y Ana respondía que lo había cambiado por el que le había regalado su suegra. Fue él, que no podía más, de tanto oír hablar del jarrón de su madre, el que dijo que ya estaba bien y que cambiase el puto jarrón de una vez. Se embarcaron en una discusión bizantina que acabó mal, a lo mejor porque él le echó en cara el querer ridiculizar a su madre con el jodido jarrón. Acabaron como el rosario de la aurora, pero el jarrón del tío anticuario volvió al comedor, y el rosa de la abuela Paz se colocó en la estantería del pasillo, donde lo tumbó Felipe de un gol que César no pudo parar. Cuando los niños fueron a confesar y el pequeño acusó a César, Ana no se enfadó; dijo que bueno, que tuviesen cuidado de no cortarse. César padre fue a ayudar a recoger los pedazos, pero al ver lo que se había roto volvió al salón y tuvo una amarga discusión con su mujer, que acabó diciendo que si además de haber soportado ese horror en el comedor durante meses, encima ahora iba a tener que llorar. Se había enfadado, sí, y mucho. Casi diría que se pasó un poco. César se sobresaltó al oír la voz de Darth Vader y se percató de que los niños, ante su silencio, habían vuelto a poner la película. Los besó y llamó a un taxi para que le llevase a la recepción de la embajada.

1

San Lorenzo de El Escorial, noviembre de 2016

—¿Se sabe quién es? —preguntó Karen.

—Sí, no hay duda. Patricia Mata. ¿Te acuerdas? La amante del periodista de economía César Rubio, un cabrón que la zurró y la violó como colofón después.

—No me suena, la verdad —contestó.

—Ah, claro. Eso pasó hace unos dos años y debías de estar fuera todavía. Ni siquiera sabía que viviese en San Lorenzo… —mencionó sorprendido—. Por lo que me acuerdo —comenzó el brigada—, Patricia Mata y César Rubio tenían un lío. Ella era una periodista joven pero muy lista. Él, bastante más mayor (Rubio tenía más de cuarenta, y ella no llegaba a los treinta), era un periodista conocido; por eso la prensa siguió el caso.

Cano giró en una calle bordeada de castaños. Dio un frenazo en la plaza que albergaba el antiguo colegio-convento de las Carmelitas de la Caridad para dejar pasar a un coche que había aparecido entre la niebla.

—La cuestión —siguió arrancando con cuidado— es que tuvieron un romance y, poco después, la violó y la maltrató. La dejó como un cromo, ella le denunció, le detuvieron y entonces salió a la luz que zurraba a los críos… y hasta a la mujer, creo. Vamos, un hijo de puta.

La teniente hizo una mueca de asco.

La casa en la que había vivido Patricia Mata era una propiedad que estaba en la carretera de Ávila, llamada «del Club» porque también llevaba al campo de golf de La Herrería. El guardia Suárez esperaba en posición de firme, haciendo señas con los brazos, con el coche atravesado en el camino de tierra que corría en paralelo a la carretera y permitía el acceso a las viviendas, en su mayoría, casas

grandes con las esquinas de granito. Cano levantó las cejas, pero Karen sonrió. Ricardo Suárez era temido por sus compañeros debido a sus eternas peroratas, y, sobre todo, porque conocía a todo el mundo en San Lorenzo y, en consecuencia, hablaba con todo aquel al que se encontraba, lo que retrasaba cualquier patrulla. El miedo de sus compañeros era diametralmente opuesto al cariño que le tenían los habitantes, que habían identificado en él a la figura del antiguo guarda de pueblo, que estaba para ayudar y no para multar. Karen recordó el caso de una lugareña que había sido condenada por desacato. Un guardia, oriundo de Zaragoza, y con ganas de ejercer la autoridad, la había multado por aparcar mal y salir indocumentada a por el periódico, lo que había llevado a la mujer a utilizar unos adjetivos poco adecuados con el guardia, que se lo tomó mal y la denunció. Sonrió y pensó que eso, con Suárez, jamás hubiese ocurrido y se alegró, en su fuero interno, de que el aragonés rindiese servicio actualmente en Jaén. A lo mejor y a pesar de su insensibilidad, había acabado percatándose de que el pueblo al completo había cerrado filas con su vecina y de que la vida en un sitio pequeño podía ser bien desagradable si te ponías a la gente en contra. Nadie decía nada, pero sus cafés llegaban los últimos, la tapa siempre le pillaba lejos y sus vueltas en los comercios eran monedas de céntimos. Acabó solicitando un traslado.

Suárez, que acostumbraba a cubrir la centralita, estaba exultante, ya que había una guardia nueva, Romero, que todavía no le conocía lo suficiente y había salido con él.

—¿Sabéis quién es? —les preguntó.

Asintieron, pero no hicieron ningún comentario. La entrada de la casa estaba fría, y las losas de barro cocido del suelo tenían marcas húmedas de zapatos. De una puerta entornada salían unos suspiros. La empujaron y se encontraron a una mujer mayor, que, sentada ante una mesa de mármol, se secaba los ojos con un pañuelo de papel mientras la guardia Romero, una joven morena con la melena sujeta en una coleta, la exhortaba a salir de la habitación. Al verles aparecer, los saludó con un gesto y les presentó mientras la mujer los observaba con los ojos enrojecidos y suplicantes.

—Mari, mire, estos son la teniente Blecker y el brigada Cano. Esta es Mari —explicó la guardia—. Viene a limpiar dos días a la

semana y nos ha avisado cuando ha llegado y se ha encontrado con el cuerpo.

Un suspiro acabó su frase. Con un gesto, Romero les indicó una puerta cerrada frente a ellos. La habitación era el salón de la casa. El cuerpo de una mujer de unos treinta años yacía sobre la alfombra con la postura de una muñeca dislocada. Su rostro se había detenido en una expresión de asombro, la sangre seca manchaba su pelo rubio y Karen se fijó en el atizador de la chimenea caído a su lado. Era de hierro y, aunque no veía manchas de sangre, todo indicaba que era el arma homicida. Se puso en cuclillas y observó a Patricia. Tenía unas facciones equilibradas y, hasta en la muerte, su rostro parecía el de una muñeca de porcelana que expresaba un mohín de disgusto. Iba vestida con una falda de lana y un amplio jersey. La teniente miró a su segundo.

—¿Unas doce horas?

—Ayer por la tarde noche —concluyó el brigada.

La teniente se incorporó.

—Benavides debe de estar al caer.

Miraron a su alrededor. La estancia estaba amueblada de manera muy agradable, los sofás eran de cuero marrón, y las paredes estaban forradas de estanterías repletas de recuerdos y libros marcados con la palabra *best-seller*. Un globo terráqueo había rodado por el suelo y unas figuras de porcelana se habían roto al caer. Salieron, cerraron la puerta tras de sí y volvieron a la cocina. La asistenta, pálida, suspiró y levantó los ojos hacia ellos. El rímel se le había corrido y los restos parecían nubarrones sobre la piel. Llevaba una melena por los hombros teñida de un tono caldero y las uñas pintadas de un color similar. Un bolso con iniciales impresas de una conocida marca y un llavero con un osito dorado colgando reposaban sobre la mesa. Cano sacó un cuaderno de tapas negras, se dispuso a escribir, y Karen sonrió y pensó que funcionaban como una máquina bien engrasada.

—¿Conocía usted bien a Patricia Mata? —preguntó.

—Sí, claro. Es… —se interrumpió con un sollozo— era la sobrina de mis jefes… Como la pobre lo ha tenido tan difícil y en Madrid lo pasaba tan mal, se ha venido a vivir una temporada aquí.

—¿Por qué lo pasaba tan mal? —preguntó Karen suavemente.

—¡Las redes! —exclamó Mari indignada—. Todo el santo día

torturándola y criticándola. Pobrecilla, ¿cómo se iba a recuperar? En estado de choc que estaba cuando llegó. ¡Cómo iba a estar el corderito! Aquí estaba más tranquila, que hay cada uno que para qué. ¿Usted se cree que se puede tratar a las víctimas así? Pues no señor. ¡Esto era un sinvivir! Y día sí, día no, lo mismo. Un viacrucis…

Karen la interrumpió.

—Perdone que la corte, Mari. Nos puede usted ayudar mucho, pero queremos apuntar todo y si sigue usted hablando tan rápido mi compañero no llega. Si le parece, le vamos preguntando.

La mujer sorbió con disimulo y levantó, atenta, la mirada hacia ella.

—Patricia Mata era sobrina de sus jefes.

La mujer lo confirmó con un gesto.

—¿Hace cuánto tiempo que trabaja para ellos?

—Pues, lo menos, quince años. De cuando murió mi marido. Un ictus, ¿sabe? Si no, yo nunca hubiese trabajado.

—¿Y a Patricia la conocía desde que era jovencita? —inquirió la teniente.

—Una chica bien maja que era, sí —afirmó la mujer—. Y bien guapa. Si no hubiese sido porque ese hombre satisfizo sus instintos de violencia de macho alfa… —No permitió a los guardias, estupefactos ante la expresión, continuar y replicó con el mentón levantado—. No me miren así, que me explicó la niña que se dice así. Así vamos, claro. Algunos la traían por la calle de la amargura, sí. Y todos los que escribían en sus redes le ponían unas cosas… Y la niña lloraba, claro, cómo no iba a llorar el corderito.

—Patricia trabajaba entonces desde aquí —dedujo Karen.

La mujer asintió con fuerza, haciendo que le temblara el mentón.

—Todo día en el internet que se pasaba, posteando hoy esto y mañana lo otro —declaró con orgullo—. Era periodista.

—¿Para quién trabajaba? —preguntó la teniente.

—¡Pues para una revista muy importante! *Carla* que se llama.

Cano aclaró mirando a la teniente:

—Es una revista política feminista.

—Una revista —continuó la mujer— que mira el mundo desde nuestro lado. —Se golpeó varias veces el prominente pecho—. Del

de la mujer. Además, la niña era una *influencer*. Periodista de los nuevos del internet, así me lo explicó ella. Y anda que no tenía mujeres que la escribían, que ella me leía algunos de los mensajes que la dejaban a una fatal. Que mira que se lo decía yo, que la ponían aún peor. Pero ella, que no, que la ayudaban a superarlo, que me decía.

—¿La ayudaban a superar qué? —Al ver su cara de asombro, añadió—: Perdone, Mari, pero acabo de llegar a España…

—¡La violación y el maltrato de ese animal! Pero ¿usted dónde vive? —La miró con desconfianza—. ¡Si salió por todas partes! Ese César Rubio, que, a mí, si me preguntan, es al que tienen que arrestar. —zanjó.

—¿Sabe si César Rubio se había puesto en contacto con ella?

Mari negó con la cabeza.

—¿Qué se cree, que es tan tonto de anunciarlo? Pero hay que ser burro… —No acabó la frase.

La teniente continuó.

—¿Cuándo se vino Patricia a vivir aquí? —prosiguió Karen.

Mari sacó una pequeña agenda de bolsillo.

—Pues hará unos seis meses, mire, lo tengo apuntado. Antes del verano.

Karen tomó la agenda, miró las fechas y pasó las páginas correspondientes a los últimos días.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—El jueves, cuando vine a hacer unas horas. Estaba trabajando; por eso tampoco la molesté. A veces me lee lo que le escriben, pero, si tiene mucho que hacer, no.

—¿Parecía distinta o preocupada?

—Distinta, no. Preocupada, no sé… Ella era —unió los puños sobre el pecho— muy visceral, ¿sabe? Unos días, si las cosas le salían bien, estaba feliz y canturreaba como una jovencita. Otros, si aparecía alguno de los comentarios malos o no tenía suficientes *likes*, se echaba a llorar como una chiquilla. —Al ver la cara de los guardias, pensó que no habían comprendido y especificó, como en un libro de internet para *dummies*—: Ya saben, eso del pulgar que dice si le gusta a la gente o no. Es muy importante porque entonces ellos, con un algor… Perdonen, eso no sé cómo se llama, lo enseñan más o no. Su cartel, vamos. Es como un anuncio, y la cuestión es si

te lo ponen en la churrería el domingo, en la panadería por la mañana, o el lunes en la pescadería, que está cerrada. Pues eso, los pocos *likes* te mandan al puesto del fondo del mercado, que cambia cada mes…

Karen tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no reír ante la perfecta descripción de las redes sociales. Mari suspiraba y, al ir a secarse las lágrimas, se sonó con cuidado.

—Y eso que últimamente parecía que la escribían menos locos… —dijo insegura.

—¿Quién le escribía? —preguntó Karen.

—Ya sabe, los típicos machistas. Bueno, no sólo eran hombres; aunque no lo parezca, incluso alguna mujer de esas a la antigua. La mandaban unos mensajes horribles, para hacerla daño. Cuando yo la decía de cerrar la puerta, dejar de escribir en todos esos sitios y borrar las burradas que la escribían, decía que no, que dejarlos ahí era la mejor manera de retratarlos. La niña parecía débil, pero no.

La teniente tuvo que sonreír otra vez ante el lenguaje de Mari, que tildaba a una mujer hecha y derecha de niña y corderito, y a la vez utilizaba unos términos adecuados a cualquier reunión feminista. Supuso que Patricia utilizaría esos términos, y Mari los había incluido en su vocabulario. La puerta se abrió y dejó pasar al forense, el doctor Sebastián Benavides, un hombre rubio muy alto, seguido por sus ayudantes.

—Perdonen por el retraso, pero con esta niebla no se veía ni el monasterio —se excusó.

Karen se acercó a estrecharle calurosamente la mano mientras Cano le hacía un leve gesto de saludo. El forense irradiaba, como siempre, tranquilidad, y Karen se preguntó una vez más qué era lo que el brigada, que solía ser muy comunicativo, no soportaba del médico legal. Sabía que Benavides era profundamente creyente, pero no podía concebir que la tolerancia, de la que era abanderado el brigada Cano, se detuviese en la religión.

—No se preocupe, el juez tampoco ha llegado —dijo Karen—. Es verdad, parece que estemos en Londres.

Le señaló con la cabeza la puerta del salón, por la que desaparecieron los de la Criminalística.

—Perdone, Mari, siga. Estábamos en el jueves —dijo Karen.

—Nada, la di una pasada a la casa y al baño y me fui… A lo

mejor tuvo visita —dijo señalando una botella de *whisky* sobre la encimera.

Karen le echó un vistazo y preguntó:

—¿Bebía habitualmente?

—Ella —dijo juntando dos dedos para quitarle importancia—, un coctelito de vez en cuando.

Resopló y se secó con cuidado los ojos.

—¿Sabe usted si tenía alguna relación en especial? Algo más íntimo que simple trabajo.

—Salía con alguien, no sé cómo se llama, pero Patricia me dijo que se había equivocado, que era un hombre que seguía teniendo una idea —hizo una pausa y pronunció con cuidado— heteropatriarcal de la mujer. Así que le dejó, que menuda era ella para esas cosas… Después, la verdad, no sé.

Cano sonrió comprensivo.

—Tiene que ser muy agradable trabajar con alguien tan discreto como usted, Mari. No es que la teniente y yo queramos hurgar en su vida privada y mucho menos juzgarla. Pero usted apreciaba a Patricia y debemos encontrar al que le hizo eso —dijo señalando al salón.

La mujer bajó la mirada y se aferró al pañuelo de papel. Karen dijo suavemente:

—No es una indiscreción decirnos si pasaba la noche de vez en cuando con alguien. Nos podría ayudar usted a encontrar al que la mató.

Mari sorbió una vez, se sonó y levantó la vista.

—No sé el nombre, pero, a juzgar por las sábanas, pasaba algunas noches acompañada. Aun así, yo nunca le vi: a la hora que yo venía ya se había ido.

—¿Sabe usted si era siempre la misma persona? —preguntó Cano.

—No… ¿Cómo lo voy a saber si no le veía? —respondió Mari como si fuese la cosa más lógica del mundo.

—A lo mejor le llamó la atención algo, el olor, la forma de dejar la almohada, si fumaba, y, si lo hacía, una marca determinada. Lo que bebían, por ejemplo, o lo que quedaba en las papeleras —intentó precisar la teniente.

—El novio fumaba, porque —dijo señalándose la nariz— la casa

olía. La almohada, no sé…, como había que cambiar las sábanas, prefería no fijarme mucho y meterlas directamente a la lavadora.

La teniente reflexionó un momento y preguntó:

—¿Podría haber sido la visitante una mujer?

Mari levantó la cara asombrada y negó con decisión varias veces. Karen no pudo más que sonreír ante su reacción. Hablaba de algoritmos y de *likes*, pero el que Patricia no fuese heterosexual no se le había ocurrido nunca.

—No, no era una mujer.

—¿Por qué no?

—¡Pues por la tapa del baño! —exclamó con convicción—. Algunos días me las encontraba las dos subidas. Ninguna mujer las deja así…

—Mari, ¿ha entrado usted hoy en el dormitorio? —preguntó Karen.

La mujer negó con la cabeza y señaló la escalera. Dejaron a Romero con ella y subieron los peldaños de madera. Cano abrió las puertas y se encontraron con un dormitorio cerrado con su baño, otro que Patricia había convertido en despacho, y un tercero con las sábanas estiradas de mala manera y otro baño, que era el que parecía ocupar la víctima. Patricia no era muy ordenada: la toalla estaba colgada sin doblar, la alfombrilla estaba en el suelo y había un tarro de crema mal cerrado. Había una bolsa con cosméticos abierta en la balda, y la ropa sucia se acumulaba en el bidé.

—Si esperaba a alguien, o era de mucha confianza, o no iba a entrar en el baño —dedujo Cano.

En el despacho, varias revistas abiertas yacían sobre la cama. Sobre el escritorio, un ordenador portátil abierto y una taza con un resto seco de café. La madera de la escalera crujió y el doctor Benavides apareció inclinando, por costumbre, la cabeza. Les hizo una seña para que le siguiesen al salón.

—Para que empiecen a elucubrar —comenzó—. Muerte acaecida entre las siete y las diez de la noche de ayer. La golpearon con el atizador de la chimenea —dijo sacando su móvil y enseñándoles una foto del cabezal en ángulo recto del instrumento con una regla a su lado—. La herida no es muy profunda, pero le dio en mal sitio y debió de morir inmediatamente.

Cano contestó con la mirada torva:

—No irá a creer que no la quería matar, ¿verdad?

Benavides volvió su mirada tranquila hacia el brigada y negó con la cabeza.

—Yo no interpreto, brigada; sólo expongo hechos. Lo que sabemos con toda seguridad es que murió con el primer golpe. Certero, eso sí. Dada la profundidad de la herida, si le hubiese dado unos centímetros más atrás, habría resultado un chichón sin importancia. —Al ver la cara del brigada, sonrió y añadió—: Lo que no quiere decir que no supiese exactamente cómo y dónde dar, o que, si no hubiese conseguido su objetivo, no hubiese vuelto a usar el arma una vez más.

Cano iba a abrir la boca cuando Karen le interrumpió:

—Conclusión: alguien la atacó de manera consciente aceptando la posibilidad de matarla. Y comprendo que usted no interprete, pero estoy con el brigada en que nadie golpea a otro con un atizador en la cabeza si no es con intención homicida.

Benavides se encogió de hombros.

—A simple vista, parece que la mujer luchó con su atacante, se defendió —dijo señalando la porcelana rota y el globo terráqueo del suelo—, y o le hizo caer, o se levantó antes de que la matasen.

Karen y Cano miraron al suelo extrañados.

—¿No lo arrastró al caer? —preguntó el brigada.

El forense negó con la cabeza.

—No, eso se lo puedo asegurar. A no ser, claro, que la moviesen de sitio después. Por el ángulo en el que está, no pudo tirar nada. Tiene contusiones y arañazos, pero tengo que examinarlos uno a uno antes de poder afirmar nada. Todo indica, por las medias y ropa interior rasgadas, que mantuvo relaciones sexuales involuntarias antes de la muerte.

—Luchó con su asaltante, este la violó y la mató después con el atizador —concluyó la teniente.

Benavides levantó las manos, defensivo.

—Todo a primera vista. Cuando la tenga sobre la mesa, les podré decir más.

—¿Ha encontrado alguna otra cosa que le llame la atención?

El forense se volvió hacia ellos.

—La chimenea la encendieron, y por la temperatura podremos calcular más o menos la hora en que echaron el último tronco.

Huellas las estamos cogiendo todas, aunque esto es como el vagón del metro… —dijo desalentado—. De todas formas, no desesperen, hay dos copas en el salón y unas más en la cocina. Ninguna de las puertas exteriores o ventanas está forzada, y su bolso está en la entrada. En el billetero están las tarjetas y dinero: no parece que fuese un robo. No se preocupen —añadió—, si encuentro algo que les pueda ayudar, les llamo inmediatamente. Pero no se queden ahí en medio. Pierden ustedes el tiempo y me lo hacen perder a mí, que tengo que esquivarlos.

Salieron para quitarse del camino del forense y se encontraron a Suárez, que se servía un café con un termo en la mano. Le miraron todavía más asombrados cuando les ofreció dos y sacó de una bolsa del coche unas magdalenas. El hombretón se encogió de hombros.

—Cuando han llamado y mientras Romero acercaba el coche se me ha ocurrido que a lo mejor nos venían bien… Romero se ha enfadado porque dice que no es profesional, pero no me digan que ahora no les apetece un cafelito. —Sacó unos vasos de papel y, al ver la cara de Cano, añadió—: A lo mejor ayuda incluso con un testigo…

—Pero, Suárez, alma de cántaro… —dijo Cano recriminatorio.

Karen contuvo una carcajada, se acercó y tomó el café, aunque rechazó la magdalena. Bebió un sorbo y se sintió, unido a la niebla, trasladada a Alemania, donde dio sus primeros pasos con el doctor Maus. Este le había explicado que era ridículo intentar hacer creer al ciudadano que las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado eran como robots que no comen, no beben ni van al baño. «Es peligrosísimo, además —le había dicho—. Creamos una imagen irreal de alguien que no tiene necesidades, lo que implica que tampoco sentimientos y aceptamos que resuelven y dan órdenes. No hace falta que te diga a dónde puede llevar eso, ¿verdad, Karen? No tomes jamás al ciudadano por idiota. Los agentes tienen hambre, sed y, un par de veces al día a tu edad, y más a la mía, van al baño. Y no me digas que eso lleva a la falta de respeto. Qué gran error pensar que la inhumanidad lleva al respeto. ¿No me respetas tú a mí? —había preguntado con cara divertida—. Pues yo me paso el día tomando cafés, desgraciadamente fumando demasiado y, a veces, necesito más de una copa para dormir bien. Por mucho que lo intentes ocultar, eres humana, Karen. Y con un café se piensa

mucho mejor…». La teniente sintió nostalgia de haber perdido a su jefe y mentor, que había muerto hacía unos años. Pensó que debería echarle el discurso a Romero; relajarse un poco le vendría bien, aunque tampoco tanto como Suárez, se dijo divertida, que era capaz de meter en los coches una cesta de pícnic si se le daba demasiado pie. Se acabó el café agradecida y se fijó en los vehículos que pasaban, que frenaban para superar el badén y aprovechaban para mirar las luces de la policía. Se volvió hacia la casa contigua, un edificio de aires herrerianos con los postigos cerrados, para tocar el timbre, pese al meneo constante de la cabeza de Suárez.

—No hay nadie —dijo el guardia—. Deben de ser veraneantes. Llevo aquí más de dos horas, no se ha encendido una sola luz y son más de las diez.

Cano se acercó, pulsó el timbre, y al no recibir respuesta volvió junto a ellos e ignoró la expresión de Suárez de «ya lo decía yo».

El ruido de ruedas sobre la arena les hizo escudriñar el camino. El guardia, al reconocer un cochecito, se alejó hacia la silueta que se acercaba.

—Pase por aquí —indicó—. No se asuste usted, que yo le señalo el camino.

Karen sonrió al oír las carantoñas del guardia y los comentarios a otro niño que debía de ser más mayor, porque Suárez hablaba de la marca del coche que el crío debía de llevar en la mano.

—En la casa siguiente tampoco hay nadie —dijo Cano, que se había acercado una casa más allá—. Tiene un cartel de una empresa de reformas, pero es tan antiguo que dudo de que siga existiendo.

Sin mirar a los lados, pasó la mujer del cochecito, que llevaba a un niño de unos cuatro años de la mano. La voz de Romero llegó hasta ellos amortiguada.

—Han llamado del juzgado, que el juez avanza muy lento por la niebla, pero el criminalista les está buscando.

Entraron en la casa de nuevo y Benavides les mostró una bolsa de plástico con un teléfono móvil.

—Estaba en el suelo, pero no lo he conseguido encender. Me lo llevo, por las huellas, y se lo mando. Ya he cogido el ordenador también.

—Podemos ir a interrogar a los de la casa del otro lado mientras llega el juez —propuso Karen mirando las luces—. Es la única

habitada cercana. Suárez —dijo dirigiéndose al guardia—, a ver si nos localiza a ese César Rubio. Y, según la asistenta, a Patricia le escribían bastantes locos; habría que mirar las redes.

—Estuve unos meses en Ciberdelitos —apuntó la nueva guardia Romero—. Me puedo enterar.

2

Madrid, abril de 2013

Las luces iluminaban la escalinata bordeada de banderas tricolores. César esperó a que la representante de prensa buscase su nombre y confirmó que acudía solo. Había grupos formados, vio a algunos periodistas y a varios de los funcionarios franceses en animada conversación con ellos. Sólo tuvo que mirarles la posición de los labios para comprobar que utilizaban el francés, lengua que él no hablaba. De todas maneras, se dijo, daba igual; no se sacaba nada importante en los grupos multitudinarios al inicio de las recepciones. Al final, cuando hubiese corrido el alcohol, y la gente estuviese más relajada y propensa a formar grupos más pequeños, entonces sí. La embajada celebraba la visita de su presidente, y César Rubio había sido invitado para dar cuenta de ello. Un poco apartados, reconoció a dos periodistas de economía, uno inglés y otro estadounidense, que observaban el ostentoso interior de la Embajada gala en Madrid. No parecían metidos en ninguna conversación importante, así que César se acercó a ellos. Le saludaron y comentaron las encuestas a la baja del presidente Hollande. El americano propuso sentarse en uno de los sofás de los rincones antes de que se ocupasen todos y tuviesen que comer los canapés manteniendo la copa en equilibrio. César coincidió, y el inglés se movió con rapidez hacia un grupo de sillones que había al fondo de la sala para dejarse caer en uno con la mirada fija en un extremo de la estancia. El americano observó curioso su rostro concentrado, a lo que el británico señaló una dirección con la barbilla. El español dirigió la mirada a donde se fijaban los ojos del inglés. Una joven, de unos veinticinco años, rubia, con unas facciones delicadas y la piel salpicada de pecas, servía unas copas. No llevaba el uniforme de camarera, sino un traje pantalón oscuro

sobre una camisa blanca que no conseguía esconder las curvas de su cuerpo, nada en consonancia con el rostro aniñado de su propietaria. A César le resultó vagamente conocida. El británico y el americano sonrieron y mantuvieron los ojos fijos en la joven. Como si notase las miradas en su culo, la mujer se volvió y sus ojos de color miel se cruzaron con los oscuros de César. Se conocían, se dijo César, aunque no sabía de dónde. Intentó recordar si había sido en un plató, o a lo mejor era una becaria. La joven se acercó a ellos y César sintió casi el babear de sus compañeros. Los dos apuraron sus copas, las abandonaron sobre la mesa y la miraron a los ojos suplicándole que les trajera dos más. César iba a preguntarle de dónde se conocían, pero la mujer desapareció. Los anglosajones comenzaron a discutir abiertamente sus virtudes, aunque con deportividad coincidieron en que la mirada más intensa había sido para él, el español.

El discurso del presidente fue largo y plagado de frases rimbombantes que a César le costaba mucho entender. Cuando acabó, sus compañeros anglosajones entablaron una animada discusión con el agregado militar. No hicieron ninguna señal para incorporarle, así que se retiró hacia la pared para observar el conjunto. Unos segundos más tarde apareció la joven a su lado, esta vez con una carpeta en las manos. Le sonrió y dejó ver unos incisivos separados por un pequeño espacio. César pensó en la inteligencia del dentista que la había tratado. Muchos hubiesen intentado cerrarlo, convirtiendo así la dentadura en una hilera impecable, pero ese pequeño hueco aumentaba enormemente el atractivo de la jovencita en ese cuerpo maravilloso.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó, haciendo una seña hacia el bar.

—Perdona —dijo César tras negar con la cabeza—, pero ¿no nos conocemos?

—¿Te acuerdas? —La cara de la joven se iluminó—. ¡Es increíble!

César sonrió, devanándose los sesos para acordarse de dónde y no decepcionar o causar tristeza en aquel ilusionado rostro.

—Fue en la entrevista a Hollande —le ayudó ella—, ¿te acuerdas de verdad?

—¡Claro! —exclamó César, que por fin se había dado cuenta—.

Durante la campaña, ¿no? Te llamabas…

—Patricia. Patricia Mata. Fue superinteresante aquella entrevista.

—¿Y trabajas aquí?

Con un pequeño mohín frunció los labios.

—Una suplencia… Pero está muy bien, he conocido ya a muchas personas.

—Ya, es complicado encontrar algo fijo. ¿Estudiaste Periodismo?

—No, Políticas.

—Y sabes francés…

—Viví un año en París —explicó Patricia—, estuve en Sciences Po y lo mejoré mucho. Había hecho unas prácticas aquí y por eso me llamaron para la suplencia. —Sonrió dejando ver el pequeño hueco entre los dientes—. Bueno, ¿y tú? ¿Sigues entrevistando a presidentes?

César rio.

—Ya sabes que los periodistas entrevistamos a lo que se ponga a tiro —dijo dedicándole una mirada divertida.

—¡Venga ya! Que leo tus columnas y sé que tienes una en *El Economista* y otra en *Activos* y veo con quién hablas. —Suspiró—. A mí me encantaría llegar alguna vez…

César sonrió.

—Los puestos en las embajadas son fantásticos para aprender y tienes muy buena base, si ya has estado en París. Seguro que encuentras algo interesante cuando acabes la suplencia.

El grupo de los anglosajones se empezó a mover hacia la salida y César se percató de que la recepción era sólo eso, una copa con picoteo y discurso incluido. Se fijó en Patricia, que estaba anudándose un chal de seda al cuello. César se volvió con una mueca.

—Bueno, parece que su excelencia nos echa.

—O nos libera, según como lo entiendas… —Rio la joven.

Anduvieron en silencio hacia la salida y, ya en la calle, Patricia se detuvo y se giró hacia él.

—A lo mejor nos encontramos otra vez…

Hacía una noche estupenda, la primavera se empezaba a notar y apetecía un paseo. César miró el reloj y vio que todavía era pronto.

—¿Te apetece andar un poco? —sugirió—. No sé hacia qué

dirección vas…

Patricia rio.

—Cualquier boca de metro me viene de cine.

—Pues, entonces, podemos caminar hasta que te aburras de mí. Si subimos por la Castellana tienes una cada trescientos metros.

Ya habían abierto las primeras terrazas con estufas de gas y se sentaron a tomar una copa en una de ellas. Patricia habló de su carrera y de París, y César le contó las entrevistas más interesantes que había hecho. Pidieron la segunda copa y la tercera. La terraza se había ido vaciando y César propuso pagar. Patricia se levantó y dijo que iría al baño, para lo que debía atravesar los dos carriles laterales de la Castellana y entrar en el bar. Tropezó con una de las sillas al salir y César se levantó a ayudarla. Pensó que sería mejor acompañarla, ya que a esa hora los coches pasaban muy rápido y algunos se saltaban el semáforo peatonal. Al cogerla del brazo, sus dedos rozaron su pecho. Patricia se volvió hacia él, y, entornando los ojos, acercó su boca a la suya. César vio las tersas mejillas sembradas por unas pecas y las pestañas casi blancas de la joven y sintió unas ganas tremendas de hundirse en esa carne firme y fresca.

3

San Lorenzo de El Escorial, noviembre de 2016

La casa en la que brillaba la luz estaba cerrada por una antigua verja gris. Tras ella se abría una rotonda en la que vislumbraron la forma de una pequeña fuente de granito. Tocaron el timbre incrustado en la piedra y distinguieron lo que, por la forma, les pareció una mujer que escudriñaba el exterior desde el vano. Ella vio sus siluetas entre los barrotes y se acercó a ellos. Su voz temblaba un poco cuando les reconoció.

—Buenos días. ¿Qué ha pasado? —preguntó sin abrir.

La mujer, que era la que acababa de pasar con los niños, tenía unos treinta y cinco años, era delgada y llevaba el pelo oscuro, cortado a la altura de los hombros, sujeto tras las orejas. Tenía la voz un poco ronca y la nariz congestionada, lo que daba a su voz un tono nasal.

—Karen Blecker, Guardia Civil. ¿Le importa que entremos? —preguntó Karen—. Perdone, ¿cómo se llama usted?

—Marta Echevarría —respondió insegura.

—¿Le parece que sigamos hablando dentro? —insistió la teniente.

La mujer lanzó una mirada al piso superior del edificio unifamiliar y volvió los ojos un poco enrojecidos hacia ellos. Abrió la verja, les franqueó el paso y les guio hasta la entrada en la que estaba aparcado el cochecito.

—Voy a tener que darle de comer a la niña dentro de nada —replicó.

—No se preocupe —contestó Karen—, esperamos si hace falta.

Cruzaron el umbral imponiendo su presencia sobre las baldosas de barro cocido alternadas con la figura esmaltada de un león. Una lamparita sobre la mesa iluminaba una amplia estancia con los

techos altos y las paredes recubiertas de paneles de madera. Sobre la mesa había un cuenco con llaves, y de un perchero infantil colgaban varios abrigos en miniatura.

La mujer suspiró, miró hacia las escaleras de madera y se posó un dedo sobre los labios.

—A lo mejor si no hacemos ruido no se despierta —explicó. Estornudó—. Perdonen, pero creo que me he enfriado.

Empujó la puerta de una gran cocina antigua con baldosas hidráulicas que hacían un dibujo blanco y negro y les dejó pasar. En el centro reinaba una mesa de mármol blanco con dos platos y un bol de plástico del que un niño de unos cuatro años, encaramado a una trona, pescaba unos cereales con los dedos mientras deslizaba un cochecito por el tablero. La nevera estaba cubierta de papeles con horarios y dibujos infantiles. Cerró la puerta con cuidado y, tras pasar un paño por las sillas, les ofreció sentarse. Ella se quedó en pie, ante la encimera, al lado de una taza de café y un paquete de aspirinas. Los miró interrogante.

—¿Tiene usted cuatro niños? —empezó Karen amable.

La madre la miró extrañada, pero sonrió al ver que la teniente señalaba los restos del desayuno y lo confirmó con un gesto. Empezó a guardar las cosas en el lavavajillas. Había, en una encimera apartada, una bandeja preparada con un desayuno. La mujer había acabado de recoger y limpió los individuales. Sólo se oía el ruido del niño al masticar cuando su madre, un poco impaciente, preguntó:

—¿Cómo puedo ayudarles?

—Sí, perdone —dijo Karen mientras aceptaba el cochecito que le ofrecía el niño—, le debemos una explicación por esta visita. ¿Es usted Echevarría con be o con uve?

—Con uve.

Karen sonrió.

—Ah, ¿es usted vasca?

—No, soy de Pamplona.

—Entonces el tiempo escurialense no le asustará…

—Llevo ya más de diez años aquí, así que no.

Su voz denotaba impaciencia, aunque se mantenía amable.

—¿Conoce usted a su vecina, Patricia Mata?

Negó con la cabeza.

—Sólo de vista. ¿Por qué?

—Ha aparecido muerta esta mañana en su domicilio.

El rostro de la mujer se contrajo y se agarró la medalla que llevaba al cuello antes de responder.

—¡Qué horror! —exclamó con miedo—. ¿Un robo?

—Es pronto para decir nada —respondió Karen, evasiva—. ¿Qué sabe usted de ella?

—Nada…, sólo sé que vivía aquí desde hace unos meses. Conozco más a sus tíos, pero a ella la he visto pocas veces.

—¿No habló usted nunca con ella? —preguntó Cano—. ¿La vio a lo mejor en compañía de alguien?

Iba a contestar cuando un estornudo seguido de tos la interrumpió. Sacó un pañuelo de papel, negó con la cabeza y se limpió la nariz.

—No solíamos hablar. Nos saludábamos, pero no mucho más. Aunque la veía a veces salir, ella iba casi siempre en coche y yo, andando.

El teléfono de Karen vibró a la vez que el de Cano, que fue más rápido y lo sacó.

—Ha llegado el juez, mi teniente. Deberíamos irnos para allá —dijo el brigada.

Karen se levantó. Marta se colocó otra vez un dedo en los labios y los acompañó hasta la entrada. Iban a salir cuando la teniente se volvió una vez más hacia ella y bajó la voz.

—Dígame, Marta, ¿estuvo ayer usted toda la noche en casa?

Cano enarcó las cejas y le lanzó una mirada al teléfono. Ya tenía la mano sobre el pomo de la puerta y se disponía a abrirla.

—¿Se refiere a si estuve todo el tiempo sin salir? —preguntó la mujer en un susurro.

Karen asintió. Marta estornudó otra vez.

—Salí a dar un paseo —contestó—. La niña no se podía dormir.

—¿Bajo la lluvia? —dijo la teniente sorprendida.

—No llovía tanto… Era un sirimiri —respondió la mujer.

—¿Sabe a qué hora salió usted y a qué hora volvió? —insistió.

Marta negó con la cabeza.

—Salí hacia las ocho, porque metí a los dos pequeños en la cama, pero no podría decirle exactamente cuando volví.

—¿Vio usted a alguien extraño por aquí? —La escudriñó Cano,

que había soltado el pomo.

—Algún coche por la carretera, sí —afirmó la mujer—, pero estaba oscuro y llovía. —Cuando iba a callar, pareció recordar algo—: Me llevé un susto porque al cruzar no me fijé en un coche y este tuvo que dar un frenazo. Claro que fue culpa mía: el hombre no podía imaginarse que iba a encontrarse a alguien cruzando a esa hora y con ese tiempo… —Sonrió, disculpándose por su inoportunidad—. Pero no pasó nada.

—¿No tomó usted el paso de cebra —dijo la teniente—, ni el semáforo?

—No —se disculpó—. La verdad es que debería, pero no lo pensé.

—Entonces, cruzaba usted a esta altura de la carretera, y ese coche no la vio. ¿Iba rápido?

—Sí, iría un poco rápido —respondió—, aunque por la noche es normal. Después tienen que frenar por el badén. Yo crucé deprisa también, no miré bien por la capucha, y entonces él me vio y frenó. Pobre. —Sonrió—. Se asustó mucho.

—¿El conductor se detuvo? ¿Habló con él? ¿Le reconocería?

—Hablar —dudó—, casi nada. Se iba a bajar, pero me disculpé y le dije que todo iba bien, que siguiese. Ni tropecé ni nada, estaba bien. Fue sólo un susto y ya les digo que fue culpa mía. Reconocerle, no sé; estaba muy oscuro y los faros me cegaban. Debía de tener unos cincuenta o un poco más. Fue muy amable.

Karen sacó el móvil, tecleó «César Rubio» y seleccionó imágenes. Las primeras fotos eran de él tapándose la cara en el juicio; aun así, había una del periódico para el que había escrito. Era un hombre agraciado, moreno y de rasgos equilibrados. Se la mostró a la mujer, que la miró insegura.

—Estaba muy oscuro… Podría ser, aunque… me pareció más mayor.

—¿Qué me dice del coche? —preguntó Cano—. ¿Marca, color o matrícula?

—Era oscuro, pero no sé el color. La matrícula, ni idea.

—¿En qué dirección iba? —añadió Karen decepcionada.

—Hacia el pueblo —contestó la mujer sin vacilar—. Él continuó y yo anduve un rato.

—Pues no era una noche muy agradable —apuntó Karen.

—La niña tenía cólicos, no se podía dormir, y pasear la calma mucho.

—¿Cuándo volvió? —preguntó Karen.

—¿Tienen ustedes niños pequeños? —respondió con una tímida sonrisa—. El tiempo adquiere otro significado. No sabría decirle exactamente. La niña lloraba bastante y no me fijé en el reloj.

Un llanto de bebé resonó en el silencio. Marta levantó los ojos asustada y los miró.

—Ya nos vamos —dijo Karen—. ¿Podría intentar recordar si algo más le llamó la atención?

La mujer prácticamente los empujó fuera asintiendo. Apuntaron sus datos, se despidieron y se quedaron mirando la puerta de madera con tachuelas que adornaba la entrada, y las líneas de la casa herreriana de granito con tejado de pizarra. El jardín parecía barrido, y de un árbol se balanceaban dos columpios.

Una luz se encendió en el piso superior y el llanto se detuvo. Cano abrió la verja y Karen la cerró tras ella. Se quedó mirando un momento la ventana.

—Mi teniente, el juez…

—Sí, Cano, vamos —despertó Karen de su ensimismamiento—. Por cierto —dijo con reproche en la voz—, no has sacado el cuaderno.

—Pensé que…

—Ya, Cano, pensaste que la casa estaba demasiado lejos, que una madre con niños pequeños no puede tener nada que ver con nuestra periodista de internet y que se acostaría con las gallinas. Pues, mira por dónde, resulta que no.

4

San Lorenzo de El Escorial, noviembre de 2016

Cuando el doctor Benavides acabó de recuperar las pruebas y el juez decidió el levantamiento del cadáver se acercaba el mediodía. Aunque la niebla se había dispersado un poco, el ambiente continuaba húmedo y frío. Decidieron dejar el coche aparcado ahí y seguir el camino con la esperanza de encontrar a algún vecino más. El paseo estaba desierto y en las casas siguientes, muchas de ellas de veraneantes, no contestó nadie, o no habían visto ni oído nada. Llegaron al parque que hay delante de la universidad y Cano propuso seguir al pueblo. Se detuvieron en el muro de granito desde el que normalmente se agolpaban los turistas para fotografiar la fachada sur del monasterio, bordeada por el jardín de los frailes y el estanque, pero el agua casi no se distinguía por la bruma y sólo un chapoteo hizo a Karen fijarse en el vacío. Dos cisnes negros avanzaban, indiferentes al clima, hacia el borde. Salieron de un salto y se alejaron en la niebla.

—¿Los has visto, Cano? Eran negros.

El brigada sonrió.

—Sí, son bastante raros. Pero, ya sabes, San Lorenzo… Tuvimos una pareja de blancos que hubo que separar porque se llevaban fatal y no hacían más que pegarse picotazos. Metieron a uno en la Casita de Arriba, pero al poco desapareció. Se lo comería un zorro…

Atravesaron el arco de la universidad y Karen observó fascinada el aire fantasmal del monasterio, del que sólo se veía la silueta. Cruzaron la lonja desierta y subieron por las escaleras de la calle Florida hacia el pueblo. Cano abrió varias veces el cuaderno de tapas negro para comprobar algo. Las gotas de niebla estaban suspendidas en el aire y la plaza del ayuntamiento parecía dormida y olía a humedad. La Taberna del Corcho, en la esquina, protegía su

interior con una pesada cortina que hacía a la vez de cortavientos. La apartaron y se toparon con el barullo de conversaciones y risas habitual de la barra a la hora del aperitivo. A pesar de la gente, encontraron sin dificultad una mesa libre, y Cano se quitó los guantes y se frotó las manos.

—Este maldito tiempo también tiene sus ventajas… No hay ni un solo turista —dijo ante el comedor vacío.

—Pues Cano —repuso Karen—, a mí me gusta. Es fantasmal, pero tiene algo. A lo mejor es sólo el silencio.

—Creo que es la novedad, mi teniente… Cuando te toquen más días de estos dejarás de ver el lado romántico para darte cuenta de lo que es: un asco. No me quiero ni imaginar los golpes que habrá habido esta noche en la carretera.

Karen se dijo que probablemente Cano estaría en lo cierto. Ese tiempo escurialense, que a ella le parecía un decorado teatral, para los habitantes del lugar no representaba más que problemas. Suponía que el hecho de convivir con el monasterio desde la infancia producía una relación distinta a la suya propia, mucho más esporádica y no impuesta por el monumento. Miró las mesas vacías y pensó que la plaza de San Lorenzo estaba rodeada de locales como ese que abastecían a los visitantes del monasterio. Gran parte del pueblo, no, del Real Sitio, se corrigió Karen inmediatamente, vivía del tirón turístico del edificio. Lo que ella consideraba como un bonito decorado teatral representaba para los gastrónomos una masiva pérdida de ingresos. El monasterio era un maná, pensó, pero como lugar de excursión dependían de algo tan voluble como el tiempo y debían estar preparados tanto para la invasión de sus locales y terrazas como para el vacío absoluto. La visión de uno no tenía por qué corresponder con la de otro, como siempre. Observó a Cano, que apuntaba algo en el cuaderno, y dijo:

—Bueno, ahora cuéntame más de Patricia Mata.

El camarero se acercó y les ofreció las especialidades del día. Se miraron un momento y se decidieron por la sopa de cocido y el pollo en pepitoria. Cano colocó el cuaderno vuelto y el móvil sobre el mantel de cuadros rojos y blancos mientras mordía una aceituna.

—Tampoco sé mucho más que lo de la violación…

—¿Cómo es esa revista en la que trabajaba?

—¿*Carla*? Una publicación feminista que aboga por la igualdad.

No la he leído nunca, pero causó mucho escándalo cuando salió. —Cano sacó el móvil y tecleó unas palabras para citar Wikipedia—. Fue a mitad de los ochenta, diez años más tarde que sus hermanas europeas o que la americana. Tocan temas de interés general y de vez en cuando levantan una campaña, que puede ser tanto contra la ablación como contra la pornografía o la prostitución —resumió tras leer el artículo—. Cuando tocan temas controvertidos, venden bastante, pero, si no, creo que sobreviven gracias a una base de suscriptoras fieles.

Karen abrió su teléfono, buscó la publicación y leyó los titulares.

—Patricia aparece como columnista —confirmó—. La redactora jefa es Emma Vega. La podemos llamar cuando salgamos. Entre las atribuciones de Patricia estaba también el contestar cartas de víctimas de violencia de género.

La teniente tecleó el nombre de la muerta en su móvil y el buscador escupió inmediatamente centenares de resultados. Tras llegar a la segunda página, Karen levantó la cabeza y miró a su segundo extrañada.

—¿No habías dicho que su exnovio, el periodista, la había violado y maltratado?

—Sí, claro —declaró el brigada con seguridad.

—¿Sabías que le declararon inocente? —Cano frunció el ceño y tomó el aparato que le tendía. La teniente mantuvo la mirada fija en su compañero mientras este recorría a toda velocidad las líneas—. ¿Te das cuenta de que desde que hemos oído quién era la muerta la hemos asociado al maltratador-violador? Y resulta que fue absuelto.

Cano levantó la mano, defensivo, mientras acababa de leer.

—Fue absuelto por falta de pruebas —precisó dejando el móvil en la mesa—, no porque se demostrase su inocencia.

—Brigada, no fastidies —respondió la teniente enfadada—, inocente es inocente. —Cano hizo una mueca y ella continuó—. No debía de estar claro cuando un juez le absolvió, ¿no crees? —El brigada no dijo nada y Karen le observó extrañada—. Pídele a Suárez que nos saque todo lo que tengamos sobre ella y sobre la supuesta —hizo hincapié en la palabra— violación.

Miró a su alrededor y cogió una aceituna. El restaurante seguía vacío y los camareros se dedicaban a doblar servilletas en un rincón. Cano escribió el mensaje al guardia y añadió unas notas en

su cuaderno.

El camarero se acercó con los primeros y Karen sopló una cucharada de caldo. Era sustancioso, tenía unos trocitos de gallina que le daban aún más sabor y sintió cómo el líquido caliente la reconfortaba.

—Lo primero es enterarnos de qué pasó exactamente —subrayó las últimas palabras—; puede que nos dé más pistas sobre ella y, de paso, sobre César Rubio. Y abrir su móvil y el ordenador —continuó.

El golpe de la puerta les hizo girar la cabeza, la cortina de fieltro se dividió y vieron entrar a un señor mayor que se acercó a una de las mesas. El camarero que les había atendido se acercó a él inmediatamente, le ayudó a sentarse y le saludó con cariño. Karen oyó cómo el anciano respondía en alemán y vio al camarero ir a la barra a por una cerveza que le colocó delante con una cazuelita de garbanzos y chorizo. La voz de Cano la sobresaltó.

—¿Crees que el que estuvo a punto de atropellar a la vecina podría tener algo que ver?

—No tiene por qué, pero estaba ahí más o menos a la hora en que la mataron. Si no tuvo nada que ver, a lo mejor vio algo más que la vecina. Mucha gente, a esa hora y con ese tiempo, no debía de haber. ¿Qué te ha parecido?

Cano hizo una mueca.

—Debe de ser compañera de Benavides. ¿Has visto cómo se agarraba la medallita? Cuatro críos y la imaginería religiosa habitual… Una de esas madres abnegadas. Supongo que no nos mentiría por miedo a tener que confesarse, así que nos habrá dicho la verdad. Sale a pasear al churumbel, cruza la calle pensando que tiene un ángel de la guarda y ni siquiera mira…

Karen lo miró divertida.

—Venga ya, Cano. No es más que una madre agotada, y su explicación es razonable. Cuando los niños son pequeños, llega un momento, si llevan tiempo llorando, en que se hace cualquier cosa con tal de que paren de gritar. A lo mejor llevaba horas dando vueltas con el bebé, le dolía la espalda y estaba a punto de estamparlo. Mete a los otros en la cama y decide salir a darle una vuelta porque en los cochecitos se suelen dormir, y los gritos se sufren menos si no se tienen en brazos y el niño no te berrea

directamente en el oído. Cruza en el primer sitio que puede para llegar al paseo. Es plausible. Supongo que el padre estaría en casa, no creo que dejase a los otros tres solos. Podemos preguntarle, a lo mejor él vio algo más.

—Bueno. —Se encogió de hombros Cano—. Dado el percal, tendrán una separación clara entre sexos: ella casa, cocina y críos. Domingos a la iglesia, y, si uno se ha portado mal, van a la caseta del cura, le cuentan sus pecados y hala, salen limpios otra vez. No me digas que no es fantástico.

Karen sonrió, acostumbrada a las diatribas antieclesiásticas del brigada.

—En la iglesia, a esa hora, seguro que no estaba y a lo mejor vio algo. Cano —añadió—, un día vas a tener que contarme de dónde te viene esa manía contra la Iglesia.

El brigada bajó la cabeza, negó tozudo y se dedicó a diseccionar el pollo que acababa de llegar. Comieron en silencio en el comedor, que seguía vacío, excepto por el señor alemán que charlaba amigablemente en su idioma con el camarero, que respondía en castellano. Cuando Cano acabó también su plato, Karen aprovechó una mirada que les lanzó el camarero para pedir dos cafés y satisfacer su curiosidad.

—¿Entiende usted alemán? —le preguntó.

El hombre sonrió.

—¿Lo dice por la conversación? —Karen asintió y el hombre negó con la cabeza—. No entiendo nada, no, pero es un señor que no está muy bien y a veces nos habla en su idioma. Sin embargo, como le conozco y sé lo que solía pedir, se lo pongo y escucharle un rato no me cuesta nada… Mi padre está igual —dijo encogiéndose de hombros.

Cogieron sus cafés, pasaron al lado del señor mayor y Karen se despidió de él en alemán. Cano, que iba detrás, la imitó y arrancó una sonrisa de satisfacción del anciano. Ya fuera, se apoyaron en el muro de granito y fumaron dos cigarros en silencio. A pesar de sus manías, Cano era un compañero fantástico, se dijo Karen. Y San Lorenzo, un pueblo maravillosamente humano. La niebla se distendía más y más, pero el cielo seguía de un gris profundo. Bajaron otra vez a la lonja para dirigirse al coche y Karen se detuvo a observar la mole de granito mimetizada con el entorno.

5

Madrid, abril de 2013

César se instaló en su mesa y se dispuso a condensar sus impresiones de la situación europea basándose en lo que había escuchado el día anterior en la embajada. Tenía la costumbre de eliminar las alertas y notificaciones mientras escribía y cuando vio los correos que habían entrado durante la mañana eran ya más de las doce. Borró varios *spams*, escribió al hombre del seguro por el accidente que había tenido su madre y contestó a algunas cuestiones laborales. En el correo profesional de la revista *Activos*, que aparecía impreso al final de cada uno de sus artículos, tenía una notificación de patriciam88. No tuvo ninguna duda de quién se escondía tras el nombre, mantuvo el dedo un segundo sobre el mismo sin abrirlo y deslizó para eliminarlo.

Ana había dicho que volvería tarde a casa y César decidió salir a tomar algo con los de la oficina. Se levantaba cuando su móvil vibró bajo unos papeles. Echó la cabeza para atrás y sintió la tentación de dejarlo sonar, pero se acordó de que los niños estaban solos con la cuidadora. Era su mujer.

—César. —Su voz sonaba apresurada—. Mi madre ha tropezado y creo que se ha roto algo. Me la llevo al hospital a que le hagan una radiografía.

—Vaya. ¿Quieres que me acerque y te acompañe a esperar? —ofreció sin entusiasmo.

Ana rio.

—No —contestó—, estoy en el hospital como en casa… Hasta conozco al chico de la cafetería. Para qué vamos a esperar los dos.

—Bueno, pues entonces te espero en casa… —propuso contento.

—Me temo que no, cariño. ¿Te acuerdas de esta noche? ¿Que te dije que llegaría tarde? Es la reunión de padres de la clase de César.

No puedo dejar a mamá sola. ¿Puedes ir tú?

—Es una pregunta retórica, ¿verdad?

Sintió la sonrisa de su mujer al otro lado.

—Venga, César, que creo que no has pisado el cole de los niños desde que entraron de párvulos…

—Eso no es cierto. Fui a las funciones de Navidad y verano.

—Vale… Tampoco tardan tanto y no hace falta que te dejes enredar por los otros, que a veces van a tomar algo después. Tú te escapas y ya está. Sólo es ir un rato a enterarte y, si puedes hablar con Sonia, su tutora, fenomenal. César va muy bien, no habrá nada especial. Perdona, que tengo a mamá al lado y se está poniendo nerviosa. Te quiero, te llamo luego.

César suspiró y corrió a coger el autobús para ir a casa a por el coche.

El piso estaba silencioso y cuando entró en la cocina vio lo que parecían unos filetes de pescado a mitad de rebozar sobre un plato. César supuso que los niños se habrían peleado y Lidia estaría poniendo orden. Se acercó a su cuarto, pero no oyó gritos, sólo un llanto ahogado. Cuando abrió la puerta, César, su hijo mayor, tenía la cabeza enterrada en el amplio regazo de la mujer y lloraba mientras sus dos hermanos, atónitos ante la escena, se mantenían a una distancia respetuosa. Lidia repetía sin cesar «no te preocupes, mi niño; si no es nada» mientras le acariciaba la cabeza. El niño había oído la puerta y alzó el rostro, le miró con la cara hinchada y enrojecida por el llanto, se levantó de golpe y fue a abrazarse a su padre.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —preguntó.

Felipe respondió de golpe.

—La profe le ha quitado de delegado, dice que no da ejemplo.

Lidia los miró, sacudió la cabeza con pesar y salió del cuarto colocándose el delantal.

—A ver, explícamelo todo —pidió César.

—Ha sido en el recreo —contó el niño—, que estábamos jugando al fútbol. En un pase le he dado una patada sin darme cuenta a Luis, que se ha tirado al suelo y se ha puesto a llorar. Ha venido el Correpasillos y ha empezado a gritar, que siempre éramos los mismos y que por qué no podíamos jugar en paz.

—Pero —preguntó el padre— ¿tanto daño se ha hecho Luis?

—¡Qué dices papá! Si era una patada de nada. ¡Mira cómo tengo yo las piernas!

Se levantó la pernera del pantalón del pijama y le mostró a su padre unas piernas llenas de moratones. Felipe, para no ser menos, subió las suyas también mientras Juan, el benjamín, que al llevar pijama corto no tenía que subírselas, señaló sus rodillas llenas de costras.

—No era nada. De todas formas, Luis, ya sabes, el que a veces me gana en mates, quiere ser capitán. Y ha empezado a decir que no hacía el reparto de los equipos bien y que era injusto. Y que los delegados tienen que serlo. El Correpasillos nos ha llevado a la clase y se lo ha contado a la profe, ¡pero parecía como si le hubiese matado! Y el idiota de Luis, que andaba como si cojease… Así que Sonia, la profe, nos ha hecho contar todo y, como Luis decía que yo era injusto y que no quería que fuese su delegado, ha preguntado a los otros. Y han dicho muchos que ellos tampoco querían y que había que votar otra vez.

César recordó cómo el niño, a principios de año, les había explicado que se quería presentar a delegado. El fin de semana, entre todos, habían dibujado una pancarta e impreso unas octavillas en las que el niño planteaba, entre otras cosas, organizar partidos de fútbol todos los recreos y hacer una miniliga. Había ganado y había vuelto a casa cual Cid Campeador.

Un sollozo interrumpió el relato. Su hermano acabó la historia por él.

—Le han destitu…, le han borrado. Ya no es delegado —zanjó.

Los niños le miraban, más tranquilos, ahora que el problema había pasado a un mayor; además, a papá, que comprendería mejor que mamá, que siempre les daba la razón a los profes. César reflexionó.

—Pues la verdad es que no me parece bien —dijo muy serio—. Las elecciones son las elecciones; es como con el presidente. Si gana y después no estás de acuerdo, excepto en unos casos muy raros, te aguantas los cuatro años que tocan. En vuestro caso, un año.

El mayor le miró preocupado.

—¿Y yo soy uno de los casos raros?

César se sentó en la cama y respondió muy serio.

—Para hacerte un juicio político, no, no has cometido ningún

delito. Y la moción de censura… —pensó—. Han convocado elecciones cuando sospechaban que iban a presentarla, así que tampoco.

El mayor, más relajado, se sentó a su lado.

—¿Vas a hablar con la profe, papá?

César se sobresaltó. Una cosa era hablar con los niños y otra muy distinta discutir con los profesores. Echó de menos a Ana y se preguntó dónde se metía, hasta que se acordó de su suegra y de la reunión del colegio. Los tres niños estaban rodeándole en la cama y él se encontraba bien con ellos. Podrían seguir hablando del sistema parlamentario y de las elecciones durante la cena y eso les ayudaría más que varias clases. Estaba a punto de levantarse para coger una cerveza cuando su teléfono vibró.

—¿César? —dijo Ana—. Mamá no ha pasado todavía, esto va para largo… ¿Has salido ya?

Vio la cerveza en un horizonte lejano. Abandonó la resistencia, se levantó y les acarició la cabeza a los niños.

—Justo iba a salir ahora, estaba con los niños. Te llamo desde el coche.

6

San Lorenzo de El Escorial, noviembre de 2016

Suárez les esperaba en el cuartel con varias hojas preparadas. El guardia era, sin duda, el más fornido del puesto y a primera vista causaba en los desconocidos respeto. Karen recordó que cuando llegó a San Lorenzo le extrañó que con ese aspecto estuviera todo el día al teléfono, hasta que Cano le explicó que el guardia Suárez era tan sociable que se paraba a hablar con todo el mundo, o que, más bien, todo el pueblo se paraba a conversar con el agente Ricardo, como le llamaban cariñosamente. Suárez funcionaba de bombero (con el gatito que se había subido al árbol), de enfermera (el hijo desde Madrid que se preocupaba porque su padre no respondía al teléfono se ponía en manos de Suárez antes de coger el coche), e incluso de mecánico (Karen recordó una vez que le había visto volver con las manos negras por haberles cambiado un neumático a una pareja de ancianitos que volvían a casa de unas pruebas en el hospital de Madrid y que habían tenido un reventón frente al *camping*. El hombre había llamado a su hija, que estaba trabajando y no podía ir y que, espantada de imaginarse a su padre octogenario cambiando la rueda en medio de la
M-600
y tras haberle dado largas el taller, siguió el consejo de su compañera de trabajo, a la que Ricardo había rescatado con el coche en una nevada, y llamó al puesto de la Guardia Civil. Suárez se plantó en la carretera, aseguró el tráfico y le cambió el neumático a la pareja). Así, para Suárez llegaban al cuartel las cosas más variopintas, que había que rechazar por la normativa de transparencia, aunque, desde que una señora mayor, que no había perdido a su marido gracias a una poco ortodoxa intervención del guardia, se tiró cuatro horas bajo el sol sentada en la puerta del

cuartel con una bolsa de rosquillas a esperarle, se hacía la vista gorda con los dulces caseros. El pueblo comprendió que aquella era la única manera de agradecerle sus servicios, y la mesa del guardia parecía una pastelería, que él repartía feliz, entre sus compañeros. La teniente se preguntó de quién y por qué servicio habrían aparecido las magdalenas de la mañana en el cuartel. Karen y Cano se dirigieron a su despacho seguidos por el guardia, aunque, cuando llegaron, se dieron cuenta de que este había desaparecido. Volvió unos segundos más tarde con las hojas bajo el brazo y un bizcocho entre las manos.

—Es de doña Nati, ¿os acordáis? —Al ver la cara de asombro de sus compañeros explicó—: Que sí, hombre, la señora del murciélago. Se le había metido uno en casa y no había forma de sacarlo… Claro, la pobre había llamado a los bomberos, que la mandaron a los forestales, que no estaban. Hasta que llamó a los de Medio Ambiente (¡y todo eso con el bicho aleteando en su salón!), que la querían mandar a freír espárragos, pero que para quitársela de encima le dijeron que, si era una emergencia tal, que nos avisase a nosotros. Así que, cuando llamó —Karen no pudo más que sonreír, ya que Cano le había explicado que la mayoría de los habitantes de San Lorenzo tenían el número local de la Guardia Civil en la cabeza y no pasaban por el Centro Operativo de Servicios — y me lo explicó, dejé a Romero a cargo del teléfono y me subí para San Lorenzo. Fijaos que con una manta lo cacé en cinco minutillos, que tampoco entiendo por qué los bomberos tenían tanta manía con los forestales… La cuestión es que este bizcocho de doña Nati está buenísimo. ¡Probad, probad!

Suárez depositó la bandeja en la mesa y les ofreció una rebanada. Cano alargó la mano y, tras probarlo, confirmó entusiasmado.

—Mantequilla salada de Soria —explicó Suárez con la boca llena —, me lo ha dicho.

—Joder, Suárez, está buenísimo —dijo Cano tras tragar.

El guardia cortó otra porción, señaló los folios y empezó a recitar.

—Os he encontrado montones de cosas, ¿eh? Que no se diga que no me lo curro… —Carraspeó, se sacudió unas migas del uniforme y empezó a recitar—: Patricia Mata García, nacida el 5 de julio de

1988 en Toledo. Su padre trabajaba en una constructora, y la madre, en una empresa de seguros. Vivieron en un montón de sitios: el padre se ocupaba de la construcción de autopistas, hasta que se mudaron a Madrid en 2005. Hija única, ningún hermano. Según su LinkedIn, fue a colegios ingleses, estudió Ciencias Políticas en Madrid, luego en París y luego en Madrid otra vez. Hizo varias prácticas hasta encontrar un trabajo en la televisión. —Se encogió de hombros—. Lo normal… Ambos padres murieron en un accidente de coche cuando Patricia tenía poco más de veinte años, pobre chica. Ahora, trabajaba para una tal Carla, que todavía no sé quién es, pero su primer trabajo fue en la tele, en una cadena de esas nuevas, donde presentaba las noticias internacionales. Y también estuvo en el programa ese que llevan a invitados y después preguntan. Pues ella leía lo que la gente escribía por internet. Si me preguntáis, la cogieron porque estaba como un pan…

Cano levantó las cejas ante el comentario. Suárez cogió aire e iba a continuar cuando Karen explicó:

—*Carla* es una revista, no una mujer.

—Ah…, bueno. Os he localizado a sus tíos, Pedro y María del Carmen, pero estaban jugando al golf. Pasan el invierno en Sotogrande. Me lo ha dicho la chica que trabaja en su casa, que es la que me ha contado más cosas. Les he dejado recado en el club y en casa para que llamen, que Adelaida (la chica) me ha dicho que cuando salen a jugar no se llevan el móvil porque a él le pone de los nervios que su mujer se fije en los *whatsapps* y no en la bola, así que quedaron que o los dos o ninguno. Hasta la tarde no los tenéis en casa, que los días de campo salen a comer por ahí.

Cano había ido apuntando, y Karen asentía desde su mesa, fascinada por la información que conseguía sacar Suárez en una simple conversación telefónica. Suárez calló.

—¿Qué hay del litigio con César Rubio? ¿Dónde vive? —preguntó la teniente.

Suárez miró culpable y explicó:

—Ya, en eso todavía no me he metido, y Adelaida no sabía mucho. Me pongo con ello y lo tenéis en un ratito.

Salió llevándose el bizcocho, no sin haberles ofrecido una rebanada más antes y cerró la puerta. Cano tecleaba en el ordenador y Karen llamó al juzgado para pedir las hojas histórico-

penales de Patricia y de César Rubio. El teléfono del periodista no fue difícil de encontrar, pero lo tenía apagado o fuera de cobertura. El otro teléfono de César Rubio que aparecía consignado era el de casa de sus padres, Paz y Pepe Rubio, a donde llamó sin recibir respuesta. Miró la hora y vio que ya eran más de las cinco.

—Venga, Cano —propuso la teniente—, haznos un esquema para que nos aclaremos.

El brigada se acercó a una pizarra blanca y empezó a escribir nombres. Arriba puso a Patricia y bajo su nombre, y unidos por flechas, los posibles sospechosos o conocidos. Apuntó a los tíos, un recuadro con «amigos», otro con «novios», y uno con «trabajo», Mari, la asistenta; uno en el que sólo puso ciberacoso y, por último, César Rubio.

—A los tíos les podemos llamar ahora —dijo Cano mirando el reloj—. A Emma Vega —escribió el nombre bajo la rúbrica «trabajo»—, su jefa, no será difícil localizarla. En cuanto a César Rubio, ¿damos orden de búsqueda?

Karen reflexionó un momento mientras golpeaba la mesa con el boli.

—¿Qué tenemos de él? —preguntó.

Cano tecleó en el ordenador y giró la pantalla hacia la teniente.

—Está empadronado en Madrid, pero parece que actualmente reside en Lanzarote. Según su LinkedIn, trabaja para un periódico en las Canarias. —Tecleó en el ordenador y recitó—: Es un periódico para ingleses. —Se encogió de hombros—. Para extranjeros que viven en Lanzarote. Se enteran de lo que pasa en sus países y de lo que ocurre en Madrid y las islas. Explica cómo presentarse a las alcaldías, cómo funcionan los ayuntamientos, dónde protestar por un vertedero ilegal… Ya te digo, la biblia para un guiri.

La teniente frunció el ceño y dijo:

—Que se entere Suárez de si ha estado en Madrid en los últimos días.

Cano se levantó, fue a buscarle y Karen se metió en la base de datos. Patricia Mata había denunciado a César Rubio, con el que mantenía desde hacía un año una relación amorosa, por violación y maltrato en una comisaría de Madrid. En el examen médico que se le hizo se confirmaron lesiones, que fueron consideradas como

leves, y vestigios de relaciones sexuales. En su declaración afirmó que el delito había tenido lugar el día anterior, que se había duchado y cuidado los golpes y heridas y sólo al día siguiente se había sentido con fuerzas para acudir a denunciarlo. La policía, en un caso similar, dado que ya había pasado un día y las lesiones no eran graves, hubiese citado al sospechoso a declarar, pero César Rubio quería viajar el día siguiente a los Estados Unidos, y a los agentes les pareció arriesgado dejarle volar. Le detuvieron y entró en prisión provisional, donde estuvo siete meses hasta la celebración del juicio, en el que el juez le declaró inocente por falta de pruebas. Karen se dijo que, siendo los daños tan leves, tenía que haber habido más indicios contra él para justificar la detención, y siguió leyendo. Todo apuntaba a una personalidad violenta y también en eso se basaron en la evaluación de la situación con vistas a la detención. César Rubio había tenido dos denuncias más, además de la de Patricia: una por agresión a su antiguo jefe, Ramón Montes, y otra de Mohamed Idrissi, que le había acusado de agresión violenta con connotaciones racistas. A pesar de que aquellas denuncias no habían prosperado, ahí estaban. La policía había investigado, y por donde aparecía el tal César había bronca, ya fuese en la empresa o en el colegio de los niños. Curiosa, buscó el informe del centro penitenciario, pero no estaba incluido en sus bases. Escribió un *e-mail* a la prisión de Soto del Real en el que preguntaba por el comportamiento del recluso en la temporada en la que estuvo encerrado. Cano había vuelto y se había colocado tras ella para ver la pantalla cuando Suárez entró dando un traspié.

—Vuestro César Rubio ha volado. Vino a finales de la semana pasada a Madrid y ha cogido el vuelo a Lanzarote de esta tarde. Sacó la tarjeta de embarque desde el ordenador y no llevaba equipaje, así que sólo tenemos la hora en la que pasó el control, pero está en el avión. ¿Llamo a los compañeros de Arrecife para que le detengan?

—¿Sabes cuándo compró el billete? —preguntó Karen.

—Sí —contestó Suárez contento—, es un billete básico, de ida y vuelta. Lo compró hace semanas ya. Tiene también otros para fines de semana alternos. Vino a Madrid el jueves y se volvía hoy lunes.

Karen reflexionó mientras Cano la miraba y Suárez se mantenía cuadrado en la puerta a la espera de órdenes.

—¿No crees que lo deberíamos detener? —rompió Cano el silencio.

Karen se mordió el labio y golpeó la mesa con el bolígrafo. Negó con la cabeza. Cano la miró asombrado.

—¿Por qué no? —preguntó Cano—. Estuvo en Madrid, tuvo tiempo de subir a San Lorenzo. Tenía un motivo más que poderoso.

Karen volvió a negar.

—Cano, presumiendo que se investigó bien y confiamos en la justicia, tenemos que creer en su inocencia, ¿no? Suárez, ¿puedes enterarte de quién llevó el caso?

El guardia cogió una hoja y apuntó.

—Mi teniente, te recuerdo que fue absuelto por falta de pruebas, no porque estuviesen seguros. No será el primer caso que se soluciona de otra manera… —añadió Cano.

—Mierda, brigada, te lo repito. Inocente es inocente. Sobre la base de que César Rubio no violó a Patricia Mata…

—Joder, es suponer que ella no hizo más que mentir.

Karen se volvió, enfadada.

—¿Y por qué te resulta aceptable que él sea un mentiroso y en cambio con ella te resulta increíble? Cano, mantenían una relación, romance, o como lo quieras llamar. Puede que la relación se rompiese por una violación que no se pudo demostrar, pero también puede que ella le acusase por rencor, ¿no crees? —El brigada lo admitió a regañadientes—. Esperamos a que llegue a Lanzarote y hablamos con él. Si tiene coartada, esperamos a los resultados de Benavides. Si no, le ponemos bajo vigilancia. Podemos pedirle cooperación. Suárez, ¿puedes llamar a Lanzarote a ver con quién podemos hablar? —El guardia saludó y salió de la habitación—. Tenemos que saber más de ella y del otro novio, el que dejaba la tapa levantada. Cómo era Patricia en su trabajo, con quién se entendía y con quién no. No te digo que no nos fijemos en este César, pero no solamente, Cano, no es profesional.

Cano carraspeó y señaló la pantalla abierta, en la que el cursor parpadeaba tras las palabras «personalidad violenta».

—¿No sería mejor pedir directamente una orden de detención? —insistió—. A ver si nos vamos a arrepentir…

Karen se levantó, se metió las manos en los bolsillos y se acercó a la pizarra, pensativa.

—¿Crees que escapaba? ¿Que vino a Madrid, la mató y se montó en el avión para volver a Lanzarote?

Cano se encogió de hombros.

—No creo nada, pero, joder, Karen, podría ser. Y ya está en Canarias…

—¿Cuál sería su motivo? ¿Qué gana con su muerte? ¿Y por qué ahora?

Suárez entró blandiendo un papel.

—Tengo a alguien en Yaiza, Lanzarote. El teniente Ruiz. Su teléfono. Voy a buscar quién lo detuvo en su día porque nosotros no fuimos.

Salió de nuevo de la habitación cerrando la puerta, Karen marcó el número y puso el altavoz. Se sentó en una mesa con los brazos cruzados y le expuso el caso al teniente Ruiz, que resultó ser de lo más cooperador y les aseguró que iría al aeropuerto de Arrecife a la hora de llegada del vuelo de César Rubio para hablar con él. Le pusieron al tanto de los detalles y le pidieron que confirmase con él lo que había hecho la noche anterior.

7

Madrid, abril de 2013

De camino al colegio, César intentó localizar a su mujer, que no le respondió. Le dolía lo que le había pasado a su hijo, pero le había gustado mucho estar en casa, poder explicar y, sobre todo, escuchar. Si hubiese estado Ana, ni se habría enterado. Llegaba tarde y la puerta principal estaba cerrada; no obstante, tras tocar varias veces, un bedel con cara malhumorada le abrió. Le dio las gracias y le preguntó dónde era la reunión de la clase de los de 5.º B. El bedel le indicó el camino, añadiendo con recochineo:

—Llega tarde.

César se cabreó. Ya no estaba en el colegio, era un adulto, de camino a los cuarenta y cinco años, y pensó que no estaba para que le regañasen. Y menos el bedel de un colegio privado que le costaba un huevo y la mitad del otro, se dijo. Se acordó de las descripciones de su hijo y respondió, irónico:

—No, no me había dado cuenta. ¿Es usted Federico Co…? Perdone, no conozco su apellido.

El hombre le miró furioso.

—Gómez, Federico Gómez. Y usted es el padre de César, ¿verdad?

Movió la cabeza con un gesto que parecía decir «pues no me extraña» y se volvió a su despacho. Con la magnífica sensación de haber hecho una travesura, César se apresuró por los largos pasillos de baldosas rojas hacia la clase de su hijo.

La puerta estaba cerrada, pero el número estaba marcado en la puerta. Tocó y entró. La profesora se dirigía a una veintena de padres sentados ordenadamente como alumnos en las mesas de sus hijos. La mujer interrumpió el discurso, le saludó y le señaló con el lapicero un pupitre.

—Perdón, he perdido el hilo… —continuó—. Ah, ya, la excursión. Estaba diciendo —miró a César— que me gustaría organizar unos días en Ávila y Salamanca. No están lejos, y para una primera salida de la clase está muy bien.

César sacó su móvil para apuntar —no se le había ocurrido traer papel y lápiz—. Los otros padres escribían concentrados todas las palabras de la profesora en sus ordenadores portátiles o en libritos encuadernados, como si tomasen apuntes. La maestra seguía hablando de la convivencia, de la importancia de compartir experiencias. Él apuntó «excursión a Ávila». Como se había perdido el principio, no había escuchado las fechas, así que interrumpió.

—Perdone, ¿de cuándo estamos hablando?

La profesora le lanzó una mirada fría como el hielo, acabó la frase como si no le hubiese oído y sólo entonces se volvió hacia él.

—No hemos fijado fecha aún. No sé si ha podido tomar nota de todo lo que hemos estado discutiendo. Si ha escuchado, se habrá dado cuenta de que estábamos hablando de la cohesión en la clase, del respeto entre los alumnos.

César levantó la mano en un gesto de disculpa. La profesora continuó hablando mientras le miraba fijamente.

—Y este discurso no se lo suelto sin razón. Estamos teniendo, de un tiempo a esta parte, cada día una pelea en el recreo. Desgraciadamente, siempre son los mismos los que las provocan. He hablado con la dirección porque lo que comienza como una simple diferencia en el patio puede convertirse en animosidad y falta de unión en el futuro. Para poder pensar en salir de excursión hay que conseguir que la clase esté unida. —Entrelazó los dedos para apoyar la frase—. Y que no tengamos situaciones como la de hoy. Vamos a hacer unos ejercicios con la psicóloga del centro, y los niños con dificultades podrán tener una cita con ella.

Varios padres bajaron la cabeza, avergonzados. César vio que algunos tenían sus papeles repletos de crucecitas o tableros de ajedrez. La profesora señaló un punto al fondo de la clase y un padre tomó la palabra tras haber recibido el beneplácito de la maestra.

—Soy el padre de Luis Ruiz de Montoya. Mi hijo me ha contado la pelea del patio y me ha pedido que le transmita que siente mucho su participación en ella.

La maestra le miró, benévola.

—¿Cómo está? —preguntó preocupada.

El padre se encogió de hombros, y bajó la vista y la voz como disculpándose.

—No lo sé todavía. Mi mujer le ha llevado al médico a que le hagan una radiografía. Seguro que no será nada, pero, como cojeaba mucho… —Levantó las manos y se pasó una por la cara como para reconfortarse por no comunicar a los otros padres sus inquietudes.

Un pequeño murmullo de apoyo se levantó a su alrededor. El padre de Luis lo agradeció con una triste sonrisa. La profesora señaló a César con el bolígrafo y este se levantó para poder mirar a la vez a los padres a su espalda y a la profesora tras su mesa.

—Buenas tardes. Siento mucho que Luis esté en el médico. Esperemos que sea sólo una magulladura —un pequeño murmullo de apoyo al padre de Luis, que asintió estoico, le dijo que su observación no había sido bien recibida—, algo habitual del patio de un colegio. No sé qué os parecerá a vosotros, pero, según mi hijo, lo pasan muy bien jugando al fútbol. Y claro que alguna vez habrá un accidente, algún moratón o incluso un brazo roto. Pero es normal, ¿no? Y mejor eso a que estén encerrados con una pantallita…

La profesora carraspeó.

—Creo que estamos mezclando varias cosas. Claro que está bien que hagan deporte, lo cual no quiere decir que se tenga que llegar a la agresividad y a los ataques personales. Las pantallitas, en el colegio, están completamente prohibidas, como firmaron todos en el reglamento del colegio al principio del año. Fuimos punto por punto en aquella reunión y, aunque creo que no estaba usted, lo firmó.

César pensó que habría sido uno de los miles papeles que le plantaba Ana delante cuando empezaban los colegios, o a lo mejor incluso uno de esos que llevaban la firma simple de César, una que hacía para que Ana la pudiese copiar bien y no tuviese que esperar a que él llegase.

—Sí, desde luego, y me ratifico en todo ello. —La profesora sonrió complacida y César aprovechó—. Pero no creo que estemos hablando de un caso de agresividad y menos de ataques personales.

Los chavales han estado jugando en equipos, lo que seguro que fomenta la cohesión, y ha habido un pequeño accidente, normal… —Iba a continuar cuando la mujer elevó la mano y se dirigió a la clase.

—Bien, a usted le parece que el accidente de Luis es normal e incita a pensar que exagero en mi visión del asunto. ¿Hay alguien más de su opinión? —Echó un vistazo a la clase y, al no levantarse ninguna mano, continuó—: El caso de hoy ha sido intenso, pero lo hemos discutido en la clase y hemos llegado a una solución satisfactoria, exceptuando el estado de Luis, desde luego.

Los padres asintieron y César replicó:

—¿La solución satisfactoria es la destitución y nueva votación de un delegado en la mitad de curso?

Los otros padres dieron un respingo. La maestra forzó una sonrisa.

—Perdone, ¿se puede presentar? A lo mejor hay padres que no saben quién es usted.

—César Rubio, el padre de César. Me gustaría hablar de la votación.

—Bien, César. A lo mejor, al tratarse de un caso individual, prefiere usted que lo hablemos en privado —dijo asintiendo—, si quiere, al final de la reunión, o en cualquier otro momento.

César empezó a cabrearse, aunque no podía dejar que la furia le llevase a decir algo que después Ana, con razón, le reprocharía.

—No quiero hablar de un caso individual —dijo un poco atropellado—. Lo que quiero es entender cómo funcionan las cosas. Por lo que yo sé, unos chavales de once años han estado jugando al fútbol. Hay cardenales y rodillas magulladas, desde luego, y no sé a ustedes, pero a mí eso me parece normal. Mi madre, por lo menos, siempre decía que no le llegaba el sueldo para rodilleras. Y en el momento en que no helaba por las mañanas me pasaba a pantalón corto, que por lo menos no se rompía. Mis mejores recuerdos son de cuando nos arrastrábamos por el solar del barrio, tras lo cual comparábamos las heridas, y la más aparatosa ganaba. Nuestros niños juegan al fútbol en el recreo y el equipo perdedor decide que el capitán del ganador no es justo y, por lo tanto, no sirve de delegado, así que lo destituyen. Me gustaría discutir, no el caso individual, como supone, sino la razón de las elecciones escolares y

las consecuencias en el sentido democrático que conlleva una decisión como esta. —Se sentó, satisfecho de su discurso.

La profesora le miraba desde su sitio, apoyada en la mesa.

—César, ¿ha terminado usted? —Al verle asentir continuó—: Creo que les debemos a los otros una explicación. Con el reglamento del colegio, los niños firmaron la carta de los delegados. La firmaron todos, también César. Y hablamos en clase de lo que significaría romper ese contrato. Un niño lo ha roto, así que los otros, democráticamente, al contrario de lo que usted piensa, han decidido sustituirle.

—¿Le han destituido porque lo ha pedido un niño que ha perdido en el fútbol contra él?

—No, César. Creo que ya veo su problema. No es una cuestión individual, como usted plantea. Se trata de que un grupo (la mayoría) ha considerado que uno de ellos no tenía las virtudes de ser delegado. Lo hemos hablado, han votado y, sí, le han destituido. —César se había vuelto a levantar. Iba a hablar cuando la profesora le paró—. Perdone, César, pero tenemos mucho que discutir; no obstante, como veo que le resulta importante, lo mejor es que preguntemos al resto si quieren seguir con la discusión. —Miró al resto y, al no ver ninguna mano, suspiró—. Bien, en cuanto a la excursión…

César se sentó, rojo de ira, y su silla chirrió sobre el suelo, lo que provocó que los otros le mirasen. Aguantó hasta el final de la reunión, esperó a que saliesen los demás padres y se encaró con la maestra, que le miró cansada y le dijo:

—Ya sé que quiere discutirlo más, y me gustaría, pero voy a perder el tren y es el último. Si quiere, puede pedir una cita.

César se controló y salió por los pasillos vacíos. En el aparcamiento vio a varios padres hablando entre ellos y, pese a saber que Ana lo desaprobaría, se paró y exclamó:

—¿De verdad os parece «un ataque agresivo» unas patadas en el fútbol? Pero vosotros ¿a qué colegios ibais?, ¿eh?

El padre de Luis se dirigió a él con voz grave.

—César, todos hemos jugado, sí, probablemente en colegios diferentes, aunque yo creía que con valores similares. La actitud de tu hijo es problemática…, aunque, claro, oyéndote hablar, no es de extrañar.

Masculló unas palabras ininteligibles para César, pero que hicieron aflorar una sonrisa en otro de los padres. César notó cómo la sangre se le subía a la cabeza y se acercó.

—¿Problemática? ¡A mí lo que me parece problemático es que tu hijo no sepa perder! ¡Joder! Porque estamos hablando de eso —soltó—, de que tu hijo no pudo aceptar que los otros ganasen. Y eso, supongo que hasta en esos colegios pijos vuestros, es una putada.

El padre de Luis levantó las cejas, miró a los padres que estaban a su alrededor y dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—Es una pena que, por mucho extranjero y carreras que te intenten meter, si no lo has mamado, a la primera de cambio sale el matón de barrio que llevas dentro.

César, que se había dado la vuelta para irse, se detuvo en seco. Sintió la ira pulsarle en la sien, se dio la vuelta y avanzó hacia él, pero el padre de Luis retrocedió unos pasos y se apoyó en el coche para levantar las manos con aire asustado.

—Vale, vale, tranquilo, tío. Joder, no me amenaces.

Los otros padres se acercaron a César, dispuestos a sujetarle, y una de las madres apoyó la mano en su brazo. César se la retiró sacudiéndolo, los miró con desprecio, se dio la vuelta y se fue.

8

San Lorenzo de El Escorial, noviembre de 2016

Karen no tuvo más que dejar sonar el teléfono dos veces para que Pedro Mata, el tío de Patricia, contestase. Ya estaba enterado de la muerte de su sobrina, y su voz sonaba apenada, pero tranquila.

—Qué tragedia, todavía no nos lo podemos creer. Fui yo el que le dijo que se fuese a El Escorial, y no saben cómo me lo reprocho. ¿Qué nos pueden avanzar de la investigación? ¿Cuándo podremos ver a nuestra sobrina? ¿Tienen a algún sospechoso? Nosotros ya estamos haciendo las maletas para ir hacia allá. Nos gustaría poder darle sepultura junto a sus padres.

—Desgraciadamente, poco —contestó Karen—, por ahora. Espero poder entregarles el cuerpo lo antes posible. Estamos comprobando coartadas e intentando enterarnos de con quién podía mantener una relación. ¿Sus padres fallecieron en un accidente?

—Sí, tremendo, un camionero que se durmió al volante. Patricia tenía veinte años, y mi mujer y yo nos hicimos cargo de ella.

Karen pensó en la diferencia entre los países centroeuropeos y España. Con veinte años, ningún alemán, holandés o francés viviría en casa de sus padres. Los jóvenes esperaban con impaciencia la llegada de la universidad y se mudaban a sitios distintos, a ser posible a las llamadas ciudades de estudiantes, en las que reinaba un ambiente juvenil y distendido. Los alumnos convivían en residencias o pisos compartidos, y a nadie se le hubiese pasado por la cabeza que había que «hacerse cargo de ellos».

—Entonces, ¿Patricia vivía con ustedes?

—No. Cuando me jubilé, vendimos el piso de Madrid y nos quedamos con la casa de El Escorial y con la de Sotogrande. Patricia se quedó en el piso de mi hermano, que heredó, aunque pasaba temporadas con nosotros. Estuvimos unos días a finales de verano

en El Escorial con ella y después nos bajamos al sur otra vez. Ya sabe, El Escorial está muy bien, pero el invierno es duro. ¿No tienen ni idea de qué puede haber pasado? ¿Pudo ser un robo? No me lo perdonaría jamás.

—Por lo que hemos visto hasta ahora, no parece que fuese un robo. Por eso me gustaría saber más de su sobrina y de sus relaciones; parece que le abrió la puerta a su atacante. Siento mucho atosigarles con preguntas en esta situación, pero debemos enterarnos de todo lo posible cuanto antes. ¿Cuándo hablaron con ella por última vez? —preguntó Karen.

El hombre guardó silencio un momento y dio una voz.

—¡Carmen! ¡Carmen!

Karen apartó, irritada, el teléfono y lo puso en altavoz, bajando el volumen. Pensó otra vez que los ruidos en España eran muy superiores a los del resto de Europa, incluso al teléfono. Hasta ellos llegó una voz lejana que contestaba y la del marido, que le pedía que se acercase el teléfono.

—Perdonen, ahora baja mi mujer. Está muy afectada y se ha echado un rato. Ella lo sabrá mejor que yo. Ah, aquí estás. Es la Guardia Civil de El Escorial, por Patricia.

Se oyó un sollozo al otro lado de la línea.

—Carmen. —Se oyó decir al marido—. Concéntrate, esta señora nos intenta ayudar y quiere enterarse de todo lo posible para coger al responsable. Dinos cuándo hablaste con ella la última vez.

Una voz de mujer se acercó y carraspeó.

—Hablé con Patricia… —reflexionó— el sábado.

—¿La notó rara, o le dijo algo que le hiciese suponer que se veía, o había quedado, con alguien? —preguntó Karen.

La tía de Patricia dudó.

—Carmen —insistió el marido—, tienen que saber todo para poder ayudarnos.

—No… —Suspiró—, nada. Me contó que le iba bien en la revista, que podía hacer muchas cosas *on-line* y que casi no había bajado a Madrid. Me estuvo contando que trabajaba mucho. —Sollozó—. La pobre era muy responsable. Quedado, no, porque yo intenté animarla y le dije que tenía que salir, que no se podía quedar encerrada como un ermitaño.

La voz del tío resonó, más serena, en el altavoz.

—Carmen, no es que fuese un ermitaño. ¿No te das cuenta de que tienen que buscar a los que tuvieron relación con ella?

—¡El desgraciado que la violó! Seguro que ha sido él…

Karen levantó los ojos para mirar a Cano.

—Entonces, ¿ustedes están convencidos de que la violaron? —preguntó, ignorando los ojos del brigada, que se habían achicado.

La tía levantó la voz.

—¿Cómo que si estamos convencidos? —respondió indignada—. El que le declarasen inocente no cambia nada. ¡Pero si él reconoció que estuvo en su apartamento! Y ella dijo no. No es no, ¿no?

—¿Podrían contarnos lo que sepan de la vida de su sobrina? —preguntó la teniente.

La mujer resopló.

—Patricia es… —Soltó un gemido y se corrigió—. Era una buena chica. La pobre tuvo verdadera mala suerte. —Sollozó—. Los veinte años no es edad para quedarse uno huérfano… Estaba en tercero de carrera cuando pasó todo. Se había apuntado a un máster en París, pero no sé qué hicieron los franceses que, después de decirle que sí, no le convalidaron algo. ¡Imagínese, a mitad de año! Se portaron muy mal los franchutes, la verdad…

El tío interrumpió.

—Que no, Carmen, que no fue así… Los franceses no hicieron nada. Fue ella la que no presentó no sé qué crédito, que por eso tuvo que venir, ¿no te acuerdas? Después se volvió a París unos meses y en verano se vino a la sierra con nosotros.

La tía lanzó un resoplido y el hombre insistió.

—Que sí, que fue la época de Penélope.

—Pedro —exclamó su mujer disgustada—, ¡cómo puedes ser así! ¡Parece mentira!

—Perdona, chata, lo siento —contestó el aludido, compungido.

Karen frunció el ceño, confundida.

—Entonces vivió en Francia.

—Casi un año, sí.

—Perdonen —inquirió Karen curiosa—, ¿me pueden explicar lo de Penélope?

Un bufido de la mujer llegó hasta ellos.

—No tiene gracia, Pedro, ¿ves? Mi marido lo dice porque tuvo un noviete en París y se llamaba Ulises.

Cano miró asombrado a Karen y ella asintió mientras la voz del tío llegaba hasta ellos.

—No era sólo él, acuérdate, eran todos en la familia, que, excepto la madre, tenían unos nombrecitos que se las traían… Nos lo explicó, cuando vino a pasar unos días, que era tradición, que siempre ponían nombres mitológicos. Era un chico simpático, pero ya le podían haber puesto Héctor.

—¿Tienen su nombre completo? ¿O algún dato de contacto?

Los tíos negaron. Sólo estuvieron con él unos días en verano, ellos no hablaban francés y la relación con el joven había sido superficial.

—¿Estuvieron juntos mucho tiempo? —preguntó Karen.

La tía tomó el relevo.

—Serio serio no fue, pero estuvieron el año de París y después una temporada más. Después, él se fue a Bruselas, y ella se volvió aquí. La distancia no facilitó las cosas, y él se encontró con una amiga de la infancia. Patricia acabó el máster con unas notas estupendas —añadió con orgullo—, después se puso a trabajar, que ya llevaba varias prácticas y el trabajillo de la Embajada francesa cuando dio con el tipo ese —exclamó con desprecio.

La voz del tío resonó por detrás.

—Trabajillo no, Carmen. Lo que hay, a esa edad. Y suerte que encontraba, que muchos otros ni eso.

La mujer continuó como si no hubiese dicho nada.

—Ese hombre (le conoció en la Embajada francesa), con tal de seducirla, le ofreció sus contactos. Yo creo que desde ese momento ya, la violó. ¿Cómo cree que Patricia iba a andar en líos con un señor casado si este no la obligase? Le debió de decir que le conseguiría un trabajo, aunque el precio era el que era.

Su marido se inmiscuyó otra vez en la conversación.

—Carmen, eso no lo sabemos.

—Pues su abogada lo explicó también así, Pedro —añadió segura—. Pero el abogado del violador, que además ha defendido hasta a terroristas —apuntó con rencor acumulado en la voz—, dijo que Patricia había ido con él por el interés. Y, además, Pedro, aunque hubiese sido así, que estoy segura de que no, ¿es esa razón para maltratarla y violarla?

El hombre chasqueó la lengua.

—No, claro que no —admitió este último.

—¿Saben si Patricia mantuvo algún tipo de relación con César tras el juicio? —preguntó la teniente.

—¡No! —exclamó indignada la tía—. ¿Cómo se imagina que iba a seguir hablando con ese hombre? Usted tampoco la cree, ¿verdad? —dijo con resentimiento—. Porque, si la creyese, no podría usted decir semejante sandez —añadió la tía antes de interrumpirse por un sollozo.

—Ahora vivía en su casa de San Lorenzo —cambió Karen de tema.

—Bueno…, no exactamente —explicó el tío—. Cuando Patricia volvió de París, decidió no alargar el contrato de los inquilinos de la casa de sus padres y alquilar dos habitaciones a estudiantes como ella, a unas amigas.

—¿Conocen ustedes a alguna de ellas? —interrumpió la teniente.

La tía contestó entre hipidos.

—A Ruth Alonso, sí. Con ella estudió la carrera y fue una de las que estuvo viviendo con ella. Con la otra no se llevaba mal, pero no como con Ruth. —Lanzó un suspiro—. La pobre, cuando se entere… Acabaron la carrera, y Ruth se fue a Barcelona. Cuando Patricia empezó a ganar un dinerito, como el piso estaba pagado, se lo quedó ella sola. Ese hombre la violó en ese piso. Imagínese, en el sitio que le quedó de sus padres, donde tenía las imágenes de su vida con ellos, y esas se las destrozó también. La psicóloga hasta le sugirió que se fuese a vivir a un sitio diferente, que pusiese una distancia física.

Karen se volvió hacia Cano y sonrió al ver que apuntaba todo en el cuaderno negro.

—¿Fue entonces cuando se subió a vivir a San Lorenzo? —repitió la teniente.

La tía soltó un sollozo.

—No, tampoco. Ella decía que no estaba dispuesta a que le obligasen a cambiar su vida. Además, al principio estaba contenta porque el caso apareció en la prensa y la gente estaba de su parte (claro, cómo iban a estar). Conoció a su jefa, que lleva la revista en la que escribe, y empezó a trabajar ahí. Su abogada creía que iban a ganar y que al tipo le iban a caer una buena cantidad de años de

cárcel. —Suspiró e hizo una pausa—. El sentir tanto apoyo le levantó la moral, que, después de lo que había pasado, la tenía por los suelos. Y, entonces, se celebró el juicio. El asqueroso del abogado de los terroristas la presentó como a una cualquiera y dijo unas cosas horribles de ella. Y el juez, que era un hombre, que ya podían haber puesto a una mujer, dijo que las pruebas no eran claras, que la violación podía haber sido sexo consentido y que las lesiones se las podía haber hecho ella. Claro, ella —dijo con desprecio— no pensaba en otra cosa que en hacerse heridas para acusar al tipo ese. Hasta encontraron el ADN de él. Pese a ello, el juez en sus trece, que no se podía afirmar con seguridad. Cuando lo declararon inocente —suspiró—, Patricia se vino abajo. Algunos la tacharon de mentirosa y la describieron como una oportunista. Otros, no; por ejemplo, su jefa siguió creyendo en ella. Le ofrecimos venirse con nosotros, para que estuviese más tranquila. Pero ella quería trabajar, y su jefa la puso en una sección en la que podía «hacer algo bueno de su mala experiencia», como le dijo, así que se quedó en Madrid. Escribía artículos y, sobre todo, contestaba a cartas de mujeres en situaciones parecidas a la que había pasado ella.

—¿Sabe si tuvo una relación, ya sea esporádica o más seria, con alguien después?

—Tenía amigos, sí, pero creo que nada serio —contestó la mujer, ambigua.

—Carmen —interrumpió el tío—, estos señores están aquí para ayudarnos, no para juzgar. No sé cómo se llama, pero estuvo saliendo con un hombre; era del cine, porque vimos una película y Patricia nos dijo que él había trabajado en ella.

—¿Un actor?

—No, yo creo que guionista. ¿No, Carmen? ¿Te acuerdas de la película?

Su mujer negó.

—Era bastante pesada, aunque, claro, eso a Patricia no se lo dijimos. Además, no era nada serio. No sabemos ni su nombre…, para que se haga usted una idea.

—¿Patricia se subió a San Lorenzo con ustedes este verano?

—Se subió en mayo, creo, para poner tierra de por medio —explicó la tía—. No podía más de que le preguntasen y de tener que

contar siempre la misma historia. Bajaba a Madrid a trabajar de vez en cuando, pero ya el verano lo pasó entre El Escorial y aquí, y mandaba las cosas *on-line*. Si ese hombre no hubiese salido de la cárcel… —Rompió a llorar de nuevo.

Se oyó a Pedro intentando tranquilizarla y retomar el teléfono.

—Perdonen, pero mi mujer está muy afectada. ¿Les podemos ayudar con algo más?

—Sólo otra pregunta. A Patricia le llegaban mensajes de odio por internet…

El tío carraspeó con fuerza y la interrumpió.

—Perdonen un momento, voy a acompañar a mi mujer a echarse. Ahora mismo les llamo de vuelta si no quieren esperar.

Cano y Karen se miraron extrañados, pero propusieron esperar al teléfono. Por el altavoz escucharon cómo el hombre se alejaba musitando palabras tranquilizadoras a su mujer. Volvió y retomó la conversación en tono bajo.

—Dígame.

—Su asistenta nos dijo que le escribían por internet amenazas e insultos. ¿Lo sabía usted?

El tío tragó.

—Patricia nunca se lo dijo a mi mujer, que se habría asustado si hubiese leído algunas de las cosas que le mandaban. Así que, cuando Patricia decidió mudarse, convenimos en no decirle la razón exacta.

—Entonces, ¿se mudó a San Lorenzo por las amenazas?

—Las amenazas todavía las soportaba, pero, no sé cómo, uno de esos cabrones se enteró de su dirección y puso indicaciones de dónde encontrarla. Tocaban a su timbre por las noches y, ahí, ella se asustó, como yo, claro, y nos pareció que una temporada en la sierra no estaría mal.

—¿Sabe si Patricia conocía o identificó a alguno de ellos?

El tío gruñó.

—Ya sabe, son los típicos cobardes que se esconden tras un pseudónimo y se dedican a sacarle punta a todo lo que dices, a criticarlo y a ridiculizar a cualquiera que les caiga mal o diga algo que no les va. Cuando Patricia fue a juicio y se puso a trabajar para esa revista feminista, se convirtió en el blanco de muchos de esos tiparracos. —Bajó un poco la voz—. Creo que hasta cierto punto se

había acostumbrado; la revista ha recibido hasta paquetes bomba, así que unas barbaridades por internet no debían de ser nada nuevo. Pero lo de su dirección la asustó.

—¿Nunca pensó en denunciarlo?

El tío lanzó una carcajada.

—¿Denunciarlo? ¿Usted qué cree? ¿Le parece que tenía ganas de meterse en una denuncia contra desconocidos cuando acababa de salir de un juicio con un tipo del que se tenían todos los datos y se fue de rositas? Llamó a la policía, pero ¿qué hicieron? Decirle que desconectase el timbre… Pues mire, para eso se ahorra el paseo y ya se lo digo yo.

—¿Se acuerda de qué tipo de película era la que hizo la pareja de Patricia?

—No, no me fijé demasiado. Habrán notado que mi mujer no quería hablar del tema… Es porque el hombre estaba casado. Por eso tampoco dimos pie a que le invitase ni nada.

Karen no replicó y Cano apuntó todos los datos. Se despidieron no sin pedirles que les avisasen si se les ocurría algo más y cuando llegasen a Madrid.

La teniente estaba sentada en la mesa y balanceaba la silla ante ella mientras Cano ponía orden a sus notas. Se fijó en las cejas levemente levantadas de su segundo.

—Venga, Cano, suéltalo ya.

—Nada, mi teniente. Tú haces los interrogatorios como te parezca bien. —Calló un momento a la espera de algún comentario. Karen esbozó una sonrisa, suponiendo que no podría mantener el silencio mucho tiempo. Cano estalló—. No me ha parecido muy considerado, lo de poner en tela de juicio la violación.

—¿Ah, no, brigada? ¿Y por qué, si se puede saber? —preguntó curiosa—. No dudo de su homicidio, ni dudo, si lo confirma Benavides, de la violación de ayer. En cambio, sí dudo (te recuerdo que como el juez) de la violación de entonces. A lo mejor, tú no lo hubieses preguntado así, supongo, pero nosotros no hemos llamado a esa mujer para apoyarla psicológicamente, sino para enterarnos de lo que ha pasado con su sobrina, lo que supongo es también su meta. ¿Qué te ha parecido el tío?

—La verdad, poco delicado.

—Muy racional —juzgó Karen—. No ha contradicho a su mujer,

pero ha sopesado sus palabras. Mira otra vez, ¿qué nos han dicho nuevo?

Cano volvió las hojas y resumió la conversación.

—Más detalles de la muerte de los padres, Patricia estudió y vivió en París, tuvo un novio, Ulises, del que no tenemos apellido, una amiga más íntima, Ruth Alonso, su trabajo en la revista y una nueva relación con la que la tía no está contenta.

—Por el hecho de que el hombre estuviese casado.

—Sí, parecen bastante rancios…

Karen rio.

—Conservadores, Cano, conservadores. ¡Están jubilados! Son mayores y no les debe de hacer ilusión que su sobrina acabe con un tipo que no le puede proporcionar una buena relación, comprensible. —Cano hizo una mueca y Karen sonrió—. El tío no ha entrado en la violación, pero, en cambio, parecía muy asustado por los mensajes que le llegaban.

—Hombre, mi teniente, es su tío, acaba de perder a su sobrina, a la que querían como a una hija. A lo mejor por eso no ha sido del todo exacto.

—Ya. ¿Qué piensas de las amenazas?

—Peor de lo que les debió de decir —concluyó Cano.

9

San Lorenzo de El Escorial, noviembre de 2016

Era tarde cuando llamó el teniente Ruiz desde el aeropuerto de Arrecife. César Rubio se había bajado del avión con los otros pasajeros sin signos de nerviosismo hasta que advirtió a los uniformados. Al darse cuenta de que los guardias se fijaban en él, se había quedado petrificado en mitad de sala. No había intentado escapar, sino que, paralizado por el miedo, le habían tenido que coger del brazo para conseguir que se moviese. Se tranquilizó un poco cuando le pidieron hablar con él, pero se mantenía rígido y contestaba con monosílabos y con tartamudeos. Tenían una transcripción del interrogatorio. El teniente Ruiz dijo que se la mandaría. Al preguntarle Karen por su impresión, no dudó.

—Tiene pánico a ingresar en prisión; es lo que preguntaba sin cesar. Dice que ha ido a Madrid el fin de semana, como cada quince días, a ver a sus hijos, que viven ahí. Cuando va a la capital, se aloja en casa de sus padres, José y María Paz Rubio, su dirección te la mando si no la tienes ya. En los días que estuvo, vio a su exmujer en la recogida y entrega de los chavales. Ha estado todo el tiempo con los críos: el sábado fueron al parque de atracciones, y el domingo, al campo. Pasaron el día en San Lorenzo. Comieron, visitaron el pueblo y merendaron antes de volverse a Madrid. Estuvo ahí, pero, cuando le hemos preguntado si sabía algo de Patricia Mata, nos ha mirado con miedo y ha dicho que no.

—¿Te ha parecido sincero?

El teniente Ruiz suspiró.

—No te lo puedo decir. Estaba cagado, tartamudeaba, se contradecía en tonterías, un examen del hijo mayor que preparó con él, al principio dijo que fue el sábado, después el domingo, después el sábado otra vez. Ha intentado dar todos los datos

posibles. Espera… —Oyeron unas hojas crujir y la voz con acento canario del teniente—: Fueron sólo el padre, los tres hijos y él. Aparcaron cerca del monasterio, dieron un buen paseo por el monte, de las tapas me ha enseñado el cargo en la tarjeta. Te lo busco… Se llama bar Horizontal. Después de la comida bajaron andando, visitaron el monasterio, se dieron una vuelta por el pueblo y se fueron a tomar chocolate con churros… Perdona, no, dice que con picatostes, en…

—El Miranda —acabó Cano la frase por él—. Es un clásico…

—Ah, vale. Cuando le he comunicado la muerte, me ha mirado con horror. De todas formas, visto el miedo que le tiene a la prisión, puede ser tanto porque le consideremos sospechoso como debido a la sorpresa —añadió inseguro—. No lo sé. Le tuvisteis ahí, sí, pero, joder, que iba con el abuelo y los críos. No sé, a lo mejor es una casualidad…

—Mucha casualidad me parece —añadió Cano.

—Trabaja ahí, ¿verdad? —preguntó la teniente ignorando el comentario.

—Sí, tiene una oficina en Playa Blanca. Edita un periódico para guiris en inglés. Curran con él algunos jubilados y tienen una secretaria. Un chiringuito sin importancia. Vive detrás de Playa Blanca, en un extremo de la isla, en una pequeña urbanización de casitas unifamiliares. Le llevamos a su casa y parece que acaba de mudarse: todavía tenía cajas sin deshacer.

—¿Ha dicho qué hizo después de la merienda?

—Ya te digo que estaba acojonado… Volvieron a Madrid, llevó a los críos con su ex y volvió con su padre a casa. Pero no te puedo decir si intenta tapar algo; se ha liado con los sitios, ha querido decir todo exacto, me ha sacado las fotos y estaba agobiadísimo porque había perdido las entradas del monasterio.

Karen miró las franjas horarias que les había proporcionado Benavides.

—Entonces estuvo en San Lorenzo todo el tiempo con su padre y los críos.

—Eso dice, sí.

—Interrogaremos a los padres y a su ex para comprobarlo. —Hizo una pausa y miró el rostro escéptico de Cano—. Ruiz, ¿a ti qué te parece? ¿Crees que podría intentar escapar?

—Hombre, Blecker, como poder… No me lo ha parecido, pero puedo avisar en el aeropuerto y a los ferris. Controlar esto es más fácil que Madrid, que, al fin y al cabo, somos una isla. Si quieres, me lo traigo, aunque, visto lo que tenemos, dudo que el juez nos deje quedárnoslo.

Cano enarcó las cejas.

—Avisa en las salidas, por favor —dijo Karen.

Se despidieron y colgaron. Cano tecleaba en el ordenador, se detuvo y la miró.

—Karen, coño, que estaba aquí…

—No es lo que yo quiera o no, Cano, es lo que podemos hacer. Coincido con Ruiz: no creo que el juez nos permita detenerle más que unas horas, pero sí le podemos informar y preguntar. Necesitamos las huellas. —Cano se encogió de hombros—. Y enterarnos de la vida de Patricia después del juicio, además de corroborar la historia de César Rubio. Tenemos que localizar a la amiga y a la jefa de Patricia.

10

Madrid, junio de 2013

César entró en el bar y la vio al final de la barra. Miró el reloj para comprobar si llegaba tarde. Patricia le vio y su boca se abrió en una enorme sonrisa de niña feliz. Llevaba una blusa azul y una falda tableada que le hacían parecer más joven todavía.

—No llegas tarde —se apresuró a decir—, soy yo, que he llegado antes. Cómo me alegro de que hayas encontrado un momento, que ya me imagino que debes de estar muy ocupado.

Desde la noche de la Embajada francesa, Patricia le escribía a menudo. Al principio, César no había contestado, pero pensó que no era justo y un día respondió. La joven sólo quería tomar una cerveza con él y hablar de su futuro. César supuso que querría alguna recomendación, y eso tampoco era demasiado complicado: conocía a muchos periodistas que estarían encantados de que les recomendase a alguien como Patricia. Y ahí estaban, en el bar de al lado de su oficina tomando un pincho de tortilla. Patricia parloteaba feliz y hablaba de todo lo que había hecho en la embajada, sacó su currículum y copias de sus diplomas, y los metió en una funda de plástico. César los cogió, les echó un vistazo y pensó que la joven valía, que no tendría que suplicar ningún favor y que hasta para ellos, en la oficina, sería una ganancia. Una de sus colaboradoras habituales estaba de baja por maternidad, y la joven podría ser una buena alternativa. Patricia se inclinó y César sintió la curva de su pecho, blanda y firme a la vez. Una ola de deseo le invadió.

—Me encantaría contratarte. —Patricia le miraba como un niño al árbol de Navidad—. Pero ahora mismo no tenemos ninguna vacante. Si te parece —dijo señalando sus papeles—, lo muevo un poco por la tele. Hay algunos presentadores que conozco bastante.

Creo que ahí podría irte bien.

La joven hizo un mohín que parecía triste, pero lo combinó inmediatamente con una dulce sonrisa de agradecimiento. Estuvieron hablando un buen rato, y cuando llevaban ya dos cervezas, César empezó a pensar que era una pena que se la llevase la televisión, que estaría mucho mejor en un periódico serio y no rodeada de tipos que querrían llevarla a la cama. Cuando levantó la vista para pedir otra copa, vio la mirada traviesa de Mario, el dueño del bar, y pidió la cuenta. Patricia juntó sus cosas, le dio las gracias y se acercó a él para posar sus labios suavemente sobre los suyos. Lo hizo tan rápido y de manera tan natural que nadie se dio cuenta, ni él lo consideró nada de lo que avergonzarse. Se despidieron en la puerta y César le dijo que la llamaría en cuanto supiese algo.

11

San Lorenzo de El Escorial, diciembre de 2016

Karen durmió mal y se apuntó mentalmente hablar con los abogados que llevaron el caso. A lo mejor debía haber intentado convencer al juez, que, dadas las evidencias, había optado por esperar los resultados del laboratorio. El riesgo de fuga era muy limitado, y Karen estaba de acuerdo con él en que debían concederle a César el beneficio de la duda.

Se duchó, se alegró de haber subido la calefacción y se sentó a desayunar en la cocina. La niebla del día anterior había dado paso a un día gris y lluvioso que llamaba a la melancolía. Se sentía sola y se sentía mal. Desde que en verano decidió romper la relación con Philippe se había arrepentido muchas veces, pero ahora experimentaba las consecuencias en su día a día. Los eternos diálogos que mantenían, la posibilidad de discutir sin ser juzgada, el poder hablar libremente sin coacciones. Su exmarido intentaba llenar ese vacío; sin embargo, ella se sentía mal al recurrir al hombre del que se separó para llenar el hueco que había dejado su amante y llevar una relación de amistad en la que sabía que él quería más. Se llevaba muy bien con Cano, pero no podía convertir a este en su único compañero, ni por él, ni por ella misma. Siempre era muy cómodo ser pareja durante el día y continuar tras echar el cierre, pero lo que unas veces era hasta beneficioso porque podían discutir fuera del marco oficial, otras veces no era sano. Cano tenía su vida antes de que ella llegase, y no era ni bueno ni justo que la cambiase. Una tarde, fuera de servicio, se habían encontrado en la plaza donde tomaban una caña a un joven que se acercó a saludarle. No había mostrado extrañeza; aun así, Karen había visto en sus ojos que intentaba calibrar su relación. El joven no había hecho amagos de sentarse, ni Cano le había invitado a hacerlo, es

más, intentó despedirse lo más rápido posible, y redujo las presentaciones al mínimo. Karen pensó que debía de pertenecer a su otra vida, que el brigada intentaba por todos los medios ocultar, y, aunque al principio, a su llegada a España, Karen había pensado que se debía al pensamiento más tradicional español, tras unas semanas se había dado cuenta de que los españoles eran, por lo menos, si no más, igual de tolerantes que muchos de los centroeuropeos con los que ella había convivido y que, por lo tanto, la discreción de Cano se debía a un rasgo de su carácter, más que a una barrera social. Karen supo que Cano la consideraba una amiga cuando este le contó que era homosexual. Desde hacía unos meses seguían el mismo programa: trabajaban, se tomaban unas copas o cenaban, y cada uno se iba a su cama. Como rutina estaba bien, pero cada uno de ellos tenía que seguir con su vida.

Se levantó, cogió la chaqueta del uniforme y se miró en el espejo. Se mantenía delgada y erguida pero cada día descubría algo que antes no estaba ahí. El cuello no tenía la firmeza de antes, pequeñas arrugas surgían al lado de los ojos y dos que empezaban a marcar sus mejillas. Suspiró y se dijo que seguro que para acercarse a los cincuenta no estaba mal. Pero había perdido la lozanía, la sensación de poderse comer el mundo. Sus ojos habían perdido la ilusión, la brillante luz presente en los ojos infantiles, hasta puede que la curiosidad, con el paso del tiempo. Levantó escéptica las cejas y se dijo que probablemente lo miraba todo con las gafas de color de rosa de la nostalgia. Cuando veía a jóvenes por la calle, intentaba buscar aquella emoción, aquella alegría de vivir que creía haber sentido ella, pero ni siquiera en ellos la encontraba. Muchos vivían concentrados en sus pantallas, y cuando se comunicaban entre sí era para mostrarse aquello que habían encontrado en lo publicado por otro. Las risas eran a menudo por un meme, por un chiste que aparecía en la pantalla. Sólo que la relación ya no era de dos, sino que el teléfono se había convertido en su nexo de unión. Se alegró de que a ella no le hubiese tocado descubrir el mundo así, a través de los designios y de los ojos de otros. Iba a salir cuando su teléfono vibró y el nombre del forense se iluminó en la pantalla.

—Doctor Benavides, buenos días.

—Buenos días, teniente. Espero que haya descansado bien. —Karen tuvo que sonreír, ya que el médico siempre utilizaba esa frase

por las mañanas, y cambiaba a «que descanse bien» por las noches—. He acabado con su autopsia. Me faltan los resultados del laboratorio, pero lo básico lo tengo. ¿Se quieren pasar, o se lo mando?

Karen reflexionó. Iban a bajar a Madrid de todas maneras, así que podían pasar por el Instituto Anatómico Forense, que además les pillaba de camino en la entrada a la capital.

—Nos pasamos esta mañana, si le viene bien. ¿Me puede hacer un resumen ahora?

—Claro —contestó el médico—. Murió, como suponíamos, debido al golpe del atizador de la chimenea. El que se lo propinó debía de tener su altura, más o menos, y era diestro. No sufrió, por lo menos, no con el golpe. Además, como presumíamos, la violaron. Tiene hematomas en el cuello, le oprimieron la garganta, la sujetaron por los brazos y los muslos, lo que también le causó hematomas, y la forzaron (hay lesiones en la zona genital). Pero el que lo hizo no tomó muchas precauciones: hay ADN por todas partes.

—Eso es una buena noticia. Patricia Mata acusó a un hombre, César Rubio, de violación. El juicio se zanjó por falta de pruebas, pero su ADN tiene que estar en nuestra base de datos. ¿Cuánto tardará en cotejarlo?

—Sí, recuerdo la historia. Lo he mandado al laboratorio, pero los resultados no los tendré hasta dentro de tres o cuatro días, si tenemos suerte.

Karen suspiró y se despidió. Cano, que en algunas cosas tenía madera de masoquista, se dedicaba de vez en cuando a ver series americanas en las que los investigadores exigían un examen de ADN como si fuese una prueba de embarazo, y le hacía a Karen un relato exacto de los plazos, que se solían medir en horas. Desalentada, se dijo que todavía tenían suerte por la cercanía con Madrid. Si estuviesen en una localidad más alejada los plazos se alargarían aún más. Llamó a Cano y quedó con él en el centro del pueblo para tomarse un café y bajarse a Madrid después.

Iba andando por la calle Florida cuando las campanas del monasterio tocaron las ocho. Atravesó la plaza, que, excepto la panadería, iluminada, estaba todavía dormida. Las tiendas estaban cerradas y sólo se cruzó con unos madrugadores que andaban

apresurados por las calles empedradas. Cano la esperaba ante uno de los locales de la plaza de la Cruz, La Tienda Deli, que estaba todavía cerrada, pero cuya dueña, una amable mujer vestida con una falda larga y el pelo sujeto en un moño, les invitó a instalarse en una de las mesas de madera, a pesar de no haber abierto aún. Karen volvió a pensar en las diferencias entre los países europeos y no llegó a recordar la cantidad de veces que había llegado a locales en Francia en los que cinco minutos antes de la hora de apertura la habían hecho esperar bajo la lluvia a que las manecillas se uniesen en la hora en punto. Miró con aprecio a la dueña, que sacaba una tarta del horno. Cano le señaló una mesita repleta de bollería y bizcochos. Karen pidió un café y un *croissant* con desconfianza. Desde que se mudó, la teniente había comido muchos bollos secos que parecían hechos de masa de pan y a menudo bañados en una espesa capa de glucosa, que tenían del panecillo francés sólo la forma. Le puso al corriente de su conversación con el forense.

—¿Sabes algo del teléfono? —preguntó Cano.

—Lo están analizando. Supongo que en unos días lo habrán conseguido abrir. Lo mismo para el ordenador. ¿Sabes cómo de alto es César? El golpe, según Benavides, le vino desde su altura, más o menos.

La dueña se acercó con sus cafés sobre unas bandejas de madera y les puso delante lo que habían pedido. Karen observó su *croissant*, recelosa, y se sorprendió agradablemente cuando la miga se separó de la corteza de hojaldre y un olor a mantequilla le subió a la nariz. Cano partió un trozo de su bizcocho mientras abría su móvil, buscó unos datos y contestó.

—Un metro setenta y cinco. Patricia, un metro setenta y tres —contestó Cano lanzándole una mirada crítica.

—¿Diestro o zurdo?

—Diestro.

Karen frunció el ceño.

—Necesitamos la identidad y las coartadas de su exnovio y el francés que vivió con ella en París. Patricia tenía miedo, huyó de Madrid porque la acosaban y conocían su dirección. No forzaron la puerta, así que probablemente dejó entrar a su agresor. No creo que dejase entrar a un desconocido. —Suspiró—. Vamos a ver el cuerpo y, por otro lado, empezamos a escarbar en su vida. Necesitamos

hablar con su amiga, Ruth. Y sí, Cano —añadió—, enterarnos de más de la relación con César Rubio. Podemos hablar con los dos abogados que les asistieron; nos darán una visión más objetiva. Sin sus dispositivos sólo podemos entrar nosotros en las redes desde fuera para ver qué le decían. Si Romero ha trabajado con los de Ciberdelitos, nos ha tocado la lotería.

Cano sacó el cuaderno y leyó unas líneas.

—Su jefa, Emma Vega, está en Barcelona. Vuelve mañana. El teléfono de su amiga nos lo mandaron los tíos. La llamé ayer por la noche y le dejé un mensaje, pero todavía no ha contestado. En cuanto a la exmujer de César, tiene una tienda para bebés en el barrio de Salamanca y los padres regentan una ferretería por Santa Engracia. Del exnovio no tenemos todavía nada. Aunque Suárez ha llamado otra vez a los tíos, estos sólo se acuerdan de que la película era española y un peñazo… Y del héroe mitológico no tenemos tampoco nada.

La teniente frunció el ceño.

—Supongo que su amiga sabrá de sus relaciones más que sus tíos. Y, si no, los nombres estarán en su teléfono —dijo Karen—. Por mucho que se llamase Ulises, va a ser difícil encontrarle sin un apellido.

12

San Lorenzo de El Escorial-Madrid, diciembre de 2016

Unos rayos de sol se escapaban entre las nubes y levantaban destellos en el pavimento mojado. Saludaron a los compañeros apostados en la entrada del Valle de los Caídos y cogieron la autopista hacia Madrid. Cano conducía en silencio.

—Cano —dijo Karen, escueta ante el mutismo de su compañero —, si coincide el ADN, tenemos un indicio poderoso y el juez permitirá detenerle. Mientras, está bajo la vigilancia de Ruiz. Tenemos que esperar y decirle a Benavides que azuce un poco al laboratorio.

Cano lanzó una carcajada.

—Pues ya puedes esperar sentada… Además, seguro que ya se ha hecho una idea.

Karen se volvió con los ojos echando chispas.

—Cano, ¿cómo puedes ser tan injusto? ¿Cuándo, desde que le conocemos, ha trabajado mal Benavides? ¿Por qué le tienes esa manía? Nunca me lo has contado, es tu decisión y la acepto. Pero, si juzgas su trabajo, quiero algo más que meras suposiciones. Así que una de dos, o me dices por qué dudas de la profesionalidad y la ética de Benavides, o te callas de una puñetera vez.

El brigada la miró asombrado; la teniente no acostumbraba a ser tan arisca. Frunció el ceño y no dijo nada. Karen continuó.

—Muy bien. Cállate y no digas nada. Intenta dejar una duda en el aire. Pero, si piensas que voy a dudar por este silencio tuyo, te equivocas. No voy a pensar que hay algo tan tremendo que ni siquiera tú te atreves a mencionar. ¿Te imaginas que lo hiciesen contigo? Que alguien en el cuartel me dijese: «El brigada Cano…» y dejase los puntos suspensivos. Y que yo le prestase atención. Te parecería injusto y te dirías a ti mismo que es por tu condición de

homosexual. —Cano se sobresaltó—. En cambio, no tienes ningún reparo en intentar destrozar, por lo menos ante mí, la reputación de un hombre que hasta ahora no ha dado ninguna razón para que dudemos de su profesionalidad. Lo peor es que creo, y ojalá me equivoque, que todo tiene que ver con sus creencias religiosas. ¿Cómo tú, que eres un abanderado de las minorías, puedes calumniar —Cano se giró enfadado—, sí, calumniar, porque el dejar la duda en el aire es calumniar, a un hombre sólo por sus creencias? Te lo pregunté ya una vez, pero ¿reaccionarías igual si Benavides fuese judío o mahometano? ¿Te atreverías? No, claro que no.

El teléfono sonó, interrumpiendo el monólogo, y Karen respondió tras ver el número de Suárez en la pantalla.

—Mi teniente, le tengo a los dos abogados del caso. Manuela Sánchez por Patricia Mata, y Alfredo de la Pisa por César Rubio. Los dos tienen su despacho en Madrid. Romero está con las redes; dice que os llama luego, pero que es peor de lo que pensábamos.

Karen reflexionó antes de contestar.

—Vamos primero a ver a Benavides y a buscar a la amiga de Patricia. Si su jefa no está, podemos hablar con su abogada e incluso con el de César, así nos ahorramos líos también. No les digas a los abogados una hora exacta; prefiero hablar con su amiga antes.

—Pues me han dicho que estaban muy liados… —replicó el guardia.

Karen respondió brusca.

—Nosotros también. No te preocupes, que ya nos las arreglamos. Nos plantamos en su puerta y a ver cuánto aguantan sin recibirnos.

Colgó sin decir más y sus rasgos se suavizaron al ver la sonrisa de Cano. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y miró la carretera. La autopista se empezaba a llenar y entraron por el carril reversible de alta ocupación que llevaba a Madrid y aportaba a la autopista dos carriles extras según la hora que fuese. Karen pensó, como siempre que lo veía, que el pragmatismo español, uno de los únicos países europeos en el que se había implantado ese sistema, era admirable. Salieron en La Moncloa, atravesaron la universidad y se dirigieron al Instituto Forense. Al bajar del coche, Karen se volvió hacia Cano, pero, cuando iba a abrir la boca, el brigada hizo un gesto de conformidad clavando sus ojos en ella.

El despacho del doctor Sebastián Benavides estaba en la planta del sótano. El forense les esperaba en su puerta con las manos en la bata. Como cada vez que iba, Karen se asombró de lo bajo que parecía el techo en comparación con la altura del médico. Le estrechó afectuosamente la mano y se apartó para dejar pasar a Cano, que se la tendió también. La teniente se fijó en el brigada, que había lanzado una mirada de soslayo al crucifijo que colgaba sobre el dintel. El médico se sentó tras su escritorio y les sirvió, tras preguntarles, sendas tazas de café.

—No ha llegado nada del laboratorio, supongo —dijo Karen.

—No, todavía no tenemos nada. Hay una barbaridad de huellas acumuladas, unas más visibles que otras. Las de las copas, dos en el salón y tres en la cocina, las tendremos un poco más rápido. En cuanto a ella: muerte acaecida por traumatismo craneoencefálico producido por un golpe con un objeto duro, el atizador —dijo volviendo la pantalla hacia ellos y señalando el instrumento—. Hay huellas en el puño y varios pelos pegados. El que la golpeó lo dejó caer a su lado y no lo intentó limpiar. Murió cara a cara con su agresor. Las lesiones del cuerpo son varias: muñecas, muslos y cuello. El examen colposcópico ha demostrado una relación sexual anterior a la muerte, que, debido a las lesiones, se puede definir como involuntaria. La sujetó por las muñecas, la obligó a abrir los muslos y la forzó. Los hematomas revelan una constitución física más corpulenta que la de la víctima.

—¿«Se puede»? —preguntó Cano enfadado.

Benavides se encogió de hombros.

—Yo supongo; ustedes demuestran —replicó Benavides suavemente.

—¿Eyaculó en ella? —preguntó Karen.

—No, tuvo lugar en el exterior. Tiene manchas de semen en el vientre y en las piernas.

Cano apuntaba sin cesar, y la teniente preguntó:

—Así que la violó y cuando se incorporó la mató de un golpe.

Benavides asintió.

—En cualquier caso, es un hombre muy descuidado. Dejó tal cantidad de ADN que, o no tiene ningún miedo de que le encontremos, o estaba en una situación mental que le impidió limpiar nada o tomar las mínimas precauciones, como usar guantes

o preservativo para no dejar su huella genética en la escena.

Karen miró extrañada.

—¿Puede excluir o confirmar el ADN de César Rubio antes de que lleguen todos los resultados? ¿Puede cotejar sus huellas con las del atizador?

Benavides negó con la cabeza.

—Todavía no, pero voy a intentar que adelanten lo que puedan. La violación tuvo lugar en el sofá, por la cantidad de pelo de ella que encontramos en el asiento. La posicionó sobre este, con el sexo elevado sobre el reposabrazos. Los arañazos que tiene la víctima en la parte trasera son consecuencia del roce forzado con la tela. Al estar la mujer tumbada en una posición más baja y sin posibilidades de defensa, las lesiones vaginales son menores. La agarró por los muslos y los abrió, provocando los hematomas. En sus uñas, excepto fibras del sofá, no hemos encontrado nada. Aun así, no es raro: dada la posición en que la puso, no llegaba hasta él.

—¿Puede avanzarnos algo sobre la mentalidad? —preguntó Karen.

El forense se encogió de hombros.

—Desprecio por el otro sexo y sensación de superioridad. La utilizó como un mero objeto sexual, la penetró y ni siquiera eyaculó en ella.

—A lo mejor no quiso… —conjeturó Cano.

—¿Se refiere a que pudo intentar contenerse y no lo consiguió? —Benavides negó con la cabeza—. A lo mejor oyó algo que le interrumpió, o no quería dejarla embarazada —sugirió el forense.

—¿Cree que alguien se fía todavía del interruptus? —replicó el brigada.

El forense sonrió.

—También hay muchos que se creen las pautas de las series americanas… —Cano le miró ceñudo—. Tiene una contusión en las lumbares, aunque puede que la tuviese antes.

—La tiró al sofá, le levantó las piernas, se las abrió con violencia, la forzó y se apartó —resumió Karen—. La víctima se levanta y, cuando está en pie, le da el golpe que la mató. —Frunció el ceño—. ¿Pudo ser así?

—Es lo más plausible —respondió el forense.

—¿Cuándo intentaría estrangularla? —preguntó la teniente—.

Las marcas del cuello, si lo he entendido bien, incitan a pensar que lo probó.

El médico negó.

—Puede que se moviese demasiado y quisiese verla quieta. Que, por lo menos, en ese momento, no la quisiera matar.

Cano estalló.

—Pues para no querer…

—Brigada —replicó el forense—, el que un hombre sea un violador no quiere decir que tienda también a la necrofilia. No, las marcas no tienen la intensidad de las de los muslos; apretó lo necesario para que sintiese ahogo, pero no la mató. Y la fuerza, a juzgar por los hematomas de las piernas, la tenía… —Dudó—. A lo mejor sólo quiso dominarla, que dejara de moverse.

—No la mata con sus propias manos —reflexionó Karen—. A lo mejor no lo tenía planeado, o ella gritó y él se asustó. ¿Tiene marcas en la cara? ¿Le tapó la boca?

Benavides negó con la cabeza.

—No, no tiene fibras en la boca ni hay señales de que utilizase algo para silenciarla.

—Era por la noche, en una casa que está en una calle sin mucho tráfico y sin vecinos contiguos —explicó Karen.

—Puede que vigilase la zona, o que fuese un conocido —sugirió Benavides—. No olviden que no hay señales de que la puerta o ventanas fuesen forzadas. Tampoco hay señales de robo: tenía su bolso en la entrada y el dinero y las tarjetas aún están. O dejó entrar al asesino, o ella salió para algo y él aprovechó y se coló.

—¿Para qué iba a salir en una noche semejante? —preguntó Cano.

Karen, acordándose de cómo había encendido la chimenea la noche anterior al notar el viento, contestó inmediatamente:

—A lo mejor salió a por madera. ¿Dónde tiene la leñera?

Benavides abrió las fotos en la pantalla y fue pasándolas.

—En la entrada —dijo Karen—, mira, ahí se ve muy bien. Cualquiera que pasase por la calle la pudo ver, y, si era alguien que la estaba vigilando, pudo aprovechar el momento en el que ella salió. Hasta el domingo no hizo tanto frío, y a lo mejor no tenía mucha leña dentro. Patricia sale y el hombre aprovecha para entrar. O le deja entrar porque le conoce… Lo que más me extraña es que

él no intentase evitar dejar huellas —dijo la teniente reflexionando en voz alta— y que, si usted tiene razón con los vasos que se encontraron en la cocina y en el salón, se tomase una copa con él, a no ser que ella utilizase dos, o la hubiese dejado del día anterior —dijo dudosa—. Muy ordenada no era, pero dejar las copas del día anterior en el salón…

—Estos son los hechos —zanjó el forense—; las elucubraciones se las dejo a ustedes. En cuanto tenga los resultados del laboratorio, les aviso.

En el coche se miraron.

—Si le conocía y le abrió… —empezó a hablar Karen.

—¿Te imaginas que lo que empezó como algo voluntario derivase en violación?

—Eso explicaría el descuido a la hora de borrar las huellas y las dos copas del salón. La puerta no estaba forzada. Posibilidad uno: la vigilaban, ella sale a por leña y el tipo se aprovecha y la sigue dentro de casa. ¡Pero no le serviría una copa! Posibilidad dos: le conoce y le franquea el paso. O han quedado o el otro se presenta sin haberse anunciado. Toman algo y la fuerza. Una percepción diferente de la situación, puede. Él malinterpreta sus intenciones, un clásico del violador conocido. Está convencido de que ella quiere, piensa que, al fin y al cabo, le ha franqueado la puerta y le ha invitado a una copa. Ha coqueteado con él alguna vez, o él se imagina que le ha intentado seducir. Ella dice no, él lo considera un juego más de la supuesta seducción y la fuerza.

—¿Y la intenta ahogar?

—Puede haber varias explicaciones: quiere que lo desee, no soporta el no. Al ahogarla, la silencia. O le gusta ver su miedo.

—Sí, mi teniente, ya sé a dónde quieres ir a parar, pero, si él piensa que ella quería, se da cuenta de que no, se imagina las consecuencias y decide matarla, ¿por qué no la estrangula? ¿Por qué espera a que se levante para darle un golpe con el atizador?

Karen se encogió de hombros.

—Ella se levanta del sofá, grita, le amenaza. Las consecuencias del hecho se vuelven reales. Puede que la mate para que se calle.

—Tendría sentido, pero, si la viola y la mata, ¿no intenta borrar ninguna huella? No me cuadra —dijo Cano dubitativo.

—Puede que alguien le molestase y que tuviese que huir antes

de poder limpiar —añadió Karen insegura—. A lo mejor le asustó un ruido o quizá apareciese alguien que llamó a la puerta y que le puso en peligro. La hace callar matándola y no abre.

—¿Y por qué ese alguien no dio la señal de alarma? ¿Porque no oyó nada? Si había quedado con ella, debió de extrañarse. Si había oído gritos y por eso tocó, nos hubiese llamado.

La teniente resopló.

—Si habían quedado, y a esa hora sería rara otra cosa, ¿no se quedó preocupado de que no abriese? Y ¿por qué el agresor, si no abre y se queda con ella muerta, no intenta limpiar, por lo menos, lo más gordo? Es como si fuesen dos delitos diferentes.

Cano dudó.

—No tiene sentido, uno llega y la viola, y el siguiente que aparece y ha quedado con ella se la carga.

Karen jugaba, concentrada, con el boli. Levantó los ojos.

—¿Le hubiese dejado entrar? ¿Al hombre al que acusó de violación? ¿Rubio comete el mismo delito por el que le acusaron? ¿Deja a los críos y al padre en el Miranda tomándose unos picatostes, y va a cargársela? Cano, no me parece lógico. No me imagino que le hubiese abierto, y menos que, con el saber que debe de tener Rubio acumulado sobre violaciones, dejase su huella genética por todas partes, que además tenemos y podemos cotejar sin más dificultad que la espera. Y, para contarse cómo les iba la vida, ¿se toman una copa antes?

—A lo mejor César se quiso vengar y la sorprendió. La observa desde fuera, espera a que salga y entra por la fuerza en la casa.

—¿Y antes de violarla mezclan un par de margaritas? ¿No se pone guantes y nos deja huellas y su ADN? No, Cano —apuntó decidida la teniente—, yo creo más bien que conocía y confiaba en el visitante, le invitó a pasar y la situación se descontroló.

—Pero es posible.

Karen suspiró.

—Sabemos demasiado poco de ella —dijo enfadada— y de sus relaciones. Necesitamos su móvil y hablar con su amiga. Tenemos que investigar a sus otras parejas y enterarnos de si alguna de las amenazas que sufrió en las redes han podido derivar en los hechos reales.

13

Madrid, diciembre de 2016

Karen respondió a la primera llamada de la guardia Romero. Indignada, esta les contó:

—Es ciberacoso. No os podéis imaginar las cosas que le han escrito. Vamos, que no sé por qué no ha denunciado a algunos de los capullos; ¡si ni siquiera se cambian el nombre!

—Tranquilízate, Romero —interrumpió la teniente—, y explica.

La guardia resopló, respiró un par de veces y recomenzó.

—He mirado sus redes y los comentarios a sus artículos. Por la cantidad de los que están borrados desde el servidor de la revista, que debían de ser los más gordos, te puedes hacer una idea de lo que le llegaba. En Facebook, Twitter e Instagram, aunque tiene cuenta privada en algunos, es para vomitar. Una barbaridad, desde acoso en toda regla hasta comentarios injuriosos, casi todo personal, fotos trucadas, memes…; de todo. No sé cómo no lo notificó.

—¿Dices que eran personales?

—Bueno, sí. Yo dividiría, por lo que he visto, entre los que se le hacían por lo que escribía en *Carla* y los que iban directos a su vida privada. Los de la revista se basan en sus artículos o en las respuestas a correos que da Patricia. Suelen criticar lo que expresa, y la mayoría de las veces tienden a restarle importancia al hecho descrito. Un ejemplo: a una mujer que es acosada por su ex, que le manda mensajes a todas horas, se la considera una tía «con suerte» porque el tipo la quiere, por ejemplo. La típica visión machista. Otros dudan de la verdad de la versión de ella, la desmenuzan, buscan fallos o dudas. Lo peor es cuando abren un hilo y van a lo personal, cuando no discuten ni critican, sino que lanzan una frase lapidaria alegando el resultado del juicio por violación de Patricia de entonces. Algunas alusiones son veladas y debía de haber

bastantes más porque hay muchos que se quejan de que su comentario ha sido eliminado. Fuera del ámbito de la revista es mucho mucho peor: injurias, insultos, amenazas, acoso. Un espanto. He estado mirando los perfiles de algunos y te quedas alucinada, tíos que tienen una cuenta oficial, con compañeros de trabajo y fotos de críos en la playa, y no tienen ningún miedo ni reparo en insultarla sin intentar siquiera ocultar su perfil.

—¿Hay alguno que a primera vista te parezca que haya podido dar un paso más?

Romero bufó.

—¿Alguno? Muchos.

—¿Patricia contestaba? —preguntó Cano.

—A la mayoría, no. A algunos los amenazaba con denunciarlos, pero no parece que les impusiese mucho…

—Sácanos los más personales y agresivos —solicitó Karen—, por favor. Y mira a ver si hay alguno que parezca enamorado.

Romero respondió indignada.

—¿Enamorado? —bramó—. Son unos pirados. En muchos de ellos, las alusiones sexuales son evidentes, pero supongo que, como no aparece ningún desnudo, el filtro no lo reconoce —rezongó—. Me pongo a ello con Suárez.

Karen colgó y Cano dio un golpe en el volante.

—Joder, manda narices —exclamó enfadado.

—Lo de las redes es alucinante, sí. Permiten una violencia verbal casi sin límite…

—Consecuencia del juez, que ya podía haber sido una mujer.

—Cano, por favor —protestó Karen—. ¿Qué tiene que ver que fuese hombre o mujer?

El brigada, que se había parado en un semáforo, se volvió con rabia.

—A lo mejor, si hubiese sido mujer, se habría podido identificar más con Patricia.

—Así que crees que el sexo de alguien implica una mayor o menor cualificación…

—Pues, en algunos casos, es posible.

—Venga ya, Cano. ¿Estás diciendo que en las violaciones tiene que juzgar una mujer? ¿Y en los casos de pedofilia buscamos a un padre de familia? ¿Crees que eso les haría más ecuánimes? ¿O a lo

que te refieres es justo a eso, que mejor que no lo sean?

—No, pero sí daría una mayor comprensión e identificación.

—Cano —dijo reprobatoria—, el juez decide, o por lo menos debería, a partir de pruebas, no de su estado de ánimo o de su posición en la sociedad. Ni sobre la base de su sexo. Se tiene que apoyar en las pruebas que le presentamos, y la intención es que estas sean recopiladas de la manera más exacta y cercana a lo que pasó.

Cano iba a responder cuando llamó Ruth Alonso.

14

Madrid, junio de 2014

César miró el móvil. No eran ni las diez y Patricia ya le había escrito seis mensajes. Se sentía sucio, había dejado que esa historia fuese mucho más lejos de lo que nunca había querido. Nunca jamás habría debido permitir que lo que debía haber sido una aventura se convirtiese en rutina, pero, tras casi un año, no lo podía llamar de otro modo. Cada vez que quedaba con ella pensaba decírselo y después miraba en su cara de niña ilusionada y se sentía como si le estuviese robando un juguete a un crío. Pensó en Ana, pensó en los niños y se llamó a sí mismo flojo y cobarde. Se dijo que no podía continuar, que era injusto con todos, incluso con Patricia, la cual, aunque conocía su situación, se hacía todo tipo de ilusiones, proponía fines de semanas imposibles, intentaba alargar sus encuentros y jugaba al matrimonio comprándole un pijama para guardarlo bajo la almohada. Salió a tomar un café.

El bar estaba vacío, y sólo Mario, el camarero, se afanaba con la máquina y preparaba los briks de leche para la invasión próxima de los desayunos.

—¡Buenos días! —le saludó.

César se acomodó en la barra y respondió con un gesto. El camarero continuó con sus tareas y le sirvió un cortado. Lo revolvió y se fijó en una foto nueva que el hombre tenía tras las tazas y mostraba a una sonriente joven tocada con un birrete. La señaló.

—¿Es su hija? —preguntó.

Mario se la tendió orgulloso.

—La mayor, el día de su graduación.

—¿No están aquí con usted?

—Se quedaron con mi mujer en La Ceiba —negó el hondureño.

César pensó en la injusticia de la vida, en el hecho de que la

sonrisa de esa joven tuviese que ser sufragada por la vida del padre, que servía cafés y comidas seis días a la semana en Madrid. Se la devolvió. Mario la cogió y la miró con tristeza.

—Es difícil no ver crecer a los hijos —dijo clavando los ojos en otra de las fotos—. Sobre todo, cuando la culpa es de uno.

—Mario —protestó César—, la culpa no es suya; son las circunstancias.

El hombre negó.

—Yo no vivía mal en La Ceiba. Teníamos una caseta de comidas que había sido de mis suegros. Nos quedamos con ella cuando se retiraron. Pero ya sabe cómo son las cosas… —Suspiró—. La mujer acababa de dar a luz a nuestra tercera, mis suegros vivían con nosotros y yo estaba todo el día trabajando. Cuando llegaba a casa, no tenía nada que decir, imagínese, la esposa y la suegra en casa. Y el suegro, por si no fuera suficiente. La casa era pequeña y estábamos todo el santo día unos encima de otros. Bueno, yo creo que lo que me molestaba era que cuando estaba en casa nadie tenía tiempo para mí; ellas platicaban entre ellas, que si pasaba una vecina, que si estaban unas amigas de mi suegra o unos amigos de los güirros. Parecía que molestaba, así que cada vez retrasaba más la vuelta, cerraba y me tomaba una copita por ahí. En una de esas, conocí a una joven. —Miró, soñador, a lo lejos—. Y pasó lo que tenía que pasar; comenzamos una relación de pareja. Ella era joven y tenía tiempo y ganas. No me mandaba y siempre tenía tiempo para mí. Yo me hubiese quedado así —dijo con cara de felicidad perdido en sus recuerdos—. Parecía que en casa ni se daban cuenta de que cada vez paraba menos. Yo, tan contento, me ahorraba las broncas de la mujer y de la suegra y las quejas de los chicos. Como nos mirábamos menos, hasta parecía que nos llevábamos mejor. La caseta de comidas iba bien, y alguna vez salimos mi mujer y yo al cine y a cenar. Tenía que andarme con cuidado para no encontrarme a nadie que viese con Mariela a diario y siempre llevaba un poco de tensión, pero, cuando me sentía seguro, lo pasaba bien con mi mujer. Me enojaba cuando me contaba de los chicos porque pensaba en lo injusta que es la vida y el porqué ella sabía todo de ellos y yo nada. Con ella reían y conmigo estaban serios, a ella le contaban sus secretos. Si venían a mí era por los lempiras o porque los mandaba la mamá para que yo creyera que

era un papá.

César se dijo que hasta cierto punto conocía el sentimiento.

—No creo que te ayude —contestó dando un sorbo a su café—, pero yo también tengo muchas veces esa impresión.

Mario le miró fijamente.

—He tardado en comprenderlo. La verdad es que en muchos casos somos injustos. Es cierto que llevamos el dinero a casa, sí. Pero consideramos que la mujer y los chicos, ya no le digo la suegra, están ahí, a costillas nuestras. Que con lo que ganamos mantenemos la fiesta y que cuando llegamos, además de ser el invitado no esperado, nos toca lavar los platos. No imaginamos otro trabajo que el nuestro, no pensamos que la mujer también tiene sus preocupaciones. —Sonrió con tristeza—. Si nos lo cuenta, pensamos que, ya que llegamos a casa, podría contar cosas que no fueran problemas. Si no nos lo cuenta y está de buen humor porque algo ha salido bien, tenemos la impresión de no haber participado en ello, de que son ellas las únicas que disfrutan de los güirros, y no nosotros.

César no contestó, pero pensó que, a pesar de haber un océano entre ellos, su situación no era muy diferente. Mario siguió hablando.

—Pasados unos meses no podía más, Mariela me presionaba, exigía cada vez más. Y mi esposa cada vez me hostigaba más, que dónde paraba, que por qué no contestaba. Así que confesé, le dije me había enamorado, le conté lo que echaba en falta, el porqué.

—¿Cómo reaccionó?

Mario se encogió de hombros.

—Pues cómo iba a reaccionar. Primero se enfadó, después pareció que estaba más triste que otra cosa. Dijo que, si era tan desgraciado, a lo mejor debía probar vivir con ella.

—Y es lo que hizo…

—Bueno, la caseta de comidas era de mis suegros, claro. Mi mujer se puso al frente y mis suegros la ayudaron. Y yo busqué otro trabajo y me mudé con Mariela. —Su mirada se hizo soñadora—. Los primeros meses fueron fantásticos; era como un noviazgo y cada día me felicitaba por mi decisión. Veía a los niños con ganas, los sacaba al cine. Muy bien. Después de un tiempo, el casino en el que me había colocado reorganizó plantilla y me quedé sin trabajo. Una

prima de Mariela estaba en Madrid, y nos dijo que aquí había unas ofertas muy buenas si no se le tenía miedo a trabajar. Así que hicimos las maletas…

—Y aquí está…

Mario rio.

—Sí, aquí estoy. Con dos chicos que tuve con Mariela y con la suegra viviendo en casa… Igualito que en La Ceiba. Es más, me parece como si hubiera vivido dos veces lo mismo. Y no crea, quiero a mi esposa y quiero a los chicos. Pero me hacen falta los otros. Y mi primera esposa. Y mi vida en La Ceiba. Aunque no me puedo quejar…

El bar se empezó a llenar y Mario le retiró la taza. César dejó unas monedas sobre la barra y salió al sol de la calle. Volvió a la oficina andando y cuando llegó le mandó un mensaje a Patricia para decirle que tenían que verse aquella tarde.

15

Madrid, diciembre de 2016

La amiga de Patricia, Ruth Alonso, les había citado en una cafetería de la calle Alcalá. Era una mujer de unos treinta años, morena y con el pelo sujeto en una trenza suelta, vestida con unos vaqueros y una camisa blanca. Se levantó al verlos entrar.

—Éramos amigas ya en la facultad —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Nos perdimos un poco de vista el año que ella pasó en París; no obstante, cuando volvió para hacer el máster intimamos mucho más. Yo alquilé durante casi dos años una de las habitaciones de su piso, hasta que me fui a hacer unas prácticas a Barcelona. Patricia, que no se llevaba tan bien con nuestra otra compañera, decidió dejar de alquilar. A mi vuelta a Madrid, busqué otro apartamento, pero nos hemos seguido viendo mucho.

—¿Nos puede contar qué tipo de persona era Patricia? ¿Conoce usted a sus otros amigos?

—Patricia siempre fue superinteligente y muy sensible. La conocí durante la carrera. —Se detuvo, pareció perderse en sus recuerdos y exclamó—: Joder, menuda mala suerte tuvo entonces: primero, el accidente de sus padres, después, el problema de París.

—¿Problema?

—Bueno, no sé cómo llamarlo. Ella empezó su máster en París, resultó que le faltaban unas notas de un trabajo que una compañera no entregó y, con ello, unos créditos, por lo que la expulsaron. No puedo decirles exactamente lo que pasó, porque en aquella época no salíamos con el mismo grupo. Lo que sí sé es que tuvo un rifirrafe con una amiga, que debía de ser bastante rancia, por un tío. —Hizo un gesto de desprecio—. Porque, la verdad, yo antes de pelearme con una amiga, mando al tío a la mierda… Patricia me dijo que había cometido un error, pero ¿saben?, así era ella, se

atribuía cosas que no habían sido su culpa, o, por lo menos, no completamente. Por lo que me contó, había acabado una noche con el novio de esa chica en la cama. Patricia iba muy borracha y hasta el día siguiente no se dio cuenta de lo que había pasado. Un poco después, murieron sus padres, así que todo lo que había pasado antes quedó en segundo plano. Una putada, si lo mira bien, porque esa tía le acabó jodiendo la carrera. A Patricia la habían aceptado en Sciences Po, que es lo más —explicó—, conoció a alguien, y era, en aquel nidito de amor con vistas a los tejados de París, por primera vez, tras la muerte de sus padres, feliz. Cuando la expulsaron, tuvo que dejarlo todo, volver a Madrid con lo puesto y recuperar unas asignaturas para poder seguir. —Suspiró—. Con su vuelta, la relación se estropeó también.

—¿Recuerda usted cómo se llamaba su novio de entonces?

La joven afirmó con la cabeza.

—Ulysse Gillardeau. Era un tipo estupendo; yo lo conocí ahí cuando visité a Patricia. Se llevaban muy bien; pero la vuelta de ella lo trastocó todo. La distancia… Patricia se disgustó mucho, pero yo creo que estaba demasiado ilusionada. Si me preguntan, pienso que buscaba a alguien con quien vivir, a lo mejor por la pérdida de sus padres. —Suspiró—. No le gustaba estar sola. Cuando compartíamos piso, se empeñaba en que desayunásemos y cenásemos siempre juntas. A mí no me importaba, porque la quería mucho; en cambio, sé que a nuestra otra compañera no le iba demasiado el plan maternal. Cuando estuvo viviendo con el francés, estaba en la gloria, durante el día, en la universidad, y, por la tarde, los dos a cocinar y a ver una película… Sólo les faltaba el gato —dijo con una sonrisa.

—Patricia se veía en una relación seria —concluyó la teniente.

Ruth lo corroboró con un gesto triste.

—Esa era una de las virtudes y de los defectos de Patricia. Siempre veía el todo, nunca parte. En la amistad, se implicaba a cien y esperaba también lo mismo del otro, así que, cuando alguien la «traicionaba» —dijo dibujando unas comillas en el aire—, la relación terminaba. No sé lo que pasaría en París, pero sé que ella se había instalado con todo el equipo en el piso de Ulysse, y él, que tenía planeado hacer sus prácticas ahí, al final se fue a Bruselas. Patricia, sin él, no quiso quedarse, así que se volvió a Madrid.

Perdonen, a lo mejor les estoy dando una imagen un poco negativa de ella y no quiero que sea así. Era una amiga excepcional.

Karen negó con la cabeza.

—No, nos está ayudando mucho. Es un error común que cometen los familiares y amigos de las víctimas: nos los describen como personas sin defectos, lo que es irreal. Y muchas veces son esos pequeños defectos los que nos hacen encontrar al culpable del delito.

—Es que tampoco quiero que crean que era una especie de lapa, que se pegaba a la gente, porque nada más lejos de la realidad. No, digamos que ella no esperaba atención completa, pero sí fidelidad. Creo que esa forma de ser venía de la pérdida de sus padres; eso lo llevó muy mal.

—¿Sabe usted si tenía actualmente a alguien?

Ruth negó con la cabeza.

—Tuvo una historia, pero no acabó bien. Por lo menos, no como ella quería.

La miraron interrogantes.

—Era como una maldición. Ya les he dicho que Patricia buscaba una cierta… No sé si es la palabra exacta, pero no se me ocurre otra, estabilidad. Y que también tenía algo de maternal. Total, que acababa con tipos más mayores que ella, que ya tenían la cabeza sentada, equilibrados, seguros de sí mismos. El único problema es que solían estar casados y, claro —se encogió de hombros—, eso complicaba mucho las cosas. Como con César Rubio.

—¿Qué nos puede contar?

—No sé, esa historia se torció tanto… —dijo Ruth indecisa— y se dijeron tantas barbaridades que ya ni siquiera sé si lo que recuerdo es la verdad o lo que acabé leyendo en algún sitio.

—Usted era su amiga cuando tuvo esa relación.

—Sí, pero ya no vivíamos juntas. Poco después de que se conocieran, yo me fui a Barcelona; por eso, lo viví de lejos. Lo que me contaba, sí, aunque sólo por teléfono y con suerte algún fin de semana que venía. Patricia estaba ilusionadísima con aquella relación, tanto como con el francés. Se imaginaba viviendo con él, viajando con él, le compraba cosas para desayunar y una cuchilla de afeitar. Típico de Patricia. Sólo que se olvidaba de que el tipo estaba casado y tenía tres niños y de que, aunque le encantaba

follar con ella, no le apetecía nada cambiar la cuchilla de baño. Y Patricia era una compañía estupenda, lista, culta… Sus relaciones siempre iban así: fase de conocimiento, ambos felices. Fase de consolidación, Patricia intentaba unir los destinos, lo que llevaba a la ruptura.

—Hombre, es normal que quisiese llegar a algo serio —protestó Cano.

—Sí, claro, pero, si uno no ocupa los nidos ajenos como el cuco, las posibilidades son mayores. —Se encogió Ruth de hombros sin el menor atisbo de enjuiciamiento.

—Así que cree que César quería dejarla.

—No lo creo, lo sé.

—¿Cree usted que la violó?

Ruth sonrió.

—Ya sabía que me iban a preguntar eso… Siento decepcionarles, pero creo que dijo la verdad. Creo que ambas versiones eran hasta un punto ciertas. A pesar de que él la quería dejar, la forzó aquel día. Cómo pasó, al final no lo sé. Yo estaba por casualidad en Madrid y quedé con Patricia al día siguiente a comer cuando nos lo contó, con una mezcla de rabia y desesperación. Estábamos con una amiga que trabajaba en un bufete, que fue quien la instó a que lo denunciase.

—¿Cree que por sí misma no lo hubiese hecho?

—Ya les digo que Patricia era muy inteligente, pero otro de sus defectos radicaba en que siempre buscaba la culpa en sí misma. Cuando acabó la historia con el francés, se echó la culpa, y asimismo se hizo reproches por la de César. Sólo al relatarlo se dio cuenta de que podía haber sido una violación.

—¿Podía?

—Sí, podía. Yo estoy segura de que la violó, sí, pero, si él no hubiese roto aquella tarde, Patricia no lo hubiese visto así —dudó un momento—. Es más, yo hablé con ella esa noche y estaba más cabreada que asustada. Lo que no quita que la forzase —se apresuró a precisar—; sin embargo, ella no lo hubiese denunciado. —Suspiró—. Amaya, la chica que trabajaba en el despacho de abogados, dijo que la había violado y que tenía que ir a la comisaría a denunciarlo. Fue ella la que la puso en contacto con su abogada, que la acompañó en el examen médico. No me entiendan mal —se justificó

—, porque yo estoy convencida de que Patricia dijo la verdad, pero al final le sacaron tanta punta a todo que le acabó saliendo el tiro por la culata. Ella me lo dijo después, cuando le pregunté que si la había pegado. No forzado, de eso no dudaba. Patricia dijo que le había separado los muslos con fuerza, pero no recordaba más. Aun así, yo oí a Amaya, que le daba todo tipo de posibilidades: ¿te sujetó con los dedos? ¿te clavó las rodillas? Y, al final, Patricia era una niña buena y obediente, no sé si me explico, quería agradar. Es como un examen de varias posibilidades, cuesta mucho no rellenarlo… Pues eso hizo Patricia, responder a sus preguntas y, en algunos casos y sin querer y sin mala intención, a lo mejor adaptó sus contestaciones a lo que querían oír. Y Amaya y después su abogada no querían dejar pasar ningún detalle y le preguntaban sin cesar hasta que tenían una respuesta. —Suspiró—. Cuando Patricia se enfrentó al abogado de César, que la acorraló, se le desmoronó el mundo. Su abogada intentó paliarlo, claro, pero cuanto más cargaba contra él, más cargaban ellos. Acabó siendo una guerra sin cuartel, con la prensa entre medias y en la que se lanzaron todo tipo de acusaciones y medias verdades. Patricia estaba convencida de su culpabilidad, a lo que se añadía el dolor y la rabia por haberle perdido, y la sentencia la hundió en la miseria. Estuvo muy deprimida y sólo la ayudó el hecho de encontrar trabajo en la revista. Era muy buena en la comunicación, y el poder hablar con mujeres que habían sido víctimas de un delito hizo que sus pensamientos se dirigiesen a ellas y no pensase continuamente en lo suyo. Después conoció a un guionista, aunque ya les digo que no tenía mucha mano… Otra vez un tío casado con niños pequeños que se iba encantado a un hotel con ella, pero sin ninguna intención de oficializar la relación. Le dejó y desde entonces estaba sola, aunque creo que se siguieron viendo. Creo que el hecho de que parase ella ya fue un avance: ella misma se dio cuenta de que la historia no tenía futuro.

—¿Sabe cómo se llama?

—Sí, claro, Javier Rincón. Tengo su número, ahora se lo mando. Cuando Patricia se mudó a San Lorenzo siguieron viéndose, pero más como aventura que como algo serio. —Suspiró—. Al mudarse, Patricia empezó a replantearse su vida, a ver dónde habían fallado los otros, o dónde había errado ella.

—¿Alguna vez habló del ciberacoso con usted? ¿Estaba asustada?

Ruth resopló.

—Sí, a veces hasta me mandaba pantallazos de las barbaridades que le soltaban. Incluso me ofreció volver a su piso para no estar sola, porque la molestaban hasta por la noche, pero yo ya había encontrado uno y no era plan de volver a compartir nevera. Yo le decía que borrase las cuentas, pero ella, al principio, decía que los tíos se autorretrataban solos, que era mejor dejarlo. Aunque a veces sí que le afectaba, claro. La mudanza a San Lorenzo fue para poner tierra de por medio, como si allí en el monte estuviese más segura.

—¿Sabe si tenía a alguien en San Lorenzo, si hizo alguna amistad?

Ruth negó con la cabeza.

—Llevaba una vida muy tranquila. Sus tíos estuvieron con ella bastante tiempo y la trataban como a una niña en cierto modo, lo que la ayudó a sobrellevar lo de Javier… Pasaron gran parte del verano juntos y creo que, hacia mediados de septiembre, cuando vieron a Patricia mejor, se volvieron al sur.

—¿Cuándo habló por última vez con ella?

—Me fui a Bilbao el jueves. Le pregunté por el curro, ya sabe, y me dijo que era muy duro. Supuse que le habría escrito otro pirado y se lo pregunté, pero me contestó que esta vez no era un loco; que parecía una injusticia. Cuando Patricia me dijo eso, me eché a temblar —sonrió con tristeza—, porque era cuando se empleaba a fondo. Era un tipo al que acusaron de maltrato de manera injusta. Vivía por Bilbao y me pidió que quedase con él. Yo volví ayer, pero la llamé el sábado para contarle lo bonito que era. Ella estaba bien y me dijo que podíamos quedar a mi vuelta.

—¿Quedó usted con ese hombre en Bilbao? —preguntó Karen.

—Oiga, que yo tenía que trabajar —protestó—. El domingo había quedado y, además, cuando le pregunté, me dijo que no era en Bilbao, sino a setenta kilómetros por la carretera, y yo también tenía otras cosas que hacer que apuntarme a las cruzadas de Patricia…

—¿Dice que había muchos pirados? —añadió Karen.

Sacudió la mano de arriba a abajo.

—Y tanto. Tíos de la ultraderecha que la amenazaron con lo de

César, que decían que estigmatizaba a los hombres. Locos de verdad que le escribían mensajes eróticos. Y algunos cruzados, que le juraban amor eterno y que lucharían por ella. Incluso, aunque menos, alguna mujer con el tornillo un poco suelto, que le reprochaba que transformara a los hombres en marionetas. Le llegaban por las redes porque su correo electrónico privado lo conseguían pocas veces y, con su teléfono, Patricia tenía mucho cuidado y no se lo daba a nadie.
Se despidieron de ella y, cuando salió, aprovecharon para pedir unos pinchos de tortilla.

—Ya has oído el tipo de mujer que era… —dijo Cano cuando estuvieron solos.

—Sí, Cano, una amiga fiel que exigía lealtad —dijo Karen mientras miraba la tortilla recelosa. Cano la observó desconfiado—. Pero eso sólo si le afecta a ella. Si es a otro, no le importa tanto. No es que yo sea una abanderada de la moral, pero, cuando uno espera algo de los demás, no puede comportarse de manera opuesta. Y comprendo que se enamorase, comprendo que quisiese una relación seria. Lo que no acabo de entender es que una persona que exige fidelidad soporte la infidelidad en otro, aunque no le afecte personalmente. Dicho esto, nosotros no somos quiénes para juzgarla, ni a ella ni sus decisiones. Lo que tenemos que hacer es averiguar más sobre ella. La han matado y nosotros tenemos que enterarnos de quién ha sido.

16

Madrid, diciembre de 2016

Ruth les había dado el teléfono de Javier Rincón, el antiguo amante de Patricia. En la calle, el sol brillaba cada vez más alto, aunque las temperaturas seguían siendo bajas. Miraron a su alrededor, y un chasquido seguido de una imprecación les sobresaltó. Se volvieron y observaron a una joven rubia un poco gruesa que se afanaba con una estufa de gas. La bombona estaba vacía, y la mujer la arrastró con energía fuera de su depósito para cambiarla. Al incorporarse, se sujetó los riñones y se percató de su presencia.

—Siéntense, que ahora mismito les traigo una nueva. Y mientras les enciendo la otra, para que entren en calorcito. ¿Les traigo algo ya?

Karen sonrió y se dijo una vez más que los camareros españoles eran los mejores embajadores de sus negocios. La mujer se alejó hacia el interior con su bombona, y Karen y Cano tomaron asiento en sendos taburetes. Karen se reclinó en el respaldo, cerró los ojos un momento y disfrutó de la sensación de calidez de los rayos sobre sus párpados. El acento del sur de la camarera le hizo abrirlos para pedir dos cafés. Los volvió a cerrar. Cano encendió un cigarro. El golpeteo de la porcelana sobre la mesa hizo que Karen abriese los ojos de nuevo con desgana. Encendió un cigarro también, revolvió el café, se lo tomó y dio una palmada sobre la mesa.

—Vamos a llamar a Javier Rincón.

Echó un vistazo para comprobar que no tuviesen a nadie cerca y marcó el número. El teléfono sonó varias veces, y, cuando iba a colgar, una voz apresurada contestó.

—No quiero ningún contrato nuevo ni de luz ni de teléfono.

—Buenas tardes, Karen Blecker, Guardia Civil.

—Ay, perdón, es que es la tercera vez que me llaman… Lo

siento, ¿de dónde dice que llama?

—¿Es usted Javier Rincón?

—Sí, sí. ¿La Guardia Civil? ¿Ha pasado algo? —preguntó inquieto.

—Le llamamos por Patricia Mata, ha aparecido muerta en San Lorenzo.

—¿Cómo dice? —Su sorpresa sonaba real—. ¿Patricia está muerta?

—Estamos intentando averiguar más de ella y de sus últimos movimientos. Usted tuvo una relación con ella. ¿Qué nos puede contar?

Un silencio se instauró en la línea hasta que su voz, un poco más baja, se volvió a oír.

—Patricia… No la he visto desde hace más de un mes. ¿Qué le ha pasado? ¿Estaba en El Escorial todavía?

Le resumieron a grandes rasgos lo ocurrido y le preguntaron por sus lazos con ella.

—La vi la última vez a finales de octubre. Nos conocimos hace un par de años, cuando ella trabajaba en la televisión, pero no pasó nada hasta una de las comidas de Navidad del año pasado, en que nos volvimos a encontrar.

—¿Fue entonces cuando empezaron la relación?

—Bueno, comenzar, no sé… Estábamos en una de esas fiestas, los dos con gorritos de Papá Noel, y yo había salido a fumar. Patricia estaba fuera hablando con una amiga, que se encontró a alguien conocido y se alejó un poco. Nos quedamos solos en la puerta y, ya se imaginan, nos soltamos las típicas bromitas navideñas. Hablamos un rato y me dijo que no le apetecía nada volver a entrar, así que le propuse dar un paseo para despejarnos la cabeza. Fuimos andando hacia el centro y acabamos tomándonos unos buñuelos de bacalao. Nos reímos mucho, fue un día muy agradable.

—¿Conocía usted su historia con César Rubio?

El hombre negó.

—Yo había estado unos meses fuera, en Perú, en el rodaje de una película, y la verdad es que, como teníamos que ir a toda leche para ahorrar, no me enteré de nada de lo que pasaba en España. Me lo contó después, cuando ya habíamos quedado un par de veces

más. Pero no le gustaba hablar de ello. —Suspiró—. Tampoco sé qué quieren saber… La verdad es que fue todo bastante típico: quedamos a tomar algo un par de veces, y una tarde que salimos acabamos en su casa.

—¿Considera que mantuvo una relación seria con ella?

Javier respondió al momento.

—Todo empezó como un lío sin importancia, pero Patricia era una mujer maravillosa. Lista, guapa, cariñosa. Yo la quería mucho, y la verdad es que se nos fue todo un poco de las manos… a los dos. Yo no había calculado enamorarme, y creo que tampoco era su intención. Tuve que ir unos días a rodar cerca de Sigüenza, a un pueblo perdido. No estaba demasiado lejos de Madrid, pero la carretera, en cuanto sale uno de Sigüenza, es de un carril y se tardaba horas en llegar a cualquier sitio, así que, al final, nos quedábamos a dormir. Patricia se vino y pasamos un fin de semana maravilloso.

—Usted está casado, ¿no?

El hombre gruñó.

—Sí… Con lo de Sigüenza le dije a mi mujer que el rodaje se había alargado. Ella en ese momento ni se lo imaginaba. Acabábamos de tener a nuestra última hija, ella empezaba otra vez a trabajar, y creo que yo molestaba en casa más que otra cosa. No diga nada; ya sé que pensará que soy un cabrón, pero póngase en mi lugar… Llegaba a casa por la tarde y me encontraba a mi suegra, que se vino a echarnos una mano, a los críos y al puto perro que se empeñaron en hacerme comprar por Navidad, que entonces era un cachorro bien mono, pero después era un monstruo que destrozaba todo a su paso. Mi mujer, todo el día corriendo, agobiada por su trabajo y agobiada por la casa y los niños. Cuando le decía que dormía fuera, casi notaba su alivio. Cuando estaba, me mandaban a pasear al perro, que nadie quería sacarlo. Y mire que yo lo dije. —Levantó la voz—: «¿Quién va a sacarlo a pasear?». «Todos», me contestaban; «haremos turnos». —Lanzó una carcajada—. Los turnos los hacía yo, mañana y noche. La verdad —suspiró— es que hasta prefería dar vueltas por ahí a estar encerrado en el piso, donde siempre parecía que estaba en medio. Mi suegra dormía en mi despacho, y el bebé en nuestro dormitorio, así que ni ahí me podía meter. Cuando salía, llamaba a Patricia, y ella se venía

algunas veces a dar el paseo conmigo. No pensé que fuese a ser tan serio.

—¿Lo era?

Calló un momento.

—Al principio, no. Después, sí.

—Pero lo dejaron…

—Lo dejó ella. Las cosas cambiaron, también.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, Patricia empezó a llamarme por las noches a horas intempestivas en las que no podía cogerle el teléfono. Decía que tocaban su timbre y que los cabrones que le escribían sabían dónde vivía. Le mandaban unos mensajes que eran una pasada. Aun así, tampoco quiso denunciarlos. Pero ¿qué coño quería que hiciese yo? Una cosa es darle una vuelta al chucho, y otra, desaparecer tres horas… Mi mujer se empezó a mosquear, y Patricia no comprendía que yo, aunque había podido alargar los días del rodaje en Sigüenza, no podía desaparecer un fin de semana, ni irme de excursión con ella por Madrid. Antes del verano la iba a dejar, pero entonces ella se decidió a subirse a la sierra, a casa de sus tíos. Estuvo también una temporada en el sur y todo se tranquilizó; sólo nos mandábamos mensajes y hablábamos de vez en cuando. Cuando empezaron los colegios, ella seguía en El Escorial y subí un par de veces a verla. La quería mucho y estuve a punto de hablar con mi mujer, hasta que Patricia me dijo una tarde, en octubre, que no quería seguir así, que quería afianzar la relación. Yo tenía que recoger a uno de mis hijos de una fiesta en Torrelodones y no pude discutirlo con ella, pero me tiré el camino a Madrid pensando cómo decírselo a Mara, mi mujer. —Resopló.

—Así que usted pensó dejar a su mujer y oficializar la relación con Patricia.

—Sí. Llegué a casa con el mayor de mis hijos y mi mujer me estaba esperando para salir los dos; resulta que era nuestro aniversario y ni me había acordado. Le pareceré un blando y un veleta, pero, por mucho que quisiese a Patricia, cuando vi a mi mujer toda arreglada esperándome, la niña que se me lanzó a los brazos y la pequeña gateando hacia mí, me dije que era un cabrón, le di una vuelta al chucho, que ahora hasta me cae bien, y decidí que dejar a mi mujer por Patricia no era la decisión acertada. Ya le

digo que no estoy orgulloso; aun así, yo no le hice daño, y fue ella la que me dejó cuando le dije que no quería abandonar a mi familia.

—¿Siguieron en contacto?

—Sólo algún mensaje de vez en cuando, pero dejé de contestarle cuando me pareció que no aceptaba mi decisión. No quería entrar otra vez en el bucle.

—¿Dónde estuvo usted el domingo?

—Aquí, en Jaén. Ya le he dicho que estamos rodando. Mi mujer se vino con los niños y los dejé en la estación a las seis. Después salí a cenar con unos de los del rodaje. Pueden preguntarles a ellos o en el chiringuito donde estuvimos. Éramos un grupo de cuatro y no me moví de la mesa.

Se despidieron tras anotar los datos y colgaron.

—Parece decir la verdad —dijo Cano mientras mordía una pasta —; no obstante, tiene razón: es un cabrón, un blando y un veleta.

Karen sonrió ante su vehemencia.

—Tenemos que comprobar lo de la cena, pero desde Jaén a San Lorenzo hay bastante más de dos horas. Si dejó a su mujer en la estación… Blando y veleta no sé.

—Venga ya, Karen. Estás con una tía, piensas dejar a tu mujer y, como vuelves a casa y los niños te hacen dos fiestas y el labrador te mueve el rabo, ¿te echas para atrás?

—Cambió de opinión, brigada; estaba en su derecho. No firmaron un contrato cuando se encontraron con el gorrito de Navidad.

—Sí, pero tú reconoce que Patricia tenía que pensar que la cosa era seria —profirió Cano irritado—. Joder, que se tiraron casi un año juntos.

—Ya. No te parece consecuente —contestó Karen seca. Cano asintió—. En cambio, si Patricia invita a César a su casa en el contexto de una relación de casi un año también y después dice «no», eso no te parece veleta.

—No es lo mismo; la violó.

—Cano, eso no lo sabemos. A lo mejor ella cambió de opinión y César pensó, como Patricia con Javier, que era el desarrollo natural. Lo complicado de las relaciones es entender lo que espera el otro. Al principio, suele estar claro: una copa, una cena y una noche de

desmadre. Si los dos están casados o solteros, las premisas son las mismas, pero hay un desequilibrio en cuanto uno de ellos está en una situación diferente, y puede que lo que quiera uno no coincida con lo que espera el otro. Tanto César como Javier estaban en situaciones vitales muy distintas de la de Patricia, y lo que me asombra es que una chica tan lista como ella no se diese cuenta. Pero, Cano, no me entiendas mal, tanto Javier como Patricia estaban en su derecho de cambiar de opinión.

17

Madrid, diciembre de 2016

No les resultó difícil encontrar el teléfono de Ulysse Gillardeau en Bruselas. Karen llamó a un antiguo amigo de Europol que en menos de diez minutos les había enviado dos móviles, uno francés y otro belga, además de un teléfono fijo del trabajo en la Comisión Europea.

—Supongo que el francés será el privado; probemos con ese —propuso.

El teléfono sonó dos veces y una voz de hombre contestó con el *allô* tradicional francés. Karen explicó en ese idioma quiénes eran y el motivo de su llamada. La línea quedó un momento en silencio mientras Ulysse digería la noticia. Suspiró.

—Es terrible, pobre Patricia.

—¿Qué nos puede contar de ella? Mantuvieron el contacto, a pesar de su separación, si hemos entendido bien, así que supongo que les unía una relación de amistad.

El hombre resopló.

—Hablé con ella el… No, perdonen, es mejor que empiece desde el principio. Patricia se había matriculado en Sciences Po cuando yo hacía mi doctorado. Nos conocimos en la universidad y nos enamoramos. Todo habría seguido un curso normal, supongo, y nos habríamos separado o casado pasado un tiempo, pero su expulsión lo cambió todo. Perdonen, me estoy yendo por las ramas.

—No, no, por favor —aseguró la teniente—, todo nos interesa.

—Patricia —continuó el hombre— era una mujer excepcional. Se integró muy bien en la universidad, pero tuvo un problema con la admisión: no le reconocieron unos créditos y se la declaró no apta. No fue culpa suya, fue una cabronada de una compañera. De la noche a la mañana le cambió la vida: perdió su apartamento,

perdió su plaza. Intentó arreglarlo y postular otra vez; sin embargo, sin las notas de Madrid no funcionó, así que se tuvo que volver a España. Éramos muy jóvenes y yo me fui a hacer mis prácticas a Bruselas. Acabamos distanciándonos y, aunque mantuvimos la amistad, nos separamos.

—¿Sabe más de esa compañera? —preguntó Karen.

—Conozco la historia, pero no a su compañera. Patricia y unos amigos salieron una noche, y ella acabó bastante mal. Uno de los tíos se la llevó a la cama y resultó que encima a la novia le sentó mal. Esta última no entregó el trabajo que había hecho con Patricia y por eso el proceso de admisión fue nulo. Le jodió la vida a ella, y a mí me la cambió. Yo estaba muy enamorado de Patricia. Supongo que, si ella hubiese seguido en París, yo habría acabado haciendo las prácticas ahí, como planeaba. Todo salió de manera diferente a lo que creíamos… —Hizo una pausa.

—Vivieron ustedes juntos.

—Unos meses, sí. Patricia pasaba mucho tiempo en mi apartamento, pero este era de una amiga de mi madre y aquel verano decidió alquilarlo a turistas, así que tuvimos que dejarlo. Patricia se volvió a Madrid, y a mí me ofrecieron Bruselas. La distancia no ayudó, y ella conoció a alguien y yo también. De todas formas, seguimos hablando de vez en cuando. La última vez hace unas semanas. Me contó que estaba viviendo en casa de sus tíos, en las montañas.

—¿Le contó algo de sus problemas?, ¿le habló del juicio?

El hombre carraspeó, nervioso.

—La verdad es que no mucho. Hablábamos, a lo mejor una vez cada dos meses, no más. El juicio no lo llevó bien, pero después, cuando empezó a trabajar para la revista, me pareció que le iba mejor. Llevaba mal los comentarios que le hacían por las redes, eso sí me lo dijo. Me contó que iba a pasar una temporada con sus tíos, que son como sus padres, para salir del ojo del huracán.

—¿Le parecía estable emocionalmente? ¿Le contó algo de sus relaciones?

—Ya le digo que tampoco hablaba tanto con ella. Lo que sí le puedo decir es que antes del verano sé que tenía a alguien. Estaba ilusionada, pero creo que él estaba casado.

—¿No sabe nada más?

—Escuche, conocí a Patricia hace casi diez años, pasamos unos meses estupendos, sí, pero nos separamos. Yo vivo en Bruselas, estoy casado y tengo dos niños pequeños, así que nuestras circunstancias son muy diferentes. No les puedo decir mucho más. Los que más saben de ella son sus tíos y su amiga Ruth. Es una chica que es amiga suya desde la universidad. Y vino a ver a Patricia a París.

—¿Dónde estuvo usted el domingo?

Ulysse rio.

—¿El domingo? Por la mañana en la iglesia, comimos con unos amigos, y por la tarde paseamos con los niños y esos amigos hasta que se hizo de noche, en que fuimos a tomar unos *gaufres*. Está de broma, ¿verdad?

Karen suspiró.

—¿Me puede mandar el teléfono de sus amigos?

La voz del hombre se tornó metálica al recitar el número.

—¿Algo más? —preguntó.

—Muchas gracias por su ayuda.

Karen colgó y le resumió a Cano la conversación, que hizo una bola con su paquete de tabaco y lo arrojó a la papelera.

—Menuda cabrona, la amiga —dijo el brigada.

—A lo mejor el cabrón fue él, Cano, ¿no crees? —replicó Karen.

18

Madrid, diciembre de 2016

Llamaron al despacho de Manuela Sánchez, que estaba en un juicio. Su asistente les dio su número de móvil, les propuso intentar localizarla ahí o avisarles cuando saliese para que pudiesen pasar por el despacho, y añadió que sería a última hora de la tarde. Karen decidió que en San Lorenzo podrían avanzar con la identificación de los acosadores, de los que se ocupaba Romero, y se encaminaron de nuevo rumbo a la sierra.

La A-6 arrastraba lentamente la horda de vehículos que volvían a sus hogares tras la jornada laboral. Karen, que se había puesto al volante para escuchar los interrogatorios, resopló. Cano levantó la mirada hacia la procesión y sugirió:

—¿Por qué no coges la carretera?

Karen recordó la antigua carretera que avanzaba paralela a la autovía y tomó la salida. Avanzaban lentamente y Karen lamentó haber abandonado la vía principal, pero, como por arte de magia, la cantidad de coches se disolvió antes del puerto de Galapagar, que llevaba a la sierra. Con la primera sacudida, Cano dejó caer el cuaderno y miró asombrado a su compañera al oír rugir el motor. La teniente había reducido de marcha y apretado el acelerador desde la primera curva, subía rápido y aprovechaba los dos carriles con los que se había ampliado la antigua carretera de montaña. Cano levantó una ceja al advertir el cartel que avisaba del peligro de las curvas y limitaba la velocidad; aun así, se calló al ver la cara concentrada de ella. En los últimos virajes distinguieron que se acercaban a toda velocidad las luces redondas de otro vehículo y Karen frenó hasta quedar dentro del límite marcado. El otro coche redujo también al identificar el coche oficial. Al llegar a su altura, reconocieron un antiguo Porsche, con un hombre con una mata de

pelo plateado al volante. Se cruzaron, ambos con la vista al frente y con cara angelical, pero, por un segundo, se miraron a los ojos y Karen percibió un destello de diversión en las leves arrugas que se formaban bajo los ojos del hombre. Cuando las luces ya no eran más que puntitos rojos en su retrovisor, rompió a reír con ganas ante la cara crítica de Cano, que la observaba con desaprobación.

—Mi teniente, está muy mal… Sólo nos faltaba eso, que nos pillasen saltándonos el límite de velocidad. Y menos mal que no nos hemos cruzado con el otro antes, que ya…, lo que nos faltaba.

Karen le miró curiosa.

—¿Le conoces?

—Claro. Es un abogado que tiene una casa por el monte. Supongo que la compró aquí por las curvas: le hacen tanta gracia como a ti.

Karen puso una cara seria e intentó reprimir la risa.

—Venga ya, Cano, no seas aguafiestas. No me digas que no te divierte conducir.

Cano la miró reprobatorio.

—Igualita que él. Pues ya puedes andarte con ojo de que no te cace Romero, que le gusta tanto ir a por los infractores de la velocidad como a por los acosadores… La última vez que le pilló (y tu amiguito del coche de carreras puso la misma cara de no haber roto un plato que tú), él le dijo lo mismo. Romero volvió con un rebote monumental.

—¿Por qué? —preguntó Karen intrigada.

—Porque le dijo algo del placer, no sé qué de éxtasis y clímax. Ni siquiera se cabreó cuando Romero le dijo los puntos que perdía, bajó la cabeza y se tragó la bronca; sin embargo, como sonreía, Romero se mosqueó y le preguntó que si se había enterado. Y el tipo dijo que sí, que ya lo sabía, pero que había merecido la pena. Volvió enfadadísima…

Karen rio y dio una palmada en el volante.

—Vamos —añadió Cano—, que te puede dar dirección y teléfono. Me asombra que no te lo hayas encontrado todavía.

Karen tuvo una idea y se volvió hacia él.

—César dice que merendaron en el Miranda y se bajaron a Madrid, pero no ha especificado hora. —Cano lo comprobó en el cuaderno y corroboró—. Pudieron pagar con tarjeta… y a lo mejor

hubo algún control o algo fuera de lo común en la carretera o en la autopista de vuelta a Madrid. —El brigada movió la cabeza, satisfecho—. Tenemos que comprobar su coartada —continuó la teniente—, la hora a la que salieron, si se detuvieron en algún momento y si se separaron. A lo mejor Romero puede enterarse con los de Tráfico.

—Joder, Karen, pobre Romero, que era domingo; imagínate la cantidad de coches que volvieron a Madrid. Mejor la dejamos a ella con lo de las redes y que Suárez lidie con ellos.

Karen esbozó un gesto de conmiseración con los afectados.

19

San Lorenzo de El Escorial, diciembre de 2016

Cuando vieron el primer letrero de El Escorial, Karen pensó, como cada vez que lo veía, la incongruencia que resultaba para los extraños la existencia de los dos pueblos. Cano le había explicado la diferencia entre la villa de abajo, El Escorial, y el Real Sitio, San Lorenzo, y Suárez, que sabía todo lo relativo a la población, le contó una vez que el pueblo original era el de abajo, ya que Felipe II sólo permitía habitar San Lorenzo durante las jornadas reales. Aquellos que vivían ahí lo hacían en la villa, y no en el Real Sitio. Sólo en el siglo XVIII, con Carlos III, se empezó a desarrollar el pueblo alrededor del monumento, manteniéndose la separación de los dos centros, que duraba hasta el día de hoy, donde todavía se consideraban dos poblaciones diferentes, a pesar de estar separadas por una calle.

Dejaron atrás los límites de El Escorial para entrar en San Lorenzo, aparcaron y la teniente se estremeció al notar el viento helado que bajaba de la montaña.

En el cuartel, encontraron a Romero concentrada en los mensajes escritos a Patricia. La guardia sólo levantó la mirada para informarles, con una mueca, de que Suárez había desaparecido con una caja de herramientas.

Ya en su despacho, llamaron a Manuela Sánchez, la abogada de Patricia, que se deshizo en improperios contra el juez y afirmó que probablemente llegarían a la conclusión de que César era culpable del homicidio y, con ello, su teoría quedaría ratificada. En cuanto a las amenazas que había sufrido Patricia, todas eran, según ella, consecuencia del veredicto del juicio, que había catapultado a la mujer otra vez a la época de la Transición.

Karen se dijo que preguntarle por la violación sería inútil, pero,

dado que Javier Rincón y Ulysse parecían fuera de sospecha, tenían que entender mejor la relación de la muerta con César Rubio.

—¿Le pareció a usted que en algún momento Patricia Mata se arrepentía de haber denunciado?

—Claro que se arrepintió —declaró la abogada—. ¿Sabe usted cómo la trataron?

—Perdone, no me refería al resultado del juicio, sino al hecho en sí. ¿Cree usted que Patricia, en otras circunstancias, hubiese denunciado la violación?

Manuela Sánchez no replicó inmediatamente.

—Muchas mujeres, la mayoría, cuando ven lo que se les viene encima, ya no le digo cuando sienten cómo algunos de los miembros de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado —dijo con retintín— las tratan, dudan de haber hecho lo correcto. Y ni siquiera me refiero al veredicto de este caso, sino al camino hacia él. Es todo menos fácil. —Suspiró—. Y eso que las cosas han mejorado. Por eso hay que acompañarlas durante todo el proceso, no abandonarlas porque resulta que justo es día de fiesta y una de las psicólogas está enferma y la otra de vacaciones. —Suspiró de nuevo—. Esas cosas me sacan de quicio. Mire, lo de la psicóloga le pasó a Patricia. Y no quiero decir que no se pudiera ir de vacaciones, claro que no. Pero la atención del Estado en casos de violación y maltrato es menor que en un caso de homicidio, por ejemplo. Lo que quiero es que le den a la víctima de un delito de violencia de género la misma atención que a un cadáver.

Karen se dijo que Patricia llevaba casi dos días en la nevera de Benavides esperando el resultado de un ADN que a lo mejor ya tenían en sus bases de datos. No, pensó, los cadáveres también sufrían los retrasos.

—Perdone, pero no me refería a eso. Me gustaría saber si Patricia en algún momento se arrepintió de haber denunciado a su amante, a pesar de considerar que fuese una violación.

La abogada lanzó una carcajada amarga.

—Es habitual, tanto en los casos de violación como en los de maltrato, cuando el culpable pertenece al entorno de la víctima, lo que ocurre a menudo. De las mujeres muertas durante este año 2016, que hasta el momento son 37, un 67 por ciento convivía con su asesino, 19 de ellas mantenían una relación de pareja, y 18 se

habían separado o estaban en trámites de separación. Esos son los casos en los que llegamos tarde. ¿Sabe cuántas víctimas de violencia de género se registraron en España el año pasado? 27 624. Y el 77 por ciento de ellas mantenía o había mantenido una relación sentimental con su agresor. Viven en una relación, han tenido momentos satisfactorios, han vivido a lo mejor una historia de amor. De repente, las cosas cambian, la mujer es obligada y forzada a algo que no quiere, pero que es una situación común, las mismas sábanas, el mismo cuerpo. Sólo que ella no quiere, ¿entiende? No quiere hacer algo que tal vez hace unos meses hizo con gusto. Claro que la mujer duda, ¡cómo no va a dudar! Denuncian y muchas veces piensan que lo que quieren es olvidar, no quieren que su vida cambie. No quieren que las juzguen, no quieren que las examinen. Piense en la tortura que es la denuncia: ¿a dónde ir? ¿A la comisaría o al hospital? ¿Vale cualquier hospital? No, sólo algunos determinados. Intente hacerse cargo de lo que representa para la víctima el pasearse por Madrid de la comisaría al hospital. La tortura del examen ginecológico, la toma de pruebas, las preguntas. «¿Qué llevabas puesto en el momento de la violación?», «¿dijiste no?», «¿te defendiste?», «¿has tenido otras relaciones?», «¿qué hiciste después de la violación?», «¿seguiste con tu vida normal?». ¿Se dan cuenta de que no se pregunta qué llevaba el violador? Medio desnudas, abiertas de piernas ante el ginecólogo que sigue el protocolo, que ya de por sí es seco. El ruido de la silla al rodar, el de los guantes que se quita de golpe y lanza a la basura. Después del trauma, las pruebas se toman de todos los orificios, las evidencias bajo las uñas. Y la mujer piensa, con los ojos mirando al techo, que no sabe lo que tiene que hacer, si ha dicho todo, si lo ha conseguido explicar bien. Si el otro lo ha entendido bien. «¿Puedes describir tu ropa?», le preguntaron. «¿Te amenazó con una pistola, con un objeto punzante?», «¿te amenazó con hacerte daño?». Imagínese las respuestas que tuvo que dar Patricia. Por eso es tan importante acompañar a la mujer en todo momento y que comprenda que ella es la víctima.

—¿Le pasó a Patricia?

—Patricia tuvo durante un tiempo una relación satisfactoria con César Rubio. Naturalmente que tuvo momentos en los que deseó olvidarse de la violación. La presentación de la parte contraria la

oyó. El ver a tu atacante todo modosito de traje y corbata les afecta también a ellas, que se preguntan si les merece la pena el follón en el que se han metido, si a lo mejor no están montando una tempestad en un vaso de agua. Y se dicen que, si dudan ellas, cómo no van a dudar los otros. Por eso, lo primero y fundamental es la concienciación de la víctima como tal.

Karen suspiró y dijo:

—Sí, pero…

—Usted lo está viendo desde el resultado del juicio —interrumpió la abogada—, no desde el delito. En estos litigios se lava mucha ropa sucia, y las víctimas a veces no son capaces de separar y consideran una traición por su parte declarar, como en el caso de Patricia y César, que el hombre había sido agresivo ya en otras situaciones. Tienen la impresión de jugar sucio, de revelar cosas que pasaron dentro del núcleo de confianza. Y, si el abogado contrario lo presenta de una manera completamente diferente, como fue el caso —resopló—, dudan de lo que relataron, por muy verídico que sea. O recuerdan los buenos momentos y se dicen que esos pesan más. Tienden a ver el delito de manera aislada, como si fuese un pequeño accidente de chapa en un vehículo en el que no hay que arreglar nada más que eso, el bollo. Una violación o maltrato no es un rayón; es un siniestro total.

—¿Cree usted que Patricia habría aceptado ver a César de manera voluntaria otra vez?

Manuela Sánchez se quedó callada por primera vez.

—Me encantaría poder responderle con un no rotundo, pero no puedo, al igual que me encantaría que alguna de las mujeres a las que defiendo no volviese a su casa y retirase la denuncia. Por desgracia, pasa a menudo.

Cuando colgó, Cano la observaba fijamente.

—Ya lo sé, brigada. Mañana mismo vamos a comprobar la coartada de César.

Cano cerró su cuaderno de golpe y la miró divertido.

—¿No estás canina? Nos hemos quedado sin comer…

Karen suspiró y lo miró esperanzada.

—Venga, es justo el día de zamparse una hamburguesa —propuso el brigada.

La humedad que habían sentido en Madrid se había convertido

en agua en San Lorenzo y las calles estaban silenciosas. Aparcaron, bajaron una calle angosta y Cano la dirigió por una calle en la que un sobrio edificio ocupaba toda la manzana. Karen se fijó en el cartel que había ante la casa y se detuvo asombrada.

—Para los duques de Alba, esta casa me parece bastante humilde, ¿no? —preguntó Karen observando la austera edificación de dos plantas.

Cano sonrió.

—Ya sabes, Felipe II instauró que el Real Sitio sólo podía ser habitado durante las jornadas reales, así que, cuando él hacía las maletas, los nobles se tenían que ir también. Por eso los palacios de los nobles de la época no son construcciones imponentes como en otros lugares; sólo se usaban durante unos días al año.

Cruzaron una empinada calle empedrada y se dirigieron a Alpunto, un pequeño restaurante escondido en una de las bocacalles de la calle del Rey. El local, a pesar de la tranquilidad del pueblo, estaba lleno, pero el dueño les hizo un sitio en la barra que protegía la cocina, y esperaron a que una mesa quedase libre. Hacía frío y una estufa de butano caldeaba un poco el ambiente. Pidieron dos vinos y eligieron la carne y el pan de sus hamburguesas. Cuando Karen mordió la suya, jugosa y con el interior poco hecho, resopló de placer.

—Menos mal, estaba muerta de hambre.

—Sólo porque nos vamos mañana a comprobar la coartada de César —apuntó el hombre divertido.

Karen le lanzó una mirada de reproche.

—Cano, imagínate que fueses tú. Imagínate que te hubiesen acusado de un delito que no has cometido. Te declaran inocente, pero, si se comete otro, eres el primer sospechoso. ¿Pensarías igual?

—Probablemente me quejaría, sí. Pero entonces no estaría en el lugar de los investigadores.

20

San Lorenzo de El Escorial-Madrid diciembre de 2016

Cano se presentó puntual en la puerta de Karen con una bolsa de churros y esta preparó dos cafés para desayunar en la cocina. El timbre del teléfono sonó y el nombre de Suárez apareció en la pantalla.

—Mi teniente, ya he llamado a los compañeros de Tráfico y les he explicado el caso para que me comprobasen las cámaras y radares de la
A-6.
En la carretera no hubo ningún control.

Karen sonrió y se imaginó al pobre tipo de Tráfico escuchando una frase interminable para poder entender qué quería el guardia de San Lorenzo. Seguro que había claudicado antes de media hora, había dejado todo lo que estaba haciendo tirado y se había lanzado a la caza y captura de la meta de Suárez con tal de que este no volviese a llamar.

—¡Pero adivine! —continuó—: Un coche de Pepe Rubio (tiene dos a su nombre: este, un Škoda Superb, y una furgoneta Citroën, con matrículas…).

Karen le interrumpió con miedo de que se lanzase a una de sus eternas peroratas.

—No puedo apuntar, Suárez; mejor los detalles los mandas.

—Ah, bueno, le resumo. Se saltó la velocidad en Las Rozas dirección Madrid, a las 21:15. Ya sabe, el clásico, en la zona de 90. Lo conducía un hombre, a juzgar por la foto. He visto los carnés y podría ser tanto el padre como el hijo (se parecen bastante y hasta llevan el mismo corte de pelo).

—Suárez, por favor —dijo la teniente con una cierta conmiseración por el compañero de Tráfico—, a ver si consigues

que te comprueben si alguna cámara de San Lorenzo o de la carretera les grabó también.

El guardia resopló.

—Joder…, el tío ha sido amable, pero como le ponga a buscar una matrícula en un domingo no me vuelve a hablar…

La teniente estuvo a punto de decirle que probablemente el hombre ya se había quedado con su número para evitarlo, pero Suárez, animoso, continuó.

—… Bueno, si me da largas, le puedo decir que me pase las grabaciones, y me pongo con Romero, a ver si así le mejora el humor. ¿A partir de qué hora, más o menos?

Karen estudió la tabla que había hecho Cano en la cuadrícula del cuaderno.

—Empieza a mirar a partir de las siete. Y pregunta también en el monasterio. Si lo visitaron esa tarde, les deben de tener en sus cámaras. ¿No tienes a esa amiga entre las guías?

—Sí, claro, y conozco al de seguridad que está en el patio de Reyes —respondió contento.

La teniente ahogó una carcajada y se dijo que el guardia valía su peso en oro.

—¿Sabes dónde aparcaron? —preguntó—. Así podría delimitar la búsqueda.

Cano buscó en las notas de la conversación con Ruiz y contestó.

—Cerca del monasterio.

—¿Te puedes enterar también de si hubo un accidente o atasco esa tarde entre San Lorenzo y Las Rozas? —preguntó la teniente.

—Eso está hecho —contestó.

Cano, que se había instalado en un taburete, se levantó.

—Te lo dije. No fue sólo una excursión por Abantos. Estaba cerca y a la hora en que la mataron.

Karen frunció el ceño.

—Tenemos que preguntar en el Miranda cuándo pagaron y cuándo salieron. —Se quedó callada un momento, miró a Cano y añadió—: Y tenemos que enterarnos de si se separaron en algún momento. Llama a Ruiz y que le pregunte directamente: no lo quiero hacer por teléfono.

Miró las horas y se dijo que, si les habían sacado una foto en Las Rozas tan tarde, o había habido un accidente o un atasco

monumental, o la merienda había sido más bien una cena.

—Vamos a solicitar la localización de su móvil.

Cano la miró atónito.

—¿No le detenemos? Javier Rincón estaba en Jaén; ha llegado la confirmación —dijo señalando su móvil—. Joder, Karen, que ese César estaba en el sitio en el que la mataron a esa hora, no sé qué más quieres.

La teniente dudó.

—Quiero tener el ADN y las huellas.

—Karen, ya sabes que te voy a apoyar en lo que decidas. Pero esta vez creo que metes la pata.

—Vamos a esperar a la localización —replicó la teniente—. Hasta ahora son sólo indicios y está controlado en Lanzarote mientras Ruiz le siga teniendo bajo vigilancia.

Cano la miró reprobatorio; aun así, no contendió más. Karen iba a discutir, pero se dijo que Cano aceptaría la negativa del juez mejor que si partía de ella.

—Llamamos a su señoría desde el coche, a ver qué le parece a él.

El brigada no hizo ningún comentario, recogió sus cosas y se dirigió a la puerta.

—¿Vamos por lo menos a comprobar con sus familiares lo que hizo César esa tarde?

Karen asintió, guardó las tazas en el lavaplatos y cogió el abrigo.

21

Madrid, diciembre de 2016

La tienda de la exmujer de César Rubio, Ana Castro, estaba en pleno barrio de Salamanca, rodeada de bares, tiendas de ropa y muebles. Tenía un pequeño escaparate, pero con un inmenso fondo, en el que estaban expuestos todo tipo de cunas, cochecitos y demás artilugios para la bienvenida y cuidado de los bebés. Una dependienta que atendía a una mujer embarazada les señaló, cuando le preguntaron por la dueña, una puerta al fondo.

La exmujer de César Rubio tenía unos cuarenta años, era morena y llevaba el pelo sujeto en un moño, lo que, unido a unos ojos almendrados oscuros, le daba un aire del sur. No pareció sorprendida por su presencia y supusieron que estaba sobre aviso. Sin preguntar nada, les hizo pasar a un pequeño despacho interior y les señaló dos sillas para instalarse ella tras una mesa repleta de muestras de telas y catálogos.

—¿Quieren tomar algo? —ofreció levantándose de nuevo—. Me iba a hacer un café.

Asintieron y la mujer desapareció en un cuartito adyacente del que oyeron el sisear de una máquina. Volvió con una bandeja y tres pequeñas tazas de pesada porcelana negra con humeantes cafés. Karen esperó a que se sentase tras el escritorio y empezó a hablar:

—¿Cuándo ha visto usted por última vez a su exmarido?

Ana contestó sin vacilar:

—El fin de semana. Vino a pasarlo con los niños. ¿Por qué?

—Patricia Mata ha aparecido muerta en San Lorenzo de El Escorial —dijo Karen.

El rostro de la mujer se levantó hacia ellos. Karen creyó ver un brillo de alerta en sus ojos negros, pero sus rasgos no demostraron nada, a no ser un leve endurecimiento de sus facciones apenas

perceptible.

—¿Muerta? —repitió.

Muchas veces, los allegados repetían el verbo varias veces, con la esperanza de una negación que no llegaría o también porque, al pronunciarlo uno mismo, el hecho se hace realidad. Pero, ante la máscara de indiferencia de Ana Castro, Karen tuvo la impresión de que intentaba ganar tiempo.

—La violaron antes de matarla —añadió la teniente.

Ana, que hasta ese momento había permanecido imperturbable tras la mesa, se llevó la mano a la boca y se levantó intentando mantenerse erguida. Apoyó las manos en los costados, respiró con dificultad y buscó con los ojos una ventana o algo que le permitiese respirar mejor. La habitación era interior y se contentó con inspirar y espirar con fuerza.

—Otra vez no, por Dios. —La máscara indiferente se había rasgado y el rostro de la mujer se había desencajado—. ¿La violaron? —repitió Ana.

La teniente supuso que sabía de la muerte de Patricia por su marido, pero su sorpresa, al conocer la violación, parecía real.

—¿Cuándo le dejó a los niños su ex?

Ana Castro levantó las cejas. Su rostro había recuperado el equilibrio y, aunque sus ojos se habían vuelto más oscuros y los músculos de su mandíbula parecían en tensión, se volvió a sentar y los miró otra vez serena.

—César me los trajo con su padre —respondió Ana—. Normalmente los lleva al colegio los lunes, pero el mayor tenía un control y se había olvidado un libro. Aunque no miré la hora exacta, no era tarde, no había acabado el telediario.

Karen pensó que el telediario español era una medida de tiempo muy amplia. Cuando llegó a Madrid, habituada a los noticiarios alemanes y holandeses, que comprimían las noticias en un cuarto de hora escaso, meteorología incluida, se quedó de piedra al ver que las noticias estatales españolas podían durar hasta una hora, siendo sólo los deportes tan extensos como el noticiario germano.

—Estarían en su casa para la cena —continuó Ana—, que una cosa es irse de excursión con los críos a la sierra, que a mi suegra no le gusta andar, y otra dejarla todo el domingo sola.

—¿Se lleva usted bien con sus exsuegros? —cambió Karen de

tercio.

—Perdone, pero ¿qué tiene eso que ver con que muriese esa mujer?

—Intento entender un poco más a su exmarido.

La mujer se encogió de hombros.

—Conmigo siempre fueron muy amables, y con los niños son unos abuelos estupendos. A César le adoran, es como si todo lo que ha conseguido fuese en parte suyo (los niños, su trabajo…). Yo me llevaba y me llevo —añadió— muy bien con ellos; me enfadaba un poco a veces, pero sólo era porque le colgaban a César un montón de cosas que, la verdad, a veces podían solucionar ellos… —Hizo una pausa y sus rasgos se endurecieron—. Bueno, ahora tiene todo el tiempo del mundo para ocuparse de los accidentes y las historias de sus padres —murmuró para sí.

—¿Accidentes? —preguntó Karen.

Ana parpadeó sorprendida.

—Ah, sí, perdonen. Nada, es una tontería. Mi suegra tuvo un pequeño choque, y César se ocupó durante meses de esa historia. Una tontería —repitió.

—¿No ha hablado usted con él desde el domingo?

—Tampoco se crea que hablo a diario con él; por si no se han dado cuenta, estamos separados. Llamó a casa el lunes para preguntar por el examen que había estudiado con el mayor.

—¿Le dijo que Patricia había muerto? —Ana asintió levemente —. ¿Cree usted que la acusación que se hizo contra él en su día era cierta? —inquirió Karen.

La mujer se levantó de nuevo, se concentró en la foto de un paisaje que adornaba la pared y contestó con indiferencia.

—Se le declaró inocente.

—No es eso lo que le he preguntado —precisó Karen.

Ana Castro se encogió de hombros.

—No había posibilidad de creer otra cosa que su culpabilidad. Aunque los indicios apuntasen a otro sitio, aunque se le declarase inocente, media España estaba convencida de lo contrario. ¿Han leído ustedes los artículos que salieron? ¿Lo que se publicó en las redes sociales? —Hizo una mueca sarcástica—. Supongo que habrán leído sus canales oficiales, que, por mucho que no fuesen ecuánimes, no incluyen las barbaridades de las redes. Metan su

nombre en Google, si quieren tener una bajada a los infiernos gratuita. La primera página de resultados se dedica sólo a su acusación, y únicamente en la segunda está consignada su declaración de inocencia. ¿Saben que la gente no mira más que los resultados de la primera página y ni siquiera suele llegar al final de esta? Imagínense lo que salió en su momento del asunto. De la gente que lee sólo esa página uno de resultados, ¿creen que alguno de ellos intentó mantenerse en la duda, en una duda razonable, en el principio de la existencia de la presunción de inocencia hasta que se demuestre lo contrario? —Lanzó una carcajada amarga, se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación—. Bueno, todo hay que decirlo —concedió sin ironía—: al principio sí, hubo algunos que lo escribieron, y dijeron que había que esperar. ¿Saben lo que pasó con esos espíritus libres? Los amenazaron, los coaccionaron, los insultaron. —Al ver la mueca de Cano, sacudió el aire con la mano—. Destrozaron nuestra vida, se metieron en nuestra casa y en nuestro dormitorio. En los de todos, en los de mis padres, mis suegros, los niños… Y no les quiero decir en el mío. Todos tenían algo que opinar, todos sabían interpretar los signos. Poco importaba lo que nosotros dijésemos; era evidente que se debía estar del buen lado, y que mi marido, el padre de los niños, era un criminal que tenía que estar entre rejas. En prisión, dejó de interesar, y entonces fuimos nosotros los culpables, los que no habíamos denunciado antes, los que habíamos ocultado, incluso encubierto, su forma de ser, lo que llevó a la supuesta violación.

—¿Está usted entonces convencida de su inocencia? —inquirió Karen.

Ana se detuvo y la miró a los ojos.

—Se le declaró inocente —repitió.

—No es una respuesta.

—No importa ninguna otra. Da igual lo que yo crea: él es culpable, pase lo que pase. Ahora, esa mujer ha muerto, y él es el principal sospechoso. ¿Tienen ustedes pruebas? Seguro que no. Sin embargo, le han detenido e interrogado porque ustedes ya lo saben, ya tienen una idea. La violó y maltrató en su día, le declararon inocente, pero sólo porque tenía un buen abogado. —Cano carraspeó—. Lógicamente, como le gustó tanto la cárcel, volvió a Madrid, organizó una excursión familiar a la sierra y, ya que estaba,

aprovechó para, de paso, violarla y matarla —dijo sarcástica—. ¿Ustedes se dan cuenta de lo que dicen? Si a César no se le hubiese acusado, ¿se fijarían en un hombre que pasa el día con su padre y sus hijos en la sierra? Jamás.

—Comprendo que sufriesen ustedes mucho —dijo Karen—; a pesar de ello, tenemos que seguir todas las pistas. Y su marido, después de lo que pasó, podría tener un motivo, así que sí, está en la lista de los sospechosos. No por lo que se le juzgase en su día, que, dado que se le declaró inocente, para nosotros lo es —dijo clavando su mirada en ella—. Entraría dentro de lo posible que le guardase rencor a la víctima por lo ocurrido y, por desgracia, se encontraba en la misma población que ella en el momento de su muerte. Por eso intentamos probar lo que hizo exactamente —la miró con fijeza— durante esas horas, para evitarle lo que pasó en su día. Le interrogaron al aterrizar en Lanzarote, pero no ha sido detenido. Le aseguro que lo trataremos con la mayor discreción posible. —Miró a Cano, que lo corroboró—. Nos hacemos cargo de la situación.

Ana Castro los miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cuánto cree que va a durar? Ni siquiera creo que salga de ustedes, pero, en el momento en que la víbora de esa revista se entere, lo sacará otra vez en primera página, que bien que le dolió tener que retractarse en su día. Cuando acusaron a César, le sacaron retratado en la portada; en cambio, el día en que tuvieron que reconocer que le habían declarado inocente, lo hicieron en una nota interior. ¿Es eso justo? —Se enjugó una lágrima con un gesto brusco —. ¿Cree que alguien lo leyó? ¿Qué cree que quedó más impreso en las mentes, la violación, o la declaración de inocencia en un pequeño recuadro de la segunda página de esa mierda de revista que duplicó sus ventas con su caza de brujas? Pero, claro — comentó con amargura—, como va de mujeres no se puede decir nada. Y no elucubren, que, para feminista, yo. Pero no así. Por mucho que ustedes no prejuzguen, en el momento en que se conozca la muerte de esa mujer, todos aquellos que se quedaron descontentos, los que dijeron que sólo le habían absuelto por falta de pruebas, y los que piensan que sólo se salvó porque tenía un buen abogado se lanzarán a la noticia y sacarán sus conclusiones.

Cano bajó, incómodo, la cabeza. Ana Castro lo vio y lanzó una

carcajada amarga.

—Su abogado había defendido a nacionalistas, sí, pero todo el mundo tiene derecho a una defensa, ¿no? ¿Saben a quién ha defendido Manuela Sánchez? Eso no, ¿verdad? No han mirado la cantidad de querellas y de alejamientos que ha solicitado por maltratos y que después no se mantuvieron porque en el juicio se consideraron falsos. Seguro que no se han fijado en la cantidad de divorcios que ha llevado esa mujer alegando violencia doméstica, y, por favor, no piensen que estoy afirmando que no exista. ¿Por qué? ¿Porque es una mujer? Díganme, ¿por qué si esa mujer ha mentido, ha calumniado varias veces, eso no se menciona, pero el hecho de que el abogado de mi marido defendiese a un político nacionalista, que encima fue absuelto, se les ha quedado grabado? Y no sólo grabado, sino que está etiquetado como etarra. Si ni siquiera ustedes son ecuánimes, ¿cómo pretenden que lo sea el resto de la población?

La teniente se inclinó hacia ella sobre la mesa.

—Somos ecuánimes. Pero nos encontramos frente a un homicidio, nos tenemos que agarrar a lo que tenemos y, por mucho que no corresponda con la realidad, su marido, tras su litigio con Patricia tiene un motivo.

Ana escondió la cara entre las manos.

—César pasó más de medio año en la cárcel. Cuando salió, había envejecido una década. Intentó recuperar su vida; sin embargo, se quedó sin trabajo los meses que estuvo fuera y, cuando volvió, su puesto había desaparecido. Algunos de sus compañeros le apoyaron, aunque no fuesen muchos, y siguieron en contacto con él, pero ninguno le ofreció nada, por pequeño que fuese. Y ¿saben por qué? No porque no confiasen en su versión o en sus capacidades, sino porque tenían miedo de entrar en el ojo del huracán, de que no se leyese el periódico o la revista por contratar a un —levantó los dedos haciendo unas comillas imaginarias— «violador». De que se les acusase a ellos mismos de ideas heteropatriarcales o machistas y cayesen, ellos también, en desgracia. Cuando se celebró el juicio, pocos comentaron el fallo del juez, ninguno le dio la publicidad que le habían dado al supuesto hecho. Al salir César, le animamos a contar su versión, pero esta no le interesaba a nadie, nadie quería entrevistarle, excepto un programa sensacionalista que propuso

hacer un cara a cara con esa mujer. Y ahí César se negó, que ya bastante habíamos pasado como para, encima, convertirnos en un numerito de feria. Pensó en que nos mudásemos al extranjero, pero tampoco encontró nada inmediatamente. Ni encontrará. Cada vez que manda su currículum y le preguntan por el agujero, tiene que explicar que pasó más de medio año encerrado. Se puede imaginar cómo reaccionan en los países anglosajones a eso. No vuelven a llamar: el riesgo de que te crucifique la sección de integración e igualdad de recursos humanos es demasiado grande. El periódico de Lanzarote no tenía a nadie y es para extranjeros que no suelen leer mucha prensa española, pagaban mal y necesitaban a alguien rápido. Fue la única oportunidad que tenía para volver a trabajar y la cogió.

—Si lo entiendo bien, usted está convencida de su inocencia —dijo Karen.

Ana la miró a los ojos y contestó:

—¿Inocencia? —Lanzó una carcajada—. ¿Qué es la inocencia? César es culpable de muchas cosas: es culpable de haber tenido un lío estando casado. Es culpable de haber dejado que el lío se convirtiese en rutina. Es culpable de haberme mentido y culpable de haber puesto en juego a su familia por un par de polvos. Supongo que es inherente a la mente masculina, que en ese momento no piensan con la cabeza. El sexo es extraño, ¿verdad? —preguntó, perdida en sus pensamientos—. En el momento del deseo, coge uno una opción (y ni siquiera pienso que le pase solamente al hombre), muchas veces sin dudar, que pone en peligro aquello que has pasado años cuidando y levantando. Imagínese que le dice usted a una persona que vive en un pueblo un poco apartado: te aviso de que, si te vas a la feria del pueblo de al lado a tomarte un aperitivo, la banda de ladrones equis entrará en tu hogar y lo destrozará. Ya comprendo que les parezca un ejemplo un poco simplón y burdo, pero es que es eso, simplón y burdo. Encima si tienes cena y aperitivo en casa. —Suspiró—. Es culpable de mentirme, de haberme puesto los cuernos, de irse con esa mujer a comer y después a un hotel durante meses. Culpable con ella, por haberle dejado que pensase que podían tener un futuro. De todo eso, sí, culpable como Caín. Pero ¿creer que esa mujer, a la que le dio igual el liarse con un hombre casado, que le persiguió y le azuzó para que

por fin cayese, de repente dijo no? A lo mejor estoy muy chapada a la antigua, pero me parece bastante inverosímil. O, por lo menos, dudo. —Suspiró de nuevo y se quedó en silencio.

—Intentaremos que no salga nada hasta que no sepamos lo que pasó. Es lo único que le puedo asegurar —afirmó Karen.

Se levantaron, Ana Castro hizo una mueca escéptica y salió de detrás de su mesa. Los acompañó a la puerta, la cerró tras ellos, y cuando se giraron vieron cómo se alejaba hacia su despacho, la espalda recta y los hombros echados hacia atrás.

En la calle, Cano resopló y Karen se volvió hacia él.

—Vámonos a ver a los padres cuanto antes. El telediario es una franja muy amplia, y, si estaban en la carretera pasadas las nueve, debieron de llegar al tiempo, con suerte.

Cano abrió su cuaderno.

—¿Con quién prefieres empezar, con el padre o con la madre? Él regenta una ferretería; supongo que estará allí —dijo tras consultar el reloj—. La madre no trabaja, y el piso, por la dirección que tenemos, no está lejos de la tienda.

Karen reflexionó un momento y contestó:

—Con la madre. Si padre e hijo han ajustado las horas entre ellos, la madre a lo mejor se tiene que inventar algo. ¿Tienes su teléfono?

Cano abrió la carpeta que le había dado Suárez. Había marcado los apartados con pegatinas de colores y extrajo de la sección de «Direcciones» una hoja impresa en un tamaño de letra más grande y se la tendió con una mirada crítica.

—Joder, Suárez y sus jueguecitos. Lo próximo es que nos haga las cosas en colorines…

Karen sonrió al ver la minuciosa tabla y marcó el número del móvil sin recibir respuesta.

—No está mal, lo has encontrado rápido… —dijo Karen mientras colgaba y marcaba el fijo.

—¿Sabes el tiempo que debe de haber pasado haciendo esta tabla?

—¿Te parecería mejor que mirase el fútbol? —replicó la teniente.

—Como si no hubiese otras cosas que hacer…

—Le encargamos buscarnos los datos, ¿no? Es lo que ha hecho.

A su manera, intentando hacérnoslo cómodo. A lo mejor ha pensado que estaríamos en el coche y sería más fácil de ver si los números eran más grandes, lo que, de hecho, es cierto. Si prefieres las cosas en el móvil, lo mejor es explicárselo, y la próxima vez nos lo mandará en digital, probablemente con colorines. O aceptas el modo de trabajar de otros, Cano, o se lo dices y les das la posibilidad de cambiar —zanjó.

Cano gruñó mientras Karen seguía la lista con el dedo y marcaba el número fijo, en el que tampoco contestó nadie. Colgó y le dio a Cano la dirección de la ferretería tras consultar la hora. El brigada arrancó y cruzaron la Castellana otra vez.

22

Madrid, diciembre de 2016

La ferretería de Pepe Rubio estaba en el barrio de Chamberí. La entrada tenía una barrera de control de acceso que el dueño desbloqueó al verlos. Se presentaron, no sin percibir una mezcla de miedo y desconfianza en el hombre. Pepe Rubio tenía bien pasados los sesenta años, era muy moreno y no demasiado alto, pero fornido, y, por las fotos que habían visto, guardaba gran similitud con su hijo. Tenía ante sí una caja de tornillos que iba metiendo en unas pequeñas bolsitas de plástico. Siguió contando cuando se plantaron delante de él y no levantó la vista cuando habló.

—¿Qué quieren?

No era desagradable, pero era evidente que quería acabar con el encuentro lo antes posible.

—Venimos por su hijo, César —dijo la teniente.

—No tengo otro.

Karen obvió el tono de su voz, más alto y agudo de lo razonable.

—Nos ha dicho que los niños pasaron el fin de semana con él y con ustedes.

Levantó la vista y clavó la mirada en ellos.

—Estuvieron el fin de semana con nosotros, sí. Lo hacen siempre que viene César, desde que se tuvo —hizo hincapié en el verbo— que ir a vivir a las Canarias. —Les lanzó una mirada torva.

Karen se apoyó en el mostrador y le observó mientras el hombre continuaba clasificando tornillos.

—¿Nos puede contar qué hicieron el domingo?

Pepe Rubio dejó la bolsa en el mostrador y levantó la mano del cristal, sobre el que había quedado la impronta húmeda de su mano.

—Estuvimos en El Escorial —dijo desafiante—. Nosotros y los

críos; mi mujer se quedó en Madrid.

—¿Qué hicieron exactamente?

El hombre los miró directamente a los ojos y recitó:

—Salimos de mañana. Fuimos a ver la Casita de Arriba, ya saben, donde vivió el rey.

Cano interrumpió el relato.

—Entonces, estuvo usted en San Lorenzo, no en El Escorial.

El hombre, sorprendido, se encogió de hombros. La teniente le lanzó una mirada de reproche a su segundo, al ser un error muy común confundir las dos poblaciones. Para los visitantes, San Lorenzo, debido a su monumento, adoptaba muchas veces el nombre del pueblo vecino, El Escorial. Incluso a ella le había costado acostumbrarse a nombrar el Real Sitio por su denominación oficial, y encontró una pedantería de Cano echárselo en cara a Rubio. Este continuó, un poco inseguro.

—Nos dimos un buen paseo. Sube un camino por ahí que va al monte. Tomamos unas racioncitas en un restaurante del bosque. Bajamos al pueblo y llevamos a los críos al monasterio. No tuvimos que pagar entradas porque yo voy por la tercera edad, y César, por familia numerosa. Los tiques se los quedó uno de los chavales. A la salida, subimos a ver el belén del pueblo, pero estaba sin montar, así que les dejamos jugar un rato al fútbol y fuimos a merendar a una cafetería, Miranda. Y de ahí nos volvimos a Madrid. Dejamos a los niños con su madre y volvimos César y yo a casa a cenar con mi mujer. El lunes por la mañana, mi hijo se volvió a Lanzarote, donde le recibieron sus compañeros de la Guardia Civil.

—Entonces, sabe usted que Patricia Mata ha muerto.

El hombre hizo un gesto vago, pero era evidente que se había comunicado con su hijo. Karen pensó que si César había necesitado un apoyo en su coartada lo había concretado ya.

—No me miente a esa víbora. —Cano movió la cabeza con disgusto. Aun así, Pepe Rubio continuó—. Una zorra, sí, eso es lo que es. —Fijó sus ojos en Cano—. A ver qué le parecería a usted después de que le detuviesen delante de sus hijos por esos cargos. Después de que se pasase más de medio año en la cárcel, de perder el trabajo, la mujer y a los chicos. Y le declaran inocente pero da igual. —Levantó la voz con deprecio—. Porque, cuando el río suena, agua lleva. Le quiero ver yo a usted con una acusación así a

cuestas. Pero, claro, eso usted no se lo imagina y piensa: ¡cómo me va a pasar eso a mí! Pues mire por dónde —exclamó, clavando los ojos en él y apoyándose con las dos manos en el mostrador—, que eso a lo mejor lo pensaba mi César también. ¡Ande y lea el periódico, que cada día hay más acusaciones de estas! No digo que muchas no sean ciertas, claro que no, pero que hay algunas que se las sacan de la manga es verdad también. Mire el caso ese, de ese tipo que la mujer le acusó de violar a la hija. Le detuvieron y, a pesar de que nada coincidía, le mantuvieron en prisión. Y después qué, ¿eh? Se demostró que era un manejo de la mujer, que había obligado a declarar a la chica. Y como esos, miles. Ojo, y no me cambien las cosas, que yo no digo que César obrase bien, pero no la violó. Tenían un lío desde hacía meses, él intenta dejarla y entonces, de despedida, ¿va y la viola? ¡Venga ya!

—César afirmó que ese día había ido a ver a Patricia para acabar con la relación, ¿no? —preguntó la teniente.

Pepe Rubio la miró escéptico, pero respondió:

—Eso hizo, sí. Lo explicó por activa y por pasiva, pero a él no le creyeron. Y ahora que parece que las cosas se han tranquilizado un poco ¿no tiene otra cosa que hacer, para joderlo todo bien, que cargársela? Hagan su trabajo y busquen al cabrón que lo hizo, y dejen a César en paz.

—No se preocupe, que eso hacemos —dijo Karen seca—. Por eso comprobamos lo que hizo su hijo en San Lorenzo de El Escorial esa noche.

—Pero ¿qué cree? ¿Que nos subimos a la sierra con la idea de que se la cargase? ¿Con los críos? ¿Está usted bien?

—Supongo que, si el muerto fuese su hijo, apreciaría usted que investigásemos todas las posibilidades. Es lo único que hacemos.

Pepe Rubio dejó caer la bolsa que estaba rellenando y respondió agresivo.

—No, si yo no digo que no investiguen. Eso sí, que lo hagan como Dios manda, mirando a todos lados, y no a uno nada más. Cuando lo de César, sus compañeros investigaron toda su vida, hasta fueron a su antigua empresa y le acusaron de violencia con el cabrón del nuevo dueño. Y, mire por dónde, que, cuando iban, siempre preguntaban a aquel con quien había tenido sus diferencias. Rebuscaron hasta el último rincón sí, aunque sólo de la

vida de uno, no de los dos. Y la chica no es que fuese una santa, no. Pero —dijo encogiéndose de hombros—, como eso ahora no se puede decir…

Karen recordó que en el perfil que se hizo de César en su día se citaban varios episodios violentos. Iba a abrir la boca cuando Cano saltó.

—¿El que no fuese una santa, como usted dice, excusaría el comportamiento de su hijo?

—Mire, que ya sé por dónde me va a venir —dijo levantando el mentón—. Que, aunque le abriese la puerta medio en pelotas, no había razón. Y sí, estoy de acuerdo con usted, pero, si invitas a tu casa a un hombre y le abres la puerta como Dios te trajo al mundo, digo yo que no será para jugar al parchís.

Cano iba a responder airado cuando la teniente le interrumpió.

—¿Cree usted que, en su día, la investigación se llevó de manera inexacta?

Pepe la miró intentando calibrar la pregunta. Se encogió de hombros.

—No sé qué le parecería a usted. En su antigua empresa, van y le preguntan al actual dueño, que acabó en un pleito con él. Y no porque César hiciese algo mal, sino porque el tipo se estaba cargando la empresa y César dijo que con él no. Pues nada, van y le interrogan. ¡Si ni siquiera digo que no lo hagan! Lo que digo es: ¿por qué no fueron a ver al representante de los trabajadores? Ese se lo hubiese explicado bien, pero no. ¿Por qué creyeron al moro que le dio un golpe a mi mujer y no a ella? —Al ver la cara del brigada, lanzó una carcajada amarga—. ¿Qué, le molesta que diga «moro»? Ande —dijo despectivo—, que es usted igual que los otros. Pero, siguiendo su lógica del camisón, el que yo diga «moro» no quiere decir que sea racista, ¿verdad? ¿Me quiere explicar por qué coño le creen a él y no a mi mujer, que no le ha hecho mal a nadie en su vida? Porque, cuando ella se lo explicó, fue porque quería sacarle las castañas del fuego al hijo, claro. Y ese, ese tiparraco, que era un estafador a pesar de ser moro, con varias denuncias encima, ese no, claro, que como es oscurito… No me hagan perder el tiempo, que van ustedes con una idea preconcebida, como en ese juicio, y buscan sólo piezas que les encajen —zanjó.

Karen se volvió irritada hacia él y le señaló el cuaderno.

—Estamos aquí, investigando una muerte y preguntándole por su hijo, que podría tener un motivo. Estuvo en San Lorenzo y es, por lo tanto, sospechoso. No hemos hecho ingresar a César en dependencias policiales porque sabemos que en el juicio se le declaró inocente. Comprendo que su hijo pasó meses en la cárcel y que fue un tiempo largo y duro. Puede usted gritarnos y decirnos que no sabemos hacer nuestro trabajo. Pero esta vez —se acercó a él— no podrá decir que hemos sido partidistas, que no intentamos escuchar todas las versiones. Desde el asesinato de Patricia Mata hemos hablado con su nuera y con usted. Échenos en cara nuestro comportamiento si quiere, pero reflexione un momento antes de repetir que no somos ecuánimes —soltó la teniente.

Pepe Rubio escondió la cara entre las manos y lanzó un sollozo. Por un momento, no se oyó más que los ruidos sordos del hombre intentando contener las lágrimas. Se recobró, se alisó el pelo y miró a la teniente directamente a los ojos.

—Dígame cómo puedo ayudar.

—¿A qué hora pagaron en el Miranda? Si pagó con tarjeta, lo puede comprobar.

El hombre, que había perdido el aire agresivo, asintió.

—Lo busco en el banco y se lo mando; no cogí el papel.

—¿Sabe si César tuvo contacto con Patricia tras el juicio? —Pepe titubeó un momento, que no fue más que un segundo, pero Karen vio la sombra en su mirada—. ¿Habló con ella? —insistió.

Pepe dudó.

—No lo sé. Cuando César perdió su trabajo, cuando estaba en casa esperando a que su mujer trajese el pan, cuando veía llegar a los chicos del cole, porque los recogía él, al principio, hasta que los chavales le dijeron que preferían ir en autobús, se hundió. Le habían declarado inocente, pero al igual que todo el mundo sabía, sí, sabía, porque aquí todos estamos seguros de todo, que había violado a esa chica —dijo lanzándole una mirada torva a Cano—, nadie supo o se dio por enterado de que lo había declarado inocente. No saben lo que fue. —Suspiró—. Casi peor que al principio. Cuando te acusan, puedes defenderte y, por lo menos, la gente te escucha. Te cambiarán las palabras en la boca, cortarán lo que digas para que quede como quieren; aun así, por lo menos estás ahí y puedes hablar. Después, no. Ya ha salido el siguiente caso, y el

tuyo se ha quedado ahí, detenido. Es como si parasen la película, pero sólo la tuya, porque la de los otros sigue. Vas a pedir un trabajo, y lo que saben es eso, que has violado y has estado en la cárcel. Y que encima zurras a la mujer y los críos. Cada uno aumenta un poco, porque lo que se sabía ya está un poco pasado, así que por qué no adornarlo. Eso sí, en su presencia es como si tuviese algo contagioso. No se tocaba el asunto, no se trataba para que César pudiese decir o explicar. Sé que César andaba rumiándole a que, si ella retiraba parte de la denuncia, podría conseguir, aunque no saliese otra vez en prensa, que se limpiase su reputación. Lo añadiría a sus diplomas cada vez que mandase el currículum, decía. A lo mejor podría conseguir un trabajo en la península, y ello, aunque estuviese en Bilbao, lo acercaría a los chicos, que lo necesitan. —Bajó la mirada—. Y los hijos le echan de menos tanto o más que él a ellos.

—¿Le dijo a usted algo? —preguntó Karen—. ¿Sabe si tenía planeado verla?

Pepe negó.

—No lo hablaba. Creo que pensaba que ya habíamos pasado por suficiente como para meternos otra vez en ello.

—¿Nos puede decir a qué hora salieron de San Lorenzo?

—No miré el reloj, pero pasadas las ocho.

—¿Estuvieron todo el rato juntos?

El hombre clavó los ojos en ella.

—Excepto un momento que César fue a por el coche.

Cano levantó los ojos del cuaderno.

—¿Dónde aparcaron?

—Por el monasterio…

—¿Y no tenía una multa a la vuelta? —preguntó Cano y, al ver su desconcierto, se explicó—. La zona del monasterio está limitada y muy vigilada. Si estuvo todo el día y no renovó el tique, le pudieron poner una multa.

—Aparcamos un poco más allá, en la carretera. No había que pagar.

—¿Hacia la Casita de Arriba?

—Cerca del palacete, sí.

—Entonces, su hijo no pudo tardar un momento… Andando rápido, se tarda por lo menos un cuarto de hora.

El hombre se encogió de hombros.

—Tampoco me fijé, estaba hablando con los críos. Tardaría entonces eso.

—¿Sabe que Patricia vivía frente a la Casita de Arriba, prácticamente? —inquirió el brigada.

El hombre se levantó de golpe.

—Miren, ya, lo dejamos aquí. ¿Ustedes se creen que César planeó el aparcar ahí? ¿Que el día entero estaba planeado para dejar el coche delante de la casa de esa mujerzuela? ¿Ven cuando les digo que sólo miran un lado? ¡Si tengo razón! —estalló.

—Perdone, pero no le sigo —dijo Karen.

—Si la quiere matar y ella vive ahí, lo que hace mi César, que además de asesino es idiota, es aparcar y visitar un monumento justo al ladito de su casa. —Se irguió amenazador—. Y va con sus tres hijos y su padre, como la historia no les persigue, para que lo vean en vivo. ¿Ustedes se imaginan si nos la hubiésemos encontrado? ¿Si los niños la hubiesen visto? Ande, que se les ve a los dos que no tienen críos. Si César hubiese sabido que esa mujer estaba ahí, nos habríamos ido andando a Chinchón, con tal de tenerla lejos.

23

Madrid, diciembre de 2016

Cano se encerró en un obstinado silencio al salir del comercio del padre de César.

—Se separaron después de la merienda —resumió Karen— y César fue solo a por el coche.

El brigada le lanzó una mirada escéptica.

—Y habían aparcado al lado de la casa de Patricia. No digo nada…

Karen frunció el ceño y en su frente se formaron tres arrugas. Pepe Rubio les había dicho que su mujer estaba en el médico haciéndose unas pruebas, y decidieron cambiar el orden para visitar al abogado de César, que tenía su oficina en las Torres de Madrid.

Tuvieron que identificarse para poder subir al piso donde se encontraba el bufete de Alfredo de la Pisa, el abogado de César Rubio. En el ascensor, Cano hizo un resumen de los casos que este había llevado: desde supuestos terroristas en los noventa hasta querellas por evasión de impuestos el abanico era amplio, pero el abogado nunca había llevado violencia de género hasta el caso de César.

—¿Sabes por qué cogió este caso? —preguntó Karen—. No parece entrar dentro de su especialidad.

—Poderoso caballero es don dinero…

La teniente hizo un gesto de fastidio.

—No seas simple, brigada. Ahora va a resultar que todos eran culpables y que sólo la defensa millonaria los salvó. —Cano hizo un gesto de aquiescencia—. En qué mal lugar dejas a nuestros jueces y fiscales… Venga ya, Cano. Además, no veo a los Rubio pagando una fortuna. Pero da igual —dijo, cansada de discutir—: él nos lo contará.

Las puertas se abrieron y se anunciaron ante una joven uniformada de negro que les señaló unos sillones de diseño frente a un ventanal de la estancia contigua. Karen se sentó y miró sus mensajes mientras Cano observaba el eje principal de Madrid desde esa altura.

—Es alucinante… Lo que deben de costar estas oficinas.

Karen levantó la cabeza y sonrió.

—Pues a mí, si me preguntas, me gusta más verlas desde la sierra.

Cano hizo una mueca. Iba a contestar cuando oyeron unos suaves pasos sobre la alfombra gris que cruzaba el suelo de madera. Un hombre mayor, que en cualquier otro trabajo habría estado jubilado, apareció ante ellos. No era alto, pero su presencia hacía que lo pareciera. Llevaba el pelo blanco peinado con una impecable raya, un traje oscuro de corte perfecto y dejaba tras de sí un ligero olor a perfume caro. Tenía unos extraños y vivos ojos grises. Se presentó y les tendió sonriente la mano.

—Si no les importa, vamos a mi sala de reuniones; estaremos más cómodos —dijo indicándoles un corredor sin esperar respuesta.

Los guio por pasillos bordeados de mesas y despachos que parecían peceras de cristal, y Karen comprendió que la categoría del trabajador se distinguía por la cercanía a las ventanas y, con ello, a la luz. El abogado abrió una puerta de madera y los invitó a pasar a una sala más pequeña con vistas a todo Madrid, pero sin las habituales paredes de cristal, amueblada con una mesa redonda y cómodas sillas de diseño de oficina negras. Alfredo de la Pisa se sentó, se echó hacia atrás forzando el respaldo de cuero a inclinarse y les señaló las sillas restantes. Una mujer entró en la sala y les preguntó si querían tomar algo. Aceptaron y se fue en silencio para retornar inmediatamente con una bandeja y tres botellas de agua.

—Díganme, ¿cómo puedo ayudarlos? Al teléfono dijeron ustedes que era por mi cliente, César Rubio.

—Perdone la curiosidad, pero hemos visto que usted no suele llevar este tipo de casos, sino que está especializado en cuestiones políticas y económicas. ¿Cómo llegó este a sus manos? —preguntó Karen.

Alfredo de la Pisa sonrió.

—No todo es política y economía, teniente… Muy fácil: el padre

de César es íntimo amigo mío.

Le miraron sorprendidos y pensaron que pocas personas imaginarían tan diferentes como el elegante abogado, que debía de pasar sus ratos libres con un palo de golf o un arma de caza en la mano, y el recio Pepe Rubio en su ferretería. Los ojos del abogado brillaron divertidos.

—¿Ven? —dijo como si confirmase una teoría—. Ideas preconcebidas, prejuicios. Acaban de preguntarse qué nos puede unir a Pepe y a mí, ¿verdad? Sus cerebros se están esforzando por encontrar un punto casual en común, como el que hubiésemos compartido el pupitre del colegio o pueblo de vacaciones. Y ustedes se imaginan que, si era el colegio, uno de los dos estaba ahí por equivocación. En cuestión del pueblo, Pepe debería de ser el hijo de los guardeses o de los pescadores de turno, y yo, el veraneante. ¿Me equivoco?

Cano no dijo nada, pero se revolvió en su asiento. Karen sonrió: le caía bien aquel hombre y le divertía el pudor que mostraba el brigada al oír sus pensamientos expuestos.

—Pues miren por dónde, se equivocan —continuó divertido—. Nos conocimos hace casi cuarenta años y, desde entonces, nos encontramos cada sábado. Pepe es mi mejor amigo. Yo iba de manera regular a su ferretería y con el tiempo surgió la amistad.

—Entonces, conoce también bien a César desde pequeño —añadió la teniente.

Alfredo de la Pisa hizo un gesto vago con la mano.

—Lo que me contaba su padre, claro. Juntos nos planteamos el futuro del chico, dónde debía estudiar. Pero, tanto como conocerle, en aquella época no. Yo soy amigo de su padre, y él es su hijo.

Karen pensó que era la tercera vez que repetía lo de su amistad con Pepe, como si quisiese asegurárselo a sí mismo, y se preguntó si no habría algo de mala conciencia detrás.

—Entonces, fue por el padre por lo que asumió el caso —dedujo.

—Soy abogado penalista. Asumí el caso porque César Rubio necesitaba asistencia legal.

—Pero no es su especialidad —reiteró Karen.

—Hay veces en las que uno asume casos por principios. Este fue uno de ellos.

—Deduzco, entonces, que estaba usted convencido de su

inocencia.

El abogado se levantó y ambos notaron el cambio que se había operado en él. Hasta el momento, Alfredo de la Pisa, el amigo, había hablado de sus conexiones personales con el caso. Ahora, era el letrado el que se había levantado.

—César Rubio fue declarado inocente.

—Por falta de pruebas —añadió Cano.

De la Pisa se volvió hacia él como tocado por un rayo.

—Ah, considera usted que el magistrado se equivocó. Que puede juzgar mejor que él lo que pasó.

—Cuéntenoslo usted.

—¿Por qué han venido a verme? Se dictó sentencia; el caso está cerrado.

—Patricia Mata ha aparecido muerta en San Lorenzo de El Escorial —replicó Karen.

La cara del abogado no cambió; sólo elevó la ceja izquierda.

—¿Tienen algo que relacione a mi cliente con el hecho?

—Un motivo y un indicio —respondió Cano.

—¿Un motivo? —repitió el abogado irónico—. ¿Cuál? ¿Venganza?

—César Rubio estuvo el domingo en San Lorenzo de El Escorial —dijo Karen sin responder a su pregunta.

De la Pisa cruzó las manos en la espalda y los miró, benévolo.

—Así que van a investigar a todos los que estuvieron en San Lorenzo de El Escorial el domingo —dijo suavemente.

Cano levantó la cabeza e iba a hablar, pero Karen se le adelantó.

—Desde luego que investigamos a todos los posibles sospechosos que se encontraban en las cercanías, entre ellos, César Rubio —contestó lanzándole una mirada de aviso al brigada—. ¿Podría usted hacernos un relato del caso que los enfrentó? —pidió Karen.

Alfredo de la Pisa reflexionó un momento y comenzó a hablar.

—No hace falta que les diga de qué le acusaban. Les hago un resumen de los hechos, según ella: la señora Mata invitó a César Rubio a su casa, donde este se personó. Tras una discusión en la que le afeó que no hiciera oficial su relación, mi cliente se abalanzó sobre ella. Le obligó a abrir las piernas, se las sujetó con las rodillas y le causó lesiones en los muslos y brazos, además de penetrarla contra su voluntad. Ella se defendió arañándole y gritó varias veces

«no» y «para». Tras ello, César abandonó el piso. La señora Mata le siguió, pero, dado su aspecto, se avergonzó y volvió a entrar. Se quedó en su casa, se duchó, hizo la limpieza, habló con unas amigas por la tarde y vio una película, no cenó; en cambio, se tomó varias copas, se fue a la cama y al día siguiente fue a trabajar. Tras un café con sus compañeras, estuvo en una reunión y, después de comer en un chino rollitos de primavera, *chop suey* vegetariano y abrir galletitas de la suerte, decidió ir a denunciar a mi cliente por violación y maltrato. La policía fue a la oficina de César Rubio a interrogarle, donde les dijeron que había vuelto antes a su casa, ya que al día siguiente volaba a Nueva York. El juez pensó que había peligro de fuga y ordenó a la Policía Nacional su detención. Ya en custodia, se le examinó. Tenía un arañazo en la cadera. Ella tenía unos (les cito al perito) «leves hematomas en la parte superior de los muslos de origen incierto» (ella dijo que se los había causado él con las rodillas, lo que por el tamaño y forma era imposible). Además, habían mantenido relaciones sin protección, por lo que se encontró el ADN de mi cliente en ella. No hubiese sido necesario hacer la prueba: él nunca negó haber tenido relaciones con ella. Lo que nos lleva a su versión, si les interesa.

La pareja asintió en silencio.

—César Rubio nunca negó haber tenido una relación extramatrimonial con Patricia Mata. El día de autos quedó con ella para dejarla. Se conocían desde hacía unos meses, y la señora Mata, como podrán comprobar en los correos de mi cliente, era muy persuasiva. Mi cliente nunca mintió, dijo que estaba casado y que no quería separarse de su mujer. La señora Mata se negó a aceptarlo y acosó a mi cliente con mensajes y proposiciones, por lo que él decidió romper la relación. Presentamos como pruebas los mensajes del móvil, en los que César, cuando ella propuso quedar en su piso, contestó… —Sacó el móvil y buscó unos segundos—. Perdonen, pero prefiero citarlo de forma textual: «Mejor en la cafetería, Patricia; tenemos que hablar». Ella se negó, como podrán comprobar en las reproducciones de la conversación, y le instó de nuevo a acudir a su casa. César comprendió que debía dejar las cosas claras lo antes posible y acudió a su piso a la hora convenida. Saludó al portero, al que conocía, y subió. Patricia Mata le abrió la puerta en un salto de cama con el pecho al aire y le arrastró de la

mano al interior. Le sirvió un *gin-tonic* que ya tenía preparado en la cocina e intentó besarle, lo que mi cliente eludió, dado que había ido allí con la firme intención de acabar con la relación. Se sentó y le comunicó su decisión. La señora Mata no quiso creerlo, rio y se lanzó a realizarle una felación, que mi cliente, tras resistirse, no pudo evitar. Intentó separarla, pero ella se negó, se levantó las faldas y se sentó sobre él, penetrándose. Ella, en un momento de pasión, clavó las uñas en su cadera y le causó el arañazo consignado en las pruebas. Tras el acto, y ya más tranquila doña Patricia, mi cliente reiteró su voluntad de poner fin a la aventura. La señora Mata lloró, protestó e insultó a mi cliente, el cual se levantó y se fue. En la escalera se topó con el portero, que escuchó la frase «César, vuelve» gritada por el hueco de la escalera, a lo que siguieron varios improperios.

»Mi cliente volvió a su casa, se duchó y salió a cenar con su mujer con la intención de confesarle la aventura. Dado que dos días más tarde tenía que volar a los Estados Unidos, resolvió no decir nada hasta su vuelta, pensando que sería muy egoísta por su parte dejar a su mujer sola con el peso de su confesión durante dos semanas. Al día siguiente, fue, como de costumbre, a trabajar y volvió pronto a su casa para estar con los niños, a los que no iba a ver durante quince días. Se los encontró jugando y se unió a ellos. Organizaron una batalla en el salón. La Policía Nacional escuchó los gritos desde el descansillo, y una de ellos (su compañero declaró que él había dudado) decidió que los alaridos apuntaban a un maltrato infantil. No tiraron la puerta abajo porque el pequeño de los críos la abrió, pero le detuvieron, insultándole y abusando de la fuerza ante los tres niños, que quedaron traumatizados. Presentamos una queja, que pueden comprobar, contra la policía por el trato absolutamente inconcebible que le dieron a mi cliente el día de su detención.

—¿Qué pasó con esa queja? —preguntó la teniente.

El abogado negó con la cabeza.

—La policía se disculpó. Mi cliente ya tenía suficientes problemas como para meterse en uno más y dijo, en contra de mi consejo, que, al igual que habían presupuesto que era un violador sin serlo, bien podían haber confundido los gritos. Dijo que a pesar de lo que había pasado no quería destrozarle a nadie la carrera por

un error. —Hizo una pausa—. ¿Los puedo ayudar con algo más?

—Sí —dijo Karen—. En el supuesto de que tuviésemos que detener a César Rubio por el homicidio y violación de Patricia Mata, ¿volvería usted a asumir el caso?

El abogado esbozó una sonrisa felina y asintió con la cabeza.

—Ya sabe lo que se dice de nosotros, los abogados penalistas, que defendemos a quien sea si el precio es bueno y el caso suficientemente prominente. Pues ¿sabe qué le digo? Que es cierto. Por eso, cuando al final de nuestra carrera nos encontramos con una injusticia así, es como un regalo del cielo. César Rubio nunca ha cambiado de abogado.

24

Madrid-San Lorenzo de El Escorial, diciembre de 2016

—Cano, no puedes reaccionar así. Has estado a punto de decir que no hacía falta investigar a nadie más. —El brigada la miró asombrado—. Ya sé lo que quieres decir, pero, además de no ser cierto, porque sé lo exacto que eres, por una frase así se nos puede caer el pelo, y más en manos de un abogado. —Suspiró—. Quiero hablar con los policías que le detuvieron.

El brigada no replicó y la teniente no añadió nada más. Karen pensó que Cano a veces se comportaba como un niño terco. En su fuero interno, no podía más que censurar la forma en la que se desarrolló la detención de César Rubio y no debía de querer debatirlo. Pasados unos minutos, el sentido de la justicia tan intrínseco al brigada triunfó.

—Yo no digo que los nacionales no se pasasen, pero… —estalló.

Karen esbozó una sonrisa y se dijo que no había aguantado mucho.

—Perdona, Cano, pero creo que la que se pasó fue ella. No generalices, que eso está muy mal… —dijo divertida—. No nos cuesta nada hablar con ellos. Nos quedan la madre de César y la jefa de Patricia. A lo mejor, Romero ha avanzado. Y quiero hablar con el juez que instruyó el caso entonces.

Karen frenó para entrar en la rotonda que llevaba al cuartel y a la zona comercial. Todo estaba tranquilo y supuso que los colegios no habían acabado todavía. Se estremeció de frío al bajarse y notar los cinco grados que separaban a la sierra de la capital; por otra parte, se alegró de ver el cielo despejado. Sólo la cima de San Benito parecía todavía un poco nublada.

—Va a llover —dijo Cano.

—El teléfono dice que no —respondió Karen tras consultar la

aplicación del tiempo.

El brigada se encogió de hombros.

—Lloverá —dijo, seguro—. ¿Dudas del juicio ahora?

Karen le miró escéptica.

Saludaron al entrar en el cuartel y se dirigieron a su despacho.

—Cano, tengo dudas sobre lo que pasó. Y quiero saber qué hizo dudar al juez; por eso tenemos que hablar con él. Si se lo solicitamos a su señoría, a lo mejor nos allana el camino y, de paso, le informamos.

El brigada afirmó con la cabeza, marcó el número del juez y, tras haberle puesto al corriente de las últimas novedades, este prometió hablar con el magistrado asignado al caso de Patricia y César y volverlos a llamar. Cano hizo un gesto ambiguo.

—No sé por qué le das tanta importancia a la detención…

—Porque quiero saber si la acusación de entonces se hizo sobre pruebas estables. Porque algo hizo al juez dudar. Porque si efectivamente tiene una personalidad irascible y violenta, si no es capaz de controlarse, sería plausible que subiese a San Lorenzo a vengarse.

—A lo mejor, aunque no lo fuese, se convirtió en violento tras la estancia en prisión.

—Es posible también. Recuérdame que llamemos a Soto del Real. Les he escrito, pero no han contestado todavía. No me quiero centrar sólo en César; quiero saber más de las amenazas que ella tuvo y de sus relaciones, las actuales y las pasadas. —Suspiró, colgó la chaqueta y se sentó en la silla giratoria—. ¿Qué sabemos exactamente de la relación entre César y Patricia?

Cano se sentó tras el ordenador, metió la clave y empezó a recitar.

—Según los datos del juicio, Patricia y César estuvieron juntos durante casi un año; se conocieron en la primavera del año 2013.

Karen tecleó su contraseña y abrió el expediente a su vez. Deslizó los ojos por las líneas y levantó la cabeza.

—Él admitió desde el principio que estaba casado. Según declaró él, Patricia esperaba más de lo que él quería dar y empezó a apretarle —sonrió al ver la mirada escéptica de su segundo—, lo que le llevó a él a romper la relación.

—Patricia afirmó que él nunca habló de separarse —añadió

Cano.

Karen le miró incrédula.

—¿Sabes, Cano? Eso tampoco me cuadra A mí la historia me parece una clásica cana al aire. Se conocen, se atraen. Hasta ahí, todo claro. Pero me habría sorprendido mucho si César hubiese dejado a su mujer y a tres niños pequeños por una aventura así. La versión de César, sin aprobarla, me parece coherente. Lleva ya un tiempo, Patricia se hace ilusiones, lo que es normal, él se asusta y decide parar. Igual que Javier…

Cano resopló y recitó.

—Según ambas declaraciones, César le escribe a Patricia diciéndole que quiere quedar en una cafetería. Ella contesta que mejor en su casa.

—Lo que no tendría nada de extraño si están liados desde hace tanto tiempo —interrumpió Karen.

El brigada continuó.

—Ella abre en camisón. A partir de ahí empiezan a variar las declaraciones: según él, le coloca una copa cargada, según ella, las copas las puso él. César dice que le lleva al sofá y le hace una mamada.

—Él afirma que le dice varias veces que no e intenta apartarla —añade Karen con los ojos fijos en la pantalla.

—No, claro, no quiere —replicó Cano irónico—, pero consuma el acto. Según Patricia, no hubo mamada, sino sexo vaginal, al que ella se negó repetidamente y al que César la obligó utilizando la fuerza.

Suárez apareció con una bandeja de rosquillas en la estancia.

—He tocado, pero no me habéis oído. La cuestión entonces es quién violó a quién, ¿no?

Karen y Cano se volvieron, atónitos. El guardia continuó.

—Joder, si se mira desde su punto de vista, es diferente, ¿no? Imaginaos que la versión fuese de ella: ella dice que quiere quedar en un sitio con gente, y él se niega, la insta a ir a su casa. Él abre la puerta medio en bolas y le mete una copa bien cargadita. La sienta en el sofá y la abre de piernas, a lo que ella dice que no quiere. Él pasa, le sujeta las piernas y la penetra. Pues violación de libro, ¿no?

Cano se incorporó, irritado, en su asiento.

—Qué bruto eres, Suárez, joder. La versión de ella es diferente:

él va a su casa, sirve las copas y la fuerza, a pesar de que ella dice no repetidamente. También de libro, ¿no? ¿O me vas a decir que la violó porque iba en camisón? ¿Qué pasa, Suárez, que cuando tú llegas a una casa y te encuentras a una tía en camisón piensas que se quiere acostar contigo? Y, cuando dice que no, ¿tú vas y sigues?

—No, claro que no —contestó Suárez con sencillez—, pero a mí tan claro no me parece. Saca el salto de cama; estaban liados y quedaban a lo que quedaban, como quien queda a un café.

—Puede ir en su casa como le dé la santa gana, Suárez —replicó Cano indignado—. Tuvieron una discusión y ella dijo no.

El guardia se encogió de hombros y mordió una rosquilla.

—Ya, si tienes razón…, pero ¿por qué tú te crees su versión y no la del tío? Por lo menos, hay que tenerla en cuenta, digo yo, ¿no?

—No te preocupes, Suárez, que ya la tuvo el juez. Debía de pensar como tú —respondió Cano con desprecio.

Karen se levantó como tocada por un rayo.

—Cano, ya está bien. Desde que ha empezado este caso, no haces más que hacer alusiones a la resolución del juicio.

—¡Coño, Karen! —estalló—, que le absolvieron por falta de pruebas, no porque se declarase su inocencia.

—Y tú estás convencido de que el magistrado se equivocó, que lo dejaron injustamente en libertad.

—Tengo una duda razonable.

—También la tenía el juez. Por eso le soltó. No obstante —añadió conciliadora—, partamos de la base de que ella dice la verdad. La maltrata y la viola. Ella le denuncia, él pasa unos meses en la cárcel y, a pesar de ser declarado inocente, su vida está destrozada. Pone tierra de por medio y se larga a las Canarias. ¿Por qué iba a volver para subirse de excursión con su padre e hijos a San Lorenzo y acabar con ella? Ya se ha librado una vez por los pelos de una condena y sabe lo que es entrar en prisión. ¿Qué razón pudo tener para matarla?

Cano estalló.

—¡A lo mejor no hay razón! Karen, ¿por qué piensas que todo el mundo razona como tú? A lo mejor el juez le soltó y resulta que, una vez en la calle, la viola de nuevo y después se la carga sólo por placer o por venganza.

—¿Y si Patricia mintió? ¿Y si César Rubio se tiró meses en

prisión por un crimen que no había cometido?

Cano esbozó una sonrisa venenosa.

—Ya sabes lo que se suele decir, mi teniente: en los casos de violación, más vale uno condenado por error que un violador suelto.

—Cano, no me puedo creer que acabes de decir eso. Supongo que se trata de una broma, ¿verdad?

El brigada levantó las cejas y quedó sentado, en silencio, mirándola combativo. Karen continuó:

—Y no te vuelvas a ocultar conmigo detrás de un «ya sabes lo que se dice…». O lo dices tú y es tu opinión, o no me interesa. Me importa una mierda lo que piense «la gente». Me cuesta, pero me tomaré tu frasecita, que has tenido buen cuidado de no expresar en primera persona, como una broma de mal gusto.

Karen se dirigía a la puerta cuando Cano alzó la voz otra vez.

—Pues esperemos, en este caso «nosotros» —pronunció el pronombre con retintín—, que César Rubio no fuese puesto en libertad para unos meses después violar y matar a Patricia Mata. Porque a César le han podido soltar, pero a Patricia, mal vamos a poder levantarla de la mesa de Benavides.

La teniente se volvió.

—No te apresures, que todavía no tenemos el ADN. ¿Dónde anda Romero?

—En lo de las redes… —contestó Suárez—. No para.

Karen salió de la habitación y se acercó al cubículo en el que Romero, armada con un bolígrafo, copiaba datos de la pantalla. Lo soltó al verla entrar.

—Le jodieron la vida. Ciberacoso en el sentido más puro de la palabra. Algunos, con sus perfiles reales, y otros, *troles* que se conocen mejor y se esconden. Ya te dije, insultos, vejaciones. Y sé por qué se fue del piso de Madrid… Hay una página a la que ya han denunciado varias veces; sin embargo, como está en los Estados Unidos, no se puede hacer nada, y pone detalles de las víctimas. Dónde viven, dónde trabajan…; todo. Lo sé porque uno de esos cabrones hizo una alusión a que la esperaría en la boca de metro que está muy cerca de donde vivía (tampoco fue tan imbécil de dar la dirección, aunque estaba claro que sabía dónde estaba su casa). Una amenaza velada, pero en toda regla.

—¿Patricia nunca denunció?

Romero negó.

—A veces les contestaba, y eso era peor, porque entonces sí que se lanzaban. Al principio rebatía, discutía. Después ya no; supongo que esperaría a que se aburriesen… Pero desde luego le hicieron la vida imposible. Creó algunas cuentas privadas, pero otras las tenía que dejar abiertas por su trabajo y entonces te los encuentras a todos.

—¿Alguno más activo que otro?

Romero levantó el papel, en el que estaban escritos a mano unos veinte nombres. Cano, que estaba apoyado en el marco de la puerta, cogió la hoja.

—¿Te puedes enterar de si la dirección de San Lorenzo salió a la luz también?

—Ya lo he pensado, pero por ahora no he encontrado ninguna alusión a la sierra.

Karen se levantó, consultó los nombres e intercambió una mirada con Cano que negó, ya que él tampoco había encontrado ninguno que hubiera aparecido en lo que sabían de la vida de Patricia. Miró la hora, cogió su abrigo y se acercó a la mesa de Romero. Esta negó con la cabeza y señaló la pantalla.

—Hago un rato más, para asegurarme de que no han publicado la dirección de aquí.

En la puerta se encontró con Suárez, que le señaló un paraguas.

—Dice el teléfono que no… —dijo Karen.

El guardia se encogió de hombros.

—Si San Benito se encapota, San Lorenzo se pone como una sopa.

25

San Lorenzo de El Escorial, diciembre 2016

Cano tomó la calle que llevaba a la parroquia y dio un golpe en el volante.

—Esos cabrones se esconden tras la protección de datos.

Karen le miró divertida.

—No me digas ahora que estás en contra, Cano.

—Joder, no, pero en algunos casos…

—Ahí está el problema, Cano, en que no se puede separar. La protección de datos de la que disfrutamos, entre comillas, está hecha para el ciudadano normal. Porque nadie tiene que saber en los blogs que entras tú, ni con quién te mandas mensajes, ni a dónde vas los sábados por la noche. Sólo que es también una traba en casos como este… —Cano no contestó—. Aunque es todo irreal, las redes saben mucho más de la gente de lo que nos podemos imaginar, y ya no te digo lo que se puede sacar de nuestros teléfonos, que siempre saben dónde estamos, aunque tengamos la localización apagada…

Cano apretó los labios.

—¿Te dejo en casa? —preguntó—. He quedado y voy a llegar tarde.

Karen miró el reloj y se dio cuenta de que, a pesar de que se estaba poniendo el sol debido al cambio de hora, no era tan tarde. Se alegró al pensar que por lo menos había ganado dos horas de luz respecto a Centroeuropa. Tanto en La Haya como en Alemania llevaban años hablando de suprimirla y se había propuesto una encuesta a nivel europeo para saber la opinión de los ciudadanos de la Unión, pero seguro que tardaría años en abolirse si, como creía, una mayoría se expresase contra ella. Miró la cima de San Benito: seguía oscura, pero el teléfono se mantenía en su previsión y el

resto del cielo estaba azul.

—No te preocupes —le dijo a Cano—, déjame aquí. Tengo que comprar un par de cosas.

La plaza ante el ayuntamiento estaba silenciosa. San Lorenzo montaba un belén de tamaño monumental que era un imán turístico durante el período navideño y que implicaba empezar a acondicionarlo en noviembre. Algunas de las calles de granito se convertían en desierto y Karen recordó su sorpresa del año anterior al encontrarse el pueblo serrano sembrado de palmeras. Las figuras descansaban contra la pared, algunas bocabajo y otras, que irían a caballo o se apoyarían en ventanas, con los miembros amputados desde la cintura, lo que les daba un aspecto grotesco. En la plaza, un niño solo jugaba entre las tablas. Reconoció al pequeño de Marta Echevarría, la vecina de Patricia, y recorrió el perímetro cercado con los ojos, pero no vio a la madre. Se acercó a él y le saludó.

—¿Juegas a la pelota? —le preguntó el niño al reconocerla.

—¿Dónde están tu madre y tus hermanos? —respondió ella lanzándole el balón.

—Mis hermanos tienen que hacer deberes, y mamá dice que yo no les dejo, pero no es verdad. Mamá ha ido a la farmacia —dijo mientras señalaba la cruz verde que colgaba sobre los soportales.

Karen nunca había tenido mucha mano con los niños y no sabía, ahora que él tenía el balón, qué más decirle. Se agarró a las últimas palabras del crío.

—¿Está malita tu hermana?

El niño negó con la cabeza.

—No…

En ese momento apareció la madre, que empujaba el carrito, y Karen suspiró aliviada.

—Buenas tardes. Se ha encontrado con Santi… —Y dirigiéndose al niño mientras le colocaba el gorro—: ¿Os habéis hecho amigos?

El niño respondió afirmando con fuerza y agarró la mano de Karen. La madre le acarició la cabeza y preguntó:

—¿Cómo va lo de mi vecina?

Karen hizo una mueca.

—¿Ha pensado en el coche que estuvo a punto de atropellarla? ¿Recuerda algún detalle más?

Marta se revolvió inquieta.

—¿Por qué? ¿Es sospechoso?

—Es, por lo menos, un posible testigo. ¿Pudo a lo mejor su marido ver algo más que usted?

—No —negó Marta segura con la cabeza—, ha hablado con uno de sus compañeros y cuando volví ya se había acostado.

Inconscientemente se apartó el flequillo de la frente y Karen vio que se había hecho un chichón. Marta sorprendió su mirada, comprendió en lo que se fijaba y lanzó una carcajada.

—Ya sabe, los niños. Me di contra una pared mientras recogía. Por eso siempre compro el paquete familiar —dijo señalando el tubo de una pomada contra hematomas que llevaba en la bolsa de la farmacia—. Venga, Santiago, que tenemos que hacer la cena.

Cogió al niño de la mano y se despidieron de ella. Karen empezó a caminar cuando oyó una voz que la llamaba por el otro lado. Se volvió y se encontró a Esther, una fuerte mujer del pueblo que una vez a la semana le daba una pasada a su casa.

—Era sólo para decirla que el viernes no la puedo subir, que tengo que ir al médico con mi hija a Villalba… ¿La importa que pase el sábado?

—No, claro que no —respondió Karen.

—Si me da tiempo, la dejo una tortilla.

Los ojos de Karen se iluminaron: las tortillas de Esther eran épicas. Jugosas por dentro, con la cantidad exacta de cebolla, y la patata en su punto. Iba a contestar cuando se fijó en que la mujer observaba algo por encima de su hombro. Se volvió y vio la figura de Marta alejarse con los niños.

—¿La conoce usted? —preguntó curiosa. La mujer hizo un leve gesto de asentimiento y volvió la mirada hacia otro lado. Karen insistió—: ¿Ha trabajado en su casa?

Esther negó con la cabeza.

—Mi hija la hizo de canguro.

A Karen no le pasó desapercibido el uso del pasado, ya que sabía que la hija de Esther quería comprarse un coche y andaba buscando trabajo.

—Los niños son monísimos —intentó animarla Karen—. Pero son cuatro, claro —añadió ante su mutismo.

—¡Si los cuatro críos no son nada! —estalló la mujer—. Son un poco traviesos, pero, ya se sabe, tres chicos alborotan mucho. Mi

hija los quería mucho.

—Entonces, ¿por qué ya no trabaja con ellos?

Esther replicó.

—Mire, que yo seré de pueblo y desde luego que no soy perfecta, que tengo muchos defectos. Pero a mí no me trataba mi marido así. Y, como la trata a ella, trata a todos. A mi hija la dio un día una voz que la chica se asustó, y, para que se asuste ella, ya tuvo que ser. Así que se lo dije: coche o no, ahí no vuelves, maja —zanjó.

La teniente sintió curiosidad.

—¿Conoce al marido?

Esther hizo un gesto vago con la mano.

—Alguna vez le habré visto por el pueblo, no más. Trabaja en Villalba, así que, por aquí, poco para.

—Y ¿cómo es que viven aquí si él trabaja en Villalba?

—No me haga mucho caso, pero creo que uno de los dos heredó la casa. ¡Y no me va a comparar! —exclamó irguiéndose y señalando la cúpula iluminada—. ¿Ha estado usted en Villalba? No me diga que no es una diferencia…

Karen sonrió ante el orgullo intrínseco de los habitantes por su Real Sitio y se apresuró a convenir con ella.

—¡Pues entonces! Hala, que la veo a usted el sábado. Ya llevo yo los huevos. Y apresúrese, que va a llover.

Karen abrió la boca para replicar, pero la mujer, armada con un paraguas, se había alejado con rapidez por el empedrado. Volvió a comprobar la previsión en la app del móvil, que se mantenía en una nube. Empezó a andar hacia su casa, cruzándose con varios habitantes que miraban desconfiados al cielo. Diciéndose que se estaba convirtiendo en una supersticiosa, pero que debía haber aceptado el paraguas de Suárez, apresuró el paso. Cerraba la verja de hierro cuando sonó un trueno y una tormenta se desató sobre su cabeza.

26

San Lorenzo de El Escorial, diciembre de 2016

Eran casi las ocho y Karen estaba recogiendo el desayuno cuando llamó el juez que había dictado la sentencia del juicio de Patricia y César. Había hablado con el compañero encargado del homicidio de Patricia Mata la noche anterior y contactaba con ella antes de sus vistas para que le preguntase lo que necesitaba. Karen decidió ir al grano.

—He estado mirando el histórico-penal de César Rubio y parece que la detención se hizo de una manera poco convencional —comenzó Karen.

El juez respondió de inmediato, como si acabase de leer todos los detalles.

—Fue una metedura de pata, sí. Con la mejor voluntad, desde luego, pero, y perdone la expresión, sus compañeros la jodieron.

Karen sonrió y se alegró de tener a un hombre claro al teléfono.

—Ya sabe lo que se dice, el camino al infierno está asfaltado de buenas intenciones…

El juez rompió a reír.

—Esa no la conocía, me la voy a apuntar. A lo que iba. Tiene que diferenciar dos cosas: las pruebas que afectaban a los delitos penales (la agresión y la violación), y las referentes a su personalidad, basadas en las dos denuncias contra Rubio y los datos que aportaron sus compañeros. Consideré que no se podía acreditar la realidad de los hechos y en eso basé mi veredicto, que se apoyó en el *in dubio pro reo*. Las pruebas físicas del delito eran las lesiones en el cuerpo de Patricia y en el de César. Varias de las magulladuras, según el informe pericial, no podían ser resultado de, y cito la declaración de Patricia Mata, «un apoyo brutal de sus rodillas contra mis muslos». Lo que se presentó contra él, en

relación con su personalidad, eran pruebas inconsistentes. Es cierto que había tenido un altercado con tintes racistas, pero, si se rascaba un poco, había sido una situación que se fue un poco de la mano, nada del otro mundo. Lo mismo para la bronca con su antiguo jefe: cuando hablamos con la que los separó, una señora de más de setenta años, la versión quedó más clara que lo que expuso la abogada de la acusación y de lo que denunció en su día el jefe. —Suspiró—. Ya sabe cómo son esas cosas; la abogada dijo que había arremetido sin razón y con fuerte agresividad a un tal Ramón Montes, dueño de la empresa en la que trabajaba desde hacía más de quince años.

Karen le interrumpió interesada, ya que Pepe Rubio, el padre de César, había citado ese altercado.

—¿No fue así?

El juez lanzó una risita.

—Un efecto de sonido que le salió por la culata… El abogado de la defensa llamó a declarar a la antigua secretaria del padre del actual dueño. ¿Ve usted? Nadie preguntó antes por la historia anterior y yo hubiese desestimado muchas de las explicaciones. Pero, como la que hizo tanto hincapié en la personalidad violenta de César Rubio fue la acusación, me decidí a aceptar la inclusión de esos detalles. Resulta que el padre del tal Ramón murió y le dejó la empresa Montes, S. L., una empresa mediana de embalajes que iba muy bien con Ramón padre y César al timón, a su hijo, también llamado Ramón. —El juez hizo una pausa para beber algo y Karen pensó en la complicación que era la costumbre española de llamar a los hijos como sus padres. Los americanos, por lo menos, añadían números, pero los españoles acababan poniendo diminutivos o motes a los hijos para poder diferenciarlos, lo que muchas veces llevaba a la modificación del nombre y anulaba el deseo de continuidad, excepto en el carné—. Se conoce que el chico no era una lumbrera, porque el padre, antes de morir, le hizo a Rubio un contrato para que llevase la operativa y le dejase los laureles al retoño. Resultó que el heredero no quería reducir su participación a cortar cintas en nuevas fábricas y se empezó a meter de lleno en los engranajes de la empresa. Rubio, que por lo que pude ver era un gestor muy capaz, intentó evitarlo mientras pudo. Según la secretaria, una señora de setenta años que había empezado como

contable en la empresa y acabado de mano derecha del antiguo dueño y con la cabeza mejor que la suya y la mía juntas, declaró que Ramón hijo no había hecho más que sandeces desde que empezó, que había dado marcha atrás en decisiones que habían meditado durante años su padre y Rubio y que, cuando este protestaba, lo que le decía el hijo era que… Espere —dijo haciendo una pausa mientras rebuscaba—, que esto no tiene desperdicio: «ya le podía estar agradecido de haberle sacado de la ferretería, que, si no, de qué iba a estar él así». Bueno, se imagina el percal. Así que, en una de esas, Rubio le agarró de la camisa y se despidió. Nuestra ancianita, que tiene la cabeza muy bien, pero parece de cristal, le sujetó por el brazo y por la camisa, como declaró en su día ya, y César le soltó. Se lo cuento con tanto detalle porque el César Rubio que me intentaron vender como un salvaje iracundo que se deja llevar por la ira, resulta que se deja detener por el bracito de bambú de la septuagenaria. No hace falta que le diga que la secretaria le conocía desde hacía años y no tuvo ningún miedo ni de Rubio ni de intentar inmiscuirse en la pelea. Desde luego que no sé lo que pasó en el salón de Patricia Mata, pero la exposición de su personalidad basada en esos momentos irascibles no fue exacta. Por ello, respecto a los delitos que se le imputaron, los malos tratos y la posterior violación, los vi como hechos aislados, sin agravantes por sus supuestos antecedentes de violencia.

—¿El maltrato de los niños y de su mujer quedó descartado?

—Por lo que a mí respecta, a través de lo que oí y las pruebas que se presentaron, sí. Cuando lo detuvieron, se presupuso un maltrato infantil que quedó descartado más tarde. Hablé con su mujer y miré el informe psicológico que habían hecho de los niños tras la detención. No temían a su padre, parecían tener una relación sana y equilibrada con él. En cuanto a pruebas de violencia física en ellos, no encontramos nada, excepto que tenían los tres las rodillas destrozadas. Pero, para mí, unas rodillas con costras son, hoy en día, lo contrario, una señal de que el niño crece sano…

Karen sonrió y pensó que tenía razón.

—¿Las pruebas de la violación también le parecieron endebles?

El juez guardó silencio un momento.

—Eran endebles —insistió—. Tenían una relación de mutuo acuerdo sin antecedentes de violencia, y era la palabra de ella

contra la de él respecto a lo que sucedió dentro del piso. Varias de las acusaciones que hizo Mata contra Rubio eran inciertas, por lo que tuve que dudar también de la principal. Las lesiones que tenía ella eran leves. —Se le oyó pasar unas hojas—. Pequeños hematomas en los muslos que Patricia, en su primera declaración, dijo que habían sido las rodillas de Rubio (ya le digo que por el tamaño no podía ser) y que después declaró que eran sus dedos (sin embargo, ella, en su denuncia, nunca dijo que él la pellizcase, sino que le clavó las rodillas); y él tenía un arañazo. Claro que pudo estar asustada y no ser exacta el día de la denuncia. No piense, tampoco, que me dejé llevar por el hecho de que mantuviesen una relación; es evidente que un maltrato y violación pueden darse dentro de cualquier relación íntima. Pero teníamos la declaración del portero, que le oyó decir dos veces «César, vuelve». Teníamos los mensajes, lesiones que no coincidían en su origen con el informe pericial y el relato del portero. Todo junto llevaba a una duda razonable. No le digo que no pasase, sino que las dos versiones podían ser ciertas, y no me pude decantar por una determinada. Comprendo que para los dos lados fuese un veredicto poco satisfactorio. —Suspiró—. Pero es lo que había, dadas las circunstancias.

—¿Le puedo pedir una opinión? Usted vio a César Rubio varios días seguidos. ¿Considera posible que, tras su estancia en prisión, guardase un odio contra Patricia que le llevase a ser capaz de violarla y matarla?

El juez guardó silencio.

—Lo único que le puedo dar, y es puramente subjetiva, es mi impresión. Creo que los dos se arrepintieron varias veces durante el juicio, también ella. Y no piense que ese arrepentimiento lleva a creer a uno o a otro. —Suspiró de nuevo—. Las relaciones humanas son algo inexplicable… Yo siempre pongo el ejemplo de algunos maltratadores: les tengo aquí sentados con cara arrogante y sé, por las fotos, lo que le han hecho a su mujer: costillas rotas, quemaduras y desgarramientos. Y resulta que va una, a la que quiero defender y proteger, y casi me saca los ojos por intentar meter al marido en prisión. Ya sin mencionar el que muchas retiran la denuncia, por lo que no podemos hacer nada… Bueno, perdone, que me he ido por los cerros de Úbeda. Es sólo para explicarle que

nunca se sabe. Yo creo, aunque es sólo mi opinión, que él no la odiaba, pero su abogado se vio obligado a llenarla de mierda para sacarle a él del atolladero. En cuanto a ella, muchas veces le miraba como excusándose cuando su abogada le acusó de hechos, como el incidente con su jefe o el altercado que tuvo en ese mercado, que seguramente él le había confiado en el marco de una relación estable y circunstancias de intimidad. Si me pregunta, fue una situación en que ambas partes se metieron en una espiral con tal de demostrar algo que no estaba claro. Por lo que yo vi, no, no creo que César Rubio fuese capaz de salir y matarla. Pero tampoco se fíe mucho: no sería la primera vez que me equivoco de cabo a rabo…

—¿Cree que los meses en prisión le cambiaron?

—La prisión cambia, desde luego. No sería un balneario, pero, por lo que sé, nadie le agredió y no tuvo dificultades. El informe del centro penitenciario, que también tuve en cuenta, era muy positivo; no tuvo ni causó problemas. Lo que no le quitaría nadie es la sensación de encierro, claro. Ni las consecuencias, que son peores que el encarcelamiento en sí. La salida y la vuelta a la vida normal. ¿Tu familia te acepta? ¿Tienes trabajo? La mayoría de los presos cuentan, con suerte, sólo con uno de los dos elementos, lo que lleva muchas veces al desastre posterior. César Rubio tenía con su mujer la deuda de la traición, porque esta no se creería la violación; en cambio, nunca dudó de los cuernos que le puso durante casi un año. Supongo que le resultaría difícil volver a su trabajo sin más, pero era un hombre de recursos que podría encontrar algo.

Karen le mencionó el trabajo de César en Lanzarote.

—¿Ve? —respondió el juez—, lo que le decía. Teniente, lo siento, pero la tengo que dejar.

—Muchas gracias, señoría.

—Un placer. Manténgame informado, por favor. Me disgustaría haberme equivocado.

27

San Lorenzo-Madrid, diciembre de 2016

Cano recogió a Karen en su puerta y, cuando iba a tomar la carretera de Guadarrama en la rotonda del pueblo que sus habitantes llamaban el laberinto, la teniente le detuvo.

—Pasa un momento por el Miranda, por favor.

El brigada giró y tomó la calle del Rey, donde se acumulaban los niños que entraban en el instituto de San Lorenzo hasta doblar por una callejuela que Karen identificó como San Antón.

—¿Quién era san Antón, Cano? —preguntó curiosa, ya que muchas de las calles del pueblo tenían una historia tras el nombre.

—¿No te acuerdas de la procesión, el año pasado? Es uno de los santos más venerados del pueblo; es el patrón de los ganaderos. ¡No me digas que no probaste los gorrinitos! —Al ver su cara de asombro, explicó—: Las pastas hechas con forma de cerdito. Están buenísimas. No te preocupes, que en enero a Suárez le regalarán toneladas.

Karen recordó entonces la procesión y su sorpresa al ver una acumulación de animales, entre los que había perros, gatos y hasta un canario, que eran llevados el día del santo para recibir su bendición. Se acordó de su asombro al oír que ese día se rifaba un cerdo cuya matanza se llevaba el ganador. Observó la fachada de La Cueva, la antigua Posada de las Ánimas, que llevaba en pie desde el siglo XVIII, y los muros de granito, que debían de ser de la misma época, y se dijo que las tradiciones subsistían mejor en un entorno como ese que en muchos de los pueblos centroeuropeos reconstruidos tras la guerra.

Cano frenó y saludó a Álvaro, el peluquero, que cruzaba la calle. Este le contestó agitando la mano y haciendo un gesto de cortar el pelo, trazando un puente con la mano y levantando seis dedos. El

brigada levantó el pulgar y la teniente se asombró una vez más del lenguaje de signos que eran capaces de utilizar los españoles, que no sólo todos entendían, sino que también funcionaba como sistema.

Aparcaron un momento en la parada de taxis y entraron en el antiguo hotel. Las mesas junto a las ventanas, que daban a la calle Florida y a la casa de la cultura, estaban ocupadas por extranjeros, algunos de los cuales degustaban un chocolate con unas barritas de pan frito, los famosos picatostes del lugar. Se acercaron a la camarera que se afanaba en la barra, quien les explicó que ella sólo atendía los desayunos y les propuso pasar más tarde si querían hablar con los otros camareros.

Paz Rubio volvía a casa del mercado cuando se encontró con la pareja de guardias civiles delante de su portal. Su cara se tensó y los saludó inclinando la cabeza sin mirarlos a los ojos. Abrió la puerta para entrar, e iba a cerrar, como si con eso pudiese contener la historia, cuando se dirigieron a ella.

—Es usted Paz Rubio, ¿verdad?

La mujer clavó su mirada en ellos y se lo confirmó con un gesto vencido. Se acercaba a los setenta años y llevaba el pelo teñido de rubio. Bajo unos dulces ojos marrones destacaban unas profundas ojeras oscuras. Suspiró y mantuvo abierto el portal de hierro. Cuando empezó a subir la escalera, Cano se ofreció a coger el carrito de la compra, lo que le valió, si no una sonrisa, una mirada de agradecimiento. La puerta del piso de los padres de César era de madera antigua, y la mirilla estaba cubierta por un entramado de metal. Paz abrió y los dejó pasar a un recibidor en el que sólo había un perchero no muy grande y una repisa en la que habían depositado el correo, sobre el que la mujer dejó las llaves. Se quitó el abrigo y descubrió un jersey rosa en el que se habían formado unas pelotillas bajo los brazos, y una falda recta azul marino. Se volvió hacia ellos y con un gesto les ofreció colgar los suyos. Toda la subida por las escaleras y la entrada a la casa se había desarrollado en silencio. La mujer desapareció en la cocina con su carrito. Esperaron en la entrada, oyeron cómo se abría la nevera y reconocieron en el silbar de los raíles el deslizarse de un cajón del congelador. La mujer, siempre callada, volvió a la entrada y los acompañó a una salita con una ventana adornada por un pequeño

balcón de hierro que daba a la calle. La luz bañaba el suelo de madera con diseño de mosaico cubierto por una alfombra. La estancia estaba amueblada con un sofá tapizado, estampado con pequeñas formas geométricas, un sillón de cuero gastado en los reposabrazos y una mesita camilla sobre la que reposaba un costurero cerrado con una silla a su lado. Adherido a la faldilla, había quedado un hilo que Paz retiró y se guardó en el bolsillo. Los guio a la mesa del comedor y los invitó, con un gesto, a sentarse en dos de las cuatro sillas. Juntó las manos y esperó. Cano carraspeó y Karen se dirigió a ella:

—Sabe que Patricia Mata ha aparecido muerta en San Lorenzo y que estamos investigando las circunstancias de su muerte.

La madre de César los miró con los ojos muy abiertos y no contestó.

—Su hijo César pasó el fin de semana con ustedes y estuvo en San Lorenzo el domingo pasando el día —continuó Karen considerándolo una confirmación.

Paz rompió su mutismo por primera vez de forma atropellada.

—Subieron a la sierra por la mañana; mi marido fue con ellos. Dieron un buen paseo, comieron, visitaron el monasterio y después volvieron.

—Más bien tarde: les sacaron una foto a las 21:15 en la
A-6
—replicó Karen.

El rostro de la mujer se tensó todavía más, los ojos se agrandaron de nuevo, sus arrugas parecieron todavía más profundas y sus puños se crisparon. La teniente hizo un gesto brusco y se levantó. Cano la miró extrañado, pero la imitó. La madre de César dijo, con un hilo de voz:

—¿Se van ya?

Karen respondió seca.

—No quiere usted decirnos nada, y lo comprendo. Pero con ello no ayuda a su hijo; es más, lo perjudica. Sólo para que lo entienda bien: a Patricia la mataron hacia las 20:00 en San Lorenzo, así que a su hijo bien podría haberle dado tiempo de matarla y violarla durante el rato en que se separó de los otros y fue a por el coche.

Paz rompió a llorar y replicó con una mezcla de rabia y desesperación que hizo parecer su voz aún más baja.

—Él no ha sido. Y no lo va a soportar otra vez.

Los guardias se volvieron a sentar y esperaron.

—César es un buen chico, quiere a su mujer y a sus hijos, se preocupa por nosotros. Tiene un sentido de la justicia; él nunca haría algo así. Se dijeron tales maldades de él…; tergiversaron las cosas, le retrataron como un monstruo. —La mujer apartó las lágrimas con la palma de la mano y continuó enfadada—. Cuando le acusó esa mala pécora, empezaron a salir los que habían tenido un encontronazo con él: el tipo del colegio, que dijo que le había amenazado y que era violento; el del mercado, que si César le había insultado. ¡Hasta se fueron a buscar a su antiguo jefe! Los de la policía, que dijeron que maltrataba a los críos. Al final todo se aclaró, pero ¡cuánto daño nos hicieron! A nosotros, a los niños. Los llevaron a un psicólogo, les preguntaron todo tipo de cosas raras, que si su padre era violento, que si les había pegado alguna vez. A mi pobre nuera la volvieron loca, hasta donde la peluquería la preguntaban si su marido la pegaba. A mis consuegros, que si sabían que su hija era una mujer maltratada y que por qué no habían hecho nada. Todos nos convertimos en culpables, uno por algo que no había hecho, y otros, por poderlo haber visto venir y no haber hecho nada para evitarlo.

Cano apuntaba sin parar, intentando coger cada dato que la mujer les daba.

—¡Y a él! ¡Casi un año que se tiró en la cárcel! ¿Se lo pueden imaginar? Siete meses, tratado como un violador, para que te suelten después y no te den ni una disculpa. Cuando salió, César había perdido su vida: su trabajo y a su familia. Volvió aquí —señaló con el dedo el suelo—, a su casa, pero cada vez que salía se topaba con alguien que le recordaba el caso. Al no encontrar empleo en lo suyo, empezó a trabajar en la ferretería. Sin embargo, la gente se enteró. —Puso una mueca de desagrado—. Y empezó a ir como el que va a la feria. Entonces le ofrecieron el puesto en Lanzarote y lo cogió.

—Usted está convencida de la inocencia de su hijo en la acusación de entonces.

—Pero ¿ustedes han leído bien lo que pasó? —preguntó indignada—. Una mujerzuela que se lía con un hombre casado y con tres niños, que está dispuesta a separar una familia, que, a ver

si no, de qué se fue ella a ver a mi nuera a la tienda. Que, cuando mi hijo se da cuenta de su error, que yo no digo que no se equivocase, y la quiere dejar, le espera medio desnuda en su piso y no quiere atender a razones. —Hizo un gesto de desagrado—. Una buscona —escupió la palabra con violencia—, eso es lo que era.

Cano levantó, sorprendido, la cara de la libreta.

—¿Su nuera Ana conocía a Patricia?

Paz hizo un gesto de desprecio.

—Se plantó ese día en la tienda y dijo que quería comprar un regalo de recién nacido. Hay que tener mal gusto o mala uva, de verdad. Ana sólo se dio cuenta cuando vio la foto en el periódico. Pero esa, ya se sabe. Una cualquiera.

—¿Se lleva usted bien con su nuera? —preguntó Karen.

La mujer la miró con desconfianza, aunque contestó segura.

—Es una buena chica y muy buena madre.

—Pero se ha separado de su hijo —añadió Cano.

—Separado no; se han dado un tiempo de reflexión —murmuró.

Karen pensó que la mujer debía repetirse la frase, que en su boca sonaba a aprendida, como un mantra a todas horas. Paz continuó.

—¿No comprenden que la machacaron? Lo primero fue el colegio, y la culpa fue de ustedes. —Los señaló, acusadora, con el dedo—. Si esa policía no hubiese sido tan tonta, les habría ahorrado unos cuantos sinsabores. Seguro que es una amargada que no tiene ni marido ni niños. Y, encima, idiota. ¡Anda que no darse cuenta de que César estaba jugando con los críos! Pues no, ella, a enredar más. Como si no tuviera poco encima… Como ella declaró que estaba maltratando a los críos, los llevaron a psicólogos. Y, claro, esos, a preguntarles que si su papá se enfada, que si da golpes, que si les pega. ¿Qué pasa, que ya no se puede gritar? ¿Que ya no se puede dar un golpe en la mesa cuando uno está agotado? ¿Que, cuando los críos te ponen a cien, y son tres chicos, no puedes darles con la zapatilla sin que te denuncien? Los niños quieren a su padre. No será perfecto, pero no es un mal padre, y ¿quién lo es? ¿Saben cómo se sintió cuando salió de la cárcel y los niños le tenían miedo? Cómo iban a estar, los corderitos, si llevaban meses diciéndoles que su padre era un monstruo… Mi nuera, igual, meses que se tiró defendiendo a su marido, meses en los que la llamaron de todo: débil, por aceptar el engaño; maltratada, porque, aunque ella no

dijese nada, como César maltrataba a los críos, la tenía que zurrar a ella también. Y mala madre, por permitir que su marido pegase a los niños. Y todo porque esa policía fue tan tonta de no reconocer un juego. —Había empezado a llorar otra vez y se secó las lágrimas con un pañuelo de algodón que sacó de una manga del jersey—. Esa mujer se merecía que la expulsasen. —Los miró con odio—. Pero César no se atrevió después de todo lo que habían dicho de él.

Karen reflexionó un momento.

—¿Fueron ustedes los que pagaron la defensa de César?

Cano miró a la teniente, sorprendido. Paz irguió el busto.

—Su defensa la pagó mi hijo. Por si no lo saben, es un hombre excelentemente formado —dijo con orgullo— que jamás hubiese permitido que nosotros pagásemos nada. Desde que empezó a ganar dinero, César no nos permite pagar ni el pan. Es un buen hijo y generoso como el que más.

Se despidieron y bajaron las escaleras en silencio.

28

Madrid, diciembre de 2016

—Joder, Karen —dijo Cano—, esta sí que tiene rencor acumulado.

La teniente se encogió de hombros.

—Está acorralada, ya ha pasado por esto y no se siente con fuerzas de aguantarlo otra vez. Desde su punto de vista, es hasta comprensible. —Levantó la mano—. Y sí, Cano, ya lo sé, si lo miras desde el de Patricia, también. Pero intenta aceptar que pudo ser (no te digo «fue»; sólo «pudo ser») de otra manera.

—¿Crees que pudo haber sido ella? —aventuró Cano.

Karen negó convencida.

—No. Nunca haría algo por lo que se pudiese culpar al hijo, que es justo lo que estamos haciendo.

—¿Y la mujer de César? Al final, Patricia fue la causa del desmoronamiento de su matrimonio; fue el juicio lo que la llevó a estar en boca de la gente.

—¿Ana Castro? —Frunció el ceño—. Igual, Cano, ¿por qué? ¿Para que acusen al padre de sus hijos otra vez? Los que han sufrido más con la situación son los niños. Mi antiguo jefe en Alemania siempre decía que las mujeres son capaces de cualquier cosa por proteger a sus criaturas, y, en este caso, las dañaría más que nada. No, yo creo que, si fue alguien de ellos, fue César. Pero, de todas maneras, tienes razón: tenemos que preguntar por la coartada de Ana Castro.

—¿Por qué has preguntado quién pagó la defensa? —preguntó Cano curioso.

—No quería saber quién pagó la defensa; quería saber por qué pagó Pepe Rubio la merienda de sus nietos. Mi padre, por ejemplo, nunca me dejaría pagar a mí; sigue teniendo la idea de que tiene que proteger y alimentar a los hijos, y yo le dejo porque le hace

sentirse fuerte. Hay veces en que los hijos, para demostrarle al padre lo bien que han aprovechado los talentos, para hablar como en la parábola, cambian los roles y no permiten jamás que los padres paguen. Desarrollan un instinto protector con los progenitores, que es lo que me parecía que tiene César con los suyos. Si César hubiese estado ahí, habría pagado él. ¿A qué hora pagó el padre?

El brigada pasó varias hojas y encontró la copia que les había mandado Pepe el día anterior.

—Pagó a las 19:15 —silbó—. Si Pepe pagó, es que el hijo ya no estaba… —Karen asintió—. Y tuvo tiempo para matar a Patricia —dedujo Cano.

—Cano, no te precipites, que bloquea las neuronas —dijo divertida—. César va a por el coche y deja a su padre con los críos en el Miranda.

—Atraviesa la lonja —siguió Cano—, cruza el arco y bordea el parque para llegar a la Casita de Arriba. Quince minutos, diez andando rápido. Dale diez más para volver a entrar en el pueblo, si no les dice que esperen en el monasterio, que sería menos. De ahí a Las Rozas, media hora sin problemas. Si les cazaron en el radar de la
A-6
a las 21:15, salieron de San Lorenzo hacia las 20:45, ¿qué coño hicieron durante una hora?

—Espera, Cano, deja que vayamos por partes. César está en el pueblo, ¿ella sale y se encuentran? Sería mucha casualidad… —dudó Karen.

—Casualidad tampoco —rezongó Cano con pesar—. Ya sabes cómo es San Lorenzo, todo el mundo va a los mismos sitios. El que no se encuentra en la panadería, se encuentra comprando el periódico en Quesada, en la farmacia o en la plaza. Desde el pueblo, sólo hay un camino para llegar a la Casita del Infante, si no, hay que dar toda la vuelta por el monte, lo que no tiene sentido. Si ella salió a pie, ya fuese al pueblo o a pasear, lo haría en esa dirección. Yo, por lo menos, lo haría así.

—¿Sabía César que estaba ahí? —preguntó Karen, indecisa.

—O va a por ella.

—¿Crees que planeó la excursión para cargársela? No me

cuadra, Cano. Todavía, si fuese una casualidad, un arrebato… Pero subirse a San Lorenzo, donde le puede ver o reconocer alguien, con sus hijos para matarla… —negó, convencida.

—Se la encuentra cerca de su casa o ve a Patricia cogiendo madera, de camino al coche, y ¿ella le invita? —especuló Cano.

—¿Al hombre con el que se despedazó en el juicio? No sé… —Vaciló—. Vamos a comprobar sus llamadas, las de los dos. Supongo que César llamaría a su padre o a uno de sus hijos para que saliesen. Y pasaremos de nuevo por el Miranda para comprobar cuándo se separaron.

Karen se quedó en silencio, fijó sus ojos en un edificio cuadrado y lo señaló con la barbilla.

—Una de las denuncias de César fue en el mercado, ¿era este? —Cano volvió las páginas y confirmó—. Vamos a entrar un momento y nos tomamos otro café; seguro que hay un bar —propuso.

La barra la ocupaban tenderos y algunas señoras con carritos de la compra. Una madre hablaba por el móvil mientras movía el cochecito cargado con bolsas. Se acercaron al extremo vacío y pidieron dos cafés. El sitio no era acogedor, era una simple barra de paso, y los clientes se iban a medida que acababan sus consumiciones. Sólo quedaban la madre al teléfono en el otro extremo y ellos cuando Cano se dirigió al camarero.

—Perdone, ¿conoce usted a César Rubio?

El dueño asintió una vez, los miró con desconfianza y se volvió a vaciar con un golpe los posos del café.

—Tuvo un altercado aquí, ¿es cierto? —continuó Karen.

El hombre, bajito y enjuto, con los ojos saltones y vestido con una camisa blanca remangada volvió a afirmar sin mirarlos. Se volvió y colocó las dos manos sobre su lado de la barra.

—¿Qué quieren que les diga? —soltó agresivo—. Un cabrón, un animal y un mentiroso, eso es lo que es. Y ni siquiera era la primera vez, pero, como mandan a la policía y esta se cree lo que les da la gana, para qué hablar.

Cano frunció el ceño; a pesar de ello, el hombre, parapetado tras las tazas, levantó provocador la barbilla. Siguió colocando la vajilla que salía de un cesto humeante.

—No —continuó—, si no voy a decir nada más, no vaya a ser

que al final el que cobre sea yo. Lo que me faltaba —murmuró.

—¿Vio usted la pelea?

El camarero hizo un leve gesto de afirmación, pero no dijo nada. Cano colocó su mano en uno de los expositores de tapas.

—No parece muy frío… ¿A qué temperatura los tiene?

El hombre le miró con odio.

—¿Qué quieren que cuente? Todo lo que diga, después lo cambian, que menuda historia sacaron. Que si lo agarró del cuello, que si hubo insultos.

—¿No es cierto? —preguntó Karen con ganas de amenazar directamente con los inspectores de Sanidad.

El hombre sacó un trapo ennegrecido por el uso y empezó a limpiar la barra en silencio. Cano colocó la mano cerca del cristal otra vez. El tipo suspiró y abandonó.

—Que sí —reconoció—, que le agarró de la camisa. Pero llega a ser otro y no lo agarra del cuello; lo tritura con la máquina de picar la carne. Si será cabrón…

Le miraron asombrados.

—Ah, que ustedes también han picado. —Se giró y señaló un puesto cerrado—. Ese puesto, el de encurtidos, lo subarrendó un… —Se calló un momento y buscó en su memoria—. Un tal Mohamed. El tío no era trigo limpio, que ya se veía, pero el Juan, el dueño —explicó—, había muerto, y los hijos, que viven fuera, se lo alquilaron al primero que se presentó. Que así vamos también… Bueno, a lo que voy. El Mohamed quería salir de una plaza de aparcar y se dio contra el coche de la señora Paz, que se había detenido para estacionar. Como bloqueaban toda la calle, decidieron apartarse y entonces el Mohamed dijo que había sido ella, que le había dado. El del seguro estuvo hablando con el tiparraco y este lo convenció, y así fue como César, el hijo de la señora Paz, vino a discutir con él. Y no vino de malas, no se crean, no. Pero el tipo, que ya le digo que ha tenido líos con medio mercado, se las sabe todas. Insultó a la madre —explicó mientras sacudía la cabeza—, le dijo que era una mierda de mujer y que estaría borracha. ¡La señora Paz, que si alguna vez toma algo es una manzanilla! Y, claro, ahí, el César no pudo más y le agarró. Entonces el Mohamed levantó las manos y empezó a gritar quejándose de que le atacaban y que además le había insultado por

ser extranjero. —Lanzó un gruñido.

—¿Qué dijo que le había dicho? —preguntó Karen.

—¿El Mohamed? Que le había llamado «moro de mierda» —pronunció las palabras haciendo énfasis en las erres.

—¿Es cierto? —añadió Cano.

El camarero puso una mirada angelical y movió la cabeza negando.

—¿Que si pronunció César esas palabras? Jamás.

Los dos guardias se miraron mientras el hombre le servía un café al pescadero, que se había acercado.

—¿Dónde está el hombre del puesto? —inquirió Karen.

Se encogió de hombros.

—¡Que ya les he dicho que ese tipo no era trigo limpio! Un día vació el puesto y se largó. No seré yo quien le eche de menos… Vamos, ni yo ni ninguno —añadió mirando al pescadero. Este hizo un gesto de extrañeza hacia el camarero, que señaló el puesto cerrado con la cabeza y dijo lacónico—: Al Mohamed.

El pescadero corroboró.

—Un pájaro de cuenta, eso es lo que era.

El camarero se alejó de ellos y se colocó junto al otro tendero. Karen sacó unas monedas y las dejó sobre la barra.

Ya en el coche, se volvió hacia el brigada conteniendo la risa.

—Venga, Cano, habla, que vas a estallar.

—Yo no digo que con lo del coche no tuviese razón, pero seguro que lo llamaron, no sólo César, sino todos los que estaban allí, «moro de mierda».

—Parece que él dijo que la mujer en casa…

—Hombre —protestó el brigada—, mi teniente, es distinto.

—¿Por qué? Lo uno es una discriminación por origen, y lo otro una discriminación por sexo. ¿Por qué te parece una aceptable y la otra no?

Cano no contestó y Karen sonrió. Llamaron al juez desde el coche, pero este, sin más pruebas que circunstanciales y con la certeza de que César estaba vigilado, se mostró reticente a ponerle en prisión preventiva. Karen colgó y se lo contó a Cano, que negó incrédulo. Llamó a Benavides, que contestó al momento.

—Teniente, justo la iba a llamar. Tengo los resultados. Aun así, no puedo ayudarla. La prueba que teníamos de César Rubio no es

válida. Lo siento mucho, pero necesitamos una actual, me acaban de llamar del laboratorio.

—¿Y a los del laboratorio no les ha llamado la atención antes? —se enfadó Karen—. ¡Maldita sea, hemos perdido un tiempo precioso! ¡La podíamos haber tomado al principio de la semana!

La voz del forense sonó compungida.

—No sabe cómo lo siento, es culpa mía, debí de proponérselo para ir sobre seguro. Los del laboratorio se han disculpado, pero comprendo que la que tiene el problema es usted. Sólo le puedo ofrecer hablar con Arrecife y que lo pongan en prioridad absoluta, aunque lo más fácil sería que nos la mandasen aquí. Le aseguro que entonces se la tengo después del fin de semana.

Karen dio un golpe de frustración en el coche y se despidió del forense. Los rasgos de Cano se hicieron más angulosos de lo habitual, pero no comentó nada ni después de llamar Karen a Arrecife para solicitar la toma y que mantuviesen la vigilancia de César. Este no había hecho otra cosa que ir a trabajar y hacer unas compras, y Karen pensó que el compañero canario se estaba empezando a cansar del asunto. Era comprensible: debía de tener a bastantes de los efectivos persiguiendo a César y sin hacer sus labores habituales.

29

San Lorenzo de El Escorial, diciembre de 2016

Aún quedaba una hora de luz cuando Karen llegó a su casa y decidió subir a estirar un poco las piernas. La tarde era gris y húmeda, y la senda de acceso al paseo de La Horizontal estaba desierta. La teniente había empezado a recorrer los múltiples itinerarios que ofrecía el pueblo, pero su preferido era el llamado Camino de las Embarazadas, un recorrido plano en la ladera del monte Abantos que a un lado tenía bosque y al otro unas maravillosas vistas, primero del monasterio y más tarde de la Herrería y de Madrid. Abrió la verja y comenzó a andar. Se cruzó con Mercedes e Isabel, las hermanas que habían encontrado el cuerpo sin vida de sor Lucía y que, fieles a su costumbre, paseaban por ahí, y se detuvo a observar el monasterio desde el primer arroyo que cruzaba el paseo. Como cada vez que lo veía desde arriba, se asombró del efecto que producía. No parecía un elemento extraño, sino mimetizado con el entorno. La pizarra de los tejados y el granito de los muros no eran una discontinuación, como podían serlo las catedrales góticas, sino parte del monte. Seguía andando, concentrada en sus pensamientos y con la mirada fija en el camino, cuando una voz la interrumpió.

—Creo que ya nos hemos visto una vez, aunque fuese de manera fugaz.

Karen levantó la mirada sorprendida y reconoció en él al hombre con el que se había cruzado en la carretera, el conductor a quien multó Romero. Tenía unos sesenta años y era alto y delgado, pero toda su personalidad y rasgos, incluidos unos ojos oscuros azules, parecían concentrados en la salvaje mata de pelo plateado que rodeaba su cabeza. Lanzó una carcajada.

—Sí, creo que nos hemos cruzado una vez —respondió Karen

divertida—, pero esta vez no he visto su coche.

El hombre se encogió de hombros.

—Si lo que piensa es que he perdido el carné, se equivoca. Es sólo que he aparcado hacia el restaurante, es más cómodo. He aprovechado que la lluvia nos ha dado una tregua para dar un paseo.

Karen rio.

—Ya he oído que ha tenido unos encuentros menos gratificantes…

El hombre puso cara angelical.

—¿Yo? ¿Sabe?, con la edad, hay veces en que algunos carteles de velocidad se ven menos que otros… Va uno concentrado y, claro, no se fija lo que debería. ¿No le ha pasado nunca? —preguntó con una mueca divertida.

—Me temo que lo mío es más consciente… —contestó Karen mientras le tendía la mano—. Karen Blecker.

El hombre alargó la suya.

—Gonzalo Medina. Un nombre singular. ¿Alemán?

—Mi padre —explicó Karen—. Pero mi madre es española.

—Así que por eso lleva gasolina en las venas…

Karen rio con ganas.

—No sé si es por eso, pero me gusta conducir, sí. Tiene usted un coche maravilloso.

El hombre sonrió y señaló el camino.

—¿Le apetece seguir paseando un rato?

Karen aceptó con un gesto y echó a andar.

—Sí que es casualidad —dijo—, encontrarnos primero en la carretera y ahora aquí…

—¿Usted cree en las casualidades? —contestó el hombre—. Era cuestión de tiempo, supongo. Al final, esto es un pueblo. ¿Cuánto lleva aquí?

Karen recordó las palabras de Cano y se dijo que San Lorenzo era, en efecto, muy pequeño. Se encontró contándole al hombre su llegada y sus primeros problemas de adaptación, compartió con él su desesperación frente a los nombres de las calles, que nunca se llamaban como las denominaban en el pueblo, y la diferencia del día a día en La Haya y su nueva vida en la sierra. El hombre le contó que era abogado y que al separarse de su mujer se había

subido a la casa de San Lorenzo, que había sido de sus padres, hasta decidir cómo harían la repartición de bienes. Su mujer había querido el piso de Madrid, y él se encontró con que no le importaba nada subir y bajar de la capital y acabó instalándose de manera definitiva en el pueblo. Sin darse cuenta, habían vuelto hasta el principio del camino y se encontraban en la calle recién asfaltada que, por un lado, desembocaba en el paseo y, por el otro, llevaba al restaurante del monte. Hacía frío, se había hecho de noche y Karen se iba a despedir cuando Gonzalo propuso tomar algo ante la chimenea del bar El Horizontal. Había varios coches aparcados, pero no reinaba la agitación de los fines de semana o del verano. Se detuvieron un momento ante el coche del hombre, aparcado entre dos árboles.

—Un coche que todavía lo es, ¿no le parece? No tiene pantalla táctil, ni ayuda para aparcar, pero tiene alma. La próxima vez que tenga que desfogarse, le dejo este. Lo disfrutará más que su coche de servicio…

Karen lanzó una carcajada.

—No me tiente, no vaya a acabar topándome con mi compañera…

Se sentaron en una de las mesas junto al fuego y pidieron unas copas de vino. Tras un rato, decidieron cenar de picoteo y compartieron unos aritos de cebolla y dos tostas de jamón. Eran más de las once cuando salieron y Gonzalo se encontró a unos amigos que habían subido a cenar. Karen se despidió apresuradamente, sin ganas de saludar y convertir lo que había sido una noche agradable en un evento social. Anduvo hasta su coche, que había dejado al principio del paseo y, ya en su casa, se fue a la cama con una cierta melancolía.

30

Madrid, diciembre de 2016

En la autopista hacia Madrid, Karen se sorprendió escudriñando los vehículos que, con ellos, hacían el trayecto hacia la capital, pero supuso que el abogado preferiría las curvas del puerto de Galapagar. Suspiró y se arrepintió de no haber intercambiado por lo menos el teléfono con el hombre.

Dejaron el coche en las Cortes y subieron la Gran Vía para ir a la oficina de *Carla*, acompañados de hordas de turistas que subían hacia el centro de la ciudad. En las tiendas se empezaban a ver las decoraciones de Navidad, y por los altavoces resonaban los primeros villancicos. Karen gruñó, miró la hora y vio que llegaban pronto.

—Cano, vamos a tomar algo y, sobre todo, a coger otra calle; no soporto esta cantidad de gente.

El brigada sonrió y la guio por una de las paralelas, mucho más tranquila.

—Hay un bar por aquí que está bien, si quieres un café.

Karen lo siguió hasta que el brigada empujó una puerta tras la que había una larga barra vacía. Una camarera recogía las tazas, servilletas y platitos de la primera ola de desayunos. Al fondo había dos mesas un poco apartadas, y se sentaron tras pedir los cafés y dos tostadas con tomate.

—Con las versiones que tenemos… —empezó Karen.

—Tenemos, en su mayoría, versiones que le apoyan a él —interrumpió el brigada.

Karen negó con la cabeza.

—No, Cano. —Le miró con expresión divertida—. Te tenemos a ti también…

El brigada iba a protestar, pero calló e hizo un amago de sonrisa

al ver la carcajada de la teniente.

—No te preocupes, brigada —dijo, todavía riendo—, no te lo reprocho. Es imposible descartar toda intuición personal, y tampoco es bueno hacerlo. Aunque sigo pensando que lo tuyo es además una cruzada…

Cano sonrió de manera un poco forzada y empezó a recitar.

—Emma Vega lleva la revista *Carla* desde hace siete años. Contrató a Patricia tras el escándalo con Rubio. Porque —añadió con resquemor— lo que no se dice es que Patricia también se quedó sin trabajo. Es cierto que Rubio cayó desde más alto, pero a Patricia Mata no le renovaron el contrato de la televisión, a pesar de haber tenido unas valoraciones estupendas.

—Tienes razón —respondió Karen mientras revolvía su café.

—Perdona, mi teniente —dijo Cano incorporándose e inclinándose hacia ella—, pero hay algo que no entiendo y me parece que estoy en el mundo al revés: tú eres una mujer, te has tenido que abrir paso en una sociedad de hombres, seguro que tuviste que luchar más y mejor para entrar en el Cuerpo. Y la verdad es que me parece que yo soy más feminista que tú.

Karen se echó hacia atrás en el asiento y se rio con ganas, contenta de volver a discutir con él de manera abierta.

—No, Cano, no eres más feminista que yo. Por lo menos, no lo creo. Lo que sí que es cierto es que yo no espero un trato diferente por ser mujer. No quiero una cuota; me niego a ser parte de un cupo femenino. No quiero que el sexo se imponga por encima de la cualificación. Mi camino me lo he abierto yo, yo sola. Y no he llegado a donde estoy por ser mujer. ¿Fue más difícil para mí que para un hombre? Pues mira, Cano, no sé qué decirte. En cuestión de las pruebas físicas, lo tenemos adaptado, así que supongo que aceptarás que estamos en igualdad de condiciones. En lo que se refiere a las pruebas de conocimientos, estamos de acuerdo en que estamos equilibrados. No creo que yo lo tuviese más complicado que los hombres. Es más, lo tuve mucho más fácil que muchos. —Cano la miró e iba a decir algo, pero Karen levantó la mano para continuar—: Yo tenía los idiomas gratis, por decirlo de alguna manera. No sé cuánto tiempo te has tirado tú o Suárez pencando un vocabulario que yo tenía ya porque mis padres se empeñaron en que aprendiese lenguas desde pequeña. Es una circunstancia

personal que me dio una ventaja tremenda respecto a, por ejemplo, Romero. ¿Cuentan igual mis idiomas que los suyos? Suárez también tenía una ventaja clara. —Observó divertida cómo la miraba Cano —. Su padre era guardia civil y sabía mucho más de qué iba esto que yo, por ejemplo. No voy a entrar a explicarte que el (o la) joven sin mucha instrucción que decide entrar en el cuerpo y se parte el brazo para pasar las pruebas lo tiene mucho más difícil de lo que lo hemos tenido nosotros. Pero no es por el hecho de ser mujer. Además, me espanta el paternalismo. No necesito que nadie me cuide; sé hacerlo yo solita.

—Perdona, pero no sé lo que quieres decir.

—Ah, ¿no? ¿No es paternalista cuidar de las mujeres, decir que hay que prestar atención a que estemos representadas en todos sitios por igual? ¿Es porque nosotras, tan débiles, no lo conseguimos solitas? Venga ya, Cano.

—Mi teniente, creo que le sacas demasiada punta al asunto. Las mujeres, en general, lo han tenido durante siglos mucho más difícil que los hombres, supongo que en eso estarás de acuerdo. —Hizo una pausa mientras Karen le observaba con los ojos relampagueantes—. Entiendo tu punto de vista en parte, pero ¿no crees que, con tanta desigualdad a cuestas, sería hora de dar a las mujeres un poco de ventaja?

Karen se irguió enfadada.

—¿Me estás diciendo que, como el hombre ha hecho trampas en el juego durante años, lo mejor es que las mujeres hagan trampas ahora?

Cano negó.

—Trampas no, sólo que avancen un par de casillas, aunque no les toque.

—Ah —respondió sarcástica—, una pequeña indemnización a las mujeres, que a la vez es una multa para los hombres.

Cano asintió y Karen continuó.

—Y la cantidad de casillas ¿quién las decide? ¿Cómo sabes si es justa? ¿Es un castigo justo contra el hombre de 2016 que no ha marginado a ninguna mujer porque su tatarabuelo discriminase a la suya en la Zamora del año 1900? Y, aunque a ti te parezca que sí, ¿te consideras capacitado o con derecho para hablar por todos los hombres? ¿Te parece bien que se ponga una cuota de 50/50 para

todo? ¿Qué pasa si, como para el servicio diplomático, se presentan muchos más hombres que mujeres? Al ser mujer, tienes muchas más probabilidades de que te toque una de las plazas, si están repartidas equitativamente. ¿Es eso justo? En las universidades, imagínate. Hacemos una cuota en Física y otra en Medicina. En Física se presentan muchos más hombres, así que sería injusto con ellos. En Medicina, una gran mayoría son mujeres. Si la instaurásemos, un chico tendría muchas más posibilidades de entrar. Además, pongamos que se ha decidido que siempre tiene que haber un hombre y una mujer al mando, en igualdad de poder, y que, desgraciadamente, en esa maravillosa igualdad, en un momento de crisis, no están de acuerdo. ¿Quién decide? ¿La mujer? ¿El consenso? ¿O decide uno, y hacemos todos como si hubiesen sido los dos para sentirnos mejor?

Cano frunció el entrecejo, dudó y pensó que ya se conocían lo suficiente.

—Karen, lo siento, pero no estoy de acuerdo. Creo que tienes el síndrome del hombre blanco, que no nota racismo a su alrededor. No digo que seas racista ni machista, ni mucho menos. Sin embargo, desde tu situación es difícil de valorar, por mucha empatía que le eches, y se nota en tus ejemplos. Tú ya llevabas diez casillas de adelanto respecto a los otros; por eso me parece, por justo que a ti te parezca, que tu caso no es ejemplar, y que no puedes juzgar desde tu posición. Mira a Romero: creció sin padre, en un barrio problemático, y el instituto al que fue tenía más del 80 por ciento de alumnos extranjeros, y no de los que hablan español. Se presentó a las pruebas y se la cargaron en las dos. Curró en varios sitios que no especifica y se volvió a presentar, con el fracaso ya en el currículum y la certeza de que esta era su última oportunidad. Y, con las pruebas pasadas, casi no la aceptan por un tatuaje…

Karen iba a responder, pero recordó un día que se encontró a la guardia Romero en el vestuario. Se acordó de que le había llamado la atención una cicatriz, que ella había supuesto un accidente, en la pantorrilla, que probablemente era el vestigio del tatuaje desaparecido para seguir el código del cuerpo, en el que ningún tatuaje se podía ver (lo que, en el caso de las mujeres, impedía que tuviesen ninguno en las piernas o en los pies). Frunció el entrecejo e

iba a responder cuando su teléfono vibró con un mensaje del juez en el que preguntaba cómo llevaban la investigación. Contenta de no tener que replicar, se levantó, se estiró los pantalones, salió a la calle vacía e informó a su señoría de los avances y la espera de los resultados del laboratorio. Cuando volvió, Cano había pagado y fumaba delante del edificio.

—Venga, Cano, vamos a ver a su jefa: puede que entendamos más.

El brigada suspiró y la siguió.

31

Madrid, diciembre de 2016

La oficina de *Carla* se encontraba en un antiguo edificio que albergaba también una ONG.

La redacción estaba en el bajo. Una mujer de unos sesenta años se levantó de su mesa para recibirlos.

—Ya me ha avisado Emma; vienen por Patricia —dijo en un tono muy seco—. Espero que esta vez investiguen mejor, porque, lo que es la otra, se lucieron ustedes. Avancen por ahí: es la segunda puerta a la derecha.

El pasillo estaba decorado con todas las portadas de la revista desde su aparición. La primera página la ocupaba siempre una mujer. Los titulares eran más que provocadores, y la pareja se detuvo a leer unos cuantos. Una puerta se abrió y apareció una mujer con un traje holgado de lana gris y un fular de seda verde anudado al cuello. Era rubia, de rasgos muy finos y llevaba el pelo corto y revuelto en un peinado que parecía hecho al azar, pero que a la segunda mirada se notaba que estaba muy cuidado. Emma les hizo pasar a un despacho atestado de revistas en las estanterías, aunque con una mesa completamente limpia, con dos pantallas de ordenador sobre ella. Se sentó en una silla giratoria y esperó.

—Como le dijimos al teléfono —empezó la teniente—, investigamos la muerte de Patricia Mata. Trabajaba con usted.

—Era una mujer excepcional —confirmó Emma.

—¿Qué nos puede contar de ella? ¿Sabe algo de sus relaciones dentro y fuera de la revista?

—En la revista era muy apreciada. Trabajaba con una mezcla de estructura y pasión que hacía de sus artículos algo fuera de lo común. De sus amistades fuera del trabajo no le puedo decir tanto: teníamos buena relación y, aunque algunas veces salíamos tras el

cierre a tomar algo, no solíamos mezclar trabajo y vida privada.

—¿Diría usted que era querida? ¿Tenía diferencias con alguien?

Emma rio.

—Diferencias existen siempre. La forma de enfocar algo, la manera de trabajar. Seríamos malas profesionales si no las tuviésemos. Pero, si lo que está preguntándome es si alguien tenía tanta animosidad contra ella como para querer matarla, claramente no.

—Patricia se unió a ustedes hace más de un año, después del juicio contra César Rubio —precisó Karen.

Emma Vega se revolvió en su silla y negó repetidamente con la cabeza.

—Le agradecería que no uniese el hecho de que trabajase con nosotras con ese juicio. No tuvo nada que ver. No la defendimos a ella, sino que apoyamos el hecho de que cualquier mujer que sea violada pueda denunciar el delito sin miedo.

—Entonces, ¿le parece a usted que Patricia tuvo miedo de denunciarle? ¿Miedo de las represalias de él? —preguntó Cano.

Emma negó enérgica con la cabeza.

—No me entienden ustedes. No es cuestión de lo que tuviese ella; es cuestión de que cualquier mujer que pase por un trauma similar debe tener el derecho y la posibilidad de denunciarlo sin miedo a ser juzgada por ello —insistió en las palabras y se dirigió a ellos como de pasada—. Por favor, ahórrenme la argumentación de que mantenían una relación y no se puede saber lo que pasó.

Karen replicó, seca:

—Pues a mí me parece fundamental. Si las lesiones se las infligió ella, acusó a otra persona en falso. César Rubio pasó meses en la cárcel, y la repercusión en su vida fue tremenda. Pero no estamos aquí para discutir eso —cortó—, sino porque nos gustaría saber más de Patricia. ¿Con quién trabajaba? ¿Compartía despacho?

Emma golpeó la mesa con un bolígrafo y continuó como si no hubiese oído sus preguntas.

—Veo su punto de vista. Ustedes piensan que, como no lloró y se fue a tomar un café con las de la oficina antes de denunciarlo, debe forzosamente de mentir. Es una visión bastante simplista y machista, si me lo permite —dijo lanzándole una mirada desdeñosa, al ver cómo alzaba las cejas la teniente—. No todas las mujeres

reaccionan igual a una violación. No hay una ciencia exacta que diga que una mujer vejada y violada sale disparada con lo puesto a denunciarlo. Las hay, sí, pero también hay otras que responden de manera diferente: la mujer que se siente sucia y no lo piensa, y se va directamente a la ducha. La que lava las sábanas de inmediato para borrar todo vestigio del violador en su cama. Y que las vuelve a poner porque su fuerza interior le dice que un violador no la va a obligar a cambiar de juego. Están las que lloran y gritan, y también las que sufren en silencio. Las que no saben lo que les ha pasado y necesitan horas o incluso días para comprenderlo. Yo siempre les digo a las mujeres que hagan un ejercicio: que se imaginen que están una noche tomando unas copas con un buen amigo, que la situación se distorsiona y el compañero de toda la vida la viola (la idea del desconocido tras un matorral con el pasamontañas es más conocida, pero rara. La mayoría de las violaciones ocurren en el ámbito conocido). —Miró sus caras y sonrió—. Ahora llego a Patricia, no se preocupen. Pero creo que es importante que comprendan esto, para entenderla a ella, su trabajo y su situación. Imagínese usted —dijo dirigiéndose directamente a la teniente— que sale a cenar con un superior, un coronel, por ejemplo, y, de repente, pasa. ¿Qué haría? Usted, bien formada y versada en leyes. A lo mejor, ducharse y echarse en cara haberle incitado. O reprocharse una determinada frase. ¿Insultarse a sí misma? Tendría miedo de las consecuencias. Se preguntará probablemente antes cómo reaccionar si se encuentra al coronel de turno por el cuartel que plantearse denunciarle. ¿Sonreirá? A lo mejor, por la mañana, después de haber intentado poner orden en su vida eliminando los vestigios de la noche anterior, se sienta ante un café y se dice que lo ocurrido es un delito. Y a lo mejor, en ese momento, se acuerda de la mirada de la joven del otro día al pasar ese mismo coronel (tampoco hace falta que les diga que los violadores no lo suelen serlo sólo una vez). Se siente mareada, vejada y sucia a pesar de todo el jabón que ha utilizado. Y lo peor: piensa que a lo mejor fue su culpa. Usted, que conoce las leyes, repasa cada momento, porque sabe que cuando lo denuncie mirarán cada uno de sus movimientos con lupa y buscarán su culpa. —Emma trazó un círculo imaginario con el dedo—. Sus compañeros lo harán, sus amigas lo harán. Sus padres… Delante de ese café metafórico, la mujer decide qué

camino seguir. ¿Se dice que es fuerte y puede con ello? Es posible y, desgraciadamente, una elección habitual. La vida sigue igual, nadie pregunta nada. Sólo la cabeza; esta no da tregua. En muchos de los casos, esas mujeres se convencen de que son fuertes —dijo clavando sus ojos en la teniente—. Puede, no le digo que no. Lo que olvidan es que son egoístas. —Karen se sobresaltó y Emma sonrió, contenta —. Piensan en ellas, sí. Ellas pueden. Qué más da si el coronel de turno se lanza sobre aquella que acaba de llegar y que a lo mejor no puede vivir así. Sobre alguien que a lo mejor no tiene su fortaleza. ¿Se le dice que otras han pasado ya por lo mismo y que se aguante? —Emma dejó que sus palabras surtiesen efecto—. Todas las reacciones son posibles; no es una ciencia exacta, ni hay respuestas buenas ni malas. Patricia era fuerte, pero sufrió mucho en el marco de aquella violación. Cuando un conocido te viola, a la agresión se une la traición a la relación común.

—Eso nadie lo duda —afirmó Karen—. César y Patricia mantuvieron una relación prolongada. ¿Nos puede decir más de esta? No hay dudas de que ambos se sentían atraídos mutuamente, pero parece que César quiso acabar, y el vínculo terminó de una manera que nunca podremos precisar.

—Comprendo. No les cuadra al cien por cien. ¡¿No se dan cuenta de que hay incongruencias que pueden surgir de una declaración postraumática?! —exclamó—. No sé si a alguno de ustedes le han pegado un tiro en alguna situación, pero supongo que nadie esperaría que, si está usted en la cama del hospital, dé una versión exacta y completa de lo que pasó. A lo mejor no vio al tirador. A lo mejor no entiende por qué le disparó a usted. Qué hizo que le diese a usted y no a su compañero, que estaba más cerca. Todas son preguntas que se hace y muchas no se atreve a expresarlas en voz alta. ¿Cometió un error? ¿Se colocó en el sitio que no debía? ¿Había dormido mal o estaba con resaca y, por ello, no al cien por cien? Todas esas argumentaciones parten de la base de que el tirador tenía razón, de que fue usted la que reaccionó mal —sonrió al ver su cara— y se colocó en el mal sitio en el mal momento. Y evidentemente que no; es el tirador el malo de la película, es él quien no debía estar con un arma apuntándola. Por eso, da igual lo que dijese Patricia, da igual lo que llevase puesto. El que la violó fue él; él la doblegó y la forzó pese a que ella dijo no.

Cano se sintió obligado a decir algo e interrumpió:

—Él declaró que fue ella la que le incitó sexualmente.

Emma hizo un gesto de desprecio con la mano.

—¿Volvemos al «no te pongas la minifalda porque el que busca encuentra»? ¿Se dan cuenta de que en todas esas argumentaciones siempre hay un punto de «si te comportas de una manera determinada pueden disponer de tu cuerpo»? Si piensan así —continuó—, no sé cómo no presentan una solicitud para que todas las niñas lleven un burka. Imagínense las tentaciones que se les ponen delante a los pedófilos. Una niña perfecta y con diadema de lacitos. Y sale al parque, donde todos la pueden ver. Y, claro, el pobre pedófilo la ve con su faldita y su jerseicito y no lo puede evitar. Y mire que los padres saben lo que les excita, ¿eh?, y, a pesar de todo, van, y sueltan a la niña con falda a saltar por el parque.

Cano esbozó una sonrisa y Karen respondió:

—No sigo su argumentación. El hecho no tuvo nada que ver con cómo estuviese vestida Patricia Mata. El juez llegó a la conclusión de que no podía decir con seguridad qué había pasado aquella tarde, si el encuentro sexual había sido consensuado o no. Había puntos que no concordaban, y, en la duda, se decidió por dejar a César Rubio en libertad.

—Sí —admitió Emma—, dudó de la versión de Patricia. No obstante, y eso es lo que se olvida siempre, también dudó —insistió— de la versión de César Rubio. El juez dijo que no se debía olvidar que podía ser que Patricia hubiese acusado a César de manera falsa. Pero admitió, y ahí es a donde quiero ir a parar, que la versión de Patricia podía ser veraz y haber sufrido una violación. —Se levantó y dio unos pasos por el despacho—. Lo que a mí me molesta es que no se hable de esa segunda parte, sobre la que el juez en su día hizo hincapié, pero que ha sido relegada al olvido. Cuando el abogado de César Rubio solicitó que asumiese las costas judiciales fue cuando comprendimos que este caso era mucho más que una duda en una violación.

Emma se sentó otra vez tras la mesa. Sus rasgos se habían endurecido y una clara línea atravesaba sus mejillas. Karen replicó:

—Es casi una consecuencia lógica, desde el punto de vista de él, supongo —argumentó Karen.

La mujer negó con fuerza y se inclinó hacia ellos.

—¿Consecuencia lógica? Es una barbaridad. Imagínense que hubiesen condenado a Patricia a asumir las costas. ¿Cuántas mujeres violadas, con ese ejemplo, se decidirían a no denunciar si puede acabar teniendo que cubrir los gastos? Ya hay muchas violaciones que no son denunciadas, por miedo, por vergüenza, o por puro egoísmo. Y eso que en España lo tenemos relativamente bien —sonrió ante la cara de asombro de los guardias— en comparación con los países árabes, por ejemplo. En estos, en muchos casos, la violación no existe, aunque sí la vergüenza de la víctima, que queda marcada de por vida. España registra unas cuatro violaciones diarias, muchas menos que otros países de la UE.

—Conozco la cifra —respondió Karen— y creo que sé lo que va a decir.

Emma sonrió.

—Cuantas más violaciones se denuncian, más fuerte es la sociedad. El que no se denuncien no quiere decir que no existan. De sesenta mujeres muertas el año pasado por sus parejas, sólo trece habían denunciado antes, así que calculen. Por sus parejas, repito. Algunas de ellas, en una relación estable. Por eso —se levantó— nos volcamos en este caso. El juez no dijo que fuese imposible; sólo que no sabía exactamente lo que pasó. ¿Por qué le concedemos el beneficio de la duda a él y no a ella? Si no sabemos a ciencia cierta lo que pasó entre esas paredes, la ley hubiese estado obligada a proteger al más débil.

—Lo hizo —objetó Karen—: César Rubio estuvo meses en prisión.

—Y a usted esos meses le parecen mucho, ¿verdad? Pobrecito —dijo irónica—, se quedó sin ir a esquiar.

La teniente se revolvió en su asiento.

—No creo que medio año en prisión sea sólo quedarse sin vacaciones. No me entienda mal, pero nosotros investigamos la muerte de Patricia, no la violación de entonces. Lo que tenemos que saber es quién pudo estar en San Lorenzo con ella, a quién pudo abrirle la puerta. Queremos saber más de ella. ¿Hay alguien que nos pueda ayudar?

Emma hizo una pausa y contestó.

—Es lo que estoy intentando explicarles, que no pueden

entender a Patricia sin tener en cuenta la otra violación.

Karen levantó la cabeza atenta.

—¿«La otra»?

Emma asintió.

—La agresión de César Rubio no fue la primera que sufrió. Fue en la universidad, y, según nuestros baremos de hoy, sería una violación sin dudar, pero entonces, ella no lo comprendió así. —Suspiró. Con todo, su cara se animó—. A lo mejor, hoy se habría decidido a denunciarlo, y si ella hubiese levantado la voz, puede que otras hubiesen seguido su ejemplo. Unidas —juntó las manos—, si dijesen «a mí también», las cosas cambiarían. Se lo digo porque Patricia ya llevaba una mochila a cuestas.

—¿Tiene un nombre?

La mujer hizo un gesto de negación.

—Nunca me lo dijo. Tampoco le puedo dar más detalles; sólo que ella era muy jovencita. Tengan en cuenta que una mujer lucha con las consecuencias de una violación durante años. Marca el resto de su vida. Su confianza en sí misma y en los otros, su sensación de seguridad. Arrastra miedos y vive con pesadillas. Afecta a sus relaciones personales, a lo más profundo de su ser. Cambia su vínculo con el sexo y la afectividad. Esas consecuencias son mucho más profundas que una reclusión temporal. No me venga con que César se quedó sin trabajo porque a ella también le afectó en su vida profesional. Él salió y se le consideró inocente. Ella tuvo que soportar, no sólo las consecuencias del delito, sino también las dudas respecto a su versión. Y el juez lo dejó bien claro: las dos versiones eran posibles. ¿Por qué tienden a creer la de él? ¿Por qué él se convirtió en la víctima? ¿Qué ha hecho para que, a igualdad de dudas sobre las versiones, se le dé crédito a la del hombre? ¿Por qué se cuentan sus meses de reclusión y no se piensa en las consecuencias del delito que podía sufrir ella? No creo que afirmen que son comparables.

—No lo son —objetó Karen—; por eso César Rubio estuvo más de seis meses fuera de circulación, y ella no. La ley la amparó en el momento de la denuncia. Recluyó al posible violador y lo mantuvo en prisión hasta llegar a una conclusión.

—Sí, por lo menos en este caso (que en muchos no) la ley intentó proteger a la sociedad, lo que es su deber. Dadas las

consecuencias de un delito como ese, es mejor equivocarse encerrando a un inocente una vez (lo que ni siquiera se demostró aquí) que dejar a un posible violador suelto. No olviden que César Rubio entró en prisión porque se consideró que había peligro de fuga y había una suposición de maltrato infantil, además de la violación. ¿Habría ingresado en prisión sólo por la denuncia de Patricia? Probablemente no. —Karen enarcó las cejas, pero calló y Emma continuó—: ¿Sabe lo que me dijo un abogado del Estado una vez? Que, si a su hija la violasen, él le recomendaría no denunciarlo. Eso les puede dar una idea de cómo están las cosas…

—A Patricia Mata la violaron antes de matarla —dijo Karen.

El rostro de Emma se contrajo en una mueca de dolor.

—No voy a decirles lo que pienso, pero tengan en cuenta que, en casos en los que la víctima conoce al maltratador o violador, muchas veces es el mismo.

—Tenemos el ADN —reveló Cano—, todavía sin resultado. Necesitamos saber a quién pudo dejar entrar en su casa de manera voluntaria.

—Ya es algo. En cuanto a quién pudo recibir… —Frunció el ceño—. Tuvo una relación, con alguien que conocía de la televisión —recordó.

—Javier Rincón, hemos hablado con él, sí. ¿Puede que alguna de sus compañeras sepa de alguna relación más?

Emma se encogió de hombros.

—Somos varias, aunque no solemos trabajar todas a la vez. Las únicas que estamos continuamente aquí somos Rafi, de la recepción, y yo. Le podemos preguntar, pero no creo que tuviese mucho más trato con ella que el laboral. Les puedo hacer una lista de sus compañeras, aunque no tenía ninguna amiga íntima. Piensen que llevaba medio año trabajando desde casa. Sé que tenía un vínculo muy fuerte con sus tíos —asintieron— y con una mujer con la que estudió.

—Ruth, sí. Ya hemos hablado con ella. Hemos visto también que Patricia tenía acosadores en las redes y que, desde su servidor, borraban muchos de los comentarios, lo que nos hace suponer que eran insultantes.

Emma tecleó unas frases en su ordenador y volvió la pantalla hacia ellos.

—Guardo los peores, por si les interesan, aunque —se encogió de hombros— cada vez es más complicado cogerlos. El saber de esos cabrones en cuestiones digitales aumenta, y se esconden mejor. Si quieren les mando una muestra de lo que eliminamos, pero la mayoría atacan de la misma manera: insultos personales, uso del ridículo, repeticiones sacadas de contexto, desacreditaciones profesionales… Al principio, yo era partidaria de dejarlos e incluso de llamar la atención sobre ellos, ya que cualquier persona normal enrojecería de vergüenza ajena al leer algunos de esos mensajes. Ahora no, definitivamente no. Esas vaharadas de odio son acumulativas, tanto para las víctimas como para los cabrones (la inmensa mayoría son hombres), que se crecen con los insultos de los otros. Patricia cerró varias de sus redes, y no tienen más que ver las reacciones: hilos que se crean con orgullo enseñando el candado. —Suspiró—. Las plataformas podrían hacer mucho más, filtrar mucho más, pero no les interesa. Buscan aumentar la atención de los usuarios, y nada mejor para ello que llevarlos a los extremos.

—¿Cree que alguno de los que atacaban a Patricia en las redes podría llevar a efecto sus amenazas?

—¿Creer? Lo sé. Es una realidad que me afecta también a mí que te suene el teléfono por la noche y te encuentres a un tío insultándote o no diciendo nada, para que cunda bien el pánico. Es una realidad que te llegue un paquete vacío, pero que te hace pensar que alguien quiere volarte por los aires. Es una realidad que te obliguen a encerrarte, o a mudarte, como le pasó a Patricia. Ya no le hablo de aquellas que se suicidan porque no pueden soportar la presión.

—Patricia se mudó por esos mensajes.

—Por la acumulación, por lo que le decían. Llamadas nocturnas, paquetes sin remite, insultos.

—¿Nos puede mandar los que borraron de su página? —Emma asintió—. Y el contacto de sus compañeras, por favor.

Se despidieron y hablaron con Rafi en la entrada, pero sabía poco más que Emma de la vida privada de Patricia.

32

Madrid, junio de 2014

El portal se abrió con un pitido en el momento en que César tocó el timbre. Subió en el ascensor repitiéndose una y otra vez el discurso que había preparado. La puerta estaba entornada y, cuando la empujó, se abrió de golpe. Patricia, envuelta en un camisón de raso rosa bebé, parecía más sensual que de costumbre. Se lanzó a sus brazos y le besó, impidiéndole decir nada. Cuando se consiguió separar, Patricia le hizo sentarse en el sofá y desapareció en la cocina. César iba a acompañarla, pero ella se negó y volvió con dos copas de cristal en las que había preparado dos *gin-tonics* que parecían salidos de un libro de cócteles: el borde brillaba con algo que podía ser azúcar, varias especias flotaban entre los hielos, y una rodaja de lima adornaba el conjunto. Le tendió uno y se sentó, con su copa en la mano, en el sofá, a su lado. César, violento, intentó sonreír.

—¿De verdad te tienes que ir? —dijo Patricia—. ¿No podría ir contigo? Podría conseguir vacaciones.

El hombre negó con la cabeza. El viaje a Nueva York sería el punto de inflexión: estaría casi quince días fuera de Madrid y lejos del alcance de Patricia, que sabía que tenía que viajar por varias ciudades y la agenda repleta.

—No te molestaría, estaría todo el día fuera y por la noche te esperaría en la habitación. ¡Podría decir que soy tu asistente!

César se empezó a impacientar.

—Patricia…, he estado pensando; es más, he decidido que…

Patricia dejó su copa en la mesa, le arrebató la suya y le besó, impidiéndole continuar. César protestó.

—No, Patricia, por favor, escucha.

Ella agarró su mano y se la metió en el escote. César notó el

pecho tierno y el pezón duro y notó cómo se empalmaba. Intentó tranquilizarse y la apartó suavemente.

—Patricia, esto no puede ser. De verdad que no.

La joven sonrió, se puso de rodillas sobre la alfombra y le abrió la cremallera del pantalón.

—No, es verdad. —Rio—. Esto no puede ser.

Tomó su sexo entre las manos y lo dirigió a su boca. César intentó hundirse en el sofá, le cogió la cabeza con las manos y la obligó a mirarle. Ella le observó con la boca húmeda entreabierta y César vio los dientes frontales, un poco separados.

—Patricia —resopló César—, no me refiero a esto; tenemos que hablar.

Ella rio y dijo:

—Claro, pero no vamos a desperdiciar el momento.

Se levantó el camisón, se sentó encima de él y empezó a hacer movimientos sinuosos sobre él.

César la cogió por los brazos y la depositó en el sofá. Patricia lanzó una carcajada, se dejó caer de rodillas y se inclinó sobre el almohadón, levantando el camisón y ofreciéndole su grupa. César se pasó la mano por la frente y repitió:

—Patricia, no; escúchame, por favor.

Desde abajo, la mujer levantó la cabeza y sonrió.

—Sí, hablamos luego, pero, por favor, acaba. Me has puesto a cien.

—Patricia, no. No quiero. Te lo estoy diciendo en serio.

La mirada de la joven cambió y sus ojos relampaguearon. Se puso de pie.

—Te has acostado con tu mujer esta mañana, ¿verdad? Parecía contenta; ni se ha inmutado cuando le he dicho que buscaba un regalo para una amiga.

César sintió que le invadía una oleada de ira.

—¿Has hablado con Ana? —masculló con los dientes apretados.

Patricia lanzó una carcajada despectiva y se dejó caer en el sofá.

—Ahora quieres que hable yo, ¿no?

César la hizo levantarse agarrándola con fuerza por las muñecas.

—¿Qué le has dicho?

La mujer negó suavemente con la cabeza e hizo un mohín de disgusto. Levantó los ojos, sonrió, cogió su mano y la dirigió de

nuevo a su escote. César notó cómo la vena de la sien le palpitaba. Patricia seguía frente a él con una inocente expresión y los labios entreabiertos. No dijo nada.

—¿Qué tengo que hacer, follarte para que podamos hablar? —rechinó César entre dientes—. ¿Tantas ganas tienes de que te folle?

Patricia sonrió y le tomó un dedo para llevárselo a la boca. César le agarró la mano con fuerza, la apartó y la empujó al sofá, donde Patricia se abrió de piernas y le miró, entre sorprendida y divertida. César, fuera de sí, levantó la voz:

—Quieres follar. Es eso, ¿verdad? Un polvo, eso es lo que quieres.

Se bajó los pantalones y se lanzó sobre ella, que empezó a reír. César la penetró y cuando ella intentó coger su rostro para besarle le sujetó los brazos. Patricia chilló de dolor. La embistió con fuerza mientras gritaba.

—Un polvo, ¿verdad? —Su cara estaba contraída por la ira—. Es lo único que quieres, que te folle bien.

Las embestidas se hicieron más rápidas y violentas, y el rostro de Patricia se contrajo. Intentó apartarse y empujó al hombre con toda su fuerza.

—¡No! ¡Para ya!

Le arañó, y entonces César le levantó las piernas, clavó los dedos en sus muslos y embistió unas veces más hasta derramarse en su interior. La soltó. Patricia se incorporó con dificultades y César sintió cómo su ira había desaparecido. Se dio la vuelta y se subió los pantalones, avergonzado. Empezó a disculparse.

—Patricia, lo siento. Pero esto no quiere decir que las cosas…

La mujer le interrumpió y le miró con desafío.

—No sabía que podías ser tan impulsivo… Podría comentarlo con Anita.

El hombre se volvió de golpe.

—Esto se ha acabado. No me vuelvas a llamar. No me vuelvas a escribir. Te lo he intentado decir por activa y por pasiva. Lo siento, pero sabías que estoy casado. Y ni se te ocurra —dijo levantando un dedo amenazador— acercarte a mi mujer.

Patricia se cubrió el pecho con las manos.

—Vienes aquí, te acuestas conmigo y me mandas a la mierda. Eres un cabrón.

Empezó a sollozar. César, más tranquilo, se sentó a su lado y posó una mano sobre su brazo, que ella rechazó con violencia.

—Patricia —dijo César más suave—, nos lo hemos pasado muy bien, y a lo mejor yo me he portado mal y no he sido suficientemente claro. Es mi culpa. Aun así, no puedo más, no quiero mentirle a mi mujer ni tampoco a ti. Tú sabías que estaba casado, que tengo tres niños pequeños. No digo que sea culpa tuya, para nada, pero es hora de que recapacitemos.

—Eso soy para ti —gimió—, ¿verdad? Una cosa de usar y tirar.

—Claro que no —protestó César molesto—, desde luego que no. Te tengo mucho cariño y, si la situación no fuese como es…

—Me estás mintiendo. —Su tono pasó de la desesperación a la ira—. Estás buscando una fórmula educada para poder levantarte y largarte. Te conozco y estás deseando irte y que desaparezca de tu vida después de haberme follado como un salvaje.

César suspiró y se levantó.

—Patricia, lo siento de verdad, pero no podemos seguir viéndonos. —Le acarició el rostro aniñado, secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas y continuó—: Encontrarás a alguien, alguien que sea más de tu edad, alguien libre.

Ella negó con fuerza.

—Nunca. Nunca —repitió terca— encontraré a alguien como tú. César, te quiero a ti.

Él negó con la cabeza y pensó que era inútil seguir discutiendo. Cogió el móvil y las llaves y se dispuso a marcharse.

—¿Te vas?

—Es lo mejor.

Patricia se apoyó en el brazo del sillón y se levantó.

—¿Eres capaz? ¿Me dejas de verdad?

César hizo un gesto de afirmación sin responder, y el rostro de Patricia, que por lo habitual expresaba dulzura, mudó a la ira. Se acercó a él y le golpeó con los puños en el pecho. Él le sujetó las manos y posó un suave beso en su frente. Patricia se apartó, se enjugó la frente y le miró con rabia.

—¡No me toques!

César negó con la cabeza, levantó la mano para hacerle una caricia, pero se lo pensó mejor, bajó la cabeza, se dio la vuelta y salió del piso. Descendió por la escalera y alcanzó a oír a Patricia,

que le gritó desde arriba:

—¡César, vuelve!

No miró hacia atrás y salió a la calle.

33

San Lorenzo de El Escorial, diciembre 2016

Karen conducía de vuelta mientras Cano recitaba en voz alta el interrogatorio de la jefa de Patricia cuando sonó el teléfono. El brigada vio el nombre de Suárez en la pantalla, contestó y puso el altavoz.

—Suárez, ¿algo nuevo?

—Coño, que os estoy esperando con los resultados del ordenador y del móvil de Patricia. ¿Dónde os habéis metido?

Cano lanzó una mirada de reproche a la teniente, que había decidido volver por la carretera de Brunete, que avanzaba zigzagueante entre jaras y encinas, y suspiró.

—Volviendo de los Madriles, pero había atasco y hemos tenido que coger la carretera.

—Pues qué coñazo, ¿no?

El brigada levantó las cejas.

—Eso, Suárez, un coñazo… En menos de un cuarto de hora estamos ahí. De todas maneras, empieza a contar.

—¡No! —exclamó el guardia asustado—. Que la línea es malísima y siempre se corta… Espero a que lleguéis.

Karen sonrió y lanzó una mirada acusadora a Cano, que siempre colgaba a Suárez con la excusa de la conexión.

—Tú empieza a soltar.

—Bueno, las cosas que le contaban son alucinantes. No sabes las historias… Romero se me ha puesto a llorar con algunas y estaba tan mal que ni ha protestado y se ha comido tres rosquillas. Te dan ganas de salir a la calle e ir a pagar a esos hijos de puta con su misma moneda.

Karen interrumpió.

—¿Cómo están estructurados? ¿Son una carta a Patricia

directamente o a la revista en plan consultorio para publicar?

—Son cartas a ella; siempre se dirigen a Patricia. Y en muchas pone el nombre real, pero le pide que no haga nada. Hay de todo, desde la mujer a la que le acaban de dar una hostia hasta la que se ha decidido a dejar al marido o la chica que acaba de violar el tío. Hay una que Romero está intentando encontrar. Es…

Karen se obligó a interrumpir, diciéndose que si escuchaba ahora los dramas detrás de las misivas de Patricia se concentraría en estos y no en su muerte.

—Suárez, ¿puedes pedirle a Romero que mire si mantenía relación con alguna de esas mujeres? Y si le parece que alguna pudiese ser falsa.

—¿Buscas un lobo con piel de cordero? —tradujo el guardia.

—Exacto. Esa, supongo —continuó la teniente— que es su cuenta oficial. ¿Tiene otra particular?

—Sí, tiene varias cuentas. En el correo oficial de la revista aparece vuestro César. —Se miraron—. ¡Como no me dejáis hablar…! Y no de la época de la violación: le escribió la semana pasada.

—Suárez, filtra todo lo que sea suyo —pidió Karen—. Ya estamos en El Escorial de abajo; en cinco minutos nos tienes ahí.

Cano no dijo nada, colgó y Karen replicó antes de que pudiese hacerlo él.

—No digas nada, brigada, que ya sé lo que piensas.

En el cuartel encontraron a Romero y a Suárez ordenando papeles en dos montones.

—Los que podemos perseguir y los que deberíamos investigar —dijo Romero sin saludar señalándoles una de las pantallas—. Ahí tenéis lo de César.

Karen y Cano unieron las cabezas y leyeron un correo fechado el jueves anterior a la muerte de Patricia.

> Hola, Patricia:
>
> Espero que todo te vaya bien.
>
> Me gustaría hablar contigo y pedirte un favor. No es para mí. Ya comprendo que no tengas ganas de hablar conmigo, pero, por favor, déjame explicártelo. No quiero molestarte; sin embargo, te agradecería mucho que me contestases.
>
> César

Bajo su nombre estaba consignado su número de teléfono. Cambiaron una mirada de asombro.

—¿Hubo respuesta? —preguntó Cano.

Romero dejó un momento los papeles que estaba clasificando y les tendió una lista con números de teléfono.

—Pero no por escrito. Patricia le llamó y estuvo hablando con él menos de un minuto. Y, antes de que saquéis conclusiones equivocadas, le volvió a llamar más tarde y habló con él otros diez minutos. La primera llamada a lo mejor fue tan corta porque ella tenía, según su calendario, una tertulia en la radio.

Karen tamborileaba en la mesa con los dedos.

—Tenemos que hablar con él.

—¿Te quieres ir a Lanzarote? —preguntó Cano.

—Preferiría, pero podemos hacerlo por videoconferencia. Va a ser más rápido y barato para el contribuyente. Llama a Ruiz y que le cite.

Cano se levantó y salió a llamar al compañero de Lanzarote. Romero y Suárez seguían enfrascados en la lectura.

—¿Qué más hay?

Romero observó la pantalla y respondió:

—En su correo personal, nada muy interesante, fuera del mensaje de César. En WhatsApp tiene un grupo de la oficina; en cambio, ni amigas, ni grupos de la universidad, ni el típico del colegio. Con las de la oficina no intercambia más que cosas de trabajo, excepto con su jefa, a la que está más unida. Sus tíos, que le preguntan que cómo va. Su amiga Ruth muy a menudo, el último, el pasado sábado, desde Bilbao. Le manda fotos del museo Guggenheim. Los clásicos, la asistenta, un electricista… Con el tal Javier se mandaban de todo. Pero pararon hace un mes. También unos con ese Ulysse. Por lo que entiendo de los de ella, le cuenta su vida. Él responde, aunque bastante escueto. —Volvió la pantalla hacia ella. Karen los leyó en diagonal y confirmó sus palabras—. Lo que me llama más la atención es que se comunica con un cura.

—¿Un cura? —dijo Karen incorporándose—. No me imaginaba que fuese muy religiosa.

—Bueno, el cura tampoco. Tiene de foto de perfil un coche de carreras.

Karen se sobresaltó, pensó en Gonzalo Medina, se levantó y miró

la pantalla que había girado Romero. El coche era un clásico americano de los años sesenta y se asombró de sentirse aliviada. Sus pensamientos volaron y se reprochó de nuevo haberse marchado del bar El Horizontal de una manera tan apresurada, aunque se intentó consolar diciéndose que, si se movía un poco por el pueblo o subía a pasear, no tardaría en encontrárselo. Miró por la ventana e intentó vislumbrar el cielo sobre San Benito por si amenazaba lluvia. Romero carraspeó ante su mutismo y la teniente volvió en sí.

—Pero —preguntó— ¿cómo sabéis que es un cura?

Romero cerró la foto de perfil y volvió a las direcciones.

—Lo tiene guardado como «Seminarista». Yo creo que es un mote.

—¿De qué hablan?

—Parece un ángel de la guarda. Le pregunta si necesita algo, le pasa el número de un manitas, y le llevaba o traía paquetes a Correos. Nada íntimo. Ella se lo agradece, le contesta bien, pero nunca hablan de quedar ni de verse. Y mucho menos nada personal. El tono es neutro —explicó Romero—, nada que ver con el lío con el guionista; con ese hacía todo tipo de alusiones eróticas. Al seminarista le tenía que conocer bastante —afirmó Romero—, lo suficiente para mandarle una copia de su DNI para recoger un paquete.

La teniente se volvió hacia Cano, que había vuelto y escuchaba, apoyado en la puerta.

—Vamos a llamar a Ruth —dijo—, a lo mejor le suena.

La amiga de Patricia respondió inmediatamente.

—Hemos conseguido abrir el teléfono. Hay unos mensajes de un seminarista…

Ruth la interrumpió.

—¿Un seminarista? No puede ser. Patricia no era muy religiosa, no creo que conociese a ningún monje. Iba a misa con sus tíos, sí, pero nada más.

—Puede que fuese un mote, y que hubiese conocido a alguien que le recordase a un cura.

La mujer reflexionó.

—Mantenía sus grupos de aquí, y en El Escorial no salía. Que yo sepa, no se relacionó con nadie en especial. Creo que quería darle un giro a su vida después de lo de Javier. —Se detuvo y pareció

recordar algo—. ¡Espere! Me habló de un vecino muy amable, que la ayudaba con los paquetes y creo que con algo del jardín, de eso me suena.

—¿Nombre?

Ruth negó con la cabeza.

—No era nada, un tío que por casualidad le echó una mano con…, creo que fue la cortadora de césped. Lo sé tan seguro porque le tomé el pelo con él y me dijo que no era en absoluto su tipo. Le dije que estaría más sola que la una; aun así, Patricia rio y contestó que San Lorenzo era distinto, que la gente se ayudaba. Perdonen que no se lo contase, pero ni me he acordado de él. Le encontraba más gracioso que otra cosa, y ya les digo que no le atraía nada; por eso, ni se me ocurrió.

Colgaron con ella y marcaron el nombre del supuesto cura. El teléfono sonó varias veces, pero nadie contestó. Karen resopló.

—Suárez, ¿puedes enterarte de quién es el dueño del número? Mañana lo volvemos a intentar.

—Es viernes por la tarde, a ver a quién encuentro todavía…

La teniente levantó la cabeza sorprendida, y se dijo que la semana había pasado volando.

—¿Qué pasa con César? —le preguntó la teniente al brigada, que había vuelto y escuchaba con atención.

—Ruiz iba a hablar con él y si se presta a declarar sin abogado nos llama.

—Yo no lo haría —replicó Karen—. Podemos llamar a su abogado también, va a ser lo más rápido.

Miró la hora, marcó el número de Alfredo de la Pisa y le expuso su propuesta. Este escuchó, contestó y colgó tras asegurarle a Karen que se lo confirmaría por escrito. Los otros tres la miraban expectantes.

—Dice que por qué no aquí —resumió Karen—. Rubio se pondría bajo vigilancia. Prefiere estar en Madrid que en las islas. Y liberaríamos a los efectivos de Ruiz.

—¿Le quieres dejar montarse en un avión? —preguntó Cano.

—No veo el peligro, Cano. Le acompañan los compañeros en Lanzarote y vuela con su abogado. El que se escape me parece un riesgo prácticamente nulo. Propone volar a Canarias el lunes y volver con él el martes. El lunes tiene un juicio; por eso tiene que

estar en Madrid, y el fin de semana dice que no puede. Le habría podido apretar, pero sin los resultados de Benavides es inútil. Podemos esperar a la semana que viene y abusar un poco más de la paciencia de Ruiz.

—Mi teniente, en un caso similar, nos lo traeríamos esposado. Si Javier Rincón y Ulysse no nos han mentido, y no lo parece, Rubio es nuestro sospechoso principal.

—No tenemos un caso similar, Cano, y no te olvides del juez. —Suspiró—. Lo de la prueba de ADN es un desastre: nos ha retrasado tres días más, si no aumentan por el fin de semana —dijo enfadada.

Cano se encogió de hombros.

—Yo creo que casi ni la necesitamos… Tuvo contacto con ella la semana pasada; estuvo en la carretera del club a solas esa noche…

Karen no contestó y se levantó tras echar un vistazo al reloj. Romero miró los papeles que tenía encima de la mesa y giró su silla hacia ellos.

—Yo me quedo todavía. Tengo a una conocida en Violencia de Género; le voy a pasar unos nombres.

La teniente asintió, se puso la chaqueta, se inclinó y leyó una vez más el correo de César a Patricia. Suárez irrumpió otra vez en la habitación con una caja de hojalata abierta que colocó al lado de Romero.

—Unas galletas…

—Suárez, lo tuyo ya es corrupción —afirmó la guardia mientras cogía una.

El hombre sonrió orgulloso y acercó una de las sillas, que parecían desaparecer bajo su cuerpo, a la de su compañera, quien le tendió, sin más miramientos, un tocho de hojas que Suárez se puso, obediente, a clasificar.

34

Madrid, junio de 2014

César miró su móvil con miedo; pero Patricia parecía haber aceptado que su historia había acabado. Se sintió liberado y estuvo más de veinte minutos bajo la ducha para intentar borrar cualquier vestigio de ella. Al salir se descubrió un arañazo en la cadera, pero Ana no había llegado a casa y se dio cuenta de que su mujer ya nunca entraba en el baño mientras él se duchaba. Se percató, entonces, de que en los últimos meses se habían acostado en contadas ocasiones y de que no habían tenido tampoco muchos momentos en los que discutir o reír como antes. Sintió que echaba de menos a su mujer. Aunque había mantenido la correspondencia marital, las notas de los niños, la reunión de la comunidad de propietarios y las visitas a sus suegros, la esencia, eso que hacía que le apeteciese viajar ocho horas en coche sólo con ella, eso había desaparecido. Enrojeció al observar que Ana le había colocado en la repisa del baño el frasco de vitaminas nuevo, al lado del que se estaba acabando, libre de su caja y del cierre de seguridad. Patricia tenía razón, se dijo: era un cabrón. Salió del baño y, a pesar de las protestas de sus hijos, se montó en un taxi y fue a buscar a su mujer a la tienda. Ana se alegró mucho, abandonó el proyecto que estaba haciendo y aceptó salir a cenar en plena semana. No hablaron de nada especial; con todo, la confianza que siempre habían compartido volvió a emerger, si no como antes, como una pequeña planta que rompe la mullida tierra. Le propuso viajar con él, unirse a él el fin de semana en Nueva York. Le cogió la mano y se la besó, y los ojos oscuros de Ana se tornaron más dulces y profundos. Ya por la noche, en la cama, le pidió que a su vuelta hiciesen una escapada, le hizo recordar los días que pasaron en Navarra, en ese hotel en el que las habitaciones eran burbujas en medio del paisaje

de las Bardenas Reales. Ana se incorporó para besarle, se despojó del camisón y se sentó sobre él. Experimentó dulzura al tocar el cuerpo de su mujer y sintió que volvía a casa. Se encontraba sucio y pensó que le debía una explicación. Quiso hablar, pero la sombra de la maleta que había bajado del trastero le disuadió. Se dijo que sería egoísta liberar su conciencia y dejarla quince días sola. La acarició y ella le preguntó si la quería todavía. Él respondió de corazón: «con toda mi alma». Se durmieron enlazados y sólo cuando la claridad del amanecer le despertó se separó de ella. Desayunaron con los niños y rieron con las imitaciones de César de la vecina del tercero, que le odiaba desde que su factura de la calefacción se había duplicado al proponer él la instalación de contadores individuales para medir el consumo por pisos. Ana se levantó de la mesa con desgana y dijo que se tenía que ir, ya que le habían encargado la decoración de una habitación de gemelos en una finca perdida por Toledo. Besó a los niños y al juntar sus labios con los de César había introducido su lengua con fuerza para enroscarla con la suya. César hijo protestó diciendo que eran muy raros, mientras que los pequeños aplaudieron. Rieron todos juntos y se subieron a las jardineras para despedir a su madre con unos gritos que la avergonzaron e hicieron sonreír a la vez.

35

San Lorenzo de El Escorial, 2016

Hacía frío, lloviznaba y parecía que la niebla iba a envolverlos otra vez. Cano dirigió el coche por una calle de nuevos edificios que desembocaba en la parroquia, de nueva construcción.

—¿Por qué hicieron esta iglesia aquí teniendo el monasterio?

Cano sonrió.

—Incluso en la Iglesia tienen diferencias entre los cuerpos… El monasterio está cedido a la orden de los agustinos, que tienen el colegio y el seminario.

—¿No el monasterio entero?

Cano negó con fuerza.

—El palacio es tuyo y mío, Patrimonio Nacional. La cuestión es que una orden religiosa no está obligada a obedecer a un obispo, así que, para controlarlos un poco, no se les deja, por ejemplo, casar sin permiso. Si quieres contraer matrimonio en el monasterio (que ya te digo que es tuyo), tienes que ir a solicitárselo con la cabeza bien baja al párroco, en este caso, al de aquí —dijo señalando el monumento. La teniente sonrió ante la entonación de su segundo—. La parroquia del pueblo era antes el santuario de la calle Florida —continuó—, pero, al crecer la población, se les fue quedando pequeño. Con el fervor religioso de después de la Guerra Civil la levantaron, y hoy es casi más popular que el monasterio; supongo que a la gente le parece más amigable. Los pasos del Viernes Santo salen de esta, y muchas festividades tienen su centro aquí.

Cano torció bordeando el edificio y se paró en el semáforo de la calle del Rey. Se volvió hacia Karen.

—¿Te apetece comer algo? —Karen, contenta de normalizar la relación tras los últimos altercados que habían tenido, asintió—. ¿Unas raciones en Croché?

—¡Una chistorra! —exclamó animada—. Hace tiempo que no vamos.

Aparcaron en el monasterio, a esa hora vacío, y subieron por la cuesta de Grimaldi.

—Si sigues así —la reprendió Cano—, entre los bizcochos de Suárez, las morcillas y las chistorras, te vas a poner como una bola.

Karen se volvió divertida, señaló la empinada cuesta y negó mientras saltaba las escaleras de Los Jardincillos de dos en dos y esquivaba los tablones del belén monumental.

—Me salvan las calles de este pueblo. Cano —dijo Karen aprovechando el repentino buen humor del brigada—, ¿crees que se nos puede escapar César?

—No es eso —contestó este tras dudar un momento—; es que me parece injusto. Supongo que no huirá, pero también creo que tenemos suficiente para detenerlo. No sé qué más le hace falta al juez.

—Querrá esperar al ADN, pero, ahora, hasta el lunes nos podemos olvidar.

Entraron en el local, un café con decoración *art déco* escondido en un callejón que daba a la plaza, y se sentaron en una de las pequeñas mesas de mármol libres. Las luces eran bajas y las botellas brillaban tras la barra en una decoración que recordaba a la Belle Époque. Un camarero vestido con camisa blanca y tirantes se acercó inmediatamente, le pidieron dos vinos y, antes de que pudiese marcharse, Karen las albóndigas, para evitar la chistorra, y Cano unas habitas con *foie*. Sintió que el rumor de las conversaciones la relajaba. Al contrario de los bares modernos, Croché mantenía el tapizado de terciopelo de los bancos empotrados bajo las ventanas, lo que daba una sensación de calidez e intimidad que en la época de espacios abiertos y limpios no abundaba.

—Puede que tengas razón —concedió Karen—. El que estuviesen en el mismo sitio a la misma hora es mucha casualidad, pero el correo me ha vuelto a hacer vacilar.

—¿Por qué? —replicó Cano—. ¿Porque ella le llama?

—¿Lo hubiese hecho si tuviese miedo? ¿Si estuviese traumatizada tras una violación? —preguntó la teniente.

—Podría tener varias razones. —Se encogió de hombros el brigada.

—Sí, Cano, pero ¿no tienes por lo menos una duda? —Suspiró—. Sólo eso, una duda. La duda que tuvo el juez. Pudo ser una violación, como pudo ser sexo consentido y que ella le acusase resentida porque rompió la relación. Si tuviésemos ya los resultados… —rezongó.

Cano frunció el ceño.

—Y mañana es sábado…

—Claramente, no estamos en una serie americana… —Rio la teniente—. Si los tuviésemos el lunes, sería estupendo. Si coincide, le detenemos ya en Madrid. —Karen bebió un sorbo de su copa y cogió la cazuelita de patatas con chorizo que les habían servido de tapa. Lanzó un resoplido de placer—. ¡Qué hambre tenía! Estamos ya como los holandeses; hoy nos hemos quedado sin comer otra vez.

El brigada sonrió.

—Aprovecha, que, cuando acaben de montar el belén, a partir de la semana que viene, esto estará a rebosar y no habrá quien pise el pueblo. Claro que siempre puedes irte de excursión y encontrarte a tu nuevo amigo.

Karen le miró divertida. Suponía que el abogado también sería asiduo de Croché y había mirado las otras mesas con atención cuando entraron, pero no le vio en ninguna. El camarero se acercó con la botella y ambos asintieron.

—Mientras no se lo digas a Romero…

—No quiero ni pensar en lo que va a decir cuando se entere de que quedas con él.

Karen se quedó con la copa a medio camino mirándole asombrada. Cano rompió a reír.

—¡Parece mentira que no te hayas dado cuenta! Esto es un pueblo, y El Horizontal está más concurrido que la plaza…

—Está visto que no puedo esconderme… ¿Te has enterado tú o ha sido la «Radio San Lorenzo» de Suárez?

Cano sonrió afirmativo. Había sido él quien había bautizado el saber del guardia como «Radio San Lorenzo».

—¿Ves? Te vas adaptando… Yo no he dicho nada, pero Suárez nos tiene más controlados que el párroco a sus feligreses. De todas maneras, no te preocupes, Romero no tiene sus contactos.

Aunque Karen rio, en su fuero interno se dijo que tendría que

andarse con más cuidado. No le importaba salirse de los cánones, pero era muy celosa de su intimidad y no le hacía ninguna gracia saber que en el cuartel se enteraban de cada uno de sus movimientos. Miró a Cano con aprecio, que la había avisado sin afear ninguna de las conductas. Se preguntó cómo viviría él su vida privada, porque dudaba de que se pasease con su compañero actual por la plaza.

—Siempre te puedes escapar a Villalba —continuó el brigada—; es mucho más grande e impersonal… Aunque lo mejor es bajarse a Madrid, claro.

Así que ahí se iba Cano cuando salía. Por un momento, se dijo que el hecho de que saliese con ella fuera de las horas de trabajo habría hecho pensar a más de uno que estaban liados. Le miró a los ojos para agradecerle el aviso, pero le molestaron los circunloquios que necesitaban para comunicarse. Pagaron y se levantaron con pereza de abandonar el entorno cálido y aterciopelado del cafetín. Una bofetada de húmedo aire frío les dio en la cara cuando salieron y unas gotas de lluvia que se habían quedado en las ramas desnudas de lo que era un emparrado en verano les cayeron en la cabeza. La calle Florida estaba desierta y no se veía más que una figura solitaria, que con las manos en los bolsillos bajaba la calle pegada al muro, como si este pudiese darle protección. En la lonja, Karen se volvió hacia el brigada.

—Vamos un momento a casa de Patricia.

—¿Quieres ir ahora a la carretera del club?

—Así bajamos también la cena —contestó Karen.

Atravesaron el monasterio hasta cruzar el arco de la universidad y se detuvieron para observar el edificio iluminado desde el muro. Karen señaló a la pareja de cisnes negros, a la que se había unido uno blanco, que se deslizaba mayestático sobre la superficie dejando un espacio con sus congéneres oscuros, que le seguían indiferentes.

—Patricia, perseguida por el cisne malo —apuntó Cano.

Sacó un paquete de tabaco y le ofreció a la teniente un cigarro.

—Cano, el cisne negro no es malo —contestó la teniente mientras lo encendía—. Sólo demuestra que la teoría de «todos los cisnes son blancos» es falsa. Por eso es casi imposible afirmar algo de manera absoluta. Puede que todos los cisnes que hayas visto tú

sean blancos, pero, con que exista sólo uno negro, tu teoría es falsa.

El brigada sonrió.

—Me has fastidiado la imagen; estaba viendo a Patricia perseguida por César.

—Puede que ni Patricia fuese el cisne blanco que te imaginas, ni César el negro…

—O que fuesen exactamente eso.

—Las cosas no suelen ser exactas, Cano.

Fumaron en silencio observando las luces de Madrid y la superficie del estanque que tras el postureo de los cisnes había quedado lisa y reflejaba la fachada sur del monasterio. Hacía frío, la humedad se notaba y Karen se subió la bufanda.

—El tiempo ideal para pasear no es… —observó.

—¿Lo dices por la vecina?

La teniente hizo un gesto de asentimiento.

Cano hizo una mueca y se encogió de hombros. La teniente se frotó los brazos, se sacudió la arena de los zapatos y echó a andar.

La carretera de Robledo estaba iluminada y la entrada de la Herrería tenía dos farolas que bañaban la piedra con su luz, pero el paseo quedaba por zonas a oscuras.

—Cruzó sin mirar —dijo Karen—, el coche se la llevó casi por delante. ¿Por qué no se quedaría en su lado de la carretera si quería pasear?

—A lo mejor no se fijó bien… —contestó Cano inseguro.

—O a lo mejor salió por algo concreto de su casa.

—¿Te refieres a que tal vez huía de su casa?

Karen se encogió de hombros, le contó lo que le había dicho Esther, y Cano frunció el ceño.

—Seguro que Suárez conoce a alguien que sepa algo de ellos —propuso—. Por una vez, que se entere de algo importante. Y si hablamos con el vecino amable le podemos preguntar a él; puede que los conozca también. ¿Cuándo llegará César?

—De la Pisa dijo que cogería el avión a Lanzarote el lunes y volarán al día siguiente, pero nos avisará.

—A lo mejor ya llegan por la noche —respondió Cano.

Karen negó con la cabeza.

—Su abogado es todo menos tonto, brigada. No lo va a traer a Madrid por la noche. Gana tiempo y le deja en libertad. No querrá

correr el riesgo de que lo encerremos, y sabe que en Lanzarote está vigilado y que por eso no lo detenemos. Madrid ya es otro cantar.

—Y tú vas y le sigues el juego.

Karen le ignoró.

—Con un poco de suerte, entonces ya tendremos los resultados del laboratorio y seguridad.

36

Madrid, junio de 2014

César juntó los papeles sobre su mesa, desconectó la tableta y la guardó en la mochila. Pensó que, si se daba prisa, le daría tiempo a ver un rato a los niños. Se levantó, se despidió de todos los de la oficina y dudó si avisar por si llamaba Patricia, pero supuso que, sabiendo que estaba de viaje, esta no le llamaría al trabajo. Salió y aceleró el paso para coger el autobús.

El ruido de los niños jugando se oía desde el descansillo. Cuando César entró, sus hijos mayores luchaban, armados con sendas espadas luminosas en el pasillo. El pequeño saltaba sujetándose el pantalón, observando la escena de sus hermanos enfrentados. Al oír la puerta, los niños dejaron caer las armas y se lanzaron a sus brazos. Lidia salió de la cocina, le saludó y, cuando quiso enviar a la tropa a su habitación, César le dijo que se podían quedar con él, que no tenía que trabajar. Contento y relajado se dejó caer en el sofá e hizo que le explicasen la escena que estaban representando.

—Papá, ¿te acuerdas? Es cuando Obi-Wan se enfrenta a Anakin.

César intentó rememorar la película.

—¡Que sí, lo de la lava, que se quema! —explicó el niño impaciente.

—Ah… —recordó César—; por eso después tiene que llevar la máscara.

Su hijo César levantó la espada contra él.

—¡Te he fallado!

César empuñó la espada que había dejado Felipe sobre el sofá, abrió la boca y se fijó en la frase que formaba el otro con los labios.

—¡Este es el fin, maestro! —repitió.

El niño contestó con un grito y un salto hacia el comedor que hizo temblar los muebles. César rio y avanzó hacia él.

—No saltes así, que la vecina del tercero va a llamar a la policía y nos meten en la cárcel…

El mayor lanzó una carcajada y respondió.

—¡Confiábamos en ti! ¡Eras el Elegido!

Los dos pequeños empezaron a revolotear silbando a su alrededor, César pensó que estaban haciendo demasiado ruido y por un momento tuvo miedo de que los niños hicieran caer el maldito jarrón del comedor, pero parecía que se movían con cuidado, como habituados a tomar por asalto el salón en su ausencia sin causar demasiados daños. Levantó la voz, amenazador:

—¡No subestimes mi fuerza!

Su hijo lanzó un alarido como respuesta y César se lanzó sobre él. Los pequeños protestaron:

—¡No! ¡Papá, no hagas eso!

César recordó que, en la escena, era Anakin el que acababa en el suelo, pero decidió que un poco de variación no iba mal y se lo estaba pasando muy bien. César hijo le siguió el juego, se dejó caer con estrépito en el suelo y empezó a sollozar ante las protestas de Felipe, que dejó de hacer de nave espacial y dijo que
Obi-Wan
no lloraba y que Anakin había utilizado las manos para intentar estrangularle. César rodeó el cuello de su hijo, que seguía lanzando unos gritos desgarradores, con las manos. El niño buscó la espada, que había rodado bajo la mesa del comedor, con la mano mientras Felipe gritaba. No oyeron el timbre ni cómo el pequeño, el más cercano a la puerta, había abierto.

—¡Te vas a enterar! ¡Voy a acabar contigo! —exclamó César.

—¡Papá! ¡Otra vez no! —protestó Felipe exasperado por el cambio de guion, pero se interrumpió al ver a una pareja uniformada de repente en el salón.

César hijo, desde el suelo, continuaba agonizando entre estertores. La policía agarró al padre de los brazos con violencia y le obligó a incorporarse.

—¡Suelte al niño inmediatamente!

Sacó unas bridas de plástico y se las colocó mientras le leía sus derechos y su compañero levantaba del suelo al niño, que

observaba al policía estupefacto. Cuando César iba a protestar airadamente, el rostro aterrado de sus hijos le obligó a calmarse.

—Perdonen, pero ¿qué pasa aquí?

—Eso nos gustaría saber a nosotros —afirmó la mujer.

Los dos pequeños empezaron a llorar.

—No se lo lleven, que no lo vamos a volver a hacer. Nos vamos a portar bien…

La mujer observó a César con asco. Lidia, que había aparecido desde la cocina y miraba espantada la escena, cogió al pequeño y le abrazó.

—Pero ¿se puede saber qué demonios pasa aquí? —dijo César—. No estábamos más que jugando…

La policía se acercó a la chica y le susurró algo al oído. Esta miró con miedo y cogió al pequeño en brazos y a Felipe de la mano. César hijo, junto a su padre, negó con la cabeza ante el gesto de la niñera, que le tendía la mano.

—¡Él no ha hecho nada! He sido yo, ha sido mi culpa. He sido yo el que se ha portado mal.

La mujer que sostenía a César del brazo no pudo contenerse y masculló entre dientes.

—Cabrón.

El hombre, que todavía no había hablado, se inclinó hacia el niño.

—No te preocupes, no pasa nada.

—Sólo intentaba matarme —intentó explicar este—, pero al final no pasa…

César estalló.

—Pero ¿me pueden explicar ustedes de qué coño va esto?

La mujer se acercó a él y con una mirada gélida sacó una hoja de papel. El hombre miró al mayor de los niños, le hizo una seña a la mujer y le dijo a César en voz más baja:

—¿No cree que sería mejor que mandase al chaval con sus hermanos?

En ese momento, César comprendió que la pareja no estaba ahí por el alboroto que habían armado. Pensó en los últimos artículos que había escrito, en la pelotera que había tenido con el moro del mercado. Pero nada de eso justificaba el proceder de la policía. Se dirigió, lo más tranquilo y seguro que pudo, a su hijo.

—César, hijo, ve con tus hermanos. No te preocupes, esto es un error. ¿Te acuerdas de lo que hablamos cuando lo del delegado?

El niño movió la cabeza lentamente de arriba abajo.

—Ve con tus hermanos.

El niño obedeció y desapareció hacia el interior del piso. La policía le miraba con el desprecio plasmado en el rostro mientras él leía el papel: César Rubio estaba acusado de la violación y malos tratos de Patricia Mata.

37

San Lorenzo de El Escorial-Madrid, 2016

El sábado por la mañana Karen se despertó un poco más tarde de lo habitual y, cuando estaba sentada a la mesa del desayuno, apareció Esther, cargada con una bolsa de patatas y los huevos. Intentó sonsacarle un poco más sobre la vecina de Patricia y su marido, pero la mujer, fiel a su origen serrano, no añadió nada nuevo a lo que le había contado el primer día. Karen dejó a Esther arreglando la casa y salió a dar un paseo por el pueblo. Lo que se había imaginado como un agradable itinerario por el centro se convirtió en una yincana, ya que los organizadores del belén monumental aprovechaban los últimos días antes de la inauguración al máximo. Esquivó las figuras, observó asombrada el elefante instalado ante el ayuntamiento y buscó el refugio de La Tienda Deli para tomarse un café. Compró el periódico, se detuvo en La Carpetana, el colmado, y, tras reconocerse que se estaba comportando como una adolescente al buscar por los comercios una mata de pelo plateado, se decidió a huir del gentío que invadía las calles e irse a su casa, coger un buen libro y pasar la tarde ante la chimenea. En los soportales se topó con Suárez, que, vestido con un mono de trabajo, trasladaba una jaula llena de lechoncitos hacia la plaza de San Lorenzo, donde estaba la terraza del bar Alaska, e indicaba con cariño a unos niños que le seguían cargados con paja el sitio para depositarla.

Hacía frío, y, cuando abrió la puerta, el aire cálido mezclado con un olor a fritura de patatas la recibió. Recordó la tortilla que le había prometido dejar Esther y se dirigió a la cocina rezando por que la hubiese hecho al final de la mañana y todavía estuviese tibia. Se la encontró cubierta por un plato y decidió ignorar el horario español y comer a la europea para aprovechar al máximo esa

maravilla tierna y jugosa con la cebolla caramelizada. Encendió la chimenea, se tumbó en el sofá y leyó hasta la noche, disfrutando del silencio y la soledad.

El domingo se obligó a levantarse temprano y ponerse de camino a Madrid bien pronto para acompañar a sus padres a ver una exposición. Se preguntó si con la edad a ella también le costaría mucho más moverse, si ya sólo salir de casa le resultaría agotador y, dado el plan que había seguido la tarde anterior, supuso que sí. Recogió a sus padres y los llevó al Prado, donde había una exposición de Renoir, y ayudó después a su padre a preparar el típico ganso prenavideño alemán. Su padre lo encargaba en una granja de animales que crecían en libertad ya en octubre, y se lo enviaban junto con un folleto que mostraba un grupo de aves níveas en un prado. Lo rellenaron de manzanas y prepararon la col roja y las bolas de patata de acompañamiento. A su madre no le gustaba ayudar a su padre a cocinar, pero a Karen le encantaba verle concentrado como sobre un tablero de ajedrez observando el interior del horno. La cocina olía al ave y a manzanas asadas y Karen se sintió en Navidad. Su padre se volvió, abrió la nevera y le sirvió una copa de champán. Karen le miró con falso reproche.

—Papá, no tenías que haberla abierto por mí.

Su padre le pellizcó la mejilla y sonrió.

—No es por ti; es por mí. Me gusta tomarlo contigo: hace del día más festivo. Y espero que te borre esa cara de preocupación… ¿Va todo bien?

—Sí…, claro… Bueno, no. Tengo miedo de haberme equivocado.

—¿Alguien ha sufrido mucho por ese supuesto error tuyo?

Karen reflexionó y negó con la cabeza.

—Entonces es aprendizaje. No se puede acertar siempre.

Su padre sacó el ave del horno y la regó con un caldo que tenía preparado. Le dio la vuelta con dos cucharas.

—Es para no romperle la piel…

Karen sonrió ante sus precauciones.

—Hemos encontrado una mujer violada y muerta en San Lorenzo. —Su padre escuchaba atentamente y no la interrumpió—. El que lo hizo no entró a la fuerza, y no robaron nada. Dejaron su huella genética en la escena. Uno de los sospechosos tuvo un lío con ella hace un tiempo. La relación acabó con ella denunciándole por

violación y maltrato. —Karen hizo una pausa.

—¿Le declararon inocente?

La hija le miró sorprendida.

—Por falta de pruebas, pero inocente —contestó.

—Karen —se irritó su padre—, inocente es inocente.

La teniente sonrió al oírse a sí misma en sus palabras.

—¿Cómo lo sabes?

—Me recuerda mucho al caso del hombre del tiempo, Kachelmann. Pasó hace unos años en Alemania: su novia le acusó, él pasó una buena temporada en prisión y después fue declarado inocente. —Se encogió de hombros—. Por falta de pruebas. —Sonrió.

Su padre abrió un cajón y sacó un paquete de tabaco y le ofreció a su hija, que negó con la cabeza.

—¿No te ha dicho el médico que no fumes?

—Es un día de fiesta. —Le tendió la cajetilla—. Y, por favor, fúmate uno; si no, tu madre lo olerá y dirá que he sido yo. Así te puedo echar la culpa… y, como con Kachelmann, nadie, excepto nosotros, sabe ni sabrá lo que ha pasado en la cocina… Es tu versión contra la mía y puede que los dos mintamos, como si yo le dijese a tu madre que me lo has ofrecido tú. O que yo mienta y, ante las pruebas (dos colillas), diga que has fumado tú los dos. O que tú asegures que el paquete era mío… Hay cosas que puedes investigar y llegar a un resultado. En otras, tienes que aceptar que no eres Dios y que no sabrás jamás la verdad. —Se encogió de hombros—. En esos casos, míralas desde los dos lados; ya sabes que eso ayuda mucho. —Le señaló una foto de dos hombres enfrentados que observaban un número en el suelo. Uno de ellos decía: «es un seis», y el otro: «es un nueve»—. Ya sabes: la verdad siempre es de dos.

Karen sonrió, encendió un cigarro y miró con cariño la cara de su padre, que expulsaba el humo con placer. Los apagaron y sacaron la comida a la mesa.

—¡Wolfgang! —exclamó su madre—. ¡Has fumado!

Su padre miró angelical y señaló a su hija.

—Es fiesta, déjala, que tiene mucho trabajo.

La mujer los miró, desconfiada.

—La verdad, hija —cambió de tema—, no sé por qué te has

subido a vivir a ese pueblo. ¡Qué manía has cogido!

—Es más cómodo —argumentó Karen mientras servía el ave—. Así no tengo que coger el tren.

—Podrías bajarte por lo menos los fines de semana, ¿no? Quién sabe lo que vamos a vivir…

Karen sonrió y se sirvió la pechuga, que su padre había cortado en dos y mostraba la carne oscura. La observó, recordó la foto de los gansos blancos del folleto y se dijo que se le estaba escapando algo. Su madre interrumpió sus pensamientos.

—Además —retomó su madre—, ¿quién te manda andar todo el día con muertos? La verdad es que hay que tener ganas… Como si no te hubiésemos educado para otra cosa…

—Mamá, no ando todo el día con muertos —protestó. Para cambiar de tema, lanzó una carcajada—. Ando buscando a un seminarista…

—¿Un agustino? —preguntó su madre con curiosidad.

Karen negó mientras empapaba una bola de patata en la salsa.

—No, es un mote. Pero no sabemos ni qué aspecto tiene.

—Pues, hija, yo te lo describo —dijo animada—. Gordo y fofote, de esa gente que da la mano blanda, ya sabes…

—¡Mamá! —rio Karen.

—Que sí, hija, que sí… Tú hazme caso. —Se levantó, llevó los platos a la cocina, y un grito de horror llegó hasta ellos.

Karen y su padre se miraron sonrientes y gritaron a la vez.

—¡Recogemos nosotros!

38

San Lorenzo de El Escorial, 2016

Cuando el lunes Cano llamó para decir que se encontraba mal, Karen casi no pudo creérselo. El brigada no había tenido ni una gripe desde que empezaron a trabajar juntos, lo que la teniente había achacado al saludable clima serrano. Al no tener a Cano que la fuese a buscar, decidió descender hacia el monasterio, diciéndose que atravesar la lonja a pie sería una buena manera de comenzar la semana. Le extrañó ver una fila de coches a esas horas de la mañana delante del arco. Se dijo que el ayuntamiento habría cortado parte de la calzada para arreglar el adoquinado que se levantaba por doquier. Se detuvo en el muro y buscó a los cisnes, pero debían de haberse resguardado del frío. Cuando cruzó el arco y subió la primera escalinata, se preparó para ver la gran extensión de granito vacía ante el edificio. Para su asombro, la lonja parecía un hormiguero. Niños uniformados corrían hacia una de las puertas, y recordó que los agustinos regentaban un colegio con internado incluido. Se dijo que era otro de los privilegios de San Lorenzo, pasar la escolaridad entre las paredes de una de las maravillas del mundo. Poco antes de la entrada principal había una figura de una madre en cuclillas ante un niño. Reconoció a Marta y a uno de sus hijos mayores, que protestaba, a juzgar por los gestos que hacía frente a su madre. Escuchó el diálogo al aproximarse:

—Hugo, ¿por qué le has quitado la piruleta a tu hermano? —le regañó la mujer—. Era suya; la había guardado desde el domingo. Esta tarde estás sin televisión.

La teniente sonrió. El niño parecía enrabietado y contestaba pateando el suelo.

—¡No he sido yo!

—Ya vale, que además vas a llegar tarde, date prisa.

—¡Eres tonta! —exclamó el niño furioso.

—Pero bueno —dijo la madre, azorada, mirando a su alrededor, aunque sin volverse—, no puedes hablar así. Ya está bien.

El niño levantó la mano y fue a darle un manotazo a su madre, que cogió la mano al vuelo y zanjó la cuestión, antes de ponerse en pie.

—Sin televisión; no hay más que hablar.

El crío tenía la cara enrojecida de la ira.

—¡Eres mala! Si me dejas sin televisión, se lo digo a papá y te castiga a dormir otra vez en el sofá.

Karen había llegado casi a su altura e iba a saludar a la joven, que al estar de espaldas no la había visto, pero, avergonzada de haber escuchado el intercambio, recondujo sus pasos y se dirigió a la escalinata principal para bajar a la calle y quedar al abrigo de los muros que rodeaban la lonja. Subió la cuesta de Grimaldi y Los Jardincillos y se sentó otra vez en el café de la esquina de la plaza de la Cruz. La carta del desayuno, con el muesli con fruta y los bizcochos de ingredientes exóticos, le recordaba a los cafés alemanes. Se acordó de Suárez, pensó que ya iba a comer algún dulce en el cuartel y pidió una tostada con tomate y un café, que le sirvieron con un vasito de agua, costumbre no tan extendida en España, pero que recordaba de Holanda y Alemania como imprescindible.

Extendió la pulpa de tomate, dejó caer unas gotas de aceite y pensó en la escena que acababa de presenciar. En cuestiones de educación no estaba muy puesta, pero le había sorprendido el tono del niño al hablar con su madre. Se dijo que la llegada de la pequeñita habría dejado probablemente varios príncipes destronados y que la madre habría preferido no dar mayor importancia a sus improperios, aunque la frase que le había llamado más la atención era la del castigo del padre, si bien Marta podía haber pasado unas noches en el sofá para evitar que el bebé despertase al resto de la casa. Rememoró la conversación con Esther, sintió de nuevo una inquietud y se propuso buscar una excusa para ir a ver lo antes posible a la familia. Recordó que Marta le había dicho que su marido había llamado al cuartel y se propuso enterarse de con quién había hablado.

Miró la hora y, con fastidio, recogió sus bártulos, pagó y salió al

aire fresco de la mañana. Evitando a los animales y soldados, a los que estaba empezando a coger manía, ya que hacían del pueblo una carrera de obstáculos, bajó por Los Jardincillos y se detuvo en el hotel Miranda Suizo con la esperanza de encontrar a uno de los empleados de la tarde. Un camarero uniformado con una chaqueta blanca y corbata negra se acercó a ella y le preguntó si quería una mesa. Karen se presentó y, al ver que el local estaba vacío, se decidió a ir al grano.

—¿Sabe de alguien que estuviese de servicio el domingo pasado por la tarde?

El hombre, que a pesar de tener el pelo muy blanco tenía unas pobladas cejas negras, sonrió.

—Yo mismo… Como ya no tengo hijos pequeños, siempre me toca trabajar los fines de semana el turno de tarde. La verdad es que no me importa: las mañanas mis nietos están de mejor humor, que a la tarde no quieren más que engancharse a la pantalla.

Karen se animó y se dijo que a lo mejor incluso se acordaba de César y sus niños.

—Si estuvo el pasado domingo por la tarde, ¿no se acordará por casualidad de un padre que vino con sus hijos, tres chicos, y el abuelo?

Sacó una foto de César y se la enseñó. El hombre asintió con fuerza.

—Sí que me acuerdo, sí. ¿Sabe? A mi hijo le ha dejado su mujer, y me recordaron a nosotros cuando sacamos a los críos… Aunque estos eran más mayores que los de mi hijo. Tomaron chocolate con picatostes, tres raciones, pero, ya se sabe, los chavales a esa edad no hacen más que comer…

—¿Salieron juntos?

—No, se iban a ir, pero el pequeño empezó a protestar porque habían aparcado en el quinto pimiento y le dolía un pie. El padre se levantó y dijo que iría a por el coche y, como estaba empezando a chispear, llamaría cuando tuviesen que salir. Se quedaron con el abuelo.

Karen le miró esperanzada.

—¿Tardó mucho?

—¿Qué es mucho? Desde luego, no debió de aparcar en el *parking* de la plaza, porque hubiesen ido juntos. No lo sé, pero

estuvieron un buen rato esperando, porque el abuelo no hacía más que mirar el teléfono y, cuando le llamó el hijo, le preguntó que si había ido a buscar setas entre medias. Aunque, si conoce usted el pueblo y lo ha visto los fines de semana, quién sabe dónde soltó el coche. Y eso que todavía no ha empezado lo peor —dijo señalando el exterior, donde un empleado municipal colgaba las luces navideñas.

—¿Le pareció que el padre quería ir solo?

El hombre negó enérgico con la cabeza.

—Al principio discutió y le dijo al peque que no era para tanto. El mayor se ofreció a ir con él, pero el padre le pidió que se quedase.

Karen le miró curiosa, y el camarero lanzó una carcajada irónica.

—Supongo que para que ayudase al abuelo con el teléfono —se encogió de hombros—, que no se enteraba. El mayor de los críos se lo tuvo que encender porque lo tenía sin sonido… Por eso le digo, igualito a nosotros, que mis nietos me hacen igual… Así parecemos todavía más burros de lo que somos…

Una mesa con unos turistas japoneses reclamaba su atención, y Karen se despidió y salió a la calle. Empezaba a lloviznar y aceleró el paso.

39

Madrid, mayo de 2016

Patricia dejó las llaves en el mismo sitio en el que su padre dejaba su carpeta repleta de planos de carreteras en el pasado. Javier había anulado una vez más y se propuso ocuparse trabajando un poco. Pero abrir su ordenador implicaba enfrentarse de nuevo con los mensajes que le llegaban a cualquier hora. Emma le había dicho que no los leyese, que los borrase directamente; aun así, algo la llevaba a mirar, por lo menos, las primeras líneas. Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en los últimos. Los peores no eran ni siquiera los de los insultos más graves ni los que unían la pérdida de la grandeza de España con sus artículos —muchos de ellos eran tan burdos y estaban tan plagados de faltas de ortografía que casi le daban risa—. No, eran esas pequeñas cosas únicas, una foto suya con un resto de espinaca entre los dientes, otra en la que parecía hurgarse en la nariz, esa frase sacada de contexto, esas palabras cortadas en la mitad de una frase en las que hasta a ella misma le parecía que era idiota. Habían conseguido que se sintiese insegura, que no fuese capaz de hacer una entrevista de manera fluida, de preguntar a medida que la charla avanzaba. Ya no era una charla, claro. Medía todas sus preguntas, cortaba partes para ver qué se podría hacer si se sacaban de contexto y las recitaba como un loro después. Si era con imagen, pasaba un tiempo buscándose fallos en la cara o en la ropa, lo que anulaba la espontaneidad de la entrevista. Y daba igual lo que hiciese, siempre había algo, y, si no lo había, lo montaban de una manera tan real como la foto de hurgarse la nariz, de la que ya no sabía si era verídica o no. Asombrosamente, pensó, en esos mensajes, no le llamaban la atención las faltas de ortografía. Pasaba horas buscando a los dueños de los avatares y, cada vez que alguien le sonreía o incluso

sólo miraba en su dirección en el metro o por la calle, intentaba identificar a aquellos que la escribían bajo pseudónimo. Empezó a temblar y se agarró a la mesita de la entrada. Miró los muebles y se alegró de habérselos quedado todos: le habían permitido organizarse de nuevo un hogar. Se había dado cuenta de lo importante que era tener un sitio al que volver o al que llegar cuando tuvo que vaciar el piso que había compartido con Ulysse. Cuando la dueña del piso, una francesa de severo rostro, fue a recoger las llaves y le hizo retirar todas las mejoras que había hecho en la mansarda, sintió como si la arrancasen de cuajo con raíces. Se acordó con pena de cómo fue piso por piso intentando encontrar a alguien que se quedase con las plantas que había cuidado con mimo y cómo se asombró al no recibir más que negativas por el inminente verano. Las llevó al final a un hospital, donde le explicaron que, aunque no podían quedárselas en la planta, las repartirían entre los que no se iban de vacaciones. La dueña también había exigido la retirada de la funda de sofá crema y la alfombra de pelo largo que hacían del sitio impersonal un hogar. Suspiró y miró el piso que habían comprado sus padres cuando empezó a estudiar en Madrid, que ella alquiló cuando estuvo en Francia, pero que volvió a amueblar exactamente como lo tenía su madre a su vuelta. Ese piso y esos muebles la habían arropado cuando murieron sus padres, cuando la abandonó Ulysse, cuando tuvo que repetir las asignaturas y cuando se fue César aquella fatídica tarde. Recordó cómo había limpiado, cómo se había vuelto casi loca al no encontrar la cera de los muebles que utilizaba su madre desde que tenía uso de razón y cuyo olor asociaba siempre a la palabra «casa». Cómo, tras encontrarla detrás de otros productos de limpieza, se había puesto a frotar todo lo que pudo para recuperar ese olor, el olor de hogar.

Cerró la puerta de hoja doble de la entrada y se propuso olvidar el ordenador y su contenido tras ella. Se hizo un *gin-tonic* y se reprochó la costumbre que había cogido de beber a diario, pero el alcohol la ayudaba a olvidarse de los insultos y amenazas que le llegaban durante el día. Se obligó a tostar una rebanada de pan y abrió una lata de atún para cenar algo y se instaló delante de la televisión. Ponían una película que a su madre le gustaba mucho, y se tumbó en el sofá con una manta. Su teléfono pitó y, cuando lo abrió, encontró un mensaje de «arribaespaña», uno de los cabrones

que le escribían casi a diario. Cómo había conseguido su teléfono, que ya había cambiado varias veces, le resultaba un misterio. También había conseguido su dirección, porque había sido él quien en un mensaje había descrito la boca de metro de la puerta de su casa. Lo borró e intentó concentrarse en la tele. Se puso otra copa y se arrebujó de nuevo entre los almohadones. Cuando sonó el telefonillo, pensó que era en la televisión y no reaccionó hasta que un segundo timbrazo la hizo incorporarse. Se dijo que a lo mejor era una *pizza* para los vecinos y levantó el auricular. Sólo escuchó una respiración superpuesta al ruido de la calle. Colgó, empezó a temblar y pensó en llamar a la policía, pero ya era la segunda vez en una semana, y la cara del policía que había acudido la última vez la disuadió. Inquieta, aunque diciéndose que había miles de gamberros que se dedicaban a tocar en los pisos, se volvió a tumbar cuando sonó el timbre de su puerta. Se sobresaltó, intentó convencerse de que sería la cena del vecino, se acercó a la puerta y por la mirilla observó el descansillo iluminado, pero no vio a nadie. Las manos le sudaban y no abrió. La luz se apagó y la escalera quedó en silencio. Volvió al sofá y, cuando se arropaba de nuevo, el timbre volvió a sonar, esta vez unido a unos golpes en la madera. Marcó, aterrada, el número de Javier. Lo dejó sonar hasta que se cortó y lo volvió a intentar, pero el móvil estaba apagado. Llamó al vecino del piso de arriba y esperó hasta que una voz somnolienta contestó. Atropellada, le relató lo que pasaba y le suplicó que saliese a la escalera a mirar. El hombre gruñó y transigió en echar un vistazo. Reconoció el crujir de la puerta de arriba y se colocó tras la suya observando por la mirilla. La luz del descansillo se encendió de nuevo y oyó a su vecino descender. Cuando lo tuvo ante su puerta, acompañado de su mujer y ambos en bata, abrió, contenta de ver caras conocidas, aunque no pareciesen muy amigables. La vecina tenía un paquete entre las manos que le tendió mientras bostezaba.

—Te lo han dejado en la puerta.

Patricia lo miró con horror y exclamó:

—¡No lo muevas mucho; quién sabe lo que puede ser!

La vecina lo sacudió y la miró escéptica.

—Aquí no hay ninguna bomba, Patricia. Sé que te molestan; sin embargo, esta es la tercera noche que nos sacas de la cama, y

tenemos que levantarnos pronto para ir a trabajar. Si pasa algo, desde luego que nos puedes llamar, pero, por favor, no nos despiertes cada vez que un borracho te toca al timbre. A lo mejor lo podrías desconectar por las noches. Es lo que hacemos nosotros…

Le dio el paquete y se volvió hacia la escalera. El hombre, colocándose el pelo, bostezó.

—Te dije que nos avisases y lo mantengo, pero, por favor, sigue nuestro consejo y desconecta el timbre o denúncialo a la policía.

Se volvieron a su piso y Patricia se quedó con el paquete embalado entre las manos. La dirección estaba escrita a máquina y no había remite. Lo dejó en el balcón. La película había acabado, se terminó su copa y se lavó los dientes. Cuando estaba en la cama, el móvil volvió a pitar. Apagó el sonido y no miró lo que era. Durmió mal; se despertó varias veces, en las que creyó que el timbre había sonado, a pesar de haberlo desconectado. La casa crujía, las escaleras sonaban, el automático de la luz del descansillo emitía un clic que le hacía incorporarse sobresaltada. Se despertó entre sudores varias veces y comprobó la cerradura y el paquete en el balcón. Por la mañana, ojerosa y resacosa, abrió el móvil y vio diez mensajes acumulados durante la noche. Se echó a llorar. El teléfono sonó, le dio la vuelta, vio el nombre de su tío en la pantalla y, entre sollozos, contestó. Pedro, al oír el relato de su sobrina, decidió que si seguía así se iba a volver loca.

—Patricia, esto no puede continuar. Comprendo que te guste trabajar para esa revista, pero así no puedes seguir. Tienes que cambiar otra vez de teléfono, y lo mejor sería que te fueses una temporada de tu piso. —Al oír el sollozo de su sobrina, la interrumpió—: No para siempre, hija; sólo por un tiempo, hasta que se cansen ellos y descanses tú. ¿Por qué no te vienes de momento con nosotros a la sierra? Después podrías acompañarnos a Sotogrande a pasar el verano. En San Lorenzo estarías bien, no tardas más de una hora a Madrid, y a esos locos no les apetecerá subirse a la sierra, amén de que no saben dónde estás. Es una buena solución.

Patricia sintió un calor extenderse por su cuerpo.

—Sí, tío, creo que tienes razón —replicó hipando como una criatura.

—Venga, hija, no te preocupes, que todo se va a arreglar. Haz

las maletas, mete bañadores y un poco de ropa de abrigo, que ya sabes que El Escorial es muy traicionero. Ahora mismo se lo digo a tu tía: verás cómo se va a poner de contenta.

—No le digas lo de las llamadas, por favor.

—Ni loco, que nos puede poner la cabeza como un bombo. Y tú lo que tienes que hacer es olvidarte. Cógete el coche y te esperamos a comer.

Patricia aceptó obediente y colgó. Se levantó, decidida, y se puso a recoger. Llamó a Emma, le explicó que trabajaría un tiempo desde casa, hizo las maletas, las colocó en la entrada y repasó lo que debía prevenir si se iba una temporada. Sus ojos recayeron en las plantas. No podía decirles a los vecinos que se las regasen durante todo el tiempo que estuviese en la sierra, pero a lo mejor podía dejar en portería las que no cupiesen en el coche. Las acumuló y tuvo un *déjà-vu*. Se vio a sí misma recorriendo París con las plantas que había comprado cuando vivía con Ulysse y tuvo que desmantelar el piso. Con un tiesto entre las manos, se sentó a la mesa del comedor y se echó a llorar. Pensó en cómo podría haber sido su vida si no la hubiesen expulsado de Sciences Po. Se acordó de María, que no había entregado aquel trabajo que le había costado la inscripción. Y se vio a sí misma, despertándose aquella mañana y mirando la mesilla de noche de Juan, el novio de su amiga, y viendo el sobre del condón rasgado. Escondió la cara entre las manos y sollozó. No tenía recuerdos de aquella noche, excepto la pista de baile, su cuerpo dolorido y las náuseas del día siguiente. Maldijo a María, maldijo a la amiga de los padres de Ulysse, maldijo a Ana Castro, la mujer de César, y maldijo a Mara, la mujer de Javier. Se secó las lágrimas, miró por la ventana, vio el paquete que había dejado fuera la noche anterior y se dijo que ese era, seguro, de un hombre. Puestos a maldecir, maldito el cabrón que le había mandado el paquete. Y Juan, que se había aprovechado de su estado para llevarla a la cama. Y Ulysse, por haberla dejado por su amiga de la infancia. César, por todo lo que le había hecho pasar. Y Javier, que no estaba cuando más le necesitaba. Con una planta entre las manos reflexionó y se dijo que, a pesar de ser las mujeres las causantes de sus desgracias, en el origen siempre habían estado sus relaciones. La relación ilícita con Juan, que había utilizado su cuerpo como un juguete. Su intento de llevar demasiado rápido el noviazgo con

Ulysse. Su afán por oficializar la aventura con César. Se dijo, frustrada, que, al final, era ella la culpable. Con Juan, no: estaba tan borracha que ni se acordaba de lo que pasó. Con todo, fue ella la que se mudó al apartamento de Ulysse, y ella la que había provocado la ruptura con César. Pensó en Javier y se dijo que esa relación, otra vez desequilibrada, estaba abocada al desastre. Apoyó los brazos en la mesa, enterró la cabeza en las manos y rompió a llorar otra vez. Se limpió la nariz y pensó que su tío tenía razón, debía hacer borrón y cuenta nueva. No podía cambiar lo pasado, pero, por lo menos, tenía que aprender de lo sucedido. Hablaría con Javier, trabajaría desde San Lorenzo y le preguntaría a Emma si podía escribir sus artículos bajo pseudónimo, por lo menos hasta que la gente se hubiese olvidado un poco. Podría buscar tras el verano un trabajo fuera de Madrid. Volver a París. Empezar de nuevo en un sitio en que nadie la conociese y en el que no asociasen su nombre al juicio. Se sonó, se limpió la cara y sintió una energía renovada. Le dejaría las plantas al portero, se subiría a San Lorenzo y desde ahí planificaría. Se puso en pie decidida, bajó las persianas, sacó las plantas y las maletas y cerró la puerta con doble vuelta de llave.

40

San Lorenzo de El Escorial, diciembre 2016

Karen miró al cielo, vio San Benito oscuro y, sin mirar el teléfono, se decidió a coger el autobús para bajar al cuartel. Al detenerse en un semáforo, observó el piso que los había llevado a identificar al muerto que encontraron en verano y se dijo que parecían haber pasado años y no meses. Un rugido le hizo volver la cabeza y reconoció con satisfacción el techo del coche de Gonzalo, que se dirigía a la entrada del pueblo.

Entró canturreando en el cuartel, se sentó en su escritorio y se apresuró a contestar el teléfono al ver iluminado el nombre de Benavides.

—Buenos días, teniente, espero que haya descansado bien. No sabe cómo siento haberle fallado, pero no quería proporcionarle una prueba inválida en un procedimiento judicial. Tengo su confirmación: hay huellas de César Rubio en una de las copas que quedaron en la cocina, en las encimeras y en el picaporte interior de la puerta principal, que abrió o cerró. Estuvo ahí.

Karen sintió su estómago oprimirse, se dijo que el instinto de Cano había estado en lo cierto desde el principio, y ella, equivocada. Estuvo a punto de preguntarle si estaba seguro; sin embargo, se controló y recordó cómo su antiguo mentor le había explicado que esa simple muletilla podía ofender al receptor, sobre todo, si era un forense y se ponía en tela de juicio su exactitud.

—¿El ADN coincide?

—Pero —continuó el forense como si no la hubiese oído— otra cosa le puedo asegurar, también con un cien por cien de seguridad —afirmó satisfecho—: César Rubio no la violó; el ADN no es suyo. Y en el salón no hay ni una sola huella suya.

Karen enarcó las cejas, asombrada, y se incorporó en la silla.

—¿Quiere decir que tenemos a un segundo hombre esa noche?

Benavides confirmó y Karen se preguntó si podrían haber ido juntos. Dos cisnes negros, pensó. Aunque César iba solo, si daba por ciertas las versiones del camarero, y presumía que el coche que estuvo a punto de atropellar a Marta era el de César.

—El segundo —siguió el forense—, el que la violó, también dejó sus huellas por todas partes; no se esforzó en borrar nada. Podrían estar compinchados y el otro la violó mientras César Rubio miraba sin tocar absolutamente nada, pero no me parece muy plausible.

—A mí tampoco —respondió Karen tras reflexionar un momento. Si no hubiese huellas de ninguno, sí, por qué no. Pero que quedasen las huellas de uno mientras que César observaba sin moverse no le parecía coherente.

—En cuanto a la secuencia —siguió Benavides—, yo diría que César estuvo antes. Su vaso (bebió una cerveza sin alcohol) estaba en la pila de la cocina, recogido.

—Tenía que conducir… —reflexionó Karen—. Concuerda con el miedo que debe de tener a infringir las leyes.

—Es la copa del otro (un *whisky* con
Coca-Cola)
la que está en el salón. Además, hay huellas de ella en dos copas, una en la cocina, en la pila, junto a la de César, y otra en el salón. Y, además, en un vaso de agua en la cocina, también de Patricia. El atizador tiene en el mango las huellas de la difunta y unas embarradas que no podemos precisar. El ADN en el cuerpo de ella no está en nuestras bases, y las huellas de la copa y del salón no están fichadas.

Karen se despidió y se quedó pensativa. César parecía inocente; aun así, no había sido honesto con ellos, aunque la razón era comprensible. El hombre sabía que le iban a considerar sospechoso, y más si declaraba que había estado con Patricia. No era racional, pero los comportamientos humanos rara vez lo eran, y una voz en su interior le dijo que, si César hubiese admitido haber estado con ella, el juez habría decretado sin dudar la prisión preventiva. Rubio sabía que el ADN no era suyo y se podía haber decantado por mentir para ganar tiempo y evitar un nuevo encarcelamiento. Enfrentaría a César con su mentira, pero ningún juez se prestaría a expedir una orden de detención con unas pruebas en su contra tan

débiles, sobre todo teniendo un ADN y huellas que indudablemente no eran los suyos. Llamó a Cano, que, entre toses, reconoció estar tan asombrado como ella. Marcó el móvil de Alfredo de la Pisa, que estaba desconectado. Le supuso en el avión de camino a Lanzarote.

Abrió su ordenador, decidida a buscar entre los acosadores que había tenido Patricia y a releer sus correos. Se sentó y empezó de nuevo a comprobar los mensajes que le llegaban cuando unos golpes impacientes sonaron en su puerta. Suárez, con su aire de niño grande, apareció blandiendo en la mano varias hojas impresas.

—Me manda Romero. Dice que esta carta la tenía sacada del archivo de *Carla* y que Patricia la había asegurado en su disco duro. Estuvo trabajando en la respuesta durante varios días, el domingo por última vez; por eso le ha llamado la atención.

Karen tomó los folios, declinó la oferta de Suárez de una pasta y se echó hacia atrás en la silla. Tras las primeras líneas vio que se trataba de un hombre y buscó la firma, que encontró al final. Comenzaba de manera educada y nada amenazadora. Escribía a Patricia porque había encontrado una de las revistas de *Carla* en la consulta del dentista y había leído algunas de las cartas que escribían mujeres a la redacción. Estas serían ciertas; no obstante, su caso, que le relataba, también. Eduardo, como se llamaba el remitente, relataba que se había casado joven y enamorado y había tenido con su mujer, Edurne, dos hijas, que actualmente tenían ocho y diez años, a las que adoraba. Su matrimonio, al principio, había funcionado bien, hasta que su mujer cambió. Desaparecía sin avisar, salía hasta tarde entre semana con unas amigas que se negaba a presentarle y cada vez dejaba más peso de la casa y de las niñas sobre sus hombros. Estas, en ese tiempo, eran pequeñas y daban bastante guerra, pero, en cuanto la menor empezó a ir a la guardería, él se arreglaba bastante bien y conseguía compaginar su trabajo con ellas, ya que Edurne parecía no tener nunca tiempo. La mayor era hiperactiva, como le dijeron en el colegio, y un verdadero trasto. Su matrimonio, eso lo sabía, no iba bien; sin embargo, las dos niñas lo compensaban. Edurne parecía cada día más irascible, no tenía paciencia, ni con él ni con las niñas, y los tres se habían acostumbrado a intentar no provocarla cuando estaba en casa. Él se había dicho que, a lo mejor, el haberlas tenido tan rápido era la causa del descontento de su mujer, que siempre había

querido vivir en un lugar más urbano que el pequeño pueblo en el que residían y al que estaban atados por sus trabajos, él, en una fábrica de conservas de pescado, y ella, de comercial en la lonja. El que la mayor fuese tan trasto no ayudaba, explicaba, todo el día dando guerra y sin parar. Aun así, él estaba tan cansado que no se hizo muchas cábalas sobre la infelicidad de su mujer. Había notado, eso sí, las risitas de los compañeros al verle y se había percatado de que algunos dejaban de hablar cuando él llegaba, pero no tenía ni tiempo ni ganas de preguntarse la razón. Cuando la policía fue a la fábrica a arrestarle por maltrato, se dijo que no podía ser más que un error y se cagó en los muertos de las profesoras del colegio, que debían de haberle denunciado al ver el cuerpecito de la pequeña magullado tras una caída desde lo alto de uno de los columpios. Él se había llevado un susto de muerte, pero la pequeña había reído al levantarse y se habían sentado tras el percance en una cafetería a merendar. Cuando propuso llamar al centro y hablar con la directora, convencido de que había sido la nueva profesora que estaba de prácticas, le sacaron de su error y le explicaron que la que presentaba la denuncia era su mujer. Le enseñaron las fotos de la pequeña con moratones y algunas imágenes de la mayor con heridas, según él, también de caídas en el parque. Él intentó explicar, suplicó que llamasen al colegio y a la guardería; no obstante, aunque lo hicieron, su mujer recogió a las niñas, y a él le dijeron que hasta nueva orden se buscase otro sitio para vivir. Se metió en casa de su hermano, que vivía a sesenta kilómetros, y contrató un abogado. Le dejaban ver a las niñas en compañía de una asistente social, pero, en su presencia, las crías estaban apocadas y, como encima era invierno y no hacía más que llover, él recorría las carreteras encharcadas para invitar a las dos a un bollo con chocolate y volverse a casa de su hermano, donde su cuñada, harta de tenerle durmiendo en el salón, le observaba cada vez con más inquina. Cuando la mayor, en un paseo que dieron con la asistente social por la playa un día que había escampado, le dijo que su madre se quería mudar a Bilbao, no se lo quiso creer. Interrogó a la asistente, que se cerró en banda y se molestó con la niña cuando esta explicó que era porque el novio de mamá tenía un piso ahí. Llamó al abogado, que entre suspiros le dijo que, efectivamente, su mujer había pedido la custodia única y que había

esgrimido el peso psicológico que soportaba en el pueblo tras la detención, alegando que un cambio de residencia para las niñas sería positivo. El juez, le dijo el abogado, lo aceptaría sin dudar, ya que Bilbao no estaba a una distancia tan grande que él no pudiera desplazarse desde su residencia habitual. Edurne le escribió una carta diciendo que quería vender el piso. Este, a pesar de habérselo comprado a sus padres por un precio muy bajo, al estar casados en régimen de gananciales, se dividiría entre los dos. Cambió al abogado por uno de Bilbao con el dinero que le tocó y se alquiló un pisito en una localidad entre la ciudad y su pueblo para poder ver a las niñas más a menudo y mantener su trabajo. El abogado de Bilbao hizo su trabajo y consiguió que le dejasen ver a las niñas en fines de semana alternos y unos días a la semana. Había pasado medio año sin verlas a solas y, cuando las tuvo por primera vez en su nueva casa, que también lo era para ellas, le parecieron dos extrañas. Las risitas en su trabajo se habían tornado en miradas escépticas y, cada vez que se encontraba a algún conocido con sus hijos por el pueblo, estos acercaban a los niños imperceptiblemente hacia ellos como si quisiesen protegerlos del maltratador que se rumoreaba que era él. Fue ahí cuando se dio cuenta de que las antiguas amiguitas de sus hijas le miraban con miedo cuando se las encontraba. Ahora, desde que el juez había sobreseído su caso, podía ver a las niñas más a menudo, pero a su exmujer no le habían retirado la custodia, y las niñas se habían habituado a Bilbao y no querían volver al pueblo con su padre. Su exmujer le había quitado todo lo que tenía, sus hijas, su vida en el pueblo y su razón de vivir. Él se había convertido en un apestado, y sus hijas, en unas extrañas para él. Podría mudarse, buscar otro trabajo y formar otra familia, pero era incapaz de olvidar a sus dos pequeñas como el que cambia de trabajo. Edurne, contaba, había rehecho su vida e incluso se había disculpado con él. Sin embargo, sus disculpas le ayudaban poco: no podía colgar un papelito en los comercios de su pueblo en el que dijera que su exmujer había acabado reconociendo que mintió. Lo que más sentía era el calvario que habían pasado sus hijas, presionadas por la madre, por el colegio y los psicólogos. El nombre de su padre estaba ahora asociado a esos malos momentos y eso, creía él, no tenía arreglo. Habían sufrido mucho y probablemente, como mecanismo de defensa, habían decidido

levantar un muro contra él. No pedía sino que se publicase su historia, sin nombres, ya que bastante habían soportado ya las crías. Él mandaba todos los datos para que pudiese comprobar la veracidad de su versión.

Karen dejó la carta sobre el escritorio y miró los documentos que estaban adjuntos. Fotocopias de la denuncia, de la orden de alejamiento, así como el sobreseimiento judicial. Los datos eran tantos que una falsificación parecía improbable, pero serían fáciles de comprobar. Patricia había trabajado en la respuesta el día de su muerte, y la teniente comprendió que este sería el hombre al que debía ver Ruth Alonso en Bilbao. Por lo que había llegado a saber de la forma de ser de Patricia, no le extrañaba nada que hubiese hecho de ese relato una cruzada.

41

San Lorenzo, septiembre de 2016

Patricia cerró el ordenador de golpe. Otra vez una carta que la había perturbado hasta las entrañas. El sol de la tarde de septiembre entraba oblicuo por la ventana y decidió salir a la terraza y dar su ocupación laboral por acabada. Se sobresaltó con el sonido de unas motos acelerando y se dijo que, aunque San Lorenzo era en otoño mucho más tranquilo que en verano, los motoristas seguían subiendo la carretera de Ávila para disfrutar de las curvas. El sonido le llegaba un poco amortiguado por el seto y creyó haber leído que el follaje funcionaba como protección contra el ruido, y pensó que, probablemente, por eso lo había plantado su tío. El seto le hizo recordar la petición de este, cuando se habían trasladado al sur, de vigilar el jardín. No era grande: una terracita de granito, un poco de césped y unos macizos con hortensias, además del seto hacia la calle. Sus tíos tenían contratada una empresa de jardinería que hacía lo más gordo y sólo había que mantener el día a día. Patricia, que por primera vez se fijaba, observó con horror el estado de desolación en el que se encontraba la propiedad. La pinaza había invadido las losas de granito, las malas hierbas crecían por doquier y las cabezas de las hortensias colgaban marchitas. Muchas de las cosas eran fáciles de arreglar y Patricia pensó con remordimientos en sus tíos, que siempre habían estado para ella en el lugar de sus padres. El recordar a estos últimos hizo que sus ojos se llenasen de lágrimas. Sus tíos, la única familia que le quedaba, le habían dejado la casa sin pensar y lo único que habían pedido a cambio era que vigilase el jardín. Había fallado y se lo reprochó. Se puso en pie, decidida a enmendar su error, y se encaminó al cobertizo donde se guardaban los aparejos del jardín. Barrió las losas y, con una bolsa plastificada que encontró entre el rastrillo y la cortadora de césped,

se instaló entre los macizos de hortensias a arrancar las malas hierbas. La tierra estaba húmeda, los hierbajos salían con su raíz y encontró que era un trabajo gratificante: veía por dónde había pasado al estar las plantas liberadas de zarzas y enredaderas, y la cantidad de la bolsa parecía decirle lo bien que había trabajado. Cuando se incorporó para cambiar de macizo, se percató del dolor de espalda que tenía. Entró en la casa para beber un vaso de agua, estirarse y lavarse las manos pegajosas. Mientras se sujetaba los riñones se dijo que cambiar de postura para cortar el césped le vendría bien. Sacó la cortadora con dificultades y la observó. Una cuerda salía del motor y dedujo que debía arrancar como un barco. Lo intentó, pero el motor no lanzó más que un suave gemido. Se pilló los dedos con la cuerda y se rompió una uña; aun así, se negó a aceptar el no conseguir ponerla en marcha. Iba a mirar en internet cuando una voz la sobresaltó.

—¿Necesitas ayuda?

Un hombre de unos cuarenta años, no muy alto, bastante grueso, con una calvicie incipiente y un rostro blando, se asomaba por la cancela del jardín. Patricia se sobresaltó, pero él sonrió tranquilizador, y la mujer pensó que parecía un cura vestido de civil.

—Perdona —se excusó el hombre—, no quería asustarte, pasaba por aquí y he oído un ruido de arranque seguido de un taco… ¿Te puedo echar una mano?

Patricia dudó. Pensó que debía de presentar una imagen desoladora, con el dedo entre los dientes para arrancar el resto de la uña que se había partido, la escoba en el suelo y la bolsa de plástico con las enredaderas colgando. Sonrió.

—No consigo arrancar la cortadora… Soy una inútil. Pero no te molestes —dijo decidida—, voy a buscar un vídeo que lo explique.

—Somos vecinos, vivo unas casas más allá —explicó el hombre —. A lo mejor sólo la has ahogado. ¿Quieres que le eche un vistazo?

La mujer miró la cortadora y al hombre en la verja. Si era un vecino, sus tíos lo conocerían y además se había propuesto luchar contra la paranoia de Madrid, que le hacía sobresaltarse cada vez que sonaba el timbre o el teléfono. Mientras estaban sus tíos, había sido fácil, pero ahora que la habían dejado sola empezaba a temblar otra vez cuando alguien tocaba a la puerta.

—Si no te importa explicarme cómo se enciende, el resto ya lo hago yo —contestó decidida.

El hombre empujó la cancela y se acercó al aparato. Se inclinó, le dio varias veces a un botón de plástico y con mano firme tiró de la cuerda. El motor protestó; sin embargo, a la segunda arrancó expulsando una pequeña nube de humo negro. Patricia palmoteó y agarró la cortadora por la guía. El cuadrado de césped no era grande y bajo la mirada atenta del vecino empezó a deslizarla por el suelo haciendo cuadrados cada vez más pequeños. La cesta se hinchó a medida que se llenaba, pero, cuando no le quedaba más que el centro, la máquina se detuvo.

—¿Qué he hecho mal? —preguntó.

El hombre miró extrañado y se iba a acercar cuando Patricia le frenó con un gesto. Se inclinó y copió los pasos que había seguido el hombre, pero no consiguió arrancar más que un gemido.

—Me temo que te has quedado sin gasolina —concluyó el vecino.

—Vaya… ¿Es gasolina normal? La puedo ir a comprar.

El hombre sonrió, con una seña le pidió permiso para acercarse, abrió el depósito y observó el interior.

—Lo que te decía: no es culpa tuya, lo has hecho fenomenal —la consoló—. Puedes ir a comprarla, pero necesitas un bidón especial, que no sé si tienes. Yo tengo que ir de todas maneras y tengo uno, así que si quieres te la acerco en un rato.

Patricia se dijo que era una tontería ir con dos coches a la gasolinera y que, mientras tanto, ella podría podar las hortensias. Entró en la casa y sacó un billete de veinte euros. El hombre se despidió y le dijo que volvería en media hora.

Satisfecha, observó desde la terraza su obra. La bolsa repleta de pinaza y hierbajos esperaba para ser llevada al punto verde, el césped parecía el del golf, las losas estaban barridas, y las hortensias, preparadas para el invierno. El Seminarista, como le había bautizado, había sido una ayuda inestimable y le había traído la gasolina para poder acabar. Además, le había explicado cómo recortar las flores, le había indicado que tendría que abonarlas, había recomendado una marca y escrito la dirección de internet donde pedirla. Por un momento, pensó que no se lo iba a poder quitar de encima, pero, tras un botellín de cerveza en la terraza, el

vecino se había despedido, no sin decirle que, si necesitaba cualquier cosa, no tenía más que avisarle. Patricia pensó en el lío que era tener que ir a recoger en Correos los paquetes que llegaban cuando ella no estaba, y en los sustos que se llevaba cuando sonaba el timbre, y le preguntó si sería posible dar su dirección como alternativa para los pedidos de internet. El vecino le dijo que en su casa casi siempre había alguien, y ella los podría recoger sin problemas ahí. Se despidieron en la cancela, donde había dejado el coche. Del espejo retrovisor colgaba un rosario y Patricia pensó satisfecha que el hombre, además, no parecía esperar nada aparte de sus sonrisas y sólo se había atrevido a mirarle el culo cuando se había dado la vuelta para irse. Rio para sí y se dijo que, por una vez, la religión la protegería y que su mote era de lo más acertado.

42

Aeropuerto de Madrid, diciembre de 2016

Karen se levantó y se encontró con un mensaje de Cano en el que decía que seguía encontrándose mal. Con un sentimiento de orfandad, se dirigió al cuartel, en el que se encontró a Romero y a Suárez en plena discusión. Cerró la puerta y cogió el teléfono para llamar a Ruiz, que le confirmó que el vuelo había salido de Arrecife puntual y César y su abogado estarían a la una en Barajas. Echando de menos a Cano, dudó si llevarse a Suárez o a Romero. La idea de aguantar la perorata del guardia durante cien kilómetros le daba escalofríos, pero aun así se dijo que sería mejor dejar a Romero investigando las redes, sobre todo desde que sabían que ninguno de los sospechosos había violado a Patricia. Lanzó un suspiro y se levantó para ir a buscar al guardia.

Suárez, feliz de salir en misión, buscó el coche más cómodo, se esforzó en conducir de manera suave y le explicó, a medida que circulaban, la historia de cada sitio que atravesaban. Ya en el aeropuerto, Karen se dijo que había aprendido más que en una visita guiada por la sierra.

El cuarto en el que esperaban César y su abogado estaba impregnado del aroma de perfume caro del abogado y del olor del miedo que emanaba de César. Este, observó Karen sorprendida, tenía el pelo casi gris, aunque no lucía como el de Gonzalo o el del abogado, sino que tenía el color de la nicotina. La teniente comprendió que su sorpresa era debida a que todas las fotos de César que había visto eran de un hombre joven, con una mata de pelo oscuro. Los meses pasados habían tenido un efecto envejecedor y parecía haber ganado veinte años en dos. No llegaría a los cincuenta, pero tenía más arrugas que su padre. Unas profundas ojeras oscuras marcaban su semblante, y Karen se dijo que no era

sólo miedo lo que irradiaba, sino un sentimiento de abandono de uno mismo muy presente en los que han pasado un tiempo entre rejas. Se presentó, les tendió la mano y Suárez hizo lo mismo antes de sentarse frente a él. Se alegró de la presencia bonachona del guardia.

—Nos ha mentido —comenzó la teniente—. Estuvo en casa de Patricia Mata la noche del domingo.

El abogado iba a abrir la boca cuando César le detuvo con un gesto.

—Sí. Subí al Escorial con mi padre y los niños. Aparcamos en la Casita de Arriba y, al ir a por el coche, me encontré por casualidad con Patricia. Yo iba andando y ella paseaba por esa carretera. Hablé con ella, entré un momento en su casa, pero no la maté. Ni la violé.

Karen se imaginó la secuencia y se dijo que era plausible. El camino que debía tomar César para ir a buscar su coche pasaba forzosamente por el monasterio y la carretera del club y, si Patricia se había decidido a salir a estirar las piernas, el camino iluminado que llevaba hacia el monumento era el más lógico. De la Pisa se inclinó hacia César y le susurró algo, que él negó. Confirmó en un susurro:

—Sólo quería pedirle que retirase la denuncia de maltrato. Contacté con ella por *e-mail* la semana pasada, ella me llamó y le expliqué lo que pasaba.

—¿Por qué tenía interés en que retirase esa denuncia? Fue usted declarado inocente.

César esbozó una sonrisa dolorida.

—Inocente, sí, claro. Para algunos injustamente inocente; para otros, tuve suerte con el juez. Y, para todos, un animal que maltrataba a su familia —susurró.

El abogado, aunque le miraba de manera crítica, añadió:

—A lo mejor han tenido tiempo ustedes de leer el protocolo de la detención… ¿Se lo repito?

Karen se iba a dirigir a César, pero este parecía perdido en sus pensamientos. Su cabeza voló a esa noche, se estremeció, miró a su abogado y negó con fuerza. Bajó la mirada y la concentró en sus manos.

—No sé —siguió en voz baja—, a lo mejor no hubiese cambiado nada. Esa acusación, la de maltrato, pesa como una lápida sobre mí.

Cada vez que salgo a la calle, cuando busco un trabajo, cuando nos encontramos a amigos de antes. Pensaba que, si conseguía quitármela de encima, a lo mejor recuperaba algo de mi vida anterior. A lo mejor no tendría que medir mis palabras con mis hijos para que el psicólogo no las malinterprete, porque, claro, mis hijos siguen yendo a terapia. Podría volver a darle una palmada en el trasero a mi mujer sin pensar que alguien, incluso ella, pudiese deducir por ello que la maltrato. Podría volver a la normalidad.

—Son unos motivos bastante egoístas —replicó Karen.

César sonrió con tristeza y negó con la cabeza.

—Mi hijo mayor tiene trece años y me he perdido prácticamente los dos últimos. ¿Saben ustedes lo que encuentra si mete su nombre en internet?

Karen se dijo que la costumbre española de poner los nombres de los padres a los hijos no tenía siempre ventajas y que César Rubio hijo no lo debía de pasar bien. Alfredo de la Pisa carraspeó.

—César, déjalo y vamos a escuchar de qué te acusan. —Los miró interrogante.

—Ya les he dicho que me encontré con Patricia de casualidad —continuó César atropellado—. Si mi hijo pequeño no se hubiese hecho daño al bajar las escaleras, habríamos ido juntos, pero fui yo solo y mi padre se quedó con ellos en la cafetería. Vi a Patricia tras el arco, estaba mirando el estanque. —Karen se imaginó la escena y se dijo que se debieron de encontrar en el mismo sitio en el que se detuvieron ella y Cano. La imagen del cisne blanco saliendo del estanque seguido por los dos negros volvió a su mente. César continuó—: Fuimos andando juntos hasta su casa, que estaba cerca de donde yo había aparcado el coche. En la puerta, me preguntó si quería tomar algo, y pensé que no tendría una oportunidad mejor para hablar con ella. —César se detuvo un momento perdido en sus recuerdos y continuó—: Le conté cómo afectaba aún la denuncia a mi familia y le supliqué que la retirase.

—Y ella se negó —aventuró Karen.

—No, no fue así.

—Cuéntenos exactamente lo que pasó esa noche, por favor.

—No tienes que decir nada, César —insistió el abogado.

—¡Yo no sabía que Patricia estaba ahí! —exclamó ignorando a su acompañante—. No hubiese subido, como se pueden imaginar.

Después me acordé de que sus tíos tenían una casa allí. Me ofreció beber algo y tomé una cerveza sin alcohol, y ella bebió una copa de vino. —Karen asintió levemente—. Ya había hablado con ella la semana anterior; se lo expliqué otra vez. Patricia me dijo que los hijos no eran culpables de los pecados de sus progenitores. Se lo agradecí y me respondió que había conocido el caso de un tal Eduardo, que no sé quién es. Nos despedimos en la puerta, yo anduve hasta mi coche y volví a buscar a mi padre y a los niños. Tardé más porque la calle de la cafetería estaba cortada.

Karen recordó la carta de Bilbao y supuso que Patricia, que llevaba días trabajando en ella, bien podía haber estado afectada por esta y receptiva a la petición de César.

—¿Recuerda si vio a alguien en las cercanías?

—Era domingo por la noche y llovía… Al ir hacia el coche vi a un hombre en la puerta de su casa, que supongo despediría a alguien también; de todas maneras, estaba muy oscuro y no sé si él me vería a mí. En la carretera me llevé un susto, porque una mujer con un cochecito de bebé cruzó corriendo sin mirar en un sitio sin mucha iluminación y tuve que dar un frenazo. Me detuve, pero ella dijo que estaba bien. Después, nadie más.

Marta, se dijo Karen.

—¿En qué casa estaba el vecino de la puerta?

César frunció el ceño.

—No lo sé con exactitud, pero tenía una verja de hierro y una fuente en la entrada. Y les aseguro que Patricia estaba perfectamente en la puerta diciendo adiós cuando me fui.

El abogado los miró fijamente con sus extraños ojos grises.

—Bien, ya tienen su declaración. Ahora, si son tan amables, o nos dicen por qué quieren detener a mi cliente o nos despedimos aquí. Supongo que tendrán algo más que sus huellas en una copa… ¿Qué pasa con las huellas en el objeto con el que la mataron? ¿Alguna huella genética de mi cliente en el cuerpo de Patricia Mata?

Karen se revolvió en su silla y el hombre sonrió abiertamente.

—Ah, tienen ustedes los resultados del ADN, ¿verdad? —Se puso en pie—. Vamos, César. —El otro le miró asustado—. Querían tu versión, pero tienen el ADN y no es el tuyo, ¿me equivoco? —Karen asintió—. Espero —se dirigió a la pareja— que aprecien la

colaboración de mi cliente.

—No tenía por qué habernos mentido.

César levantó la cara, asustado; sin embargo, De la Pisa le agarró del brazo y le obligó a levantarse.

—Vamos, César. Estaremos encantados de prestarles toda la ayuda posible.

43

San Lorenzo, noviembre de 2016

Patricia paró de trabajar y miró su teléfono, que había puesto en silencio. Tenía varios correos de la revista y sintió un escalofrío al leer las primeras líneas de uno de ellos («Patricia, soy César»). No había vuelto a saber nada de su antiguo amante desde que se vieron en los juzgados, pero se había enterado por antiguos amigos de que se había mudado a las Canarias. Le guardaba un enorme rencor por haberle hecho vivir un infierno, por haberla tachado de embustera y por cómo la abandonó aquella tarde. Los meses que había pasado en prisión le parecían poco, aunque cuando vio su aspecto tras la salida pensó que de algo habrían servido. Lo que sí que sintió fue ver la cara de Ana, su mujer. Evocó la mañana en la que fue a su tienda, ansiosa por conocer a la culpable de que su relación no avanzara. Se acordó de cómo era en esa época, una joven enamorada, convencida de que sólo esa mujer se interponía en el camino de su felicidad. Cuando salió a la calle supo que César nunca la dejaría. Quiso volver a entrar y arañar ese rostro ovalado, arrancar esa sonrisa de su cara y borrarla de su vida y de la de César. Hoy se reprochaba no haber pensado, ni ahora ni entonces, en los hijos de ambos, inocentes de los pecados de sus padres. Tampoco Ana, por la que entonces había sentido un odio profundo, despertaba en ella ahora ese sentimiento. La había visto una vez después del juicio y casi no la había reconocido. Había adelgazado y sus ojos parecían los de una joven gótica, rodeados como estaban por unas ojeras negras que la convertían en una mujer mucho mayor de lo que era. Se imaginó la situación en la que la había puesto su exmarido y sintió un escalofrío. Ella, aunque había tardado en recuperarse, había encontrado su vocación. Le gustaba trabajar para *Carla* y le gustaba el ambiente que se respiraba al

trabajar sólo con mujeres. Buscó en internet el sitio en el que podría trabajar César y se asombró de encontrar sólo una publicación local para ingleses en Lanzarote. Pensó en llamar a su abogada, pero sabía que le diría que no tuviese ningún contacto con él y que intentase olvidar. Patricia iba a borrar el correo cuando su dedo se apoyó sin querer en el número. Iba a colgar cuando la voz de César resonó en el altavoz.

—¿César?

—¿Patricia? —Su voz sonaba apresurada—. Gracias por permitirme hablar contigo y perdona por molestarte. ¿Patricia? ¿Estás ahí?

Ella estaba a punto de colgar cuando reconoció en su forma de decir «Patricia» las veces que había utilizado su nombre, al teléfono, en la cama o sobresaltándola por detrás en un bar. Guardó silencio; aun así, no colgó.

—Patricia, perdona, siento molestarte. Entendería que no quieras hablar conmigo. No me contestes si no quieres, pero espero que te vaya bien.

Un silencio se instauró en la línea otra vez hasta que ella respondió.

—Todo bien. ¿Tú?

César contestó a toda velocidad, como si tuviese miedo de no poder concentrar la totalidad de lo que quería decir en el tiempo que ella le concedía.

—Bien, bueno, bien no, pero… Es por eso que quería hablar contigo, si tienes un momento. Me he venido a trabajar a Lanzarote porque…

Una alarma sonó, Patricia se sobresaltó y vio en el teléfono que tenía un coloquio en la radio en directo en diez minutos. Probablemente en cinco minutos llamarían para avisarla y la mantendrían en línea escuchando el resto del programa anterior antes de entrar ella. No sabía cómo iba a desarrollarse la conversación con César, pero no quería que afectase a la charla que iba a tener y le cortó:

—Perdona, César, no puedo.

—No quería molestarte. Siento mucho haberte llamado, de verdad; no quería molestarte —repitió.

Algo en su tono de voz la hizo dudar. Recordó a su antiguo

amante sonriendo frente a ella y no el fatídico día.

—No, si quieres hablamos más tarde, ahora no tengo tiempo.

—Si no te importa te llamo esta noche; dentro de un rato me monto en el avión para Madrid. Voy a ver a los niños, me tocan este fin de semana.

—Está bien, pero te llamo yo —contestó ella justo antes de colgar sin despedirse.

Cuando César respondió, empezó a tartamudear. Hablaba en frases sin terminar, inseguro y con miedo. Patricia se impacientó:

—César, no me entero de nada.

El hombre dudó. Quería hablar con Patricia y que retirase la denuncia, aunque sólo fuese parte de la misma. Ana le había dicho que se planteaba cambiar a César de colegio y, aunque no le había dado todas las razones, él las conocía bien porque se lo había explicado Felipe. La animosidad que había tenido ya con ese otro chico, Luis, había llegado a convertirse en un odio exacerbado. Este aprovechaba cualquier cosa para provocarle, aunque no fuese más que recordarle que su padre había estado en prisión, y, cuando acababan a tortas, siempre decía que había empezado él. César hijo pasaba ahora más tiempo en el despacho de la psicóloga que en las clases y se estaba convirtiendo en un niño silencioso y gris. Y sobre todo rencoroso. César sabía que todo ello era culpa suya por haber puesto a su familia en el punto de mira por la aventura con Patricia. Al principio, al ver a su mujer, había pensado que ella sería la primera en derrumbarse, pero su delgadez extrema y sus ojeras, en vez de doblegarla, parecían sacar de ella una fuerza oculta. Eso sí, había perdido la ligereza y dulzura que la habían caracterizado para convertirse en un cable de acero. Los pequeños le echaban de menos, aunque disfrutaban los fines de semana en solitario con su padre. Probablemente tampoco habían escuchado muchos de los detalles escabrosos, ya que los padres evitarían tocar un tema como una violación ante niños de esa edad. Pero en la clase de su hijo mayor todos tenían móvil. Todos sabían buscar en internet. Todos sabían lo que era una violación y la cárcel. César había visto en la reacción de muchos de sus amigos que una amistad no bastaba para aceptar una determinada versión. Muchos de ellos habían desaparecido, no le devolvían las llamadas y, salvo raras excepciones, pocos habían intentado retomar el contacto tras su

salida. Se imaginó lo que sufriría César hijo, lo que tendría que oír y cómo reaccionaría. Hasta que algún día, en algún sitio, apareciese su expediente escolar, en el que estaría consignado que el joven, de niño, había sido violento. Que a partir de los once años había golpeado a sus compañeros y que, a pesar de todas las sesiones con el psicólogo, su comportamiento no había mejorado y se había recomendado un cambio de centro. Madrid era un pueblo, y era cuestión de tiempo hasta que las animosidades surgieran también en el colegio nuevo. Si su padre quería hacer algo por él, tenía que darle la munición suficiente para poder defenderse con la lengua y no con los puños. Y eso se lo debía, era él quien le había metido en esta situación. No podía esconderle en otro colegio, y la única alternativa era mandarle interno al extranjero. Pero el niño era demasiado joven, y enviarle ahora significaría dejarle ahí hasta la mayoría de edad, a lo que Ana se negaría rotundamente, sobre todo porque los pequeños sufrirían lo mismo. Si César pudiese responder y levantar la cabeza otra vez, la situación podría mejorar. Se lo explicó como pudo y le pidió que se lo pensase. Patricia no respondió; sin embargo, le aseguró que lo reflexionaría.

44

Madrid-San Lorenzo de El Escorial, diciembre de 2016

Cuando se quedaron solos, Suárez la miró esperando órdenes.

—A mí me parece que dice la verdad… —dijo Suárez.

Karen coincidió con él. Acostumbrada a sus rutinas con Cano, tendió la mano para coger las llaves del coche.

—La cuestión es que nos hemos quedado sin asesino, sin violador y sin sospechoso. —Suárez escuchó obediente y Karen frunció el ceño, impaciente al no oír ninguna protesta del guardia —. En las cartas amenazadoras —continuó—, ¿Romero ha encontrado algo que induzca a pensar que la dirección de San Lorenzo era conocida?

Suárez marcó a su compañera, que respondió de manera negativa, pero apuntando que a lo mejor no eran tan estúpidos de ponerlo en internet. La teniente se repitió que Patricia, aterrada como estaba, jamás habría dejado entrar, y menos invitado a una copa, a un desconocido.

—¿Algo nuevo del supuesto cura? —le preguntó a Suárez con los ojos fijos en la carretera.

—Ha llamado esta mañana —respondió el guardia dándose con la mano en la frente— porque había visto nuestro número de cuando le llamamos el viernes.

—¿Y no me dices nada? —replicó, volviéndose enfadada—. Mierda, Suárez.

—Lo siento —respondió compungido—, ha llamado justo antes de que llegases y, como nos hemos ido al aeropuerto, se me ha pasado. Perdona.

Karen iba a protestar, pero se dijo que no servía de nada; Suárez ya se había encogido en su asiento. Se apuntó mentalmente llamar la próxima vez desde su teléfono —así la llamada la habría recibido

ella directamente.

—¿Qué ha dicho?

—Poco. Es un vecino que le echaba de vez en cuando una mano. Le he intentado tirar de la lengua, pero ha sido bastante borde y se oía muy mal. Ha protestado porque el paseo había estado cerrado. Me sonaba su voz, aunque no sé de qué…

Karen se incorporó en el asiento.

—¿Qué vecino?

Suárez se irguió y contento de poder contestar, especificó:

—Dos casas más allá.

La teniente intentó precisar.

—¿Hacia dónde, Suárez? ¿Este u oeste?

El guardia dudó: los puntos cardinales nunca habían sido su fuerte.

—A la derecha.

Karen resopló.

—Entonces, es hacia el este, Suárez. Vale. —Suspiró—. Le vamos a interrogar.

—Sabía de la muerte de Patricia, pero no me ha parecido triste. No me concuerda con que fuese tan simpático con ella. Joder, era su vecina y se comunicaban día sí, día no. Tendría que haber empezado diciendo lo terrible que es su muerte. Pero nada, venga a protestar y a decir que no manteníamos la seguridad en el pueblo.

La teniente se volvió, arrepentida por su impaciencia, hacia el hombretón y se dijo que la empatía de Suárez era tan valiosa como la exactitud de Cano. Le tendió el teléfono.

—Llámale otra vez, por favor.

Suárez negó.

—Me ha dicho que estaba de viaje y llevaba el teléfono apagado. Hasta mañana, nada.

Karen dio un golpe de rabia en el volante y Suárez se encogió de hombros.

—Pero no perdemos nada por intentarlo.

Marcó, puso el altavoz y el teléfono contestó que estaba desconectado o fuera de servicio.

La tarde había caído. En la entrada del pueblo, le dejó a Suárez el coche. Al bajarse, el guardia se topó con una pareja de señores mayores que se detuvieron a hablar con él. Karen sonrió y subió la

calle, dejándolo con sus admiradores. Se alegraba de haber pasado más tiempo con el guardia, que, si mejoraba en el método, podría ser una estupenda ayuda. A pesar de todo, echaba de menos a Cano, con el que discrepaba a menudo, pero las conversaciones con él la ayudaban a ver las cosas desde puntos de vista diferentes. Se apoyó en la barandilla que flanqueaba el antiguo teatro y le llamó para informarle del interrogatorio de César. Cano escuchó entre gruñidos y, cuando tosió por tercera vez, se sintió obligada a ofrecerle su ayuda.

—No, gracias, mi teniente. Tengo unas vecinas mayores que me han adoptado y me tienen más controlado que Romero a tu amigo. Como se dieron cuenta de que no salía a trabajar, tocaron a la puerta y me han hecho compra, la comida y la cena. Lo malo es que no se llevan bien entre ellas, y las dos me hacen la comida; total, que, para no discutir, almuerzo y ceno dos veces… Si esto sigue así, salgo más redondo que pasando un mes en el cuartel de servicio con Suárez, así que, como mañana no esté con fiebre, me tienes trabajando. Pensaba que no era nada, pero me he levantado antes y me ha dado un mareo. Y mira que me da rabia, que tenía hora para cortarme el pelo… —Karen rio ante la imagen de Cano cenando dos veces para no ofender a sus maternales vecinas y volvió a confirmar las diferencias entre los países; en Alemania u Holanda nadie se habría alarmado por no ver a su vecino salir a trabajar—. Menos mal que me lo has recordado —continuó el brigada—. Tengo que avisar a Álvaro. ¿No quieres quedarte con mi hora?

La teniente iba a denegar inmediatamente, pero pensó que un corte no le vendría mal. Estaba al lado de la peluquería y, como el vecino de Patricia no estaba en San Lorenzo, no tenía mucho que hacer. Aceptó.

—Si después tienes hambre, siempre te puedo hacer una cesta con una de mis cenas… A no ser que hayas quedado, claro —dijo con retintín—. ¿Qué tal con el amigo de Romero?

Karen enrojeció y carraspeó.

—Cano, no embarulles. Sólo nos encontramos en el paseo y fuimos a tomar una copa después. Nada más inocente… No le he vuelto a ver.

—No lo dudo… Pero seguro que de inocente nada… —rio.

Karen lanzó un gruñido.

—Al final no me voy a quedar con la hora de la peluquería, no vayan a decir que me pongo guapa para ligar.

Cano rio entre dos ataques de tos.

—¡No! Aprovéchala, corre. Me puedes llamar después a ver cómo te ha dejado.

Karen colgó y con un poco de pereza subió las escaleras. El ambiente era desapacible y le hubiese apetecido más irse a casa, pero ahora ya no podía anular. La terraza del bar Alaska estaba recogida, y el banco en el que se instalaban los ancianos con buen tiempo, mojado y desierto. En la entrada de la galería en la que estaba la peluquería se cruzó con Marta Echevarría, que salía arrastrando al pequeño de la mano y empujando el cochecito a la vez. La joven saludó y Karen —pensando en las enseñanzas de Cano, que siempre le decía que, en los pueblos, los que se conocían no se paraban cada vez que se encontraban, sino que sólo se saludaban, ya que, al conocerse todos, si se detuviesen cada vez, no harían otra cosa que charlar— no se detuvo y, tras un conciso «buenas tardes», empujó la puerta de cristal y se enfrentó al sonido de los secadores y las voces que se elevaban sobre ellos. Explicó en el mostrador que venía en lugar de Cano y se sentó a esperar en los lavabos a que llegase Álvaro. El peluquero se le acercó, observó el corte y le indicó que se apoyase en la porcelana. Abrió el grifo y, al contacto con el agua fría, Karen dio un respingo.

—Joder —exclamó el hombre—, menuda tarde llevamos. Perdona…, ya he llamado a que arreglen el termostato, pero no encuentran el fallo.

Karen se apoyó otra vez.

—Por el susto te doy un masaje más largo.

La teniente sonrió y se relajó bajo el efecto de los dedos en el cuero cabelludo. El hombre infligía una presión continua que resultaba muy agradable, y ella cerró los ojos. Una voz de pito interrumpió el silencio y le hizo incorporarse.

—Menos mal que a esta no la haces gritar, ¿eh? Ale, a pasar buena tarde, que se nos ha echado el invierno encima…

Karen se obligó a sonreír y se unió al coro de adioses de la mujer, que se colocaba un plástico en la cabeza para evitar la humedad del exterior. Álvaro le aclaró la cabeza y le señaló el sitio junto a la ventana, se sentó en un taburete con ruedas y empezó a

inspeccionarle el pelo mientras hablaba.

—No te imagines nada raro, ¿eh? Es que antes ha estado una chica a la que se le ha olvidado —hizo una mueca escéptica— decirme que se había hecho una brecha, y, claro, al lavarle la cabeza, ha dado un grito.

Karen clavó sus ojos en los del hombre a través del espejo.

—¿Una que tiene varios niños y ha salido justo antes de que llegase yo?

—Cuatro con la última. Ha traído al pequeño a que lo repase también. ¿Te corto un poco?

Empezó a coger mechones y a explicar mientras Karen, perdida en sus pensamientos, asentía.

—Al final, siempre hago lo que me da la gana, pero suelen salir contentas —zanjó. Cogió las tijeras, apoyó las dos manos sobre las rodillas y la miró expectante. Karen asintió, y el hombre separó los mechones y empezó a cortar.

—¿La conoces bien? —le preguntó—. A la de los cuatro niños.

—No demasiado —respondió mientras fruncía el ceño, se colocaba unas gafas de pasta negras y le repasaba la nuca—. Sólo de cuando viene a cortarse. —Soltó otro mechón.

—¿Y al marido?

Álvaro negó con la cabeza.

—No sé a dónde va, pero aquí no viene. No sé mucho de él. —Sujetó el flequillo con una pinza y se encontró con los ojos interrogantes de la teniente. Resopló—. Aunque tampoco me pierdo nada.

Karen se acordó de las observaciones de Esther.

—¿Crees que la brecha se la hizo él? —preguntó a bocajarro.

Álvaro se enderezó en su taburete, se apoyó en los muslos y se encogió de hombros.

—No lo sé. Los niños son bastante gamberros, sobre todo el mayor, así que vete tú a saber si ha sido como dice ella, persiguiendo a uno. A él no le conozco, de verle un par de veces en la plaza —añadió con un suspiro al ver la cara de interrogante de Karen—, pero ¿sabes? Yo hablo mucho mientras trabajo, ya lo ves, y, claro, pregunto, y ellas responden y a veces te das cuenta de cosas, no porque te las digan, sino por cómo te las dicen, por cómo hablan de los maridos, no sé si me explico. Aun así, una cosa es lo

que yo me imagine, y otra, la que sea, claro.

Karen no insistió más. Álvaro le secó el pelo con las manos y después con un cepillo redondo. Cuando acabó, le acercó un espejo por detrás. La teniente estaba con los ojos fijos en el espejo, perdida en sus pensamientos, y se obligó a parpadear. Había seguido la forma de la cabeza y le había hecho un corte redondo por encima de la nuca, y acortado la parte de delante. Se sorprendió al verse con el pelo tan corto, pero pensó que no estaba nada mal. Se levantó, pagó y se despidió.

45

San Lorenzo, diciembre de 2016

Al salir de la peluquería, la calle estaba silenciosa y los coches pasaban con poca frecuencia sobre el adoquinado mojado. Las tiendas iluminadas y los bares creaban una sensación de calidez. En momentos como ese, Karen se acordaba de la costumbre alemana del vino caliente durante el período prenavideño. Con Cano, hubiese entrado en un bar a tomar una copa, pero sola no le apetecía.

Se propuso ir al día siguiente a casa de Marta y hablar con su marido, que debería haber visto pasar a César y a lo mejor, si estaba en la puerta, al que fue después a casa de Patricia. Con la excusa de indagar en el crimen, podría hacerse una idea de la situación y conocer al hombre. De todas maneras, tenía que hablar con el seminarista, que vivía unas casas más allá, cuando volviese de su viaje. Miró la hora, decidió cenar rápido y acostarse pronto.

El escaparate de Guillermo, el dueño de la tienda de ultramarinos de la plaza, lucía en la calle como una cabaña en el bosque. La Carpetana abastecía al pueblo de todas las exquisiteces imaginables, desde quesos de todos los puntos de Europa, miel de diferentes flores y el jamón cortado a cuchillo por el dueño, un hombre siempre vestido con una bata blanca impecable y unas gafas redondas. Karen se dijo que seguro que tenía algo que le tentase para cenar. Empujó la puerta de cristal, se dejó invadir por el olor a embutido y café y saludó al dueño, que estaba afanado en las estanterías del vino. La tienda estaba vacía, y el hombre se dirigió a ella por su nombre, lo que, dada su parquedad en el habla, le pareció todo un avance. Observó el mostrador y descubrió una cesta de setas al lado del pan. Tuvo una sensación de *déjà-vu* y calculó que ya llevaba más de un año en San Lorenzo. Más o menos

en la misma época habían encontrado el cuerpo sin vida de sor Lucía y había comprado sus primeros níscalos en la sierra. El hombre, al ver sus ojos, negó.

—Boletus. Pero igual de buenos que los níscalos.

Karen hizo un gesto de afirmación y Guillermo tomó una bolsa de papel. La puerta se abrió y dejó entrar una ráfaga de aire frío. El dueño levantó la mirada tras las gafas y saludó.

—Qué hay, Gonzalo.

Karen se volvió y rompió a reír al ver al abogado.

—Parece que seguimos las mismas pautas…

—El camino adecuado, no lo dude —dijo risueño señalando la cesta de las setas.

Guillermo esperaba y Karen asintió mientras él metía los boletus en la bolsa. Cuando llevaba tres la miró inseguro, con uno entre las manos. Aceptó con un gesto de la mano y señaló la cesta, en la que sólo quedaban dos, diciéndose que se estaba contagiando de la locuacidad serrana. Pidió además una barra, pagó sus compras y, cuando no sabía cómo alargar su estancia, Gonzalo se volvió y pagó lo que había escogido. Se despidieron a la vez del dueño y salieron a la plaza. Se quedaron mudos hasta que el hombre rompió a reír con ganas.

—Vaya con Guillermo…

Karen le miró asombrada.

—¿Ha pasado algo?

—Le ha vendido los boletus.

Karen lanzó una sonora carcajada.

—Se los he comprado todos para no dejarle dos solitarios… Podemos compartir, si quiere; yo no necesito tantos —dijo tendiéndole la bolsa verde.

—No, si no es eso. Lo que quería yo era invitarla a cenar, ya que me dejó plantado el otro día y no sabía cómo localizarla sin ir al cuartel. Pensaba haberme colocado, como un alma en pena, en la puerta de los periódicos el domingo —dijo compungido—, pero estuve de viaje y he vuelto ayer.

—Ah… —Karen pensó a toda velocidad mientras sentía un temblor desconocido en las rodillas—. Bueno, sería una pena desperdiciar los boletus, así que, si quiere, le invito yo.

Gonzalo se apresuró a abrir su bolsa y mostró una tableta de

chocolate negro y dos botellas de vino tinto.

—Aporto bebida y postre.

Anduvieron por el pueblo vacío y subieron la cuesta hasta llegar a casa de ella. Al ver la gran verja de hierro, el hombre la miró sorprendido. Karen observó su expresión y rio.

—No se equivoque; sólo he alquilado la casa de los guardeses…

—Nada más romántico que el picadero de la casa. —Karen le miró curiosa y él siguió hablando—: Sí, muchas de estas casitas estaban, fuera de temporada, para uso y disfrute del señor, que así disponía de un sitio discreto y limpio al que ir con su amante. Vamos, el pariente ibérico del pabellón de caza centroeuropeo. Por eso estaban siempre bien cuidadas, y las instalaciones eran de lo último.

Se adentraron por el jardín oscuro y la teniente abrió la puerta y dio la luz de la pequeña entrada.

—Es cierto que eso explicaría el tamaño y algunas de las comodidades, que debían de estar desde el origen. Y yo que pensaba que había sido un empleador especialmente considerado… La terraza, la chimenea y el tamaño de baño y cocina son muy amplios. Y el suelo es de tarima antigua —observó Karen.

—Pregúnteles a los dueños si alguna vez lo utilizaron los guardeses o si estos dormían en la casa principal, y verá —replicó Gonzalo—. Me temo que la gente aquí no era tan considerada; es más, los guardeses solían habitar en los sótanos.

—¿En invierno? —preguntó Karen espantada.

Gonzalo lanzó una carcajada.

—No, hombre, el riesgo de encontrárselos momificados al principio de la temporada hubiese sido demasiado grande… Habitualmente los dejaban subir en los períodos de más frío y usar una de las habitaciones bajo el tejado. Pero desde luego que no tenían esta casita.

Karen se dijo que, incluso en los años sesenta, en Alemania, no hubiese sido posible dejar al servicio en una casa sin calefacción y recordó que su abuela siempre se ponía nerviosa el día antes de que viniera la señora de la limpieza porque debía ordenar y organizarse para estar en casa y tomarse un café con ella. Abrió el saloncito y, cuando retiró el guardafuego, el hombre ya le tendía unas astillas y piñas que tenía acumuladas en un cesto. Se inclinó a su lado y apiló

los troncos encima mientras ella buscaba las cerillas. Se dirigieron a la cocina y se sirvieron dos copas mientras Karen sacaba la tabla de picar y unas chalotas.

—Si me das las setas de la discordia las voy cepillando —dijo Gonzalo.

Karen notó el paso del usted al tú, que en Alemania hubiese sido mucho más trabajoso y que en España se producía sin dificultad. Recordó que, en Alemania, había personas a las que había llamado de usted tanto tiempo que, pasados los años, al ofrecerle estas el tuteo, no había logrado acostumbrarse a usarlo. Trabajaron en silencio y Karen pensó en lo asombroso que era estar en la cocina con un hombre al que prácticamente no conocía en una simbiosis total. Gonzalo salteó las setas mientras Karen derretía el chocolate y se ofreció a engrasar los moldes mientras ella batía los huevos. Olía a bosque, a chocolate derretido y a madera quemada y Karen notó cómo se relajaba. El hombre rellenaba las copas cuando una vibración hizo temblar la mesa. La mujer se sobresaltó, movió una silla que chirrió sobre el suelo y contestó a la llamada.

—Mi teniente. —La voz de Cano sonaba menos nasal—. Sólo te llamaba para saber qué tal el corte.

Karen sonrió y se dijo que si el brigada se aburría es que estaba mucho mejor. Salió de la cocina y fue al salón.

—Muy bien, creo. ¿Te encuentras mejor? ¿Puedes trabajar mañana? Los resultados del ADN abren muchas posibilidades otra vez… —Se dirigió al pasillo e iba a cerrar la puerta cuando el abogado, que debía de haberla oído hablar, encendió la música de su teléfono y cerró las puertas de comunicación. Sonrió y se dijo que era un hombre de rápida comprensión—. Si César no violó a Patricia, tiendo a pensar que dice la verdad y que se la encontró antes de que se cometieran los delitos. Tuvo que ser alguien que fue después. Quiero hablar con el marido de Marta. Aún no hemos podido hablar con él, a lo mejor vio algo… Tenemos que tirar de cualquier hilo.

—Con él habló… —contestó Cano mientras se oía el pasar de hojas—, espera que lo confirmo…, Suárez, el lunes. Llamó al cuartel preocupado por su familia, y Ricardo le debió de tranquilizar, porque no volvió a llamar.

—Ya. El tipo debe de ser de cuidado —replicó Karen seca—. Yo

creo que la maltrata. Marta estaba esta tarde en la peluquería y de casualidad me he enterado de que tiene una brecha. Según dijo, había sido jugando con los niños —dijo sarcástica—. Tenemos que peinar otra vez el teléfono de Patricia; algo se nos ha pasado. Además —recordó—, Suárez ha encontrado al cura: es un vecino; dos casas más allá de Patricia, hacia el monasterio. Quería ir a verle mañana porque hoy estaba de viaje, ilocalizable. Debe de ser la casa de los veraneantes… ¿Estarás suficientemente bien para trabajar? —Se oyó un pitido y Karen cortó—. Perdona, tengo una cosa en el horno…

—Sí, cena si quieres y si te apetece me llamas después y quedamos.

—Mejor mañana, brigada —dijo nerviosa.

Cano lanzó una carcajada.

—No tenías más que decir que no estabas sola… Que disfrutes —dijo antes de colgar, todavía riendo.

Pusieron la mesa y cenaron a la luz del fuego. Habían empezado a hablar mientras llevaban la fuente y sólo guardaron silencio al cortar cada uno su pastel de chocolate y rebañar con la cuchara el corazón cremoso que salía de él. Recogieron la cocina, el hombre rellenó su copa y miró la botella vacía con tristeza. Karen le alargó la segunda con una sonrisa, y él se dirigió al cajón del sacacorchos. Ella se hizo a un lado y se volvió para sacar dos copas limpias del armario. Gonzalo descorchó la botella en silencio y se volvió hacia ella, que se había sentado sobre la encimera de la cocina. Le abrió las piernas con suavidad, se acercó y la besó dulcemente. Karen se dejó besar, notó su olor, se puso en pie y juntó su cuerpo contra el de él. Todavía abrazados se movieron hacia el salón.

—Es un sofá cama… —murmuró Karen señalando un mueble ante la chimenea.

—Ya te he dicho que nada más romántico que un picadero…

Echó un tronco más y aprovechó la luz del fuego para desvestirla tras extender el colchón. Besó cada centímetro de piel haciéndola temblar cada vez que levantaba la cabeza hasta llegar a su ombligo. Se incorporó y se despojó de la camisa, acercando su pecho desnudo al de ella. Karen pensó que había echado el sexo mucho más de menos de lo que se quería reconocer. Abrió las piernas un poco más y curvó el cuerpo. Gonzalo la miró divertido y,

alejándose de ella, concentró su lengua en un seno mientras con la mano trabajaba el otro. Sólo cuando iba a gemir la penetró. Toda la dulzura que había mostrado hasta el momento desapareció y se internó en ella con furia, de un golpe. Ella arqueó la espalda para unirse más y acompasó sus movimientos a los de él. Cuando le levantó las piernas, no pudo contenerse más, sus ojos se nublaron, dejó de ver el rostro de él iluminado por el fuego y se concentró en la mitad inferior de su cuerpo, que parecía estallar y salir de los límites de la piel. Sus músculos se relajaron, se alegró de haber sentido una contracción final y dejó caer, cansada, la cabeza sobre el almohadón. Gonzalo la observó, la besó ligeramente en los labios y se tumbó a su lado.

—Muy bueno el postre.

Karen rio.

—Eran los ingredientes…

Gonzalo se incorporó y le alargó la copa de vino, se sentó apoyado en el respaldo y levantó el brazo para que se reclinase en él. La botella se había acabado cuando el hombre se levantó y se despidió. Karen dudó si decirle que se quedase a dormir, pero pensó que, por mucho que le apeteciese dormir con él, prefería despertarse sola. En la puerta, le empujó fuera cuando unió otra vez su cuerpo al suyo, y rio ante sus protestas.

—Como no me has dado tu teléfono, si te parece, te invito a la cena que te debo… ¿Mañana a las nueve?

Karen iba a buscar su móvil cuando el hombre desapareció en la noche. Volvió a entrar, se echó en las sábanas todavía tibias ante el fuego y se dijo que se sentía francamente bien. Recorrió con los dedos los sitios por los que había pasado Gonzalo y se arrepintió de haberle dejado marchar. Se levantó, apagó las luces y se dejó caer en la cama. Se envolvió en el edredón, aspiró el aire fresco que entraba por la ventana y cayó en un sueño profundo.

46

San Lorenzo de El Escorial, noviembre de 2016

Patricia se obligó a dar un paseo. Llevaba todo el día encerrada en casa y pensó que, si no se movía un poco, dormiría mal. Fue hasta el monasterio, se paró en la vista de la fachada sur, vio cómo dos cisnes negros cruzaban uno de los puentes y se estremeció. Una voz la sacó de sus pensamientos.

—¿Patricia? —preguntó César incrédulo.

Se sobresaltó al ver a su antiguo amante y le asombró cómo había envejecido desde la última vez que lo vio.

—¿César? —dijo sorprendida—. ¿Qué coño haces tú aquí?

—Una casualidad —contestó levantando las manos y dando un paso hacia atrás—. He venido a pasar el día con los niños y mi padre… Perdona, no quería asustarte. ¿Y tú?

—Estoy pasando una temporada en casa de mis tíos.

César carraspeó, violento.

—Gracias por contestarme el otro día. César lo está pasando muy mal.

Patricia pensó en la carta del marido de Edurne. Se acordó de su infinita pena, de cómo decía que sus hijas habían perdido la confianza, cómo las niñas ya no querían pasar el tiempo con él porque no sabían qué decir. Recordó a sus padres y sintió un horrible dolor de pérdida. Echó a andar.

—¿Hacia dónde vas? —preguntó sin responder.

—He aparcado en la Casita del Infante —contestó César.

La mujer señaló el camino con la barbilla mientras se arrebujaba en el abrigo. Suspiró, aunque no dijo nada. César continuó hablando a medida que avanzaban.

—Ya sé que no tengo derecho a pedirte nada y que legalmente no representaría nada, pero ¿te has planteado lo que te dije?

Habían llegado a su casa y Patricia se detuvo. Miró a César, que esperaba en tensión y con las manos en los bolsillos su respuesta. Abrió la cancela y se acercó a la puerta.

—Estoy helada —dijo sin responder—. ¿Quieres pasar un momento?

César se dijo que su padre seguiría en la cafetería y que una oportunidad mejor no se le iba a presentar para intentar convencerla. Asintió y la siguió a la cocina sin despojarse del abrigo.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Patricia.

—Sólo un vaso de agua, por favor.

La mujer abrió la nevera y se volvió con el amago de una sonrisa.

—¿No prefieres una cerveza?

César, tras una duda, aceptó.

—Sin alcohol, si tienes; tengo que conducir.

Patricia sacó una botella y vertió su contenido en un vaso. Quedaron unos minutos en silencio bebiendo. Patricia se acordó de la intimidad que había compartido con César. Aquella última tarde había llevado a que los dos fuesen incapaces de mantener la mirada del otro más que unos segundos seguidos. Sabía lo que le iba a responder, pero se dijo que a pesar de ello le gustaría consultarlo con la almohada. Bajó la mirada y rompió el silencio embarazoso que se había instalado entre ellos.

—Déjame pensarlo, César.

El hombre vació la cerveza de un trago y dejó su vaso en la pila.

—Muchas gracias por considerarlo —dijo.

Ella asintió y se dirigió a la entrada. Violentos, se miraron, sonrieron y unieron las mejillas en dos besos. César sintió la firme carne de las mejillas de la mujer, y su piel se electrizó.

47

San Lorenzo de El Escorial, diciembre de 2016

Contra todo pronóstico, Karen se despertó pronto, de un humor estupendo y sin resaca. Ordenó, canturreando, el salón, sonrió varias veces y se quedó ensimismada observando el color rosado del amanecer hasta que el pitido del teléfono la sobresaltó.

—Karen —saludó Cano—, te subo unos churros y tú pones el café.

Sonrió, encantada de volver a la rutina. Oyó el chirriar de la verja unos minutos más tarde, hizo dos cafés y mezcló la leche caliente en el de Cano. El brigada parecía un poco pálido y más anguloso que de costumbre, pero su voz ya casi no estaba tomada. Entró en la cocina, se sentó a la mesa, cogió el café con leche y le ofreció una bolsa que Karen miró con falso disgusto.

—¡Cano! ¿Otra vez una porra y dos churros?

—¿No hablabas de escaleras y cuestas? Podemos volver a subir por la Cañada Nueva… —Rio al ver el espanto de ella, que recordaba la calle como una de las más empinadas del pueblo.

Los ojos de Cano recayeron en las dos botellas de vino tinto de la encimera. Silbó.

—Pues no parece que te sentasen mal…

Karen frunció el ceño, pero sonrió al ver lo que miraba su compañero.

—Cano, contrólate.

—No, si yo no digo nada… —Rio divertido—. No me digas que has caído —dijo escrutándola—. Vale, no me digas nada, tienes cara de… —Levantó las manos haciendo amago de defenderse—. No he dicho nada de «recién follada»…

—¡Cano! ¡Cómo puedes ser tan bruto!

El brigada lanzó una carcajada.

—No, si te ha sentado fenomenal…

Karen le miró enfurruñada mientras el otro reía. La teniente enrojeció hasta la raíz, cogió sus abrigos, le tendió el suyo y le obligó a salir.

Romero había examinado, con el acceso al teléfono y al ordenador, los correos y los servicios de mensajería utilizados por Patricia. Había analizado los más intimidantes y localizado a aquellos a los que consideraba capaces de hacer realidad sus amenazas. Negó, desilusionada.

—No os puedo ayudar. Los dos que seleccioné tienen, ambos, coartadas a prueba de bomba. Un tal «arribaespaña», en el hospital (una operación de almorranas que no ha ido bien, no sabéis cómo me he alegrado), y el otro, en un bar viendo el fútbol con su panda de amigos, que, por lo que he escuchado, deben de ser iguales que él… Por curiosidad, he llamado a uno de los otros «escritores». No era el más bestia; por eso le he escogido y he pensado que hablaría conmigo. También la insultaba y la ridiculizaba, pero no con la mala baba de los otros. No le he dicho que era del Cuerpo porque no creo que hubiese hablado conmigo. Le he contado que Patricia estaba muerta, sin hablar del homicidio, para ver cómo reaccionaba. Pues va el capullo y se asusta, claro; que eso es lo que más me jode, que idiotas del todo no son. ¿Sabéis qué me ha dicho? Que no creía que fuese para tanto, que no lo había hecho a mala idea… Imaginaos: el tipo escribe esas burradas entre el zumo del desayuno y el primer correo del trabajo, y se queda tan pancho. Y consideran, por lo menos este, posible que, por la presión causada, alguien se suicide. Cuando le he dicho que estaba muerta, yo creo que es lo que se ha imaginado, así que eso de no creer que sea para tanto es una mentira como una catedral. Lo saben y corren el riesgo, que es peor que el que se monta borracho en un coche, porque lo hacen conscientemente, que el borracho, por lo menos, está en estado etílico. Estos no: se unen, se contestan, aumentan los insultos y parece como si apostasen a ver cuándo la víctima se hunde.

Romero estaba furiosa.

—Se unen en manada —añadió Karen— y atacan desde todos los lados. Y, como las redes no duermen, no hay tregua, y, aunque la víctima cierre el canal, pueden seguir utilizándolo por otra vía, de

la que a lo mejor ella se entera pasado tiempo. No la dejan descansar, siempre tiene la impresión de que algo nuevo ha sido publicado, algo que todos conocen menos el afectado. Más que manada, son hormigas.

—No me explico que no se pueda controlar mejor; al fin y al cabo, puede ser un delito —se preguntó Cano.

La teniente lanzó una carcajada amarga.

—Están ocupadísimos en mantener «sus» reglas. Por ejemplo —explicó Karen—, según sus baremos, las imágenes sexualizadas están prohibidas. Se puede enseñar escote, pero no un pezón, y los genitales están prohibidos. Eso los lleva a buscar cada desnudo o imagen en la que salga un pecho femenino al descubierto (en eso ya te digo que son muy exactos, sólo si sale el pezón) o un sexo sin cubrir. Fijaos hasta dónde puede llegar la estupidez que, en Francia, un profesor llevó a juicio a una de las redes sociales más importantes porque habían borrado de su cuenta el cuadro *El origen del mundo*… —Cano y Romero la miraron interrogantes—. Sí, el cuadro que muestra unas piernas abiertas de mujer, de Courbet. Fue ya muy controvertido en su tiempo. Según parece, lo encargó un diplomático turco. Representa a su amante, abierta de piernas. Sólo se ve eso, la sábana y el origen del mundo. Y, bendito sea el liberalismo europeo: un juez francés le dio la razón al profesor. Y así fue como borraron la niña del napalm, por desnudo y además pedofilia. La presidente noruega y varios periódicos la publicaron en sus cuentas y al final claudicaron, pero tardaron.

—Cuando estuve con los de Ciberdelitos hicimos un curso, y, resumido, es que la violencia verbal no entra en sus atribuciones si no se utilizan tacos —añadió Romero—. Si, como hablaban a Patricia, se ríen de ella, utilizan imágenes suyas para burlarse, pero no la llaman «zorra», por ejemplo, quedan impunes. Si se suicida, se valora si hubo un comportamiento inadecuado en cada caso por separado. Para las víctimas es un gran consuelo —añadió irónica.

—Supongo que las redes ganan cuanta más violencia se genere —replicó Karen—. Los extremos se inflan y se alimentan entre ellos. Y, como lo que buscan es la valoración de los otros, cuanto más bestias, mejor. Aunque estoy convencida de que, si utilizas la palabra «bomba» y el nombre del presidente de los Estados Unidos en una frase, les salta.

—A lo mejor no lo pueden solucionar con un algoritmo —conjeturó Cano.

Romero lanzó una carcajada.

—Cano, tienes que pasar una temporada en Ciberdelitos. Son perfectamente capaces. Si utilizasen los mismos recursos que usan para unir a la gente y para ofrecerte productos con los que mejorar tu vida, podrían. ¿No os habéis fijado en que, si buscas, por ejemplo, unas botas, te llega a parecer que el mundo está repleto de ellas? Te aparecen caballos, grupos sadomasoquistas, katiuskas y ofertas de viajes a Escocia… Con poco que se implicasen, les tenían.

Karen la miró con aprecio.

—Romero, ya sé que es muchísimo trabajo, pero a lo mejor puedes hurgar un poco más. Es lo que nos queda…

—No, si no me importa nada. Lo que pasa es que no encuentro, al contrario de la dirección de Madrid, ningún indicio de que nadie conociese su paradero en San Lorenzo. —Resopló—. Pero me meto otra vez. ¿Qué tenéis del cura?

—Un vecino, estaba de viaje y no tenía red, pero volvía hoy. ¿Dónde está Suárez?

Romero salió y volvió pasados unos segundos con cara de enfado.

—Ya estamos otra vez —dijo con fastidio—. Una urgencia; está en San Lorenzo.

Karen sonrió y se preguntó qué sería esta vez, si un enfermo, un accidente o un bicho en el salón.

—Llamamos al vecino directamente y nos enteramos de primera mano.

Cano abrió su libreta y le tendió un número. La teniente puso el altavoz y marcó. Sonaron dos pitidos, y una voz masculina entre crujidos respondió. Karen se presentó y le explicó que le gustaría hablar con él sobre Patricia, a lo que el hombre contestó que estaba en el tren y que se iba a cortar, pero se ofreció llamarlos por la tarde, cuando volviese a San Lorenzo. Ella propuso pasar a verle, le pidió su dirección y quedaron a las seis en su domicilio. Romero metió la dirección en el mapa y volvió la pantalla. Karen se enderezó y vio cómo Cano se colocaba las gafas y se acercaba a la pantalla para comprobarla.

—¡Coño! —exclamó Cano sorprendido—. Si es la casa de la

vecina de los cuatro churumbeles.

—El marido… —Silbó Karen—. ¡Por eso a Suárez le sonaba la voz! —recordó—. Sin embargo, me dijo que era de la casa a la derecha… —La teniente se interrumpió y comprendió que, cuando le preguntó al guardia, lo hizo por los puntos cardinales. Suárez habló de la derecha, y ella lo tradujo al este, pero, desde la casa de Patricia, la derecha era el lado contrario. Se enfadó consigo misma por no haber sido más precisa—. Además —dijo dirigiéndose a Romero—, me parece que puede ser un caso de maltrato.

Romero la miró asombrada mientras Karen repetía el relato de Esther, la escena del monasterio y la brecha de la cabeza de la mujer.

Cano proyectó en la pizarra los mensajes del hombre a Patricia.

—Pues con ella era todo menos desagradable… y parece sólo eso, un vecino amable —se dirigió el brigada a la teniente—. A él le hubiese dejado entrar sin dudar —dijo convencido.

Karen se levantó y se acercó a la ventana.

—Quiero verle por Patricia y quiero verle con su mujer. No podemos decir que las redes no hacen nada en el caso de nuestra muerta, y nosotros encontrarnos con un caso posible de malos tratos y dejarlo pasar, aunque no tenga que ver con la violación y el asesinato de Patricia.

—Entonces, ¿consideras a César fuera de sospecha? —preguntó Cano.

—Fuera del todo no, pero altamente improbable: la violación seguro que no fue él y no hay una sola huella suya en el salón.

—A lo mejor llegó, se encontró el pastel y, con miedo de que le acusen a él, la mata…

—Cano —protestó Karen—, eso no se sostiene. Hubiese intentado borrar sus huellas, por lo menos de la copa. —Negó con la cabeza—. No, yo creo que el tipo que la violó la mató también. Pero con las amenazas que había estado recibiendo, que la obligan hasta a mudarse, ¿dejaría entrar a un desconocido y le invitaría a una copa? —El brigada negó, dubitativo—. Entonces estamos otra vez como al principio: es un conocido. Javier Rincón estaba en Jaén; el francés, en Bruselas. La mujer de César estuvo con testigos. Nos quedan sus acosadores y, de sus conocidos, el marido de Marta, que estaba presente en su vida y que sabía dónde vivía. La cuestión es

qué motivo podría tener.

—Pero ¿un tipo rancio que maltrata a su mujer es un encanto con Patricia? Tampoco concuerda… Coño, Karen, que tú has visto a la monjita, perdón, a Marta —se corrigió al ver la cara de la teniente—. ¿Cómo pega su marido con Patricia?

La teniente se encogió de hombros.

—Un tipo protector, que la ayuda con la cortadora de césped. El que sea un monstruo en un sitio no quiere decir que lo sea por todas partes… Piensa siempre en los guardianes de los campos de concentración…

—Ya —rezongó Cano—, por la mañana matando y por la noche vuelven a casa a leer a los hermanos Grimm…

—Podría ser —continuó la teniente—. Estaba cerca, la conocía, ella confiaba en él. Una mujer amenazada, que huye de su casa de Madrid para esconderse aquí, pero que le da su DNI y su teléfono, que según Ruth mantenía de lo más secreto. ¿Qué tenía el tipo para que alguien con un miedo cerval como el de Patricia le dé esos datos? ¿El ser vecino? ¿A lo mejor sus tíos le conocían y eso le bastó? ¿Causaba la impresión de padre de familia respetable? Creo que le hubiese dejado entrar —zanjó—. Si damos la versión de César por buena —dijo Karen— y la unimos a la de Marta: César, al ir a por el coche, se encuentra a Patricia, habla con ella y la acompaña a su casa.

—¿Por qué hablaría Patricia con el tipo con el que se descuartizó en un juicio? —preguntó el brigada.

—Ya habían hablado, Cano. Él escribió, pero ella llamó. No me extrañaría tanto. Se encuentran solos, los dos han perdido, por así decirlo. Es posible. ¿Nunca has tenido un lío que te haya hecho una mala jugada y, sin entender por qué, vuelves a hablar con él?

—Se tiraron más de un año juntos —apuntó Romero.

Cano gruñó y Karen continuó:

—Al irse César, pasa delante de la casa de Marta (ayer mencionó la verja y la fuente, que sólo pudo ver al estar la puerta abierta y salir suficiente luz), en la que hay un hombre en el vano, César supone que despidiendo a alguien. Se monta en el coche y toma la carretera en dirección al monasterio para volver al pueblo y recoger a su padre y a los niños en el Miranda. Marta ha salido corriendo con el bebé, llueve, se pone la capucha y cruza. César casi la

atropella, se detiene e intercambian unas palabras. Hasta aquí, las dos versiones coinciden. ¿Qué hace el marido de Marta en la puerta?

—Despedía a alguien, ¿no? —dijo Cano.

Karen hizo un gesto de negación.

—César supuso —condicionó— que despedía a alguien. No pasaron más coches, Marta no los vio. Tampoco nos dijo que hubiesen tenido visita, que habría sido lo normal. No, sólo dijo que la niña no se podía dormir, nada más. ¿Y si Marta no salió a pasear, sino que huía? Eso explicaría por qué corrió, por qué cruzó la carretera sin mirar en lugar de mantenerse en su lado.

—¿Huye por miedo del marido? —preguntó Cano—. ¿Y deja a los tres niños mayores con él? —añadió escéptico.

—Puede que tratara de escapar de una situación temporal, que sabe, a lo mejor por experiencia, que va a cambiar —replicó Romero ante la mirada afirmativa de la teniente.

—Tenemos a Marta cruzando a la acera contraria —continuó Karen— y a César conduciendo en dirección al monasterio. Supongamos que el tipo está en su puerta mirando a su mujer. Oye o incluso ve el frenazo del coche de César.

—¿No va a ver si su mujer está bien?

Karen se encogió de hombros.

—La situación no dura más que unos segundos, pero, si la observaba, estaba mirando hacia el monasterio. A lo mejor se percata de la luz que sale de la puerta abierta de Patricia, que, según César, se mantiene en el vano hasta que él pasa. Él afirma que le despidió con la mano, así que tenía que estar fuera. La carretera se queda otra vez vacía, y Marta ha cruzado. El vecino ve a Patricia fuera, la saluda ¿y se acerca?

—¿Entra a tomar una copa? —Cano rumió—. Es fácil de comprobar con las huellas. ¿Una situación mal interpretada?

Karen asiente.

—Imaginemos que es cierto que él es violento. Marta huye porque tiene miedo de algo, de que le haga daño. Él se queda en la puerta, a lo mejor piensa en si perseguirla y traerla de vuelta a casa. Está enfadado, puede que estuviese a punto de correr tras su mujer cuando ve a Patricia.

—Ego de macho alfa despechado —dijo Romero despectiva—.

Necesita confirmación, se acerca a Patricia, que le ve y le saluda. Con ella es encantador, un derroche de amabilidad.

—Le desea las buenas tardes y ¿qué? —contestó Karen—. Él está cabreado por el desplante de su mujer, que se le escapa —conjeturó —. ¿Cómo está Patricia? Quizá se siente sola, recuerda la relación con César; está melancólica, incluso. Llueve y el tiempo no acompaña. Tal vez le apetezca estar con alguien amable y que esté a mano. ¿Quién mejor que el vecino encantador?

Romero asiente y Cano sigue su conversación como un partido de tenis.

—Se acerca a ella, qué tal, cómo andas.

—Aquí, despidiendo a una persona… ¿Te apetece tomar algo? —propuso Cano.

Karen asiente con el beneplácito de Romero.

—Entran, se ponen las copas.

—Le ha invitado a pasar porque se siente sola. No creo que le dejase en la cocina. Es visita, no es una «petición» como lo de César, que tiene a su familia en el Miranda y tampoco se puede, ni probablemente quiere, instalar —continuó reconstruyendo Karen—. Pasan al salón, y dejan los vasos de César y Patricia en la cocina.

—Se sientan, copa, chimenea. ¿Él se excita y se le lanza encima? —supuso el brigada.

Karen frunció el cejo.

—Como dice Romero, macho alfa. Tiene a Patricia ante él, que le ha invitado y le ha —Karen dibujó unas comillas imaginarias en el aire— «intentado seducir». Ella se niega. La viola.

—Pero sigo sin entender por qué se la carga y deja todo su rastro.

—Si él está convencido de que ella quiere mantener relaciones —siguió especulando Karen—, ello explicaría que no borrase las huellas de la violación, ya que no cree que esté haciendo nada mal. Si, en efecto, es un maltratador, no debe de aceptar fácilmente un no por respuesta. Y la mata porque ella le amenaza, o, como decíamos al principio, alguien le molesta. —Su cara se iluminó—. ¿Y si la que le molesta, la que oye gritar a Patricia, es su mujer al volver? Y la tiene que callar… No creo que mantener un lío con la vecina entre dentro de lo que considera una «buena familia».

—Pero ¿la monjita no le dice nada? —contestó Cano escéptico

—. Si la mete en el ajo, ¿por qué no se ponen juntos a limpiar? ¿O Marta llama a la puerta, él mata a Patricia para que calle y no abre?

Karen sacudió la cabeza con un gesto de rechazo.

—No concuerda, incluso llama para protestar al día siguiente, no intenta escurrirse. No sé… —Suspiró—. No sirve de nada rompernos la cabeza: tenemos que hablar con él.

48

San Lorenzo de El Escorial, noviembre de 2016

Patricia se quedó en el umbral. Sentía una profunda melancolía, y la sensación de soledad, ahora que se había marchado César, era insoportable. Se abrazó a sí misma y esperó a ver pasar a su antiguo amante. Agitó la mano en un gesto de despedida cuando reconoció un coche que podía ser el de César y se sobresaltó con el repentino chirrido de los frenos. Intentó vislumbrar qué le había obligado a frenar así, pero ya era de noche, la lluvia fina levantaba reflejos en la carretera y dificultaba la visión. Se acercó a la cancela y escuchó cómo César hablaba con alguien y desaparecía por la calle iluminada. La carretera quedó vacía y Patricia se dijo que habría sido alguien que cruzaba sin cuidado. Se dirigía de nuevo a su casa cuando unos pasos en la oscuridad la sobresaltaron. Asustada, volvió la cabeza y, con gran alivio, reconoció al Seminarista, que también debía de haber oído el frenazo.

—No parece que haya sido nada, sólo alguien que no ha mirado al cruzar —comentó Patricia señalando la carretera—. Despedía a alguien; por eso estaba en la puerta —explicó, contenta de tener trato con alguien amigable—. ¿Qué tal vas? Muchas gracias por recogerme el paquete el otro día.

El hombre, que en un principio parecía violento, sonrió.

—No me costó nada, ya lo sabes. Lo que necesites, aquí me tienes.

Patricia se frotó los brazos y pensó en volver a entrar y sentarse junto al fuego.

—Hace frío. —Sonrió—. Será mejor que entre antes de que me enfríe. —Recordó que por la tarde había echado el último tronco y se volvió hacia el muro para ir a la leñera. Rio al ver la cara del vecino desconcertada por hacer justo lo contrario de lo que decía—.

Sólo voy a por unos troncos; me he quedado sin leña.

El hombre sonrió.

—Métete, ya te los llevo yo —propuso—. No quiero oírte por la radio con la nariz taponada: es por puro egoísmo, no creas.

Patricia aceptó, pero le acompañó y cargó varios troncos al interior. Los colocaron en la cesta de mimbre, la mujer se sacudió las manos y, al ver que él sacaba un pañuelo, le ofreció lavarse las manos.

—Perdona —se excusó él con las manos en alto—, ha sido un tronco, que tenía resina.

En la cocina, Patricia vio la botella de cerveza sin alcohol y pensó que le apetecía tomarse una copa. El seminarista no sería César ni Javier, pero no quería quedarse sola. Suspiró, se acordó de su tía y se dijo que tenía razón, que parecía un ermitaño.

—¿Quieres tomar algo? Si no tienes nada que hacer, claro.

El vecino aceptó. Patricia sirvió dos copas y le señaló el camino al salón, donde el hombre acomodó el fuego con pericia. Se dejaron caer en los sofás, hablaron un rato de nimiedades, y Patricia se arrepintió de haberle invitado. Sus tratos con el seminarista siempre habían tenido una excusa de por medio, ya fuese el abono del jardín o los paquetes, pero al tenerle frente a sí se dio cuenta de que, no sólo no tenía la más mínima conversación, sino que poseía una arrogancia con aires machistas que la molestaba. Se bebió su copa a toda prisa, e hizo un mohín de disgusto.

—Es una pena que sea domingo… Es un poco lo que se siente, ¿no? Que el día es más corto.

El Seminarista sonrió y Patricia esperó que hubiese entendido la indirecta, pero no, se dijo, ahí estaba repanchingado como si fuese su casa, chupeteando los restos del hielo derretido. La miraba de una manera rara, y Patricia se sintió molesta. Se levantó, ya que el hombre parecía no entenderlo de otra manera, y él la siguió con unos segundos de retraso.

—La próxima vez nos la tomamos un día con más tiempo —dijo satisfecha de verle junto a sí.

El hombre guardó silencio y, ya en la entrada, sin abrigo que darle que cerrase la invitación, Patricia acercó la cara para darle dos besos.

49

San Lorenzo de El Escorial, diciembre de 2016

La carretera de Robledo estaba vacía y aparcaron los coches en una de las bocacalles. Iban a tocar el timbre cuando apareció Marta empujando el cochecito del bebé en el que iba subido el pequeño de los niños, con los otros dos, vestidos con el uniforme del colegio, a su lado. Los miró asustada, se agarró la medalla, y Karen sonrió al sentir a su lado la tensión que se formaba en el cuerpo del brigada. La saludó, le hizo una caricia al pequeño y sonrió amable.

—No se preocupe, no ha pasado nada. Hemos quedado con su marido.

Marta dudó, abrió la puerta, los miró insegura, aparcó el cochecito en la entrada y se dirigió a uno de los niños mayores.

—¿Te quedas con estos señores mientras aviso a papá?

El crío obedeció, se colocó ante ellos y les lanzó una mirada curiosa. La mujer subió la escalera y llamó suavemente a una puerta. Esperó a oír respuesta, la abrió y cambió unas palabras que no lograron entender. Bajó y se quedó de pie lanzando miradas de soslayo al piso de arriba, del que se oía el correr de un grifo. Cano tuvo un ataque de tos y se volvió hacia ella.

—¿Le importaría darme un vaso de agua, por favor?

Marta se iba a dirigir a la cocina cuando se dio cuenta de que llevaba todavía los guantes, los dejó en la capota del cochecito doblada, antes de coger al bebé y empujar a los niños, y se alejó, seguida por Cano. El techo crujió y un hombre bastante gordo, pero con aspecto fuerte, vestido con una camisa por fuera de los pantalones, la escudriñó desde lo alto de la escalera. Bajó los escalones con parsimonia y se plantó en la entrada.

—Se han adelantado, dije a las seis. ¿Dónde está mi mujer?

—Karen Blecker, Guardia Civil —respondió la teniente—. Está

en la cocina, con los niños.

El hombre no replicó, levantó la barbilla un poco y fijó los ojos en ella. Karen sintió la presencia de Cano en el vano de la cocina y se alegró de que estuviese de vuelta.

—Tenemos unas preguntas que hacerle. ¿Le importaría pasar a otro sitio?

El hombre, todavía en silencio, abrió una puerta y los dejó entrar en el salón, pero no los invitó a sentarse. Se dejó caer en un sofá. La teniente se colocó frente a él y Cano se mantuvo de pie contra la pared.

—Ustedes dirán —masculló.

Hablaba sin mirarlos a los ojos, con un tono bajo, que daba la impresión de que murmurase. Karen pensó que, a primera vista, el mote del seminarista estaba bien puesto, pero, o Patricia no había notado la agresividad velada en sus palabras, o con ella no la había desplegado. Recordó la descripción de su madre y se dijo, divertida, que había acertado de pleno.

—Sabe usted que su vecina, Patricia Mata, fue asesinada el domingo por la noche.

—Sí, ya llamé al cuartel para que vigilen un poco más. Hablé con un tipo que no debe de haber inventado la pólvora, pero, ya se sabe, es lo que hay. —Se encogió de hombros—. Así pasa lo que pasa.

Karen enrojeció de ira ante el insulto a Suárez, y sus ojos se oscurecieron.

—Lo sabemos, sí. —Intentó controlarse y contó hasta tres—. ¿Podría explicarnos lo que recuerda de esa noche? ¿Vio usted a su vecina? ¿Qué relaciones mantenía con ella?

—Buenas. Algún favor que me pedía.

—Bastantes —corrigió Cano—, si vemos la cantidad de mensajes que intercambiaron.

—Lo normal entre vecinos —replicó el hombre con mirada desafiante.

—¿Cuándo la vio por última vez?

El hombre no dudó.

—El domingo. Le metí unos troncos en su casa.

Karen le miró sorprendida.

—¿A qué hora fue eso?

Se encogió de hombros.

—Por la tarde noche.

—¿Un poco más preciso? —preguntó Karen. Su voz empezaba a denotar impaciencia, pero no pareció que ello le importase al hombre. Se había repantingado, con las piernas abiertas y los brazos sobre los reposabrazos del sillón, y les observaba desde abajo—. ¿No se le ocurrió, tras hablar con su mujer o con el guardia Suárez, que nos podía interesar saber que vio usted a Patricia Mata esa noche?

—¿Y por qué tendría que hacerles yo su trabajo? —La miraba casi divertido, y Karen sintió que la ira le subía a la cabeza—. ¡Marta! —bramó. Se oyeron unos pasos ágiles, y su mujer apareció en la sala. Se dirigió a ella sin mirarla—: Una
Coca-Cola.
Ustedes no querrán nada, supongo.

Negaron con la cabeza. El hombre guardó silencio hasta que la mujer reapareció con una bandeja con la bebida. La puerta de la cocina había quedado abierta y se oía a los niños discutir.

—¡Hugo! —gritó el hombre. El niño mayor apareció corriendo, pero no entró en la habitación—. Subíos a ver la tele y no aparezcáis hasta que os llame. —El niño asintió con fuerza y abandonó la estancia. El hombre le hizo a su mujer un gesto con la barbilla y esta se volvió para salir.

Cano abrió la boca; sin embargo, al ver la mirada de la teniente, no dijo nada y se apartó de la puerta para dejar pasar a la mujer. Karen clavó los ojos en él.

—¿Puede contarnos exactamente cómo fue su encuentro?

—Mi mujer salió a pasear y yo le eché una mano a Patricia con los troncos.

—¿La llamó usted?

Negó con la cabeza.

—Estaba en la puerta y vi cómo salía a por la leña. Me acerqué a ayudarla.

—Entonces, ¿estaba usted en la puerta cuando se fue su mujer?

El hombre lo confirmó con un gesto.

—Vi cómo Patricia cogía la madera y me acerqué. No era la primera vez. —Se encogió de hombros—. Me invitó a tomar una copa. —Le miraron interrogantes, y una sonrisa se formó en sus

labios—. Y follamos. —Alargó la segunda *o*—. Ya saben cómo son algunas de intensas… Pero, cuando me fui, estaba vivita y coleando. Y satisfecha.

Cano avanzó un paso hacia él y estalló.

—«Follamos» implica a dos. A Patricia Mata la violó.

El hombre sonrió y negó con la cabeza.

—A la chica le iba la marcha, te imaginas el percal —dijo dirigiéndose a Cano.

Karen retrocedió un paso para colocarse entre el brigada y el hombre.

—A nadie le va esa marcha —replicó reprimiendo la cólera que sentía—. El cuerpo de Patricia, además de lo que probablemente sea su huella genética, tiene muestras evidentes de violación.

La miró divertido.

—Yo sólo hice lo que me pidió. —Se encogió de hombros—. Entré, hablé un rato con ella y, cuando me calentó, le seguí el juego, nada más. —Resopló—. Ya les digo, se quedó satisfecha. Incluso diría que más que yo. Pero no tenía que haberme fiado: ya la última vez acusó a ese tipo. Qué lástima que no pueda contarlo.

Karen apretó los dientes, intentó mantenerse fría y recitó de memoria:

—Lesiones en el cuello causadas por un intento de estrangulamiento. Lesiones en la columna vertebral. Hematomas en la piel causados por una fuerte presión. Lesiones vaginales. Ropa rasgada, signos de lucha. Violación y homicidio —concluyó.

El hombre levantó la cabeza, por primera vez sorprendido.

—¿Perdone? Yo no la maté.

—Nos tiene que acompañar.

—¿Te has vuelto loca, o qué? —exclamó el hombre levantándose amenazador.

—Teniente y de usted, si no le importa —replicó Karen haciéndole una seña a Cano.

El brigada se plantó a su lado, le leyó sus derechos y le inmovilizó las manos.

—¡Marta! —vociferó.

Su mujer acudió y se aferró al ver la escena al pomo de la puerta, petrificada.

—¡Llama a Federico! —gritó el hombre.

—No se preocupe —respondió Karen—, le podrá llamar usted mismo.

Los dos hombres salieron y Karen se quedó en la puerta con la mujer.

—¿Qué tengo que hacer? —le preguntó ella.

La teniente tuvo la sensación de encontrarse ante un niño abandonado.

—Puede llamar a su abogado, pero él lo hará también. Cuando volvió usted de su paseo, ¿su marido estaba en casa?

Marta afirmó sin dudar.

—Estaba en la cama durmiendo —respondió.

—¿No recuerda nada más? ¿Vio algo en casa de su vecina?, ¿oyó usted algo?

La mujer levantó la cabeza con miedo y negó.

—Tendrá que venir a declarar.

Marta asintió, obediente.

50

San Lorenzo de El Escorial, domingo, noviembre de 2016

El hombre la cogió por los hombros, juntó su boca con la suya y, con ello, ahogó el grito que ella emitió. La empujó contra la pared, la manoseó y le lamió la cara con la fría lengua. Patricia le empujó con el impulso de la pared e intentó separarse con las piernas. La levantó en volandas y la llevó de nuevo al salón. Patricia pataleaba, y el globo terráqueo de su tío y una figura de porcelana blanca cayeron al suelo con estrépito. La dejó caer en el sofá. Intentó incorporarse, pero él se colocó ante el reposabrazos y tiró de sus piernas hacia él. Patricia chilló e intentó apartarle con patadas, que él detuvo sujetándola por los muslos. Sus ojos recayeron en ellas, eran blancas, blandas y poco peludas. El hombre sonrió.

—Me encanta si te defiendes.

A Patricia se le nubló la vista, los ojos le palpitaron, sintió que los oídos le iban a estallar y, al oír rasgarse sus medias, supo que la iba a violar. Se retorció como una serpiente y un fuerte dolor en la espalda la hizo chillar. Sintió un peso oprimente sobre su cuerpo y el olor de su colonia, un olor clásico y que asociaba a señores mayores amigos de sus padres. Él se incorporó otra vez apoyándose en el sofá y Patricia pensó que, aunque no estuviese en forma, sólo con su peso la podría reducir. Intentó pensar y paró de patalear.

—Es cada vez así, ¿verdad? Protestas, pero claro que quieres —masculló mientras se abría el pantalón con una mano.

Patricia soltó un rugido, cerró los ojos e intentó liberarse con las piernas de nuevo, pero él mantenía sus muslos inmovilizados. Aunque probó a incorporarse, al estar inclinada sobre el reposabrazos no conseguía ni levantarse ni volverse. El hombre se detuvo sin soltarla. Patricia lo miró, sus ojos descendieron y se encontraron con su miembro, a medio excitar. Él sorprendió su

mirada y sonrió. Patricia aulló y él la agarró con una mano del cuello y apretó. Empezó a ver negro, notó sus piernas temblar y pensó que iba a morir. Sintió la penetración, a pesar de la brutalidad, como algo ajeno a ella. La presión del cuello disminuyó, consiguió respirar y empezó a toser. Su cuerpo se había separado en la cintura, y la parte superior se concentraba en respirar y mover el cuello para liberar las vías. Las embestidas en la parte inferior eran sordas, tenía las piernas dormidas, y Patricia pensó que eso debían de sentir las personas a las que se les amputaba un miembro: sabían que estaba ahí, pero no conseguían moverlo. Algo cálido y viscoso se repartió por su vientre y sintió el miembro blando sobre su muslo. Tuvo una náusea e intentó sacudir la pierna. Sus ojos se fijaron en la lámpara de hierro del techo e intentó gritar, pero la garganta le ardía. El hombre le dio una palmada en el muslo, acabó de cerrarse los pantalones y se colocó el pelo. Sonrió.

—Me voy a tener que ir. Mañana te acerco el saco de abono.

Patricia se dejó caer del sofá, se levantó apoyándose en la mesa y se lanzó a arañarle. Él le cogió las manos al vuelo.

—Eh, tranquilita, que ya hemos acabado.

Intentó hablar, pero de su garganta no salieron más que unos ridículos sonidos sordos. El hombre la miró, risueño.

—¿No aprendiste la última vez? Llama a la policía y explícales que cada par de meses invitas a un tío a casa, te lo follas y después le acusas de violarte. Tómate una copa y tranquilízate, que no has estado nada mal.

51

San Lorenzo de El Escorial, diciembre de 2016

La teniente cerró la puerta y releyó la declaración del Seminarista. No cambiaba en nada lo que les había dicho cuando le interrogaron y, más tarde, detuvieron. Reconocía haber tenido relaciones sexuales —que él aseguraba consensuadas— con la muerta y negaba rotundamente cualquier participación en su asesinato. Según su versión, abandonó a Patricia tras haber bebido una copa, haber mantenido relaciones y haberse despedido cordialmente. Habían mandado el ADN a analizar, aunque era innecesario tras su confesión. Las huellas sobre el arma homicida eran las de Patricia, pero el hombre era diestro y, por la altura calculada por el forense, podía coincidir. Pasó a disposición judicial.

Cuando Karen miró la hora eran casi las diez. Se sobresaltó, se acordó de Gonzalo y enrojeció al darse cuenta de que no le había avisado. Volvió la mirada y vio que Cano cargaba la impresora con papel.

—Cano…

Su compañero levantó la mirada.

—Había quedado. —Obvió la carcajada de su segundo.

—Pues le has dado plantón… —contestó, riendo todavía—. ¿No has avisado?

—No tengo su número —confesó Karen.

El brigada la miró, divertido.

—Ya. Y quieres que te lo consiga, ¿no?

—Si pudieses… Podría yo, pero va a ser más rápido si…

—No me digas más. Pero entonces me debes una copa —dijo mientras salía riendo.

Sus ojos recayeron en la palabra «consensuada» de la declaración y lanzó un gruñido. Cano apareció en la habitación

agitando un papel en la mano.

—¿Se lo has pedido a Romero?

Cano puso cara de decepcionado y negó con la cabeza.

—Me debes dos copas. ¿Crees que estoy loco? Se lo he envuelto a Suárez en una posible testificación. Estaba encantado de poder ayudar y de que recurriese a él. Ha llamado a ese amigo que se ha hecho en Tráfico, y en un momento lo tenía.

Karen escribió un mensaje rápido en el que explicaba que se había quedado por una urgencia hasta tarde a trabajar y posponía para el día siguiente, si él podía. No había dejado el móvil en la mesa cuando llegó la respuesta de Gonzalo, que decía que tenía que trabajar un rato y estaría despierto un par de horas más. Karen contestó diciendo que si no era demasiado tarde le avisaría, y sonrió. Cano apagó la lámpara de la mesa y cogió su abrigo.

—¿Hambre o sólo copa?

—En Croché nos darán algo todavía, ¿no?

Esquivaron las figuras del belén y bajaron, con el viento helador dándoles en la cara, las escaleras de Los Jardincillos, convertidos en un oasis serrano. La fuente estaba cubierta por una alfombra persa, y un molino de agua salpicaba a los viandantes con gotas heladas. Entraron en el cafetín y se dirigieron a una mesa tranquila en un rincón, pidieron una botella de vino tinto y bebieron, agradecidos, la tacita de caldo que les sirvieron de aperitivo. Cano se revolvió inquieto en su silla.

—¿Por qué no confesará?

—Hombre, Cano, es diferente una acusación por violación que una por homicidio.

—¿El juez habría aceptado la violación si no la hubiera matado? —preguntó Cano dudoso— ¿Habríamos creído inmediatamente a Patricia si hubiese denunciado la violación al día siguiente?

Karen bebió un sorbo de vino.

—Habríamos seguido el protocolo y, dadas las pruebas, no hubiese habido duda. Me preocupa más pensar si ella se hubiese decidido a denunciar otra vez una violación. Cuando oyes el calvario que sufren las víctimas, comprendes que se lo planteen.

—¿Por qué la mataría? Parece como si quisiese que le cogiésemos: deja sus huellas, no niega haber estado con ella.

La teniente frunció el ceño, pensativa.

—Yo tampoco lo entiendo. Comprendo que calculase que ella no denunciaría. Es una conclusión estúpida, aunque posible. Pero al matarla anuló esa posibilidad.

—A lo mejor cuenta con la declaración de su mujer.

Karen negó.

—No tiene mucho peso. Sólo afirma que su marido estaba en la cama cuando volvió. Pero me imagino que estaría dispuesta a declarar cualquier cosa que le digan.

Miró el perfil de Cano, la nariz prominente, se dijo que tenía mucha suerte con su compañero y le llenó la copa una vez más.

—Puedes estar contenta, ese cabrón no volverá tan rápido. Pero a ella no le hemos sacado nada. Tenía razón la abogada de Patricia con eso de que las maltratadas defienden a su maltratador…

—Presunta maltratada, Cano. No estamos seguros; suponemos. —Sonrió—. Ni siquiera ha sido una defensa, Cano. No le ha defendido —recalcó señalando el cuaderno en el que Cano había resumido el interrogatorio de Marta tras la detención de su marido —, sino que no ha dicho nada. La cuestión es por qué. Le podía haber defendido, haber dicho que vio u oyó a Patricia a su vuelta, pero no lo ha hecho.

—A lo mejor está encantada de quitárselo de encima.

Karen bebió, pensativa.

—No está encantada de nada, Cano. Hace lo que le dicen.

Cano lanzó una carcajada.

—Pues a nosotros no nos ha hecho mucho caso…

—No, porque no tenemos ascendiente sobre ella. Es él quien manda; ni nosotros, ni el abogado. ¿Sabes lo que creo? Que él le dijo que se callase, que no dijese palabra. Y es exactamente lo que hace. Veremos cuando se le permita hablar con ella cómo altera eso su declaración.

—A lo mejor confiesa que la mató ella —dijo Cano riendo.

—Pues no me extrañaría nada… —contestó Karen. Evocó a Marta e intentó imaginársela con el atizador entre las manos. Recapacitó y cerró los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó Cano extrañado.

Karen levantó la mano pidiéndole silencio y se concentró. A Patricia la acababan de violar, si él decía la verdad y no la había matado. ¿Qué haría una mujer como Patricia? La ha dejado como

un trasto viejo en el sofá. El hombre se incorpora y se va. Karen se preguntó qué hubiese hecho ella. Levantarse, insultarle, ir a por el teléfono.

—Cano, saca la autopsia de Benavides.

El brigada la miró extrañado, pero buscó el informe del médico y se lo tendió. Karen lo leyó a toda velocidad, cogió el teléfono, sacó el paquete de tabaco y sin mirar la hora salió a llamar. Cuando volvió, tenía las arrugas de la frente marcadas.

—Las lesiones de las cuerdas vocales por la presión pudieron quitarle la capacidad de hablar —explicó—. Benavides dice que tosería y hablaría con dificultad tras un rato, pero de manera muy ronca. No puede gritarle, está tosiendo. ¿Qué hace si no puede gritar ni hablar? ¿Qué harías tú?

—Salir a la calle, algún vecino —contestó Cano y Karen le miró escéptica—. Bueno, el vecino no…

—Sales a la calle y buscas ayuda. ¿Quién está ahí? Cualquiera, pero alguien seguro: Marta, que vuelve de su paseo. Ha pasado suficiente tiempo, la niña se ha dormido, el marido ya no está en la puerta. Patricia, desesperada e intentando hablar, llama su atención.

—Pero si su marido…

—¡Cano! Eso es lo que ves tú. A lo mejor el marido ya ha desaparecido. Son dos pasos hasta su casa. Su puerta está cerrada y no hay nada que pueda llevar a Marta a asociar a su marido con la figura de su vecina en la puerta, que sale a buscar ayuda. Eres Marta, ¿qué haces? ¿cómo reaccionas?

El brigada reflexionó.

—Te encuentras a una mujer gimiendo en la puerta de su casa: intentar aclarar y avisar a la policía.

—Eso si llevas el teléfono contigo. Suponemos que Marta salió de su casa a toda velocidad y descompuesta, tanto que cruza sin mirar. Puede que no llevase el teléfono. Aun así, ¿qué más? Yo la cogería y la metería. Estaba lloviendo.

—Era un sirimiri —dijo sarcástico Cano—. Pero sí, probablemente le preguntaría qué ha pasado y, si me pareciese que la casa no tiene peligro, la metería a resguardo.

El camarero se acercó, les sirvió más vino y recogió las tazas de caldo. Karen le miró agradecida.

—Muchas gracias, me ha hecho revivir.

—Con este tiempo, caldo y vinito —respondió el hombre.

Karen volvió a pensar en las diferencias entre los países. Los ingleses hubiesen ofrecido un té para entrar en calor, los alemanes se decantarían por algo más fuerte.

—Hace frío —dijo Karen—. La mete dentro y cierra la puerta. Yo por instinto la llevaría a la cocina y le ofrecería algo, algo que le suavizase la garganta, y entonces buscaría un teléfono, si yo no tengo.

Cano silbó y comentó:

—El vaso de agua de la cocina tenía las huellas de Patricia.

—¿Se lo da y empieza a hablar? ¿Qué diría yo? Me han violado, llama a la policía.

—Hasta ahí, sí, te lo compro. Pero ¿qué hace? ¿Llama al marido y este se la carga?

Karen frunció el ceño.

—Marta intentaría delegar responsabilidad, supongo. Llama al marido, sí… —contestó dubitativa—. ¿El marido vuelve y se la carga? ¿Y no limpian entre los dos? ¿No ajustan coartadas? ¿No protesta Patricia al ver a su violador? No sé…

Iba a continuar cuando se levantó un hombre mayor de otra mesa que le recordó al doctor Maus. Se acordó de su mentor, que siempre afirmaba que no había mejores asesinas que las mujeres. Que asesinaban menos, pero que, cuando lo hacían, la mayoría de las veces por sentirse ellas o sus polluelos amenazadas, eran implacables.

—¡Cano —exclamó la teniente—, a lo mejor no llama al marido! Patricia le dice quién ha sido. Y, entonces, ¿qué se le pasa por la cabeza a esa mujer? Ve su universo amenazado y piensa que Patricia le denunciará. Y ella se quedará sin protector, para sí misma y sus polluelos. No piensa y la mata, para que calle. Vuelve a casa, su marido está en la cama y no le dice nada.

Karen evocó la imagen de Marta en su mente, en la lonja, en la salida de la peluquería, en la plaza, el día anterior mismo en la carretera. Siempre la veía con el apéndice del cochecito de bebé, envuelta en el anorak, con la bufanda y los guantes. Los guantes.

Cano la miraba extrañado.

—¿Has visto un fantasma?

—¿Y si fue un cisne blanco?
El brigada abrió los ojos.

52

San Lorenzo de El Escorial, diciembre de 2016

Una fina capa de nieve había caído por la noche y, aunque el jardín era aún invisible, la terraza de granito, iluminada por el interior, parecía cubierta por una alfombra blanca. Se hizo un café y se sentó a elucubrar cómo aproximarse a Marta Echevarría, a la que había citado de nuevo a declarar.

Bajo la ducha, Karen observó su cuerpo, y una oleada de placer la invadió al pensar en la noche que había pasado con Gonzalo. Se secó frotándose vigorosamente, volvió a la cocina caldeada y se hizo una segunda taza de café sonriendo todavía. Cogió el móvil y escribió a Gonzalo excusándose otra vez por el plantón del día anterior.

Al amanecer, el jardín abandonado parecía el escenario de un cuento nórdico: el camino hacia la casa estaba atravesado por las huellas de lo que probablemente sería un zorro en busca de alimentos, y los árboles crujían bajo su abrigo blanco. Se sobresaltó al oír el pitido del teléfono y notó sus piernas temblar al ver el nombre de Gonzalo en la pantalla. Le preguntaba si le apetecía un desayuno rápido, después de haberle hecho quedarse sin cenar. Dudó y contestó que tenía que estar pronto en el cuartel, a lo que el hombre respondió que había salido a ver el monasterio cubierto por la nieve antes de que esta se deshiciese y que podría estar en su casa en diez minutos. Sonrió, contestó de manera afirmativa y avisó a Cano de que se retrasaría un poco. Recogió la casa y acabó de vestirse sin dejar de pensar en cómo conseguir que Marta se sincerase. La puerta del jardín chirrió, se levantó y vio la mata de pelo plateado de Gonzalo avanzar por el camino con dos bolsas de papel en la mano. El hombre se sacudió los zapatos en la entrada, observó las suelas y se decidió a quitárselos antes de acercarse a ella

y depositar un rápido beso en sus labios que le supo a menta.

—He traído las dos cosas, no sabía lo que primaba, si tu lado español o el centroeuropeo —dijo mostrando dos bolsas, una con churros y otra con dos *croissants*.

Karen extrajo un churro, sacó dos platos y colocó unas manzanas peladas y cortadas en la mesa. Hizo un café y se lo tendió.

—Perdona, ¿leche o azúcar?

—Ni lo uno ni lo otro, gracias. No te preocupes, me tengo que bajar a Madrid, así que no te voy a retener mucho. Pero si esta noche lo consigues…

Karen afirmó, pensativa.

—No te veo muy ilusionada. Si no puedes, no pasa nada.

Se sobresaltó y pensó que le debía una explicación.

—No, perdona, es que parece que hemos resuelto un caso, pero no sé cómo aproximarme a una testigo que está bajo la influencia de un hombre que probablemente la maltrata.

Gonzalo frunció el ceño.

—¿Una mujer maltratada? —Karen asintió—. Empatía, comprensión. Poniéndote en su lugar. —Lanzó una carcajada—. Perdona, supongo que es evidente.

Karen pensó en el doctor Maus, que siempre decía que todos los delitos tenían una explicación, una que a lo mejor nos parecía inconcebible, pero que para el acusado era perfectamente comprensible. El doctor afirmaba que la situación de un momento puede ser la gota que colma el vaso y lleva al desgraciado desenlace. Ponía como ejemplo una película en la que un hombre divorciado quiere visitar a su hija por su cumpleaños y deja un reguero de muertes en la ciudad al intentar restablecer «su justicia». El marido de Marta estaba convencido de que Patricia quería mantener relaciones con él, o simplemente se creía con derecho a ello.

—Sí, pero dudo si adoptar la actitud autoritaria a la que debe estar acostumbrada o la comprensiva, que puede que no me lleve a ningún sitio —dijo mientras separaba el *croissant* y observaba cómo la miga se desprendía del hojaldre.

—La autoridad funciona si el otro reconoce esa autoridad. Es decir, si tengo un cliente que considera que sé de lo que estoy hablando, acepta mis sugerencias y adapta en su mente su caso a lo

que yo le digo. Si me considera un charlatán, hará lo posible por refutar todo lo que le proponga. Si efectivamente es una mujer maltratada, reconoce una autoridad…

—La del marido —añadió la teniente.

—Es a la que está habituada y no creo que cambie tan rápido.

—Mi antiguo jefe siempre decía que nos pusiésemos en su lugar. Antes estaba pensando en esa película, ¿sabes? La del hombre que se cabrea por el precio abusivo de un refresco, protesta y el dueño de la tienda le amenaza. Acaba destrozando la tienda, pero paga el refresco en lo que él considera su justo precio. Ajusta la realidad a su imagen de ella. —Como el marido de Marta, pensó Karen.

El hombre miró el reloj y resopló.

—Perdona, pero tengo que bajar a Madrid y hoy encontraré atasco. Si acabas pronto esta noche, avísame.

Se levantó seguido por ella, se volvió y la besó empujándola hacia la encimera. Se detuvo de golpe.

—Me voy, que no llego, y, si sigo, te meto en la cama otra vez.

Karen esperó a que se pusiese los zapatos y le saludó cuando se volvió para cerrar la verja. Entró de nuevo, cogió el abrigo y se puso de camino al cuartel rumiando cómo encauzar el interrogatorio de Marta, que debía de estar ya de camino para prestar declaración.

Cano estaba en el despacho, con un vaso de café de la máquina entre las manos.

—¿Qué? ¿Has dormido bien?

—Bueno…, no hago más que pensar cómo sonsacarle a Marta lo que sabe o lo que no y, de paso, confirmar si la maltrata.

—Pues decídete rápido, porque debe de estar a punto de llegar. El tipo no ha dicho nada más; repite que Patricia le calentó y tuvieron un revolcón, como lo llama.

Karen gruñó y se echó hacia atrás en su silla.

—Si Marta se mantiene también, su abogado intentará que sólo se le culpe por la violación.

—Pero si Benavides demuestra que son suyas las huellas no tendrá mucho que hacer.

—Cano, el tipo es frío y calculador. No cuadra que haya dejado todo tal cual. Y en el atizador no hay más que unas huellas de Patricia, te recuerdo. ¿Se puso unos guantes después de violarla?

El brigada se encogió de hombros. Romero entró en el despacho y saludó a Karen con la cabeza.

—Marta Echevarría está aquí.

La teniente se levantó.

—Cano, no sé cómo acercarme a ella, pero da igual lo que diga; sígueme el juego. La voy a traer mejor aquí.

El brigada accedió.

Habían instalado a Marta en una pequeña habitación con la ventana enrejada y, cuando Karen entró, la miró asustada. La teniente le sonrió.

—¡Buenos días! Hace bastante frío aquí. ¿Le molestaría que pasásemos a mi despacho? —dijo manteniendo la puerta abierta.

Marta se levantó, aferró el bolso con fuerza y la siguió por el pasillo. Cano la saludó, y Karen movió una silla y la invitó a sentarse.

—¿Quiere tomar algo? ¿Un café? —preguntó la teniente.

—Si pudiese ser una manzanilla. No me encuentro demasiado bien —contestó la mujer un poco pálida.

—Claro, el brigada iba justo a acercarse al bar. ¿Te importa traernos también una manzanilla y un café, por favor?

Cano cogió la cartera y se levantó. Karen amontonó unos papeles en un lado de su mesa, subió el termostato al máximo, se dejó caer en la silla y se inclinó hacia Marta.

—¿Cómo se encuentra usted? ¿Y los niños? —preguntó con interés.

Había pensado empezar con el ¿qué tal?, pero tras más de un año en España había llegado a la conclusión de que «¿qué tal?» era tanto una pregunta retórica como un relleno de espacio en el que la gente todavía no sabía qué decir. «Cómo se encuentra» le sonaba a mayor empatía y preocupación.

—Bien, bien, pero no entiendo nada.

—No se preocupe, me he tomado tiempo y estamos aquí para aclararle todas sus dudas.

—¿Por qué se han llevado a mi marido? —murmuró.

Karen hizo una pequeña mueca.

—Su marido estuvo en casa de Patricia Mata la noche del domingo. —Evitó nombrar las palabras «asesinato» y «violación»—. Y estamos verificando las pruebas; por eso se ha tenido que quedar

aquí. —La mujer levantó los ojos asustada—. Pero pudo verle usted un momento, ¿verdad? —añadió Karen lo más suave posible.

—Sí, pero con su abogado y su compañera de usted, y un momentito… —contestó en un susurro.

Karen le ofreció una cálida sonrisa.

—Ya, lo siento, es todo lo que podíamos hacer. Por cierto, ¿quiere que llame al abogado de su marido para que asista a nuestra conversación? Si lo desea, le puedo avisar.

Marta pensó en Federico, el abogado de él. Como le indicó su marido, ella le llamó cuando se lo llevaron, y fue Federico el que la llevó a casa después de su declaración en la Guardia Civil. Se dijo que si lo llamaba, se aseguraría de no decir ninguna tontería, e iba a responder de manera afirmativa cuando irrumpió Suárez en la habitación con una lata rosa que parecía de juguete entre sus enormes manos.

—¡Buenos días! —dijo con voz animada antes de detenerse sorprendido al ver a Marta instalada ahí—. Lo siento…

—Nada, Suárez, pasa, que una pasta nos va a venir muy bien con el café que ha ido a buscar Cano. Déjalas aquí y te las devuelvo después.

Suárez, encantado de prestar ayuda, se volvió hacia Marta.

—Si le gustan, le hago una bolsita para los críos después —dijo afable—. Las ha hecho una señora del pueblo; les pone almendras molidas.

El guardia depositó la lata encima de la mesa y salía cuando se topó con Cano, que hacía malabarismos con las tazas, que posó sobre la mesa. Karen miró la infusión y le acercó la papelera a Marta. Esta sacó la bolsita, tiró el envoltorio, vació el azúcar y aceptó la cucharita de Karen para remover. La teniente se inclinó sobre las pastas, se las alargó y, tras dudar, la mujer se decidió a coger una, que posó en el borde del plato. Cano se sentó, apartado, en su mesa.

—Dígame, Marta, ¿se arregla usted bien con los niños en esta situación? Cuatro son muchos…

Marta sonrió.

—Estoy acostumbrada. Los mayores están en el colegio, y Santi y el bebé, en casa con la asistenta.

—Claro, que su familia está lejos —contestó Karen.

Marta pensó en su madre. La noche anterior, cuando el abogado le dijo que él ese día no volvía, se había dicho que podría aprovechar para llamarla sin tener que darle a él explicaciones de por qué y con quién hablaba. No comprendía cómo se enteraba él de esas llamadas, porque siempre se acordaba de borrar su número. Los niños mayores la habían atosigado a preguntas que no supo contestar, así que tampoco habría sabido explicárselo a su madre. Se dijo que había perdido la capacidad de hablar; sin embargo, eso, al estar todo el día con niños, era normal. Por ejemplo, se preguntó, la mujer de la Guardia Civil, que la miraba expectante, ¿qué querría? Le había preguntado algo, pero ya no sabía qué. Ah, sí, recordó, el abogado. Miró a Karen, que parecía preocupada, al hombre que siempre la acompañaba y le había traído la manzanilla, y las pastas sobre la mesa. Estaba bien en el despacho caldeado con la luz del sol que entraba por la ventana, y la guardia civil parecía amable. Si decía que no quería hablar con ella, a lo mejor se disgustaba, así que calló.

—Menos mal que tiene usted alguien que la ayude… —Le ahorró la teniente la respuesta—. ¿No tiene a más familia cerca?

Iba a negar, porque su familia era él, pero una voz dentro de su cabeza le susurró el nombre de su hermano, Julián. Sonrió al recordar las palabras de su madre, un rebelde sin causa. El que nunca hacía lo que debía, el que llegaba tarde, el que iba a matar a disgustos a su madre. Al que iban a desheredar, como decía su padre. No como ella, la niña obediente, que sacaba buenas notas. Que se entretenía en el club por las tardes, que iba a misa, aunque no fuese día de precepto, que no se peleaba en el colegio y que cuando le dijeron que valía para estudiar Medicina se matriculó. A pesar de lo que dijesen sus padres, a ella Julián siempre le hacía reír. Revolvió la manzanilla y suspiró. Nada le hubiese gustado más que su hermano se hiciese amigo de él, pero, la verdad, se dijo abatida, es que Julián estaba irreconocible. Se había dado cuenta en la fiesta de cumpleaños de su padre, que, aunque ella, en ese momento, no lo notó, después, cuando él se lo explicó, lo vio claro. Porque el que Julián tuviese un puestazo en un banco no le daba derecho a ningunearle. Él se había disgustado mucho porque su hermano le había hablado en un tono denigrante y, aunque ella no lo había presenciado, si llega a vivirlo, la que le retira el saludo es

ella. Julián, además, se había vuelto un mentiroso, porque la última Navidad le soltó que no entendía por qué no le cogía el teléfono. Tenía razón él cuando le dijo que Julián decía mucho y hacía poco. Como Julián no llamaba, ella tampoco, que, por lo menos, como decía él, se tenía que disculpar. Pero la verdad es que lo sentía. Suspiró y se dijo que sería la influencia de su mujer. Esta se intentó hacer amiga suya cuando se casó con Julián, la llamaba e incluso subía a El Escorial a comer. Sin embargo, tuvo que dejar de cogerle las llamadas porque le ponía la cabeza como un bombo, todo el día sonsacándola y preguntándole cosas que no le incumbían. Marta recordó el día en el Miranda en que se tuvo que tirar toda la merienda explicándole que el golpe en la frente no era nada; al fin y al cabo, una tontería. Se acordó de la vergüenza que pasó cuando su cuñada volvió del baño con Hugo, que a buena hora la dejó acompañarle, y le preguntó en medio de la cafetería que qué eran los moratones que tenía el niño en el trasero. Entonces se lo dijo, que, si quedaba con ella para ponerle a él verde, mejor no quedaban y en paz. Él tiene un carácter fuerte, pero, en el fondo, es bueno. Hacía tiempo que no veía a Julián; aun así, era su hermano.

—Mi hermano Julián, pero siempre está muy ocupado. Trabaja en un banco…

Karen desvió un momento la mirada y vio que Cano apuntaba el nombre.

—Si quiere, le puede llamar. También al abogado de su marido, o le podemos aconsejar otro —tanteó.

Marta negó con la cabeza y Karen miró el reloj.

—Puede llamar a una amiga, si prefiere.

Marta pensó en Claudia, su amiga del colegio. Ella sí que sabría qué hacer y qué decir. Sonrió al recordar cómo llegaron juntas al colegio mayor, en julio, para prepararse bien para el curso. Eran los sanfermines y Claudia dijo que quería vivir las fiestas. «¿No se vive continuamente?», le preguntó. Claudia la había mirado con la misma cara de tristeza que ponía Julián cada vez que le castigaban y ella le preguntaba si había merecido la pena, y eso la convenció. Sólo quería que estuviese contenta, y Claudia tenía tantas ganas que le pareció feo desilusionarla. Propuso coger el autobús, pero Claudia rio y dijo que le había pedido al taxista que la había traído que la recogiese, así que ella ya sabía que se iba a escapar dos días

después de llegar. Bueno, se corrigió, fue ella la que dijo «escapar», porque Claudia lo llamó «salir». Dijo que no era un crimen salir a dar una vuelta por Pamplona. Y la verdad es que en ese momento a ella tampoco se lo pareció. El taxista se había hecho amigo de Claudia y consiguió dejarlas cerca de la plaza. Claudia tenía mucho más dinero que ella, que llegó con un sobre cerrado de su madre para la encargada, que le iría dando cantidades según lo necesitase, y lo gastó a manos llenas en pinchos y vinos. Cuando el taxista las devolvió a la residencia, ya había oscurecido y la encargada las estaba esperando. Las olfateó, lo que hizo que Claudia estallase en una risita boba y la encargada se enfadase. La mandó a ella a la habitación y se encerró con Claudia en su despacho. A Claudia la expulsaron al día siguiente y no la vio más hasta que se la encontró en el bar de la facultad muerta de risa con otras compañeras. Contó que el rapapolvo había sido monumental, pero que era justo lo que había buscado, que ella nunca quiso entrar en esa residencia. Que, después de la expulsión, sus padres le habían conseguido una habitación en un piso compartido sin que nadie la vigilase ni mandase. Se alejó del brazo de un chico de quinto, haciéndose arrumacos y no sin invitarla a su casa. Fue un error contárselo a su compañera de habitación porque le costó una charla con la encargada, que le dijo que Claudia era una mala influencia y que acabaría mal, que era una manzana podrida y que había jugado con su futuro, obviando el trabajo y esfuerzo de sus padres. Marta se sobresaltó y se dijo que se había perdido en sus recuerdos y que la guardia civil se iba a enfadar, pero no parecía ni siquiera molesta; sólo a la espera. Pensó que iba a quedar mal si decía que no tenía amigas.

—Tengo una amiga, Claudia. Es médico —añadió orgullosa—; estudiamos juntas.

Karen evitó que la sorpresa se le marcase en el rostro y sonrió.

—Ah, estudió usted Medicina.

Marta recordó cuando suspendió unos exámenes y entre él, la encargada y su madre decidieron que era mejor que se pasase a Enfermería. Claudia se enfadó mucho y le dijo unas cosas muy duras, pero ella siempre había sido distinta y no comprendía.

—No, Enfermería —contestó—. Bueno, hice dos años de Medicina, pero es un oficio muy esclavo y con niños es complicado

—respondió con la misma frase que le habían dicho a ella en su día —. Me cambié a la mitad; Claudia, en cambio, siguió.

Enfermería era ideal, le había dicho la encargada de la residencia: podría dejar de trabajar cuando se casase y tuviese niños y empezar otra vez cuando se hiciesen más mayores y la necesitasen menos.

—Y Claudia…

—Claudia Mondragón.

—Así que las une una larga amistad. ¿A su marido le conoció también en la carrera?

—Mi marido —explicó— estudió Empresariales, también en Pamplona. Nos conocimos ahí, sí. Nos gustamos y al año estábamos casados.

Y sí que tengo que estarle agradecida, se dijo, porque, sin él, ¿dónde estaría yo?

—Así que han mantenido la amistad los tres. No piense que soy cotilla. Lo que sucede es que estudié en el extranjero y siempre envidio las largas relaciones universitarias que se forman aquí.

Marta recordó que cuando le presentó a él a Claudia, esta no tuvo más que palabras malas, aunque la excusó porque a ella la acababa de dejar el novio. Tuvo que luchar para que él la aceptase como madrina; sin embargo, Claudia puso todo de su parte y él consintió. Cómo lo consiguió entonces es algo que hoy no se explica.

Claudia, cuando había partido, subía muchas veces a El Escorial a verlo. Eran bien bonitas esas noches, rememoró. Él hacía unas barbacoas estupendas, y Claudia, la pobre, al final ni veía el fútbol, porque, como él estaba concentrado, ellas se ponían a hablar de sus cosas mientras recogían. Pensó con pena en esa última discusión que tuvieron. Él se había disgustado mucho porque no quedaba cerveza, con razón, porque fue ella la que no había prestado atención. Ella se lo dijo a Claudia muchas veces, que, si lo hacía por ella, como afirmaba, que se lo ahorrase, que era muy feliz y que, además, había sido culpa suya. Su amiga se enfadó y hasta lloró, y la acabó consolando ella, porque no quería entender que él sólo tiene dificultades en expresar sus sentimientos. Después de eso, dejó de subir al fútbol, pero llamaba, y un día hasta se escapó del hospital y se subió a San Lorenzo por la mañana, aunque no lo

volvió a hacer porque la dejó de llamar.

—Claudia es también madrina de uno de mis hijos —dijo en un susurro.

—A lo mejor puede subir a echarle a usted una mano.

Marta hizo una mueca y se dijo que Claudia había cambiado mucho. Ese día le había dicho unas cosas crueles que seguro que no pensaba, pero a lo mejor fue porque está bajo mucha presión en el trabajo. Lo que es la presión en el trabajo ella lo sabía bien, que, aunque no había trabajado más que durante las prácticas obligatorias, él se lo contaba, que tiene un jefe odioso y unos compañeros que no están ahí más que por enchufe y no hacen más que sabotearle. Borrón y cuenta nueva, que dijo él. Pero a Claudia la quería mucho y le costó dejar de verla, aunque fue ella la que dejó de subir, dejó de llamarla y no respondía a sus llamadas.

—¿Tienen ustedes mucho contacto? —preguntó Karen para intentar sacarla de su ensimismamiento.

Observó a la mujer y se dijo que ojalá pudiese descifrar los cambios que se operaban en su rostro. Marta negó suavemente con la cabeza y bajó los ojos.

Al principio, cuando Claudia dejó de llamar, se preocupó, porque ella, aunque fuese una vez a la semana, contactaba con ella. A lo mejor fue porque sabía que por las noches, que es cuando volvía del hospital, ella no podía hablar, porque él se molesta mucho si se cuelga al teléfono. Como dijo él, la gente tiene su vida, y ella ya no era parte de la vida de Claudia.

—Tiene mucho trabajo —la excusó Marta.

Karen volvió a echar un vistazo al reloj y vio que se acercaba el mediodía.

—Claro. Lo digo porque, si tiene que recoger a los niños al mediodía, podría avisar para que lo hiciesen por usted. ¿A lo mejor otra madre?

Antes, cuando salía de dejar a los niños en el colegio, iba a veces a una cafetería del pueblo con las otras madres. Las que trabajaban se tomaban uno rápido; las que, como ella, no, uno más tranquilo. Eso también le confirmó la suerte que tenía. Ella podía volver a casa, hacer las cosas a su ritmo y ocuparse de los niños. Ellas decían que les daba tiempo, pero se las veía agobiadas en el supermercado, llegando a su casa por la tarde y encontrándose con el desayuno por

recoger. No creía que fuesen felices. A lo mejor ellas sí, pero sus niños, sus maridos, ellos no. Y eso es ser muy egoísta, se dijo. Pero era divertido, pensó con nostalgia, tomar un té, hablar de los críos y escuchar las historias de las otras, aunque muchas pareciesen mentira. Había una muy divertida que los lunes contaba con pelos y señales detalles de cama con su marido y, además, como si le gustase. Todas reían y ella también para no quedar mal.

—No, es que, como tengo tanto que hacer, la verdad es que no salgo mucho, no me gusta perder el tiempo.

Él tenía razón al decir que eran una mala influencia que le hacía apartarse de lo fundamental, esto es, pensar en sus hijos y en su hogar. No recordaba cómo se enteró, porque ella, que ya sabía que no le iba a gustar, no se lo dijo. Se lo contaría alguien del pueblo, o de alguna vez que no debió de poder sisar las horas de la chica, que era lo único que podía pagar en metálico para ahorrarse la Seguridad Social, y tuvo que pagar con tarjeta. Suspiró y se dijo que era verdad, que descuidaba la casa si se quedaba por las mañanas de parranda. La entristeció que no la llamasen nunca, pero debió de coincidir con la época en la que se le estropeó el teléfono. Una de las del grupo le preguntó en la carnicería que si la había bloqueado porque nunca conseguía contactar con ella. Ella se enfadó, porque pensó que, si alguien te deja de llamar, no hace falta mentir; se dice que no has tenido tiempo y es suficiente. Desde entonces, las evitaba y se sentía mejor, porque, cuando se las encontraba, veía que la miraban y susurraban. Debían de estar criticándola, por mucho que cuando se encontró a una del grupo en la puerta del colegio le preguntase que si todo iba bien. Pues fenomenal, contestó, todo estupendo.

—¿Su madre viene a verlos a ustedes a menudo?

Con mamá no tengo problemas, pensó, aunque su madre se estaba haciendo mayor. A veces, cuando llama, le hace unas preguntas que a ella le parecen rarísimas, que si es feliz, que si todo va bien. Estupenda, contesta ella, ¿no me ves? Puede ser que lo pregunte porque llama siempre por las mañanas y la pilla agobiada entre la casa y la comida, y también mientras su padre está en la oficina, ya que, después de la última bronca, a ella no le apetecía hablar con su padre, por mucho que le suplicase su madre que se reconciliasen. ¿Por qué tuvo que encerrarse en el despacho justo el

día de Navidad con él y decirle esas cosas horribles? Él las aguantó por ella, que, si no, de qué.

—No, está mayor. Pero me arreglo bien, y los niños me ayudan.

Marta se endereza y Karen nota que la tensión empieza a ser visible. Había pensado preguntar por el papel del padre, pero desiste, diciéndose que le hará ponerse en guardia y defender a su marido. La mujer mira a la teniente y se dice que se ha equivocado, que la guardia civil está intentando sonsacarla, como las profesoras del colegio.

—Sí, eso me pareció, que son muy responsables. Supongo que será una mezcla de educación y de haber tenido la posibilidad de crecer en una familia numerosa, lo que lleva a tomar más responsabilidad y a compartir —dijo Karen para desviar la conversación.

Marta se relajó y sonrió abiertamente.

—Sí, no se cree, pero las familias numerosas tienen muchas ventajas. Son muy buenos niños.

—Si me dice que sacan buenas notas, dejo de preocuparme y la mando a casa a que la cuiden ellos a usted —dijo divertida la teniente.

Marta sonrió orgullosa. La calefacción ardía, en el cuarto hacía mucho calor y Cano ya hacía un buen rato que se había quitado la chaqueta. Karen se levantó, se quitó la suya y la colgó ordenada en el perchero. Se volvió y le preguntó a Marta si quería despojarse de algo. La mujer se quitó una chaqueta de punto gris y dejó a la vista una blusa con un estampado *liberty* azul. Al volver a sentarse la teniente, la silla chirrió, lo que hizo a Cano volver la vista y le alargó de nuevo la lata de galletas de Suárez. Marta se estiró y cogió una, y Karen se esforzó en no observar sus brazos con la esperanza de que Cano hubiese comprendido la maniobra. Clavó los suyos en los ojos marrones de la mujer cuando un estruendo las sobresaltó. Se oyó una maldición y Cano se inclinó a recoger las hojas desperdigadas de un archivador. Marta se levantó automáticamente y le ayudó.

—Brigada, está usted muy torpe; es la segunda vez en una semana —dijo Karen seca.

Cano no levantó los ojos y siguió recogiendo ayudado por Marta, que, sin levantar la mirada, se esforzó en buscar con rapidez hasta

el último papel que había caído bajo las mesas. Karen miró desde arriba el interior de su blusa, que al inclinarse se había abombado y dejado un momento a la vista un gran hematoma. Buscó los ojos de Cano y le lanzó una mirada de alerta. Marta se sentó de nuevo.

—¿Le apetece tomar algo más? —preguntó la teniente.

Marta negó con la cabeza.

—Voy a por una botella de agua, perdóneme un momento —dijo Karen levantándose para salir.

El brigada se puso a ordenar los papeles caídos y Marta volvió los ojos hacia él.

—¿Le ayudo?

Cano sonrió agradecido y le tendió unas hojas desordenadas.

—Hay que separar los azules.

Marta emprendió la tarea.

—Pues menos mal que sus hijos sacan buenas notas —comentó Cano mientras metía las hojas en el archivador—, yo a mi familia la traía por la calle de la amargura…

—Julio es buen estudiante y Hugo está mejorando —contestó Marta sin parar de separar.

—Qué suerte, porque yo era un trasto… Mi madre se pasaba la vida en el colegio.

—Bueno —respondió Marta animada—, eso no quiere decir nada, yo también me paso la vida ahí… Ya se sabe, los profesores.

—Mi madre siempre volvía enfadadísima conmigo, como si la culpa de mi insuficiente se la hubiesen echado a ella.

—Eso no ha cambiado… La culpa, la mayoría de las veces, es de los padres. Que si somos demasiado duros, que si no se debe corregir…: un rollo. Yo ya no voy sola, porque además me sonsacan y después me cambian las palabras.

Cano lanzó una carcajada.

—Como yo ya me lo conocía, hacía que mi madre fuese al mediodía, cuando mi padre estaba trabajando, y así me tocaba zapatilla y no cinturón.

Marta sonrió y bajó la voz:

—Yo de usted no lo diría muy alto en los tiempos que corren… Por algo así, le pueden quitar a los niños. Me lo dijeron en el colegio.

Cano la miró extrañado.

—No sabía yo que los agustinos estuvieran tan modernos.

—No se lo puede imaginar. Mi marido dice que, en cambio, de los problemas de verdad los profesores no se ocupan.

Recuerda que el martes tiene otra vez cita con la psicóloga del colegio y se dice que, si él no ha vuelto, la tiene que anular, porque sola no puede ir. Se pregunta qué le pasará a Hugo. Se lo dijo a la profesora, que era un buen niño, y esta le confirmó que lo sabía, pero que tenía un comportamiento extraño. Al lado de su hermano es más apocado, reflexionó Marta, pero es que Julio ya ha aprendido a defenderse. Recuerda lo que dice él, que lo principal es encarrilarles, que no se conviertan en unos blandos y unas nenazas y que a los niños hay que enderezarlos, que, si no, crecen torcidos. Fue él quien habló con la maestra y le explicó que se equivocaba, que su hijo no tenía esos problemas. Él sí sabe llevar esas conversaciones, se dijo, que ella se liaba y al final ya no sabía ni qué había dicho, ni qué había dejado de decir. Cuando le preguntaron si él pegaba a los niños, se quedó anonadada y contestó que pegarles no, que los corregía. La empezaron a liar y estuvo bien que se acordase de que él siempre dice que se quieren meter en su vida y juzgarles. Ahí fue cuando le dijeron que le podían quitar a los niños. Ella se escapó diciendo que tenía que llevar a la niña a vacunarse y que ya volvería. Cuando fueron juntos, él se ocupó de todo y ya no tuvo que decir nada, que, como dice él, la gente se mete en unas cosas que ni les va ni les viene, y es su vida y son sus hijos.

—Pues sí, a mí me lo dijeron —añadió.

Cano miró y movió la cabeza con desaprobación.

—Pues a mí la zapatilla no creo que me viniese mal… Del cinturón tengo peores recuerdos.

—Sí, la verdad es que el cinturón no es agradable para nadie. A mí no me gusta… —susurró.

Recordó la última vez que Julio se había portado mal, y él se lo iba a llevar al despacho. Sabe que es necesario, pero ella es más blanda y no le gusta oírlo, así que cogió a la niña y dijo que la sacaba a pasear. Tuvo que dar una vuelta para tranquilizarse, después de que al cruzar la carretera casi la atropellase un coche. A la vuelta, estaba la vecina ahí en la puerta haciendo unos ruidos que daban miedo. Con ella no quería tener nada que ver, que él le

había contado lo que hizo: acusar a un pobre hombre de violarla, que era mentira, y, aun así, él se tiró unos cuantos meses en la cárcel. Ella, después de saber eso, no le daba ni los buenos días, pero, al verla ahí en la puerta gimiendo, pensó que le habían entrado a robar. No conseguía decir nada y decidió que lo principal era sacarla de la calle, que, si había alguien que lo entendiese, esa era ella. Los vecinos son unos cotillas, pensó, todo el día escuchando, metiéndose en la vida de los otros y juzgando. Se dijo que un vaso de agua la tranquilizaría y la metió en su casa. Se lo sirvió en la cocina, la vecina se lo bebió y pareció serenarse un poco, así que le preguntó si le habían entrado a robar. No contestaba más que con sollozos y entonces propuso llamarle a él, que siempre sabe lo que hay que hacer.

—Pero, si soy sincero —añadió Cano—, hoy en día lo agradezco, que a saber dónde estaría si mi padre no hubiese sido así. Cuando murió y mi madre se quedó sola, nos dimos cuenta de todo lo que había hecho por nosotros.

—¿Su padre murió siendo usted joven?

Cano asintió.

—Porque teníamos a mis abuelos, porque la verdad, mi madre sola…

Marta sintió un escalofrío y se dijo que es como estaba ella ahora: sola. Nunca había sido muy lista y había tenido mucha suerte de encontrarse con él, que, si no, dónde estaría. Se preguntó cómo se iba a arreglar hasta que él volviese, porque no tenía dinero ni para hacer la compra.

—¿Cómo se arregló su madre? —preguntó inquieta.

Cano se encogió de hombros.

—Fue duro… Las cosas más simples, como los contratos de la casa, todo lo hacía mi padre. Y el dinero, claro. Pero, al final, salimos adelante.

Marta le miró asustada y se dijo que en eso no había pensado. El dinero, los contratos de la luz y el teléfono, el depósito de gasóleo: eso lo hacía todo él. Se preguntó cómo pagar la compra porque no tenía más que una tarjeta de crédito que él rellenaba para que se acostumbrase a no ser tan gastiza. Recordó la suma que le dejó su abuela y suspiró. Estaba en un banco con filial en el pueblo, y una mañana, después de dejar a los niños, se había acercado hasta ahí.

Le había tocado una mujer con el pelo rizado que le dijo que era su dinero y que se tenía que ocupar ella. Hasta se había ofrecido a enseñarle y bajar juntas la aplicación. La había convencido y le dejó a la del banco su móvil, pero fue complicadísimo, porque no se sabía ni su número de identificación y hubo que recuperarlo. Mari Ángeles, la del banco, llamó al proveedor del teléfono y perdió la paciencia con los de la compañía porque le dijeron que el móvil tenía unos bloqueos que ella no había hecho nunca, porque él se lo dio nuevo ya con todos sus contactos grabados. La mujer, tras conseguir descargar la aplicación, se tiró horas enseñándole a hacer transferencias y a mirar el saldo y hasta le dijo que le podría dar una tarjeta para sus gastos. Eso le hizo ilusión, porque a veces le gustaría comprar algo, algún regalo o incluso algo para ella, y le hubiese gustado que él no tuviese que recriminarle el ser derrochadora cuando controla los precios en las facturas. Él tenía razón, porque no necesita nada, tiene de todo. Se estremeció y recordó que, cuando se lo contó por la noche, él se disgustó mucho y dijo que la mujer del banco había aprovechado para apropiarse de sus contraseñas y leer sus correos y que probablemente le vaciaría la cuenta a la primera. Mari Ángeles no le había causado esa impresión, pero era cierto que insistió mucho para conseguir las contraseñas del teléfono. Suspiró y se dijo que había sido una ilusa y una tonta al darle a una desconocida todos sus códigos y dejarla entrar en su dinero. Menos mal que él reaccionó y al día siguiente cambió todo otra vez. La llevó a su banco y le presentó a un señor que dijo que nada de eso era necesario, que borrase la aplicación, que además era un peligro y que invirtiese en un fondo estupendo que sólo ofrecían a clientes escogidos. Él llamó a la sucursal de San Lorenzo, protestó y hasta amenazó con denunciarlos por hacerle entregar las claves. Una vez, ella se encontró a la mujer del banco en la farmacia y le pareció que iba a abordarla, pero se fue antes de que le intentase sonsacar otra vez las claves, aunque ahora ya no las tiene, que las guarda él en su caja fuerte. Bien seguras, para que nadie pueda arrebatárselas.

—Debió de ser muy duro… —comentó Marta.

—Mi padre era nuestro pilar —confesó Cano—, sí. A pesar de lo que dijese la gente, era un hombre bueno y recto.

—La gente habla sin saber. Se lo digo por experiencia… —

añadió Marta compungida.

Como la vecina, cuando le propuso llamarle a él, se dijo. Empezó a hablar toda ronca y a decir locuras, a decir que había sido él. Se descolocó, porque acusarle a él de robar ya le pareció demasiado, por muy excitada que estuviese. Intentó decírselo, y fue ella y se levantó las faldas para enseñarle unas medias todas rotas y las piernas, que tenía bastante rojas. De las cosas que dijo de él no se quiere acordar, que menuda lengua, pensó.

Karen había entrado en la habitación y escuchaba atenta el diálogo sin interrumpir. Cano sonrió.

—Lo peor son las habladurías de los vecinos.

—Me lo va a decir a mí. Mi vecina, sin ir más lejos, estaba como una cabra y decía cosas sin pensar en las consecuencias. Como la otra noche, sin ir más lejos, que menuda lengua.

Cano evitó moverse y se mantuvo cómodamente reclinado en la silla. Contestó comprensivo.

—No debía de ser una mujer fácil.

—¿Sabe que acusó a un hombre de violación y después no era verdad? —comentó Marta indignada.

El brigada hizo una mueca afirmativa.

—Pues quería hacer lo mismo —dijo bajando la voz.

Se puso a gritar que le iba a denunciar y que le iban a meter en la cárcel, que era un violador. Ella sólo quería que se callase, que ya bastante tenía encima con las habladurías del pueblo, que murmuraban desde que se despidió la canguro porque dijo que él era demasiado duro con los niños. Él perderá los nervios alguna vez, se dijo, pero ¿quién no se desespera en algún momento? Y eso que se lo explicó a la madre de la niñera, que él es bueno, que habría tenido un mal día.

—Entonces empieza lo de «cuando el río suena, agua lleva»… —dijo Cano.

Marta esbozó una sonrisa de complicidad.

Para que, además de lo que cotillean, se dijo, la vecina suelte sus locuras y encima a voz en grito, que a ella sí que no le habían enseñado que los trapos sucios se lavan en casa. Cuando la apartó de un manotazo y se fue al salón a por el teléfono, supo que si se le escapaba se iba a armar la de San Quintín.

—Menos mal que la callé, sí.

La verdad es que no sabía cómo, pero se encontró con el atizador en las manos. Cuando volvió a casa, quería pedirle a él que fuese a ver lo que le había pasado; sin embargo, él estaba ya en la cama, y, para una vez que se podía dormir tranquila, no la iba a desaprovechar.

Karen hizo un ruido y se volvió a sentar en su mesa. Le ofreció una botella de agua e intervino en la conversación:

—Se asustó usted al ver a Patricia así, supongo.

Marta la miró sorprendida, pero asintió sin decir nada.

—Y no le dijo nada a su marido cuando volvió.

La mujer negó con la cabeza.

—¿La amenazó a usted? —preguntó Karen con suavidad.

Era mediodía y el colegio vecino al cuartel tocó el timbre. Un griterío de niños invadió la habitación, y Marta levantó la mirada.

—Dijo que se enteraría todo el mundo… y los niños, ¿sabe? —Bajó la voz—. No quería que se riesen de ellos.

Karen se inclinó hacia ella.

—Marta, necesita usted un abogado que la asista. —La mujer la miró sorprendida—. He pensado, si le parece a usted bien, que podría llamar a su hermano, o a su amiga Claudia. ¿Me podría dar sus números? No es conveniente que tenga usted el mismo abogado que su marido.

Marta sacó su teléfono y se lo tendió tras desbloquearlo con la huella. Karen buscó los nombres, marcó y en ambos le contestó una voz que repetía que el número estaba apagado o fuera de cobertura. Entró en los ajustes del aparato y vio que había muchos números bloqueados. Una rabia sorda creció en su interior. Suspiró y le lanzó una mirada a Cano sacudiendo la cabeza.

—¿Cree que se lo podría explicar usted? —preguntó Marta en un susurro.

Karen posó la mano en su hombro y salió de la habitación para pedirle a Suárez que confirmase o buscase los números de Julián Echevarría y Claudia Mondragón, y para despojarse de la horrible sensación de culpabilidad que sentía.

53

Madrid, diciembre de 2016

César cerró la puerta del portal, cogió el correo de sus padres y subió por la escalera. La puerta de madera crujió al abrirse y su madre acudió secándose las manos en el delantal. No dijo nada y César esbozó una sonrisa fatigada. Paz se lanzó a sus brazos, le dio tres besos muy seguidos y se mantuvo unos segundos más aferrada a él.

—Pasa, hijo, que ya casi tengo la comida.

César iba a hablar, pero su madre le tapó la boca con la mano.

—No, no quiero saber nada. Ya se lo he dicho al del bar cuando quería contarme no sé qué, que no quiero que me hablen del tema. Como le dijo don Alfredo a tu padre, es como si no hubiese pasado nada. ¿Te traigo una cerveza?

César inclinó la cabeza, vencido.

—Ve a sentarte, que papá debe de estar al llegar.

Paz desapareció en la cocina y César, desde la sala de estar, la oyó tararear una canción. Suspiró. Oyó saltar la chapa y su madre apareció con un botellín y unas aceitunas.

—No tenías que molestarte, mamá.

—¡Pero hijo! Si no es molestia. Lo que tendríamos que hacer es sacar el cava para celebrarlo, pero me ha dicho tu padre que no querrías…

César calló y observó cómo Paz se alejaba a la cocina con paso decidido. La miró y pensó que tenía que ser agotador mentir continuamente. Conocía a su madre y, a pesar de su aparente alegría, había notado las ojeras más oscuras de su rostro, las arrugas de la boca más marcadas, su tez más cenicienta. Se movía a toda velocidad para que nadie reparase en su agotamiento, cantaba en voz alta desde la cocina, pero las notas eran un poco más altas de lo

acostumbrado. Sabía por su padre que dormía muy mal y que, a pesar de que él también lo ocultaba, ambos estaban muy preocupados por los resultados médicos que esperaban. César sabía sin ellos que su madre estaba enferma y también sabía lo que había acelerado su dolencia. Enterró la cabeza entre las manos y cerró los ojos. Le dolían los hombros y sentía un agotamiento tal que la idea de morir y poder dormir casi le parecía atractiva. Dejó la botella en la mesa y se adormiló en el sillón que estaba junto a la ventana.

Se despertó de golpe, convencido de que le llamaban para que se personase en comisaría e hizo caer la mesita en la que había colocado la cerveza. Asustado, se inclinó a recoger, pero en el suelo no había nada. Su madre debía de haber entrado y, al ver que dormía, le había cubierto con una manta y se había llevado el aperitivo. Sintió frío a pesar de la manta y se dio cuenta de que estaba bañado en sudor. Respiró un par de veces e intentó concentrarse en los leves ruidos que llegaban de la cocina, donde su madre había cesado de cantar. Miró su móvil y vio un correo de la publicación semanal con la que había hablado la semana pasada. Con una mezcla de esperanza y miedo lo abrió. Cuando leyó «en estos momentos necesitamos incorporar a alguien que se ajuste mejor al perfil definido» lo cerró sin leer hasta el final. Era un semanario de segunda y César sabía por su amigo Carlos que necesitaban a alguien con urgencia. Reclinó de nuevo la cabeza y se instó a no desesperar; se dijo que, por lo menos, Ana había aceptado cenar con él. Echaba de menos a su mujer y, en las últimas semanas y a pesar de la distancia, cada vez hablaban más. Si estuviese en Madrid, las cosas serían más fáciles. Se incorporó, se tragó su orgullo y llamó a Carlos. Este respondió con una voz animada al cuarto pitido.

—¡César! Qué hay, macho. Ya sé que no ha pitado la flauta, pero ya sabes cómo son estas cosas…

—¿Han encontrado a otro?

Carlos carraspeó.

—Joder, tío, que ya sabes cómo es la gente —dijo sin responder—. Pero tú, sobre todo, no desesperes, que verás como sale algo. Oye, ando muy liado, pero cuando quieras nos tomamos una cerveza. ¿Qué te parece?

—Carlos, sí, y muchas gracias. Pero ¿por qué? Si no han

encontrado a nadie…

Un silencio se hizo al otro lado de la línea, Carlos carraspeó de nuevo y bajó la voz.

—Qué quieres que te diga: el jefe de sección ha visto la portada de la revista de las locas esas y se ha decidido a esperar. Ya sabes, sale esa tía en plan mártir, parece que se la han cargado.

—Pero si yo…

—Que sí, César, que ya sé que estás en Canarias, pero a pesar de todo, joder, que la gente se acuerda y piensa de todo. Te voy a tener que dejar, pero lo dicho, cuando quieras, una caña.

César metió el nombre de Patricia en el buscador, y la portada de *Carla*, en blanco y negro, apareció ante él. Lo cerró y dejó caer la cabeza, agotado, en el sillón.

Ana le esperaba en la puerta de la tienda. Juntaron sus mejillas y César sintió ganas de llorar al oler su perfume. Anduvieron por las calles oscuras hasta un pequeño restaurante y pidieron una botella de vino. Su mujer parecía nerviosa, y César, agotado, no se sentía con fuerzas de hablar de nimiedades. Comieron el primero en silencio y, cuando lo retiraron, Ana le miró.

—Han llamado del colegio para que fuera a buscar a Felipe.

César levantó la cara, sorprendido.

—¿A Felipe?

—Se ha pegado con un niño en el recreo. —César esperó y Ana suspiró—. No me ha dicho lo que le dijo, pero acabaron tirándose de los pelos.

El hombre vio la desesperación en la cara de ella y se tragó la suya propia. Alargó la mano y cogió la de su mujer, que intentó sonreír.

—¿Sabes algo de la revista de Carlos? —continuó ella.

César negó levemente con la cabeza.

—No te preocupes —contestó intentando parecer animoso—. Además, era un puesto bastante malo. Carlos ha dicho que quedemos para una caña; parece que hay otra cosa.

Ana enterró la cara entre las manos y se echó a llorar.

—César, no puedo más.

—¿Es por lo de Felipe? Por lo de la revista no te preocupes, algo saldrá. A lo mejor sí debíamos plantearnos cambiarlos de colegio… —propuso.

Ana levantó la cara.

—¿Hasta que en el nuevo se enteren y empecemos otra vez?

—¿Y si os venís a Lanzarote? Ya sé que no es un puesto estupendo, pero…

—¿Cuánto tardarán en enterarse? ¿Y después qué? ¿El Hierro? —negó con la cabeza.

—Ana, pasará —dijo a media voz—. La gente se olvidará, los niños se cansarán.

Su mujer le miró a los ojos.

—¡Nadie olvida! —exclamó con rabia—. Perdona, pero tengo ganas de devolver, me voy a casa.

César se levantó, la ayudó a ponerse el abrigo e iba a coger el suyo y pagar la cuenta cuando su mujer le detuvo.

—No, acaba tú. Ya hablaremos.

Le intentó coger la mano, que ella rechazó, y observó cómo salía sin volverse a mirar atrás.

54

San Lorenzo, diciembre de 2016

Salieron del cuartel y Cano se volvió hacia Karen.

—¿Dónde has quedado?

Karen se sobresaltó y miró la hora: todavía era pronto.

—En El Horizontal, pero más tarde.

—Si quieres, nos tomamos una copa y te dejo arriba. —Miró el cielo y añadió—: Puede que caiga algo de aguanieve.

—Nos la podemos tomar ya arriba, si no te importa.

Subieron en silencio y aparcaron sin dificultades a la puerta del restaurante. El saloncito estaba vacío, pero el fuego chisporroteaba alegre en la chimenea. Elena, la encargada, a la que conocían más desde el caso de sor Lucía, se acercó a ellos y colocó dos sillas cerca del hogar. Karen pidió una copa de vino tinto, y Cano, una caña.

—Los tíos de Patricia ya han podido disponer del cuerpo —apuntó Cano—. Estaban destrozados, aunque contentos de saber. Cuando viste a César, ¿qué pensaste?

Karen se quedó un momento en silencio.

—¿Te refieres a la violación de entonces? —preguntó. Cano asintió y la miró a los ojos—. Creo que su amiga Ruth es la que más se acercó a la verdad, en mi opinión. César la violó, pero, si no la hubiese dejado aquella noche, ella no le habría denunciado.

Cano suspiró.

—Por lo menos, hemos encontrado a quien la mató —respondió el brigada. Karen bebió un largo sorbo de su copa y miró el fuego con los ojos vacíos—. No te culpes —dijo al ver su cara.

—No lo hago, pero siento una tremenda pena.

—Su amiga y su hermano se ocuparán de ella. Este último ha dicho que se haría cargo de los niños el tiempo que hiciese falta.

Karen hizo un gesto de cansancio y rememoró el día. Cuando

llamaron a Julián Echevarría, este se había puesto inmediatamente de camino a San Lorenzo. El hombre les contó que hacía tiempo que no hablaba con su hermana, que la llamaba sin cesar y ella no contestaba. Contó que había intentado todo: hablar con un abogado de familia y con un psicólogo, pero que ambos habían coincidido en que no se podía cambiar nada hasta que su hermana se decidiese a ello. Él consideraba que Marta estaba anulada y tenía menos capacidad de decisión en ese estado que un niño pequeño, pero no había manera de actuar. Le revelaron que su hermana tenía los números cambiados del móvil y tanto su número como el de su amiga Claudia y un grupo de madres de WhatsApp, bloqueados. Julián Echevarría había explicado que su familia llevaba tiempo muy preocupada por Marta, pero que esta no quería ni hablar del tema. Él mismo y su padre, por separado, habían hablado con su marido; sin embargo, había resultado peor, porque el hombre había roto —como probaba el cambio de teléfono y la manipulación de los contactos— toda comunicación de Marta con ellos. Con la única con la que todavía hablaba era con su madre y esta, por miedo a que cortase la relación con ella también, medía sus palabras. A la pregunta de si sabían que el hombre la maltrataba, Julián vaciló, pero contó que su mujer, una tarde que había merendado con Marta, había vuelto a Madrid espantada, ya que su cuñada tenía una brecha en la frente, y uno de los niños, el trasero lleno de cardenales. Había intentado hablar con ella, pero su hermana se había cerrado en banda, y le había explicado a su cuñada que el golpe había sido culpa suya y que el niño se había portado mal. Julián Echevarría propuso llamar a su abogado para preguntar por algún experto penalista cuando Karen le ofreció el teléfono de Manuela Sánchez, a la que llamaron, y aseguró que se pondría inmediatamente de camino a San Lorenzo. Claudia Mondragón corroboró lo que suponían. Se conocían desde el colegio, quería a Marta y había hecho lo posible para mantener la relación, a sabiendas de que los maltratadores intentan desligar a sus víctimas de todos los contactos fuera del suyo. Había estallado un día que él le dio a Marta, después de varios gritos, un empujón creyendo que Claudia estaba en el baño. Esta se había enfrentado a él, pero Marta le defendió y se acusó a sí misma de negligencia. Su amiga no contestaba a sus correos ni mensajes y, aunque subió a El Escorial

una mañana, le había sido imposible convencerla de denunciarle o de, por lo menos, dejarle. Cuando le explicaron la maniobra del teléfono, la mujer rompió a llorar. Marta, tras unas protestas, se había prestado a un examen médico. Al hematoma en el pecho y hematomas en las piernas se unía un dedo del pie roto y varias brechas recientes. Manuela Sánchez se había hecho cargo de su cliente y había solicitado que la dejasen volver con sus hijos.

Cuando salió, tras hablar con ella, Karen la invitó a pasar a su despacho, y la letrada le había explicado que, tras años de vejaciones y anulación por parte del marido, la mujer había perdido toda autoestima y voluntad. Era como un niño pequeño que se dejaba llevar. Esas mujeres, explicó, viven en continuo terror, pero piensan que es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer; están habituadas a ello y es su normalidad. Tienen miedo a la estigmatización, tanto a la suya como a la de sus hijos; por eso están acostumbradas a guardar un silencio absoluto sobre lo que ocurre de puertas adentro. Ese silencio lo heredan los hijos, que pronto se dan cuenta de que más vale no hablar. En algunos casos, si esas mujeres se rebelan, los niños ni siquiera las apoyan, sino que, al contrario, las consideran unas traidoras. Son ellas las que hacen que todo acabe saltando por los aires, en muchos casos tras años de maltrato en los que todos han asumido que lo que viven es lo normal. Los niños no conocen otra forma de ser; para ellos, la manera en que les tratan es su día a día, es la normalidad. Esa era la razón por la que muchos de los niños maltratados se volvían maltratadores más tarde, explicó. Les relató el caso de una madre que, tras años de violencia y muchas dudas, hizo acopio de fuerzas y se decidió a acudir a ella para dejar a su marido. Resultó que era justo el año de la primera comunión de uno de los hijos y de la selectividad del otro, y los chavales, que llevaban años soportando los golpes a la madre y a ellos mismos, se dijeron que lo habían aguantado por ella, porque ella les decía: papá no ha tenido suerte, está malito, he cometido un error. Justo en el momento en que ellos no querían líos, va ella, y lo que les ha dicho siempre que era normal y que había que aguantarse decide de la noche a la mañana que ya no lo es. Su madre, anulada durante toda la infancia de los niños, no les infunde seguridad. Ellos han vivido que, cuando se han puesto de su lado, han acabado perdiendo. Así que se ponen a

menudo del lado que gana siempre.

—Está anulada —dijo Karen—; tiene razón Manuela Sánchez, no tiene voluntad propia. Cuando me ha dicho que ella no era muy lista, me han dado ganas de echarme a llorar. A lo mejor, el juez…

Cano sonrió.

—Seguro que lo tiene en cuenta. Pero no sé hasta qué punto ella será capaz de tomar las riendas de su vida. Suárez se ha dado una vuelta por el pueblo esta mañana mientras esperábamos. Los de la farmacia estaban con la mosca detrás de la oreja y le habían preguntado varias veces, y ella siempre contestaba lo mismo, que se había golpeado ella. Se conoce que al salir se ha encontrado a una de las empleadas del banco (una señora con el pelo rizado, seguro que la has visto alguna vez) —Karen recordó a una enérgica mujer—, que le ha contado que Marta fue a hacerse cargo de una suma que había heredado, que ella se rumió que el marido no le dejaba manejar dinero y que intentó ayudarla, pero que la llamaron de la central y le echaron una bronca monumental que casi le cuesta el puesto por coger su teléfono y solicitar el cambio de contraseñas. Aunque intentó volver a hablar con ella, Marta la evitaba. En el colegio la habían citado varias veces, pero sólo acudía con el padre. Los niños no tenían marcas visibles y no decían nada. El padre, en presencia del personal del colegio, siempre se mostró educado; no obstante, el cuadro docente estaba esperando a una sospecha en firme para actuar.

—Aun así, un fallo del sistema en toda regla, Cano. Y, si eso es aquí, donde la gente se conoce, imagínate en una ciudad.

—Él violó a Patricia —concedió Cano—, sí, pero no acabo de comprender por qué ella la mató.

—Por eso le he preguntado si la amenazó. No la amenazó a ella; amenazó su mundo, a sus niños, lo único que le queda.

—Al final, eran dos cisnes negros.

La teniente concentró sus ojos en el fuego y no respondió inmediatamente.

—Uno gris, brigada, diría yo.

—Aunque existan cisnes negros, no sé si su abogada va a poder convencer a nadie de la existencia de uno gris.

Karen sonrió.

—Cano, qué descreído eres. Los cisnes, cuando nacen, tienen el

plumaje gris. Y Marta es eso exactamente. Una cría de cisne, vulnerable e insegura.

—Me pregunto qué serían César y Patricia.

La teniente miró al exterior y vio el monte oscuro. Recordó los gansos de su padre y se encogió de hombros.

—El cisne tiene la carne negra…

La puerta se abrió y Gonzalo apareció con su mata de pelo plateado. Karen se levantó, se acercó a él y le besó de manera fugaz. Cano se había levantado e iba a pagar cuando Karen volvió a la mesa y señaló su cerveza a medias.

—Acábatela tranquilamente, Cano; así os conocéis.

Agradecimientos

A Pedro Martín-Caro, sin cuya paciencia, ideas y mejoras, este libro no existiría.

A Cristina Sangro, con quien discutí bajo peores condiciones climáticas que las de San Lorenzo el tema de este libro.

A mi madre, Montse Suárez, que me enseñó a leer y siempre se declara dispuesta a revisar mis manuscritos. A Kiki Garcimartín, que, con una paciencia infinita, ha leído una versión tras otra, y sin cuyos comentarios y correcciones, la historia sería mucho peor. A Cécile Migozzi, que siempre ve en el interior de los personajes y sabe cómo reaccionarían, y a Patricia de Miguel por sus acertadas críticas. A Enrique Cavero, que siempre me aporta el refrán o la expresión que da alma a los personajes.

Sin los consejos y correcciones legales de Tatiana Recoder, Luis Ibáñez e Inés Diez no habría podido retratar la situación legal. Gracias también a Wolfgang Holtkamp, que me explicó por primera vez las consecuencias de un veredicto de inocente por falta de pruebas.

A mis agentes, Laure Merle d'Aubigné y Catherine Passion, que creyeron en mí. A Ofelia Grande de Andrés, Julio Guerrero, Elena Palacios y todo el equipo de Siruela, que me han aceptado en su familia editorial. A María Casas Robla, por sus acertadas correcciones.

A Carlos González Ximénez que, con su enorme saber y sus maravillosas fotos, me proporcionó no sólo la portada, sino el título de este libro.

A C. J. Nieto, que me regaló el libro *Él*, que me ayudó a entrar en la mente de una mujer anulada.

Gracias también a Carlota Larios, que me explicó el comportamiento de los maltratadores en los colegios; a Marvin Esau

Romero, que me ayudó con el lenguaje usual de Honduras, y a Francesca Gelabert Desnoyer, que me proporcionó la imagen del seis y del nueve.

A Álvaro García Aparicio, Guillermo Sánchez Abasolo, Luis Manzano y a Esther Herranz, que con sus explicaciones y correcciones consiguen que San Lorenzo sea real. A Javier Navas, de la Taberna del Corcho, por su maravillosa humanidad.

A los vecinos del Real Sitio de San Lorenzo, por la increíble acogida que les han dado a sus nuevos habitantes. Son ellos los que proporcionan el alma de Karen y Cano desde que desayunan churros o bizcocho, compran el periódico, pescado o setas, se toman una caña en la plaza o descansan y discuten ante una chistorra, una hamburguesa o con un vino ante el fuego. Los que les cortan el pelo, les venden la aspirina y los que los ayudan en el banco. Gracias por proporcionarles un hogar.

A mi ahijada Catalina Biosca, por todo el apoyo e ilusión que siempre presta a mis libros.

A mis hijos, Philipp, Georg, Ana y Marie, por explicarme y describir por enésima vez la Guerra de las Galaxias. Y por todo el tiempo que les roban mis libros.

A Kay, por llevarme siempre más lejos.



TERESA CARDONA (Madrid, 1973) ha publicado en Francia junto a Eric Damien las novelas negras *Un travail à finir* y *Terres brûlées* bajo el seudónimo de Eric Todenne. En Ediciones Siruela han aparecido *Los dos lados* (2022) y *Un bien relativo* las dos primeras entregas de su serie policiaca ambientada en San Lorenzo de El Escorial. Ha recibido el Premio Villanúa Rural Noir en 2023.